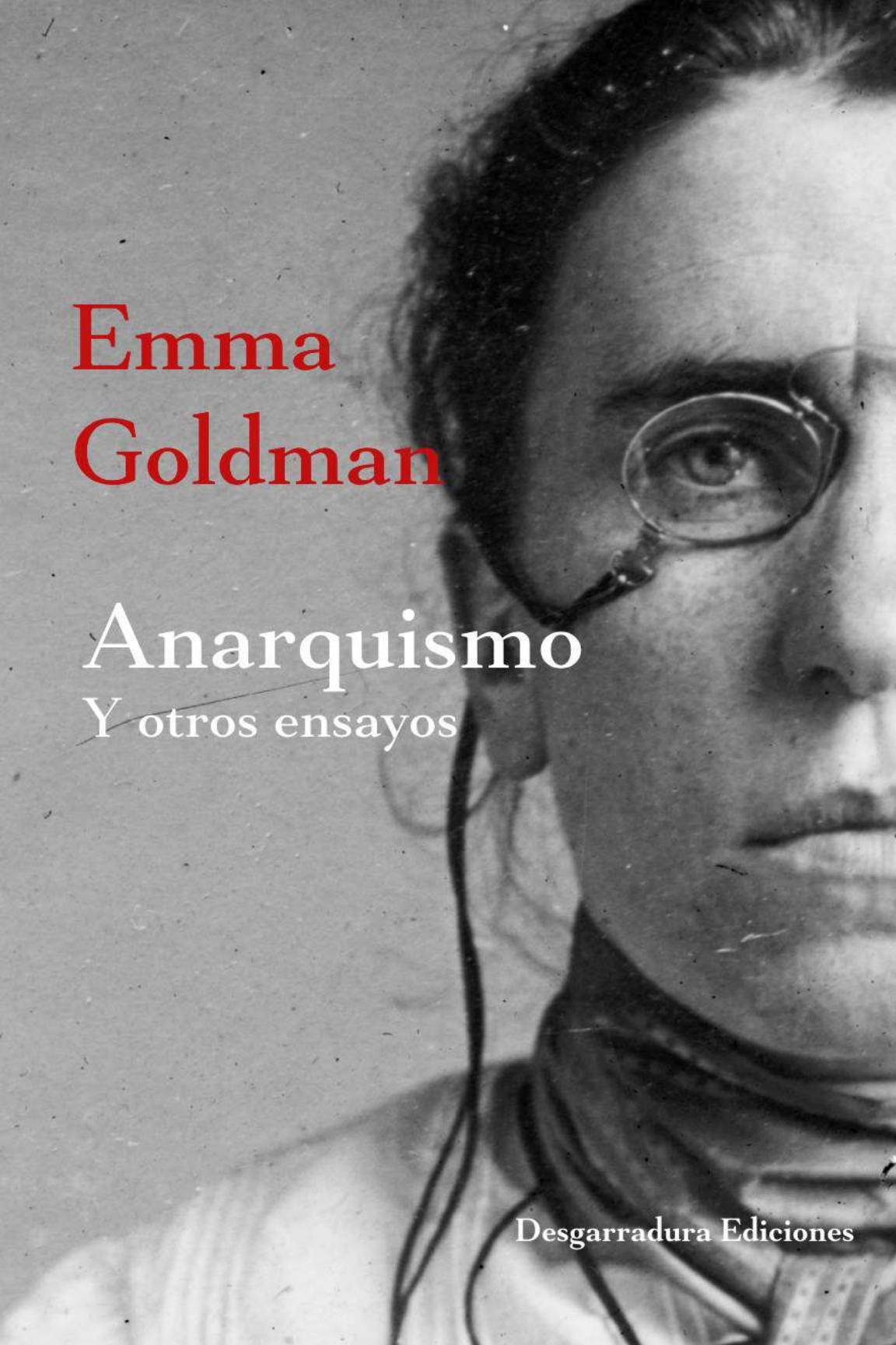

Emma Goldman

Anarquismo

Y otros ensayos

Desgarradura Ediciones

Anarquismo
Y Otros Ensayos

Emma Goldman

Traducción de

Alejandro Pradera

Anarquismo y Otros Ensayos, Por Emma Goldman.

Desgarradura Ediciones. Colección *Armas para la insurrección que viene.* No. 1.

Título Original: *Anarchism and Other Essays*

Edición original: 1910, Mother Earth Publishing Association

Expropiado y expandido de la edición de Alianza Editorial, España, 2021. Traducción de Alejandro Pradera.

Ningún derecho reservado.

Se alienta la libre distribución, difusión, impresión y expropiación de este texto en su parcialidad o totalidad, sea cual sea su fin.

Índice

Nota a la Edición 3
Emma Goldman, La Persistencia de la Rebeldía..... 5
Prefacio 31
Anarquismo, Lo que Significa Realmente 37
Las Minorías contra las Mayorías 61
La Psicología de la Violencia política 73
Las Cárceles: Crimen y Fracaso Social 105
El Patriotismo: Una Amenaza para la Libertad 125
Francisco Ferrer y la Escuela Moderna 147
La Hipocresía del Puritanismo..... 169
El Tráfico de Mujeres 181
El Sufragio Femenino 203
La Tragedia de la Emancipación de la Mujer 223
Matrimonio y Amor 237
El Teatro Moderno..... 253

Nota a la Edición

Esta edición de *Anarquismo y Otros Ensayos* fue maquetada y elaborada a partir de la edición publicada en 2021 por Alianza Editorial. Hemos respetado todo el contenido original, haciendo cambios mínimos al texto principal, siempre de carácter gramatical y ortográfico, y expandiendo en las notas al pie de página siempre que consideramos oportuno.

Esta edición es parte de nuestra contribución al acervo de armas para la guerra en curso y la insurrección que viene. Alentamos la difusión de este material por cuanto medio sea deseado, sea cual sea su fin, para así tejer redes afectivas de encuentros, organización y de propuestas para formar nuevas realidades, nuevas insurrecciones impuras.

Emma Goldman
La Persistencia de la Rebeldía

Emma Goldman junto a Rosa Luxemburg han sido, internacionalmente, las dos revolucionarias más importantes de finales del siglo XIX y del XX; una, en el campo anarquista, y la otra, en el socialista. Sus vidas corrieron en paralelo, las dos combinaban pensamiento y acción, eran casi de la misma edad, judías, nacidas en los confines anexionados al Imperio ruso, encarceladas en múltiples ocasiones y exiliadas en varios países. Sus huellas conducen a otra precursora del siglo XVIII estimada por ambas activistas, la escritora y filósofa feminista Mary Wollstonecraft. Mujeres irrepetibles.

La notoriedad de esta «anarquista de ambos mundos» –como la definió quien fuera secretario general de la CNT, José Peirats, en su libro biográfico sobre Emma Goldman– emerge con prontitud. Repasando minuciosamente la prensa norteamericana, de 1888 a 1922, impacta comprobar la cantidad de primeras planas de los grandes periódicos de varios Estados dedicadas a Emma,

con su nombre compuesto por las cajas tipográficas como titular a cinco o seis columnas e ilustrando las informaciones con su rostro dibujado a tinta o grabado. *The Evening World* (Nueva York, 4 de octubre de 1893) informa de que «la reina de los anarquistas neoyorquinos» (como la prensa la apodó) está siendo enjuiciada. El presidente Teddy Roosevelt la llamó «loca... una pervertida tanto mental como moral», argumentos de peso en línea con otras barbaridades que profería: «Los anarquistas son los enemigos de la Humanidad, de toda la Humanidad, y su grado de criminalidad es más profundo que ningún otro». El diario *The New York Times* dijo que era una «extranjera malévola... separada de la masa de la humanidad». *The San Francisco Call* la describió como una «criatura despreciable... [una] serpiente... incapaz de vivir en un país civilizado». El Gobierno de Estados Unidos, en 1917, no dudó en tildarla de «la anarquista más hábil y más peligrosa de la nación». Cruzando el océano, en la prensa española de 1937 (en el quincenal de actualidad antifascista *Mi Revista)* se afirmaba con acierto que era «la mujer más destacada del anarquismo internacional». Emma, huyendo siempre por causas económicas y políticas de su país de origen, Lituania, había vivido en San Petersburgo, Alemania, en varias ciudades de Estados Unidos, y durante periodos residió en Viena, la URSS, Suecia, Francia, Inglaterra, España, Canadá... Era admirada y temida en todo el mundo con igual vehemencia.

Muchas feministas norteamericanas del *underground* de finales de los años sesenta e inicios de los setenta crecieron oyendo hablar en sus casas de una mujer «de ar-

mas tomar», a la que llamaban «Emma la roja», aludiéndola a veces en tono peyorativo y, en otras, como una figura de leyenda.

A finales de la década de 1950, cuando, desde diversos sectores de la sociedad norteamericana se ensalza la prosperidad basada en el consumo y «el fin de las ideologías», en oposición, algunos jóvenes universitarios «radicales» comienzan a redescubrir a Emma Goldman y a dar una nueva dimensión a las múltiples facetas de esta extraordinaria luchadora.

Richard Drinnon será uno de los primeros, dedicándole su tesis doctoral en 1957 y, posteriormente, un libro donde amplía lo investigado, convertido en un referente: *Rebel in Paradise: a Biography of Emma Goldman* (University of Chicago Press, 1961). El historiador quedó fascinado por su personalidad y sus ideas, aunque reconocía que, en su ignorancia y petulancia juvenil, al inicio de sus investigaciones Emma le resultaba rimbombante para ser una mujer y que el anarquismo le parecía una especie de chifladura política.

Y fue Drinnon quien reeditó, con una apuesta gráfica muy sesentera, y prologó una obra de Emma que él consideraba valiosa, olvidada durante décadas entre los polvorientos anaqueles de algunas viejas bibliotecas: *Anarchism and Other Essays* (Nueva York: Dover Publications, 1969), que es la que ahora se presenta.

El rescate de Goldman fue imparable con la emergencia de los nuevos movimientos sociales, particularmente el estudiantil y el de la emancipación de las mujeres, aun-

que también contribuyó el *underground* o el Mayo del 68. La revolucionaria llegó a convertirse en un icono del «rojerío» norteamericano. Su nombre, su retrato y sus palabras estaban por todos lados (serigrafiadas y rotuladas en camisetas, banderolas, chapas, carteles...), recordándola como una gran agitadora y teórica de la libertad. Era tal el tirón que tenía, que incluso la famosa frase que todo el mundo le atribuye –«Si no puedo bailar, tu revolución no me interesa»– jamás la pronunció; fue una invención para comprimir sus amplias reflexiones al respecto en un escueto eslogan de *marketing,* eso sí, alternativo, que cupiera en el anverso de unas camisetas. El lema ficticio se sigue reproduciendo más de 50 años después.

El colectivo Students for a Democratic Society (SDS) –nacido en 1960 en el campus universitario de Michigan y luego en Berkeley, feminista y opositor la guerra de Vietnam, de donde salió la Weather Underground, conocidos como The Weathermen, homenajeando una canción de Bob Dylan– comenzó a interesarse por la historia del anarquismo y del radicalismo en Estados Unidos: los mártires de Haymarket en Chicago, a quienes recordamos en todo el mundo cada Primero de Mayo obrero; los Wobblies, el sindicato anarquista y socialista revolucionario que organizó en 1912 la huelga textil de Pan y Rosas en Lawrence (Massachusetts), uno de los gérmenes del 8 de Marzo; sus miembros se aprendieron las canciones «protesta» de Joe Hill; se lamentaban por las ejecuciones de los inocentes Sacco y Vanzetti, equiparándolas a las injusticias cometidas con los anarquistas de

Chicago; y lo sabían todo a cerca de Emma Goldman, Mother Jones y Lucy Parsons, las pioneras.

Fueron los miembros de la SDS quienes, tomando como referente a Emma Goldman, divulgaron el concepto de la democracia participativa u horizontal, cuestionando el derecho al voto parlamentario basado en ilusiones sobre dónde reside el poder real. También fundamentaron su aversión al capitalismo y al militarismo, y volvieron a recuperar el movimiento Free Speech ['Libertad de expresión'], impulsado por ella. No es anecdótico indicar que la procedencia de los miembros del SDS era mayoritariamente judía como la de Emma, quien tuvo una solidaridad particularmente específica con el pueblo judío. De hecho, muchas de sus conferencias las daba en yidis, la lengua que sobrevivió al exterminio judío, y se consideraba a sí misma «una judía errante».

Esta simpatía hacia Emma en relación con su pensamiento libertario y a sus orígenes judíos igualmente se evidencia en otras grandes figuras de la contracultura norteamericana con la misma identidad cultural y lingüística que ella, como Noam Chomsky, Abbie Hoffman y los *yippies,* y Howard Zinn, quien nos ha dejado *Emma: A Play in Two Acts,* una obra de teatro puesta en escena en 1976. Zinn la describe así: «Emma parecía incansable mientras viajaba por el país dando conferencias, en todas partes, a grandes audiencias sobre el control de la natalidad ("una mujer debe decidir por sí misma"), sobre los problemas del matrimonio como institución, sobre el patriotismo ("el último refugio de un sinvergüenza"), sobre el amor libre ("¿qué es el amor, si no es libre?"), y tam-

bién sobre el drama en literatura (Shaw, Ibsen, Strindberg)».

El cine se hizo eco de la importancia social que tuvo y, entre mediados de los setenta y el inicio de los ochenta, aparecen varios filmes exitosos donde la escritora anarquista tiene personaje; y tampoco es casual la procedencia judaica de sus creadores. En *Ragtime* de Milos Forman, basado en una conocida novela con el mismo título de Edgar Lawrence Doctorow, escrita en 1975, se reconstruye la ebullición social de la ciudad de Nueva York de 1902 a 1912. Emma Goldman aparece vinculada a la famosa actriz y modelo Evelyn Nesbit, quien recibió una fuerte suma de dinero para hacer frente a unos juicios que no podía afrontar económicamente y, en vez de usarla, se lo donó a Emma, quien posteriormente se la entregó al periodista y activista John Reed. También aparece en pantalla en *Hester Street,* de la directora Joan Micklin Silver, que cuenta la historia de los inmigrantes judíos que llegan a Nueva York en 1896. Aunque de todas ellas, la más conocida en el Estado español sea *Reds (Rojos,* 1981), dirigida, producida, escrita y protagonizada por Warren Beatty, con Maureen Stapleton en el papel de Emma, nominada a varios premios.

¿Pero quién fue realmente Emma la roja?

Emma Goldman era una fuerza de la naturaleza. No conocía el miedo. La rebeldía se había manifestado en su carácter desde pequeña. Nacida en 1869, la vida que llevó era impensable para la hija de una familia judía de clase media-baja de Kaunas, Lituania, entonces anexio-

nada al Imperio ruso. Una niña ignorada por su madre y a la que su padre, gerente de una posada, maltrataba, golpeaba y castigaba con crueldad. Igualmente le negaba el acceso a los estudios secundarios, a pesar de su notable inteligencia. Cuando Goldman le pidió permiso para seguir instruyéndose, el padre-padrone arrojó sus libros al fuego, gritándole: «Todo lo que una hija judía necesita saber es cómo preparar el pescado *gefüllte,* cortar bien los fideos y darle al hombre muchos hijos»[1].

La familia se traslada a San Petersburgo en busca de una vida mejor. Su padre trabaja como gerente de una tienda de ultramarinos. En su casa se hablaba yidis y ruso. En la ciudad de los canales y ríos, Emma toma conocimiento de la causa nihilista que defendían Nekrasov, Turguénev, Chernishevsky, Vera Zasulich, Sofia Perovskaia y otras muchas personalidades que renegaron de su origen aristocrático uniéndose al pueblo para que tomara conciencia de su deplorable situación; por eso se les conocía como *naródnik* ('ir al pueblo'). La joven pudo informarse de la represión zarista contra estos círculos revolucionarios donde militaba su tío materno y, también, quien años más tarde sería uno de sus mejores amigos, Kropotkin. Nuestra protagonista, con 17 años, trabajaba duramente en una fábrica de corsés y luego en otra de guantes, sufriendo la explotación como las demás obreras.

Emma era una de esas mujeres fuertes que no se dejan

---

[1] Véase *Viviendo mi Vida*, por Emma Goldman

dominar por nadie, ni siquiera por un progenitor autoritario, que además intenta casarla por la fuerza siendo una adolescente. «No me sometería a sus planes, quería estudiar, conocer la vida, viajar», recordaba en sus memorias, alegando páginas más adelante: «nuestro mutuo antagonismo, en mí se había convertido en odio». Y, resueltamente, sin pensarlo, huye del asfixiante ámbito familiar y del antisemitismo imperante en la Rusia de los Romanov.

Con ilusión, parte con su hermana Helene hacia el paraíso americano de la libertad. Llega a Estados Unidos en 1885. En 1887 ahorcaban en Chicago a Albert Parsons, August Spies, Adolf Fischer y George Engel (Louis Lingg se suicidó en su celda para no ser ejecutado), los llamados Mártires de la plaza de Haymarket. Este impacto marcaría el derrotero que iba a seguir en su vida. El paraíso americano se le revelaba, de golpe, tan infernal como el zarista. Se quedó espantada de que la «libre y democrática América», equiparándose a las «corruptas y opresoras monarquías de Europa, como Alemania, Rusia o España», enviara a la muerte a aquellos inocentes. Ese era el paraíso capitalista. Los asesinados acabaron por decidir el ideario revolucionario y anarquista de Emma Goldman. Con el resplandeciente entusiasmo tan característico de su naturaleza decidió dedicar toda su energía a la emancipación de la esclavitud asalariada. Su labor periodística en la prensa obrera comienza en este momento. De agosto y diciembre de 1889 colabora en el conocido periódico *The Freiheit,* de Johann Most, para organizar la conmemoración de los Mártires de Chicago. Le siguie-

ron cientos de cabeceras hasta que decide fundar su propia revista, *Mother Earth,* en 1906, hecho que no le impidió seguir publicando en los medios anarquistas de todo el mundo.

Se establece en Rochester, ciudad del Estado de Nueva York, en la casa de su hermana Lena. Como tantas otras inmigrantes, cose para ganarse la vida de 10 a 14 horas diarias (la promulgación de jornada laboral de las 8 horas extensiva a la clase obrera la consiguieron las prolongadas luchas anarquistas años después). Sufre el acoso sexual de sus patronos. Comprueba la pasión norteamericana que existía por el dinero y, a la par, la explotación despiadada hacia las gentes trabajadoras, en su mayoría migrantes de otros países más empobrecidos.

Contrae matrimonio y, aunque dura un año, la experiencia le resulta tan importante –«la vida se volvió insoportable»– como para no repetirla. Respecto a su separación matrimonial diría: «fui inmediatamente condenada al ostracismo por toda la población judía de Rochester. No podía ir por la calle sin sentirme despreciada y acosada. Mis padres me prohibieron entrar en su casa y, de nuevo, sólo Helene se mantuvo a mi lado». Comienza a escribir sobre el tema, primero en *The Firebrand,* en su artículo periodístico de 1897 «Marriage» ('Matrimonio') donde concluye: «El matrimonio, la maldición de tantos siglos, la causa de los celos, el suicidio y el crimen, debe ser abolido si deseamos que la generación joven crezca como hombres y mujeres sanos, fuertes y libres».

Más adelante volverá sobre este asunto en «El Matri-

monio y el amor» (1910): «El matrimonio y el amor no tienen nada en común: están tan separados como los polos: y en realidad, son antagónicos entre sí. [...] Que el matrimonio es un fracaso es algo que no niegan más que los muy estúpidos. No hay más que echar un vistazo a las estadísticas sobre divorcios para darse cuenta del fracaso tan amargo que es en realidad el matrimonio».

Para escapar de este *escándalo,* su hermana le pagó, de sus escasos ingresos, el billete a Nueva York. En 1889, con 20 años, sola y sin conocer a nadie salvo a su tía, se instala en el gris-sucio East End, el Lower East Side neoyorquino, uno de los barrios más míseros de entonces, repleto de gentes inmigrantes y la zona de las fábricas textiles que ardían demasiado a menudo con las obreras dentro, como la Triangle Shirtwaist Factory. Se une al movimiento anarquista de los inmigrantes judíos, asociándose con el veterano y conocido anarquista alemán Johann Most, y el mucho más joven Alexander Berkman, Sasha, inmigrante judío ruso como ella. Con ambos practica las relaciones de «amor libre», aunque con Berkman estaría unida hasta su muerte. La pareja de amantes y amigos, en 1892, creía ciegamente en el rebelde resurgir de la clase obrera americana. Y Sasha jugó un papel decisivo en otra lucha obrera clamorosa: Homestead[2].

En Homestead, Pensilvania, existía una empresa siderúrgica del magnate Henry Clay Frick quien, al decla-

---

[2] Véase *Dinamita: Historia de la violencia de clases en Estados Unidos*, por Louis Adamic

rarse una huelga en 1892, recurre a los famosos detectives y matones rompehuelgas Pinkerton (el ojo que nunca duerme era su emblema); tampoco duda en avisar al Ejército, que comete una masacre. Emma y Sasha deciden que, para llamar la atención sobre aquel suceso sangriento cuya víctima era, como siempre, la clase obrera, debían acabar con la vida del magnate. Pero no tenían dinero para afrontar la acción. Siempre andaban sin un mísero dólar. Berkman y Emma, por fin, consiguen reunir el dinero para hacerse con una pistola y viajar a Pensilvania, pero únicamente tienen para un billete. Sasha, con nula destreza en el manejo de las armas, sólo hiere al empresario y tampoco consigue tragarse el veneno que llevaba preparado para matarse, pues preveía que le iban a detener y condenar a muerte. Le caen 21 años de presidio, aunque finalmente pasa 14, y cientos de polizontes siguen el rastro de la intrépida Emma. Su opinión sobre el ilegalismo, la mal llamada «propaganda por el hecho», quedaría plasmado en varios escritos, entre otros, en «La psicología de la violencia política» (1917).

Emma no dejaba de darle vueltas al asunto monetario para comprar el arma de fuego. En un momento desesperado –relata José Peirats– «piensa en Sonia, la heroína de Crimen y castigo, de Dostoyevski, que se prostituyó para socorrer a su familia. Y piensa en el sacrificio de las heroínas nihilistas. Una noche de julio de 1892, cubierta de burdas galas, se lanza por la Calle 14 a la caza del *cliente.* En el momento preciso, vacila, y la empresa se reduce a un estéril vagar hasta horas avanzadas. Cuando al fin se decide, el escogido es un sesudo puritano que se

limita a hacerle un discurso edificante y para que "rehaga su vida" le regala 10 dólares». Emma, entonces tenía 23 años, y aunque personalmente nunca se ganó la vida con su cuerpo, sí conocía a sus vecinas prostitutas, sus padecimientos y su generosidad. Cuando era perseguida por la policía o le negaban el alojamiento, hechos que sucedían muy a menudo, sólo las prostitutas del barrio le daban cobijo. Esa proximidad con la explotación sexual de las mujeres y su simpatía hacia quienes la padecían revertió en una obra clave para ciertos sectores de los movimientos feministas de los setenta e incluso en la actualidad: «El tráfico de mujeres» («The Traffic in Women», 1910), que se recoge en el presente volumen. En este texto argumenta que la principal causa de la esclavitud «blanca» es la explotación capitalista, en todas sus formas, siendo la prostitución una de las más penosas. Goldman hace una crítica brillante, como hizo de igual modo «la Rosa roja»[3], al papel que han desempeñado las iglesias cristianas en el fomento y mantenimiento histórico de la prostitución. Emma equipara el matrimonio con la prostitución, argumentando que en ambos casos las mujeres son vendidas y tratadas como esclavas. De otro lado, subraya que el doble rasero que rodea a la sexualidad masculina y femenina presiona a las mujeres que realizan actividades sexuales fuera del matrimonio a una vida de prostitución: «así la sociedad crea las víctimas de las que después intenta deshacerse en vano». En otro escrito dirá: «La hipocresía del puritanismo», insiste sobre estos

[3] Véase *Rosa Luxemburg en la tormenta,* por Ana Muiña

argumentos.

La pensadora radical irá a prisión en 1893, acusada por la Corte penal de Nueva York de incitación a la revuelta. El veredicto marcó un precedente, al ser la primera mujer en Estados Unidos condenada a prisión por delitos políticos con penas dilatadas. La prensa cubrió la información ampliamente. El diario *The Evering World,* del 4 de octubre de 1893, abría sus páginas afirmando que: «Emma Goldman no parece peligrosa. Es pequeña, tiene una tez suave, clara, y un rostro lleno de inteligencia. Conversa fluidamente. Cuando habla, su cara se ilumina y resulta prácticamente hermosa, a pesar de la pronunciada y extraña forma de la barbilla y de la mandíbula inferior».

Encerrada en la cárcel de Blackwell's Island, cuidó de las enfermas hospitalarias con los rudimentarios conocimientos que el doctor de la prisión le daba, y se hizo cargo de la sala de enfermería con 16 camas, así como de la distribución de alimentos a las enfermas reclusas. Sus amistades le llevaban libros y en la prisión había una biblioteca. Tuvo la oportunidad de estudiar a fondo el idioma inglés y su literatura. Otro gran conocedor del movimiento anarquista estadounidense, Paul Avrich *(Anarchist Portraits,* 1988), indica que Emma se familiariza con los grandes escritores norteamericanos. En Bret Harte, Mark Twain, Walt Whitman, Thoreau y Emerson encontraría grandes tesoros. Profundiza en las obras de Nietzsche y de Ibsen, del que será una gran especialista y traductora. Sale de Blackwell's Island en agosto de 1894, convertida en una mujer de 25 años, más

madura y transformada intelectualmente.

Las prisiones, según Emma, fueron su escuela de aprendizaje. «Todo se mezclaba en una parodia fantasmagórica y burlona de oscuridad y desesperación». «En la soledad y el aislamiento de la celda –añade– uno encuentra el valor para enfrentarse a la desnudez de la propia alma. Sí se sobrevive a la prueba, no te hiere tan fácilmente la desnudez de otras almas». Reconoce que «en los últimos 20 años de mi actividad pública siempre había tenido hasta el último minuto la incertidumbre de si me estaría permitido hablar o no, o si dormiría en mi propia cama o sobre una tabla en la comisaría».

Ante ese desasosiego de no saber si visitaría el calabozo o no, siempre iba provista de un pequeño maletín donde guardaba una muda, los productos de higiene básicos y un libro. Sus periplos se recogen en su ensayo «Las cárceles: crimen y fracaso social», aparecido originalmente en *Mother Earth,* y luego en *El anarquismo y otros ensayos.*

A mediados de 1896, vuelve a tener problemas con la policía. Emma siempre estuvo muy pendiente de lo que sucedía en las tierras de España; admiraba el empuje obrero y la determinación del anarquismo español. La activista, en colaboración con los grupos anarquistas italianos y españoles, organiza una fuerte campaña para protestar y manifestarse en el Consulado español de Nueva York, con motivo de los procesos militares a 87 anarquistas catalanes muy destacados, como Teresa Clramunt, y de las torturas indescriptibles que les infli-

gieron en la fortaleza de Montjuïc (Barcelona), a causa de la bomba del día del Corpus en la calle Canvis Nous. Hubo más de 400 detenciones y el escándalo transcendió internacionalmente, pidiendo la revisión del juicio hasta 1898. Nuestra protagonista ya era una famosa oradora, conocida por hablar con claridad y fino sarcasmo. Así que en el transcurso de dicha manifestación le preguntan: «¿No cree que se debería matar a alguien de la delegación diplomática española en Nueva York como venganza, dadas las graves torturas que se han cometido?». Ella, precavida por si era un policía infiltrado quien la interpelaba, contesta provocativamente: «No, no creo que ninguno de los representantes españoles en Nueva York sea lo suficientemente importante como para que se le mate, pero, si estuviéramos en España ahora, mataría a Cánovas del Castillo». Sería otro anarquista, Michele Angiolillo, quien le tomaría la palabra. Y después del atentado en el balneario guipuzcoano de Santa Águeda, en el que pereció el presidente del Consejo de Ministros, Emma no tendría un minuto de respiro, acosada por los periodistas y la policía.

Desde su salida de prisión en octubre de 1894 había estado atendiendo a las mujeres y niños de su barrio paupérrimo y en el Hospital Beth Israel como enfermera no titulada. Viaja a Europa para estudiar medicina en Viena, en el Hospital General. Quería ser una gran enfermera y comadrona. Obtiene dos títulos en 1896, uno de obstetricia y otro de enfermería. En esta ciudad escucha un ciclo de conferencias de Sigmund Freud: «Su sencillez y seriedad, y su mente brillante se combinaban para

darle a uno la sensación de ser guiado desde un sótano oscuro a la luz del día. Por primera vez, capté la gran importancia de la represión sexual y sus efectos sobre el pensamiento y las acciones humanas». Asiste a todo tipo de eventos culturales, disfrutando especialmente con la ópera de Wagner y las interpretaciones de Eleonora Duse. Lee sin parar a los modernos, profundizando en «la magia del lenguaje de Nietzsche».

Antes de llegar a la ciudad del Danubio da una serie de conferencias en Holanda, Inglaterra y Escocia. De sus charlas en Londres recuerda: «Me hice famosa rápidamente; en cada mitin la multitud era cada vez más numerosa». En esta ciudad residían exiliados un buen número de anarquistas. Conoce a Louise Michel, la famosa comunera: «su sonrisa era tan tierna que ganó mi corazón inmediatamente». Contacta con Errico Malatesta, una persona «muy amable», aunque por cuestiones idiomáticas hablaron poco. Y se encuentra con su admirado teórico del comunismo libertario: «Mi visita a Piotr Kropotkin me convenció de que la verdadera grandeza siempre va unida a la sencillez. Él era la personificación de ambas. La lucidez y brillantez de su mente se combinaban con su bondad para formar, en un todo armonioso, una personalidad amable y fascinante». La amistad con el *príncipe anarquista* que «renunció a su linaje como sucesor directo del trono de Rusia», permanecerá de por vida. En 1901, Kropotkin fue invitado por el Instituto Lowell de Boston a dar una serie de conferencias sobre la literatura rusa, de la que era considerado en su tiempo como uno de los máximos especialistas. Era su segunda gira americana,

con miles de asistentes en sus encuentros, generaba mucha expectativa en el movimiento anarquista. Emma Goldman escribió a Kropotkin antes de su viaje comentándole que podía organizarle una serie de conferencias y logró obtener su consentimiento. Todas las conferencias fueron recogidas y publicadas en Nueva York cuatro años después –sospechamos que con el apoyo de Emma– en un libro: *La literatura rusa, los ideales y la realidad*[4].

Emma Goldman sigue viviendo su vida. Durante la guerra hispano-estadounidense, el espíritu chovinista, el patriotismo exacerbado alentando la guerra estaba en un punto álgido. Para contrarrestarlo y, al mismo tiempo, recaudar fondos en apoyo al movimiento revolucionario cubano, se une a sus compañeros anarquistas latinos exiliados en Norteamérica, entre otros al español Pedro Esteve y a los italianos Gori, Merlino y Ferrara. En 1899 se embarca en otro viaje prolongado, terminando en la costa del Pacífico. Las repetidas detenciones y acusaciones, marcarán cada gira de propaganda.

En noviembre del mismo año emprende una segunda gira de conferencias por Inglaterra y Escocia. Cierra el viaje en París acompañado de su amigo, el escritor checo-estadounidense Hippolyte Havel. La pareja se queda un mes en la ciudad conociendo a fondo la cultura y los círculos anarquistas franceses. «Pero –explica Emma– también había venido a París por otro propósito. Era hora de empezar el trabajo preliminar para el congreso».

---

[4] Nos referimos a *La literatura rusa, los ideales y la realidad,* por Piotr Kropotkin

Ambos asisten y participan activamente en el llamado Primer Congreso Internacional anarquista, en septiembre de 1900. Este encuentro importante –que se llevaba preparando desde el entorno libertario un par de años antes como alternativa a los congresos socialistas, aprovechando la Exposición Universal en París–, realmente tuvo el nombre de Congreso Revolucionario Internacional de París, aunque investigando al respecto, en otros documentos de la época, también aparece como Congreso Internacional de Librepensadores, organizado por la Federación Internacional de las Sociedades de Librepensadores. Goldman lo cita como el «Congreso Neomalthusiano», relatando que «las sesiones tendrían que ser secretas, pues el Gobierno francés prohibía cualquier intento organizado de limitar la natalidad». Efectivamente, el Gobierno francés del que formaba parte el ministro socialista Millerand lo prohibió, persiguiendo por todo París a los cientos de delegados internacionales que pudieron llegar. La asistencia fue escasa, con no más de una docena de delegados en cada sesión.

Hippolyte Havel sostiene, en la semblanza biográfica y la introducción a los textos de Emma Goldman en la edición original de este volumen (*Anarchism and Other Essays,* 1910), que dicho «Congreso de 1900 se celebra en casa de un camarada a las afueras de París». Un dato ampliamente obviado es que ese camarada que cedió su casa era Francisco Ferrer y Guardia, exiliado en París desde hacía años. Podemos afirmar que Goldman y Ferrer entablan contacto en este momento. Otras pocas sesiones se celebraron en los locales de la logia masónica del Gran

Oriente Francés, del que Ferrer era un miembro destacado. Alguno de los puntos del orden del día de los debates eran: el feminismo, la coeducación de los sexos y la libertad sexual. Se aprueba crear la Federación Universal de la Liga de Regeneración Humana, cuya «Memoria» se había llevado para ser debatida, defendiendo la maternidad consciente y libre.

A partir de este Congreso librepensador, racionalista y neomalthusiano, Emma, en todas sus conferencias, añade, cuando no se lo prohíben, el tema de la igualdad y la coeducación de sexos, y el control de la natalidad. Las campañas impulsadas por ella y Margaret Sanger en Estados Unidos (como las que en Inglaterra iniciaron Mary Stopes y Dora Russell y antes en Francia, Nelly Roussel) se convirtieron en el gran movimiento «Birth Control», perseguido con penas de cárcel por la Ley Comstock[5].

Las resoluciones aprobadas en dicho Congreso coincidían con los planteamientos de La Escuela Moderna que Ferrer pondría en marcha en Barcelona al año siguiente.

En el ámbito pedagógico, a Emma le habían impactado «los nuevos esfuerzos en el terreno de la educación, conocidos como la Université Populaire, que eran respaldados casi exclusivamente por anarquistas». También la escuela que fundó Louise Michel en Londres; el orfanato de Cempuis, de Paul Robin; o las Parrafadas populares –*Causeries populaires*– de Albert Libertad y sus grupos de

---

[5] Véase *Rebeldes periféricas del siglo XIX,* por Ana Muiña

educación. Pero los centros de La Escuela Moderna habían tenido una propagación increíble, extendida internacionalmente por el impune encarcelamiento de Ferrer junto a José Nakens y su posterior ejecución en 1909 por el Gobierno monárquico de Maura bajo la instigación de la Iglesia.

«Para perpetuar el trabajo y la memoria de Francisco Ferrer», Goldman con 22 anarquistas y otra gente afín ponen en marcha en su barrio, el Lower East Side (St. Mark's place), The Modern School (conocida como Ferrer School y, también, Ferrer Center) en enero de 1911, patrocinada por la Asociación Francisco Ferrer, muy activa desde 1910.

The Modern School fue el centro del Dadaísmo neoyorquino, incluso antes de denominarse como tal. En esta escuela libre, creada para personalidades inconformistas e innovadoras, estudió Man Ray, representante máximo del dadá norteamericano, y expondría por primera vez, mostrando sus trabajos. Admirador y amigo de Emma Goldman, Ray colaboró como portadista y grafista en la emblemática publicación *Mother Earth,* «un mensual dedicado a la ciencia social y la literatura» dirigido por Emma, que mantuvo en pie de 1906 a 1917, cuando la policía la incautó. La redacción estuvo en el Lower East Side y el Village. El centro se convirtió en un lugar de encuentro de radicales, inmigrantes y bohemios. Las clases eran gratuitas, el célebre profesorado no cobraba, y se impartía arte, pintura, filosofía, política e historia, ciencias naturales, sociología, sexualidad, o inglés para inmigrantes. Se daban conferencias sobre literatura, ha-

bía grupos de discusión y de teatro. El plantel del profesorado y conferenciantes asociado a la Ferrer School era de lujo, Emma Goldman y Alexander Berkman disertaban sobre filosofía anarquista; Isadora Duncan daba talleres de danza; Elizabeth Gurley Flynn exhortaba sobre mujeres y sindicalismo *wobbly;* Margaret Sanger difundía las teorías del control de la natalidad y los medios anticonceptivos; Eugene O'Neill y Lola Ridge leían poesía; John Reed, Jack London y Upton Sinclair impartían clases de literatura; Clarence Darrow, de derechos civiles; Manuel Komroff, de teoría del guion; Louise Bryand conferenciaba sobre periodismo y la liberación de las mujeres... Los reputados pintores Robert Henri y George Bellows, también fundadores de Ashcan School, dieron clase a Man Ray, Max Weber, Clara Tice y Edward Hooper, entre otros jóvenes que luego tendrían renombre internacional. En la Ferrer School también estaba el poeta y escultor, además de activista anarquista, Adolf Wolff, que enseñaba francés, implicado en el dadaísmo desde su génesis, al igual que otra profesora, Adon (Donna) Lacroix. Man Ray trabó amistad con dos pintores franceses exiliados, Francis Picabia y Marcel Duchamp. Los tres quedaban para tomar copas y debatir en el bar de la Ferrer. Finalmente, los tres junto con la ceramista Beatrice Wood comenzaron a dar forma al primer núcleo dadá en 1915, el mismo año en que asesinan a Joe Hill, el poeta cantor de la clase trabajadora[6].

---

[6] Véase *Futurismo Dadá Surrealismo,* por Ana Muiña

Son unos años frenéticos. Mientras activa la Ferrer School, Emma decide acopiar una serie de artículos, que anteriormente habían ido apareciendo en *Mother Earth,* para dar cohesión divulgativa a sus principales planteamientos vitales y teóricos. Ya estaba funcionando la sección de publicaciones «Mother Earth publishing association» y lo aprovecha para editar *El anarquismo y otros ensayos.* Este contiene unas notables contribuciones a lo que significa en la práctica el anarquismo y, también, el anarca-feminismo, con aportaciones trascendentales como «La tragedia de la emancipación de la mujer», «El sufragio femenino» y los otros textos que hemos citado. La fecha de publicación es un año posterior a la que figura impresa en el libro: 1910. En la edición original, Hippolyte Havel escribe su introducción en diciembre de 1910, por tanto el libro salió a la calle en enero de 1911. La obra tuvo gran acogida, la segunda edición revisada apareció ese mismo año, 1911, en Nueva York y Londres a la vez. La tercera edición revisada es de 1917. Está disponible en la Universidad de Berkeley. Proliferan las traducciones a otros idiomas, incluido el chino y el japonés (*Anãkizumu: shin ni museifu shugi wa nani o kiso to shite iru ka,* 1932). En España sus textos comienzan a publicarse hacia 1930, como «La tragedia de la emancipación femenina», editado por la editorial de la revista valenciana *Estudios* en su colección «Los pensadores».

Emma nunca tuvo una vida tranquila. En palabras de otra pionera legendaria, Voltairine de Cleyre, caracterizando a Emma Goldman después de su encarcelamiento en 1893: «El espíritu que anima Emma Goldman es el

único que emancipará al esclavo de su esclavitud, al tirano de su tiranía; es el espíritu que se atreve a sufrir».

Durante la Gran Guerra fundó la Liga contra la Conscripción militar, hizo públicas sus convicciones criticando el conflicto por considerarlo un acto de imperialismo: «Ninguna guerra se justifica si no es con el propósito de derrocar el sistema capitalista y establecer el control industrial de la clase trabajadora [...]. El baluarte más grande del capitalismo es el militarismo». Recién acabada la Gran Guerra, fue la redactora del programa de La Liga por la Amnistía de los Prisioneros Políticos, entre 1918 y el inicio de 1919, reclamando los derechos y la libertad de todos los prisioneros de guerra.

La detienen en 1916, por repartir folletos sobre los anticonceptivos. Vuelven a apresarla en 1917. Desde febrero de 1918 a fines de septiembre de 1919 volverá a estar entre rejas. El Gobierno federal cae sobre ella. En diciembre de 1919 la deportan a la Unión Soviética ilegalmente por la fuerza, junto con Beckman y otros 247 revolucionarios. Durante la audiencia en la que se trataba su expulsión, J. Edgar Hoover, que era el presidente de la misma y el primer director del BOI (el precedente del FBI, del que también fue director, y años después el responsable de la caza de brujas macarthista), calificó a Emma como «la mujer más peligrosa de América».

La URSS, el paraíso proletario por el que había organizado multitud de campañas de ayuda, la desilusiona por completo (*Dos años en Rusia,* 1923, *Mi desilusión en Rusia,* 1925). Ella y Berkman habían recorrido la Rusia re-

volucionaria de extremo a extremo, Ucrania y el Cáucaso inclusive. Percibían cómo de los soviets autogestionados se iba pasando a escenarios dictatoriales. Comparten el hambre y la humillación con los humildes, y viven de cerca el drama brutal de Kronstadt. Conocen al ucraniano Nestor Majnó con su Ejército Negro de voluntarios guerrilleros anarquistas y la represión bolchevique que se cierne sobre ellos. Emma alega que «Trotski protesta demasiado» cuando el responsable del Ejército Rojo dijo que iba a abatir a los anarquistas como si fueran patos. En Moscú, Emma pierde, además, uno tras otro, a dos de sus mejores amigos: John Reed, a quien cuidará como enfermera hasta su muerte en octubre de 1920, y a Kropotkin, al que despidió en su entierro multitudinario en febrero de 1921.

Hubo todavía un nuevo paraíso en la vida de Emma: la España de 1936. Un paraíso tan efímero como magnífico, el de la revolución social y las colectividades. En sus visitas a la España revolucionaria en guerra demostró una vez más no conocer el miedo. En diciembre de 1937, en las entrevistas y charlas, cuando le preguntaban por el asedio, el terror y las bombas que caían incesantemente sobre la población civil por primera vez en la historia de la humanidad, contestaba: «Si hay tanta gente que se expone a los bombardeos y los soporta, yo puedo hacerlo también».

De su estancia por las tierras de España, las grandes llanuras, cabe resaltar su apoyo y colaboración con la revista *Mujeres Libres,* de la organización anarca-feminista con el mismo nombre, su afecto hacia Lola Iturbe y

la estrecha relación que mantuvo con Lucía Sánchez Saornil y la SIA (Solidaridad Internacional Antifascista), organización humanitaria de la que Lucía fue Secretaria General en 1938 y Emma Goldman representante de la misma en Inglaterra.

José Peirats –el biógrafo en lengua castellana de Emma, a quien conoció personalmente en Lérida en 1936–, la describe así en *Emma Goldman, anarquista de ambos mundos* (2011, primera edición en 1978): «Su rostro estaba marcado por el sufrimiento, con unas pupilas que, a través de sus gruesos lentes para corregir la miopía, se clavan en las pupilas de quienes la miramos». En su *Diccionario del anarquismo,* en la entrada correspondiente a Goldman, Peirats relata: «Al estallar la guerra civil española ofreció voluntariamente su ayuda a CNT-FAI. Hizo 3 viajes a este país en tanto que representante de aquellas organizaciones del exterior. Había puesto grandes esperanzas en la causa del pueblo español y cuando se produjo la derrota, la sacudió una crisis moral que la llevó a la tumba. Murió el 14 de mayo de 1940 en Toronto (Canadá). Fue enterrada al lado de la tumba de sus compañeros, los Mártires de Chicago. En la tumba hay un epitafio que dice: La libertad no descenderá al pueblo, el pueblo debe ascender por sí mismo a la libertad».

Este gran ser humano que fue Emma Goldman yace en el cementerio de Whalheim, en Chicago. En la inscripción de su lápida, durante años se ha podido ver, corregida a rotulador, el año de su defunción. Federico Ar-

cos, el anarquista español exiliado en Toronto y gran admirador de Emma hasta su fallecimiento, cada vez que iba a visitarla, insistentemente ponía 1940 en vez de 1939, como está esculpido erróneamente en su tumba.

Prefacio

Hace aproximadamente veintiún años escuché al primer gran orador anarquista: el inimitable John Most. Entonces me parecía, y siguió pareciéndomelo durante muchos años, que la palabra hablada lanzada entre las masas con aquella elocuencia tan maravillosa, con tanto entusiasmo y ardor, nunca podría borrarse de la mente y el alma humanas. ¿Cómo podía cualquier persona, de entre de las multitudes que acudían en masa a los mítines de Most, hacer caso omiso de su profética voz? ¡No me cabía duda de que la gente no tenía más que escucharle para desprenderse de sus antiguas convicciones y ver la verdad y la belleza del anarquismo!

En aquella época mi único gran anhelo era poder hablar con la lengua de John Most: ser capaz yo también de llegar de esa forma a las masas. ¡Ay, la ingenuidad del entusiasmo de la Juventud! Es el tiempo en que hasta lo más difícil no parece más que un juego de niños. Es la única parte de la vida que vale la pena. Pero, ¡ay! Esa época no dura mucho. Al igual que la primavera, el perio-

do del *Sturm und Drang*[7] del propagandista da paso al crecimiento, frágil y delicado, que debe madurar, o bien morir, de acuerdo con su capacidad de resistencia frente a mil vicisitudes.

Mi gran fe en que la palabra hablada era capaz de obrar milagros, ya no existe. Me he dado cuenta de su incapacidad para hacer brotar el pensamiento, o siquiera las emociones. Paulatinamente, y no sin una gran lucha contra esa constatación, llegué a ser consciente de que la propaganda oral es, en el mejor de los casos, poco más que un medio de sacudir a la gente de su letargo: no deja una impresión duradera. El propio hecho de que la mayoría de la gente únicamente asiste a los mítines si previamente ha sido espoleada por el sensacionalismo de la prensa, o porque piensa que va a divertirse, es una prueba de que en realidad las personas no tienen una necesidad interior de aprender.

Con la modalidad escrita de la expresión humana ocurre todo lo contrario. Nadie se tomaría la molestia de leer libros serios a menos que esté intensamente interesado en las ideas progresistas. Eso me lleva a otro descubrimiento que hice al cabo de muchos años de actividad pública. Es este: sea cual sea su nivel educativo, un alumno solo acepta aquello que su mente ansía. Es una verdad ya reconocida por la mayoría de los docentes modernos en lo que respecta a la mente inmadura. Yo creo que es igual

---

[7] Vocablo alemán cuyo significado literal es *tormenta y estrés*, aunque es un sinónimo genérico de *agitación*.

de válida para los adultos. Es igual imposible crear anarquistas o revolucionarios que crear músicos. Lo único que se puede hacer es plantar las semillas del pensamiento. Que a partir de ahí se desarrolle algo vital depende sobre todo de la fertilidad de la tierra humana, aunque no hay que pasar por alto la calidad de la semilla intelectual.

En los mítines, el público se distrae con mil cuestiones secundarias. El orador, por muy elocuente que sea, no puede pasar por alto la inquietud de la multitud, con la inevitable consecuencia de que no logra llegar a lo más hondo. Con toda probabilidad, ni siquiera se hará justicia a sí mismo.

La relación entre el escritor y el lector es más íntima. Es cierto que los libros solo son lo que queremos que sean; mejor dicho, lo que leemos en ellos. Que podamos hacerlo viene a demostrar la importancia de la expresión escrita en contraposición con la expresión oral. Esa certeza es lo que me ha inducido a reunir en un libro mis ideas sobre distintos asuntos de relevancia individual y social. Representan las luchas de mi mente y mi alma a lo largo de veintiún años: sobre lo que he sacado en limpio tras muchos cambios y revisiones interiores.

No soy tan optimista como para esperar que mis lectores sean tan numerosos como las personas que me han oído hablar en público. Pero prefiero llegar a los pocos que realmente desean aprender que a los muchos que vienen a entretenerse.

En cuanto al libro, debería hablar por sí solo. Los comentarios explicativos no hacen más que restar valor a

las ideas que se exponen. Sin embargo, me gustaría anticiparme a dos objeciones que sin duda se plantearán. Una tiene que ver con el ensayo *El anarquismo;* la otra, sobre *Minorías contra mayorías*.

«¿Por qué no dice usted cómo funcionarán las cosas bajo el anarquismo?» es una pregunta a la que he tenido que responder mil veces. Porque creo que el anarquismo no puede imponer sistemáticamente al futuro un programa ni un método blindados. La cosa contra la que tiene que luchar cada nueva generación, y la que menos es capaz de dejar atrás, es el lastre del pasado, que nos tiene a todos agarrados como dentro de una red. El anarquismo, por lo menos tal y como yo lo entiendo, deja libertad a la posteridad para desarrollar sus propios sistemas en concreto, en armonía con sus necesidades. Ni nuestra imaginación más vivaz sería capaz de prever las potencialidades de una raza liberada de limitaciones externas. Por consiguiente, ¿cómo podría nadie pretender trazar una línea de conducta para los que vendrán después? Nosotros, que pagamos muy caro cada bocanada de aire puro y fresco, debemos cuidarnos de la tendencia a encadenar el futuro. Si logramos despejar el terreno de la basura del pasado y del presente, dejaremos a la posteridad el legado más grande y más seguro de todas las épocas.

La tendencia más desalentadora, y común entre los lectores, es arrancar una frase de una obra como criterio de las ideas o de la personalidad del escritor. Por ejemplo, Friedrich Nietzsche ha sido vilipendiado por odiar a los débiles, ya que él creía en el *Übermensch,* en el super-

hombre. A los que interpretan superficialmente una mente tan grande no se les ocurre que su visión del superhombre también requería un estado de la sociedad que no engendrara una población de alfeñiques ni esclavos.

Es la misma actitud superficial que no ve en Max Stirner más que al apóstol de la teoría de que «cada cual que se las apañe como pueda, y que el diablo se lleve al último». Se ignora totalmente que el individualismo de Stirner contiene las máximas posibilidades sociales. Sin embargo, y a pesar de todo, lo cierto es que, si alguna vez la sociedad llega a ser libre, lo será a través de personas liberadas, a partir de cuyo libre esfuerzo se crea la sociedad.

Estos ejemplos me llevan a la objeción que se planteará a *Minorías contra mayorías*. No me cabe la mínima duda de que muchos me excomulgarán como enemiga del pueblo, porque rechazo la masa como factor creativo. Prefiero eso que ser culpable de escribir perogrulladas demagógicas tan generalizadas y en boga como cebo para la gente. Soy plenamente consciente de los males que aquejan a las masas oprimidas y desheredadas, pero me niego a recetar los habituales y ridículos paliativos que hacen posible que el paciente ni se muera ni se cure. Resulta imposible excederse al tratar los males sociales; y además, generalmente lo extremo es lo adecuado. Mi falta de fe en la mayoría obedece a mi fe en las potencialidades del individuo. Tan solo cuando este pasa a ser libre de elegir a sus asociados en un propósito común po-

dremos esperar que de este mundo de caos y desigualdad surjan el orden y la armonía.

Por lo demás, mi libro debería hablar por sí mismo.

Emma Goldman

Anarquismo
Lo que Significa Realmente

«Anarquía

Siempre vilipendiada, execrada, nunca comprendida,
Tú eres el atroz terror de nuestra era.
«Eres la ruina de todo orden», grita la multitud,
«y la guerra, y la furia sin fin de los asesinatos»,
Que griten. A los que nunca se han esforzado
por encontrar la verdad que hay detrás de una palabra,
a ellos nunca se les dio el significado correcto de la palabra.
Seguirán ciegos entre los ciegos.
Pero tú, oh palabra, tan clara, tan fuerte, tan pura,
tú expresas todo aquello que yo he asumido como meta.
¡Te entrego al futuro! Que tuyo será seguro
cuando cada uno despierte por lo menos para sí mismo.
¿Llega cuando luce el sol? ¿En el estremecimiento de la tormenta?
Eso no lo sé – ¡pero la Tierra lo verá!
¡Yo soy anarquista! ¡Porque no quiero
mandar, ni tampoco ser mandado!

John Henry Mackay».

La historia del crecimiento y el desarrollo del ser humano es al mismo tiempo la historia de la terrible lucha de toda nueva idea que anuncia la llegada de un amanecer más brillante. Lo Viejo, en su tenaz aferrarse a la tradición, nunca ha dudado en hacer uso de los medios más sucios y crueles para detener la llegada de lo Nuevo, sea cual sea la forma o la época en que este haya podido hacerse valer. Y tampoco debemos remontarnos a un pasado lejano para darnos cuenta de la enormidad de la resistencia, las dificultades y las penalidades que se han interpuesto en el camino de cualquier idea progresista. El potro de tortura, las empulgueras y el látigo de siete colas siguen ahí; igual que el uniforme presidiario y la ira social, todos confabulados contra el espíritu que marcha serenamente hacia adelante.

El anarquismo no podía esperar sustraerse a la misma suerte que todas las demás ideas innovadoras. De hecho, el anarquismo, al ser la innovación más revolucionaria y radical, no tiene más remedio que enfrentarse a la suma de la ignorancia y el veneno del mundo que aspira a reconstruir.

Para lidiar siquiera remotamente con todo lo que se dice y se hace contra el anarquismo haría falta escribir un libro entero. Por consiguiente, tan solo abordaré las dos objeciones principales. Al hacerlo, intentaré dilucidar lo que realmente significa el anarquismo.

El extraño fenómeno de la oposición al anarquismo consiste en que saca a la luz la relación entre las así llamadas inteligencia e ignorancia. Y, sin embargo, no resulta demasiado extraño cuando consideramos la relatividad de todas las cosas. En su descargo, cabe decir que

la masa ignorante no tiene pretensiones de conocimiento ni de tolerancia. Al actuar, como hace siempre, por puro impulso, sus motivos son como los de los niños. «¿Por qué?» «Porque sí». Sin embargo, la oposición de los incultos al anarquismo merece la misma consideración que la de las personas inteligentes.

Así pues, ¿cuáles son esas objeciones? En primer lugar, que el anarquismo es inviable, aunque se trata de una bonita idea. En segundo lugar, que el anarquismo entraña violencia y destrucción, y por ello debe ser repudiado por vil y peligroso. Tanto las personas inteligentes como la masa ignorante se posicionan no a partir de un conocimiento exhaustivo del asunto, sino a partir de habladurías o interpretaciones falsas.

Un plan viable, dice Oscar Wilde, o bien es un plan que ya existe, o se trata de un plan que podría llevarse a cabo bajo las circunstancias existentes; pero lo que uno está criticando son justamente las circunstancias existentes, y cualquier plan que pueda aceptar dichas circunstancias es erróneo y descabellado. Por consiguiente, el verdadero criterio de lo viable no es si puede mantener intactos lo erróneo o lo descabellado; al contrario, el criterio es si el plan tiene la vitalidad suficiente para abandonar las aguas estancadas de lo viejo, y construir, y conservar, nueva vida. A la luz de ese concepto, el anarquismo es verdaderamente viable. Contribuye, más que cualquier otra idea, a liquidar lo erróneo y lo descabellado; construye y conserva, más que cualquier otra idea, nueva vida.

Las emociones de las personas ignorantes están cons-

tantemente a flor de piel por efecto de las muy espeluznantes historias sobre el anarquismo. No hay nada que sea demasiado atroz para que se emplee contra esta filosofía y sus defensores. Por consiguiente, el anarquismo equivale, para las mentes de los que no piensan, al proverbial «coco» para los niños: un monstruo malvado que quiere engullirlo todo; en resumen, destrucción y violencia.

¡Destrucción y violencia! ¿Cómo va a saber el hombre corriente que el elemento más violento de la sociedad es la ignorancia? ¿Que su poder de destrucción es justamente lo que combate el anarquismo? Como tampoco es consciente de que el anarquismo, cuyas raíces, por así decirlo, forman parte de las fuerzas de la naturaleza, destruye no el tejido sano, sino los tumores parasitarios que se alimentan de las esencias vitales de la sociedad. Lo que acabará generando frutos sanos será simplemente eliminar del terreno las malas hierbas y la artemisa.

Alguien ha dicho que requiere menos esfuerzo mental condenar que pensar. La indolencia mental generalizada, tan predominante en la sociedad, demuestra que es totalmente cierto. En vez de llegar hasta el fondo de una idea determinada, de examinar sus orígenes y su significado, la mayoría de la gente la condena totalmente, o se basa en algún concepto preconcebido y secundario.

El anarquismo insta al hombre a pensar, a investigar, a analizar cualquier proposición; pero para no sobrecargar demasiado la capacidad cerebral del lector medio, también empezaré con una definición, y después entraré en detalles.

Anarquismo: la filosofía de un nuevo orden social basado en la libertad sin las limitaciones de las leyes hechas por los hombres; la teoría de que todas las formas de gobierno se basan en la violencia, y que por consiguiente son erróneas y perjudiciales, así como innecesarias.

El nuevo orden social se basa, por supuesto, en el fundamento materialista de la existencia; pero si bien todos los anarquistas están de acuerdo en que los principales males de hoy en día son económicos, ellos sostienen que la solución a dichos males únicamente puede producirse a través de la consideración de *todas las fases* de la existencia: las individuales y también las colectivas; las fases internas, y también las fases externas.

Un concienzudo examen de la historia del desarrollo humano pondría de manifiesto dos elementos encarnizadamente enfrentados entre sí; unos elementos que no se han empezado a comprender hasta ahora, no como ajenos el uno al otro, sino como íntimamente relacionados y verdaderamente armoniosos, siempre y cuando se sitúen en el entorno adecuado: los instintos individuales y los instintos sociales. El individuo y la sociedad mantienen desde hace siglos una guerra implacable y sangrienta, donde cada uno lucha por la supremacía, porque ambos son incapaces de ver el valor y la importancia del otro. Los instintos individuales y sociales –los primeros como un poderoso factor para los empeños humanos, para el crecimiento, las aspiraciones y la autorrealización; los segundos como un factor igual de poderoso para la utilidad recíproca y el bienestar social.

No hace falta buscar muy lejos para hallar la explicación de la tormenta que brama en el interior del indivi-

duo, y entre él y su entorno. El hombre primitivo, incapaz de comprender su existencia, y mucho menos la unidad de toda la vida, se sentía absolutamente a merced de unas fuerzas ciegas y ocultas, siempre dispuestas a burlarse y mofarse de él. A partir de aquella actitud surgieron los conceptos religiosos del hombre como una mera mota de polvo a merced de unas fuerzas superiores en las alturas, a las que únicamente era posible apaciguar mediante una rendición total. Todas las viejas sagas se basan en esa idea, que sigue siendo el *leitmotif* de los relatos bíblicos que hablan de la relación del hombre con Dios, con el Estado, con la sociedad. Una y otra vez, el mismo motivo, *el hombre no es nada, los poderes lo son todo*. Así pues, Jehová únicamente estaba dispuesto a tolerar al hombre a condición de su rendición total. El hombre puede gozar de todas las glorias de la tierra, pero no debe ser consciente de sí mismo. El Estado, la sociedad, y las leyes morales cantan ese mismo estribillo: el hombre puede gozar de todas las glorias de la tierra, pero no debe ser consciente de sí mismo.

El anarquismo es la única filosofía que aporta al hombre la conciencia de sí mismo; que sostiene que Dios, el Estado y la sociedad son inexistentes, que sus promesas son nulas y vacuas, puesto que únicamente pueden cumplirse a través de la subordinación del hombre. Por consiguiente, el anarquismo enseña la unidad de la vida; no solo en la naturaleza, sino en el hombre. No existe un conflicto entre los instintos individuales y los instintos sociales, igual que no lo hay entre el corazón y los pulmones: uno es el receptáculo de una valiosísima esencia vital, los otros son los depositarios del elemento que mantiene pura y fuerte dicha esencia. El individuo es el corazón de

la sociedad, el que conserva la esencia de la vida social; la sociedad son los pulmones que distribuyen el elemento que mantiene pura y fuerte la esencia vital, es decir al individuo.

«La única cosa de valor en este mundo», dice Ralph Waldo Emerson, «es el alma activa; es algo que todo hombre contiene en su interior. El alma activa ve la verdad absoluta, enuncia la verdad y crea». En otras palabras, en este mundo lo valioso es el instinto individual. Es el alma auténtica que ve y crea la verdad viviente, de la que saldrá una verdad aún mayor, el alma social renacida.

El anarquismo es el gran liberador del hombre de los fantasmas que le han tenido cautivo; es el árbitro y el pacificador de las dos fuerzas necesarias para la armonía social e individual. Para alcanzar esa unidad, el anarquismo le ha declarado la guerra a las perniciosas influencias que han impedido hasta ahora una integración armoniosa de los instintos individuales y sociales, del individuo y de la sociedad.

La religión, el dominio sobre la mente humana; la propiedad, el dominio sobre las necesidades humanas; y el gobierno, el dominio sobre la conducta humana, representan el bastión de la esclavización del hombre y de todos los horrores que conlleva. ¡La religión! Cómo domina la mente del hombre, cómo humilla y degrada su alma. Dios lo es todo, el hombre no es nada, dice la religión. Pero a partir de esa nada, Dios ha creado un reino tan despótico, tan tiránico, tan cruel, tan terriblemente exigente, que desde que aparecieron los dioses el mundo no se ha regido por otra cosa que la oscuridad, las lágrimas

y la sangre. El anarquismo incita al hombre a rebelarse contra ese negro monstruo. Rompe tus cadenas mentales, le dice el anarquismo al hombre, ya que no te librarás del dominio de la oscuridad, el mayor obstáculo para cualquier progreso, hasta que pienses y juzgues por ti mismo.

La propiedad, el dominio sobre las necesidades del hombre, la negación del derecho a satisfacer sus necesidades. Hubo un tiempo en que la propiedad se reivindicaba como un derecho divino, cuando siempre le venía al hombre con el mismo estribillo que la religión: «¡Sacrifícate! ¡Ríndete! ¡Sométete!». El espíritu del anarquismo ha levantado al hombre de su postración. Ahora se yergue en pie, con el rostro vuelto hacia la luz. Ha aprendido a ver la naturaleza insaciable, devoradora y devastadora de la propiedad, y se dispone a abatir al monstruo con un golpe mortífero.

«La propiedad privada es un robo», decía Proudhon, el gran anarquista francés. Sí, pero sin riesgo ni peligro para el ladrón. Al monopolizar los esfuerzos acumulados del hombre, la propiedad le ha arrebatado lo que le corresponde por nacimiento, y le ha convertido en un mendigo y un marginado. La propiedad ni siquiera tiene la ya gastada excusa de que el hombre no crea lo suficiente para satisfacer todas las necesidades. Cualquier estudiante de economía sabe que la productividad de la mano de obra en las últimas décadas excede cientos de veces la demanda normal. Pero, ¿cuáles son las demandas normales de una institución anormal? La única demanda que reconoce la propiedad es su propio apetito voraz de más riqueza, porque la riqueza significa poder; poder para someter, para aplastar, para explotar, poder para esclavizar, para ultrajar, para degradar. Estados Unidos

se muestra especialmente jactancioso de su gran poder, de su enorme riqueza nacional. Pobre América, ¿de qué le sirve toda su riqueza si los individuos que componen la nación son miserablemente pobres? ¿Si viven en la miseria, en medio de la suciedad y la delincuencia, ya sin esperanza ni alegría, como un ejército de presas humanas sin techo y sin tierra?

En general todo el mundo reconoce que a menos que la rentabilidad de cualquier empresa supere los costes, su quiebra es inevitable. Pero quienes se dedican al negocio de producir riqueza todavía no han aprendido esa sencilla lección. Cada año, el coste de la producción en vidas humanas va creciendo (50,000 muertos y 100,000 heridos el año pasado en Estados Unidos); para las masas, que contribuyen a crear riqueza, su margen es cada vez menor. Sin embargo, Estados Unidos sigue sin querer ver la quiebra inevitable de nuestras empresas productivas. Y tampoco ese es su único delito. Resulta aún más mortífero el delito de convertir al obrero en una mera partícula de una máquina, con cada vez menos capacidad de decisión que su amo de acero y hierro. Al hombre le están robando no solo el producto de su trabajo sino el poder de la libre iniciativa, de la originalidad, y del interés o el deseo por las cosas que está produciendo.

La verdadera riqueza consiste en cosas útiles y bellas, en las cosas que contribuyen a crear cuerpos fuertes y hermosos, y un entorno inspirador donde vivir. Pero si el hombre está condenado a devanar algodón en una bobina, o a extraer carbón, o a construir carreteras, durante treinta años de su vida, no cabe hablar de riqueza. Lo único que aporta al mundo son cosas grises y horrendas, que son reflejo de una existencia monótona y espan-

tosa –demasiado débil para vivir, demasiado cobarde para morir–. Resulta extraño, pero hay gente que ensalza ese método insensibilizador de la producción centralizada como el máximo logro y el orgullo de nuestra época. Son totalmente incapaces de darse cuenta de que, si vamos a seguir por el camino de la sumisión ciega a las máquinas, nuestra esclavitud será más total que lo que era nuestra sumisión a un rey. No quieren enterarse de que la centralización no es solo la sentencia de muerte de la libertad, sino también de la salud y de la belleza, de las artes y las ciencias, pues todas esas cosas resultan imposibles en una atmósfera tan mecánica como la de un reloj.

El anarquismo no puede más que abominar de semejante método de producción: la meta del anarquismo es la expresión más libre posible de todas las potencialidades latentes del individuo. Oscar Wilde define la personalidad perfecta como «una que se desarrolla bajo unas condiciones perfectas, que no corra el riesgo de sufrir heridas ni mutilaciones, y que esté libre de peligro». Así pues, una personalidad perfecta solo es posible en un estado de la sociedad donde el hombre sea libre de elegir la forma de trabajar, las condiciones del trabajo, y la libertad de trabajar. Un hombre para el que fabricar una mesa, construir una casa o labrar la tierra sea lo mismo que el cuadro para un pintor o un descubrimiento para un científico: el fruto de la inspiración, de un anhelo intenso, y de un profundo interés en el trabajo como fuerza creativa. Al ser ese el ideal del anarquismo, su organización económica debe consistir en asociaciones productivas y distributivas voluntarias, que paulatinamente irán desarrollándose en un comunismo libre, como la mejor forma de producir con el mínimo desperdicio de energías huma-

nas. Sin embargo, el anarquismo también reconoce el derecho del individuo, o de varios individuos, a organizar en cualquier momento otras formas de trabajo, en armonía con sus gustos y deseos.

Como ese libre despliegue de energías humanas únicamente es posible en un ambiente de total libertad individual y social, el anarquismo dirige sus fuerzas contra el tercer y máximo enemigo de toda igualdad social; a saber: el Estado, la autoridad organizada, o la legislación vigente: el dominio de la conducta humana.

Al igual que la religión ha encadenado la mente humana, y que la propiedad, es decir el monopolio sobre las cosas, ha sojuzgado y asfixiado las necesidades del hombre, el Estado ha esclavizado su espíritu, dictándole todos los aspectos de su conducta. «En esencia, todo gobierno», dice Emerson, «es tiranía». Da igual si es un gobierno por derecho divino o por la regla de la mayoría. En todas sus manifestaciones, su meta es la subordinación absoluta del individuo.

Hablando del Gobierno de Estados Unidos, David Thoreau, el anarquista estadounidense más importante, decía:

> *«El gobierno no es más que una tradición, aunque reciente, que aspira a transmitirse sin trabas a la posteridad, pero que a cada paso va perdiendo su integridad; no tiene ni la misma vitalidad ni la misma fuerza que un solo hombre vivo. Las leyes nunca han hecho que el hombre sea un ápice más justo; y a consecuencia del respeto que sienten por él, incluso las personas de buena disposición se convierten a diario en agentes de la injusticia».*

De hecho, la tónica del gobierno es la injusticia. Con la arrogancia y la autosuficiencia de un rey incapaz de hacer nada malo, los gobiernos ordenan, juzgan, condenan y castigan las faltas más insignificantes, al tiempo que se sostienen mediante el mayor de los delitos, la aniquilación de las libertades individuales. Así pues, Ouida[8] tiene razón cuando sostiene que

> *«[E]l Estado únicamente aspira a infundir en su ciudadanía las cualidades por las que se obedecen sus exigencias y se llenan sus arcas. Su máximo logro es la reducción del género humano a un mecanismo de relojería. En su atmósfera, todas las libertades más excelentes y sutiles, que requieren cuidados y una expansión espaciosa, inevitablemente se agostan y perecen. El Estado precisa de una máquina de pagar impuestos donde no exista la mínima pega; de un tesoro público donde nunca haya déficit; y de una ciudadanía monótona, obediente, anodina, sin brío, que avanza humildemente como un rebaño de ovejas por una carretera recta que discurre entre dos tapias».*

Sin embargo, incluso un rebaño de ovejas se resistiría a las argucias del Estado, de no ser por los métodos corruptores, tiránicos y opresivos que emplea para conseguir sus fines. Por consiguiente, Bakunin repudia el Estado por considerarlo sinónimo de la entrega de la libertad del individuo o de las pequeñas minorías –la destrucción de las relaciones sociales, el recorte, o incluso la negación total, de la vida misma, para su propio engrandecimiento–. El Estado es el altar de la libertad política y, al igual que el ara religiosa, se mantiene con el propósito de realizar sacrificios humanos.

---

[8] Seudónimo de la novelista inglesa Marie-Louise de la Ramée (1839-1908)

De hecho, apenas existen pensadores modernos que no estén de acuerdo con que el gobierno, la autoridad organizada, o el Estado, son necesarios *exclusivamente* para mantener o proteger la propiedad y los monopolios. Tan solo han demostrado ser eficaces en esa función.

Incluso George Bernard Shaw, que espera algo milagroso del Estado bajo el fabianismo[9], admite sin embargo que «actualmente es una gigantesca máquina para el robo y la esclavización de los pobres por la fuerza bruta». De ser así, resulta difícil entender por qué el inteligente escritor y orador desea conservar el Estado una vez que la pobreza haya dejado de existir.

Por desgracia, todavía hay un gran número de personas que siguen en la fatídica convicción de que el gobierno se basa en unas leyes naturales, que mantiene el orden y la armonía social, que reduce la delincuencia, y que evita que los vagos desplumen a sus conciudadanos. Por lo tanto, voy a examinar esas afirmaciones.

Una ley natural es un factor del hombre que se afirma libre y espontáneamente, sin la intervención de fuerzas externas, en armonía con las necesidades de la naturaleza. Por ejemplo, la necesidad de alimento, de gratificación sexual, de luz, de aire, y de ejercicio, es una ley natural. Pero su manifestación no necesita la maquinaria del gobierno, no necesita ni porras, ni pistolas, ni esposas,

---

[9] El fabianismo fue un movimiento socialista originado a partir de las actividades de la Sociedad Fabiana. Fundada en Londres en 1884, la Sociedad Fabiana era una sociedad socialista cuyo objetivo era establecer un Estado socialista democrático en Gran Bretaña a través del socialismo evolutivo en lugar de la revolución.

ni cárceles. Obedecer a dichas leyes, si es que cabe llamarlo obediencia, tan solo requiere espontaneidad y oportunidades libres. Que los gobiernos no se mantienen por medio de unos factores tan armoniosos lo demuestra el terrible despliegue de violencia, de fuerza y de coerción que emplean todos los gobiernos para subsistir. Así pues, William Blackstone tiene razón cuando dice: «Las leyes humanas no son válidas, porque son contrarias a las leyes de la naturaleza».

A menos que se trate del orden de Varsovia[10] tras la matanza de miles de personas, resulta difícil atribuirles a los gobiernos la mínima capacidad de orden o de armonía social. El orden que se logra a través de la sumisión y que se mantiene mediante el terror no es un aval demasiado seguro; sin embargo, ese es el único «orden» que desde siempre han mantenido los gobiernos. La verdadera armonía social surge de forma natural de la solidaridad de los intereses. En una sociedad donde quienes trabajan sin cesar nunca poseen nada, mientras que los que nunca trabajan gozan de todo, la solidaridad de los intereses es inexistente; de ahí que la armonía social no sea más que un mito. La única forma que tiene la autoridad organizada de afrontar esta grave situación es ampliar aún más los grandes privilegios de quienes ya han monopolizado la tierra, y esclavizar aún más a las masas de los desheredados. Así pues, todo el arsenal del gobierno —las leyes, la policía, los soldados, los tribunales, las asambleas legislativas, las cárceles— se dedica denodadamente a

---

[10] Una alusión a la opresión contra la nación polaca tras el levantamiento polaco de 1830 y la incorporación del territorio al Imperio ruso, con su consiguiente rusificación

«armonizar» a los elementos más hostiles de la sociedad.

La apología más absurda de la autoridad y las leyes es la que dice que sirven para reducir la delincuencia. Dejando a un lado que el propio Estado es el mayor criminal, pues infringe cualquier ley, ya sea escrita o natural, roba bajo la forma de impuestos, mata bajo la forma de las guerras y de la pena capital, el Estado ha llegado a un punto muerto absoluto en su lucha contra el crimen. Ha fracasado totalmente en su empeño por destruir, o siquiera minimizar, el horrible azote que él mismo ha creado.

La delincuencia no es más que energías mal dirigidas. Mientras todas y cada una de las instituciones contemporáneas, ya sean económicas, políticas, sociales o morales, se confabulen para desviar las energías por el cauce equivocado; mientras la mayoría de las personas se sienta alienada haciendo cosas que aborrece, y viviendo una vida que detesta, la delincuencia será inevitable, y todas las leyes del ordenamiento jurídico no harán más que incrementar la delincuencia, nunca acabar con ella. ¿Qué sabe la sociedad, tal y como es hoy en día, del proceso de desesperación, de la pobreza, de los horrores, de los terribles apuros por los que tiene que pasar el alma humana en su camino hacia la delincuencia y la degradación? Quien conozca ese terrible proceso no puede dejar de ver la verdad que encierran las siguientes palabras de Piotr Kropotkin:

> *«Quienes mantengan el equilibrio entre los beneficios así atribuidos a las leyes y a los castigos, por un lado, y el efecto degradante de estos en el género humano por otro; quienes tengan en cuenta el torrente de depravación que difunden en la sociedad humana los confidentes, incluso a instancias de los jueces,*

y que los gobiernos pagan en dinero contante y sonante, bajo el pretexto de que contribuyen a desenmascarar la delincuencia; quienes accedan al interior de las cárceles y vean allí en qué se convierten los seres humanos cuando se les priva de libertad, cuando son confiados a la custodia de unos guardianes brutales y sometidos un lenguaje tosco y cruel, y a mil humillaciones dolorosas e hirientes, estarán de acuerdo con nosotros en que todo el aparato de las cárceles y los castigos es una abominación a la que es preciso poner fin.»

La influencia disuasoria de las leyes sobre el hombre perezoso es demasiado absurda como para ser tenida en cuenta. Si tan solo se aliviara a la sociedad del derroche y el gasto de mantener a una clase ociosa, y del gasto igual de considerable de la parafernalia de protección que requiere esa clase ociosa, las mesas de la sociedad contendrían una gran abundancia para todos, incluso para algún vago ocasional. Además, hay que tener en cuenta que la pereza es una consecuencia o bien de unos privilegios especiales o bien de anormalidades físicas y mentales. Nuestro descabellado sistema de producción actual fomenta ambas cosas y, en la actualidad, el fenómeno más asombroso es que la gente esté dispuesta siquiera a trabajar. El anarquismo aspira a despojar al trabajo de su aspecto insensibilizador y entorpecedor, de su carácter sombrío y coactivo. Aspira a hacer del trabajo un instrumento de la alegría, de la fuerza, del color, de verdadera armonía, para que hasta el tipo más pobre de hombre encuentre a la vez esparcimiento y esperanza en el trabajo.

Para lograr una organización de la vida como esa, es preciso acabar con el gobierno, y con sus medidas injustas, arbitrarias y represivas. En el mejor de los casos, el gobierno no ha hecho más que imponer un único estilo de vida a todos, sin consideración con la diversidad y las ne-

cesidades individuales y sociales. Al destruir el gobierno y las leyes establecidas, el anarquismo plantea rescatar el respeto del individuo por sí mismo y su independencia de todas las limitaciones y las injerencias por parte de la autoridad. Solo en libertad el ser humano puede crecer hasta su plena estatura. Solo en libertad aprende a pensar y a actuar, y a dar lo mejor de sí mismo. Solo en libertad llega a darse cuenta de la verdadera fuerza de los lazos sociales que unen a los hombres entre sí, y que son el auténtico fundamento de una vida social normal.

Pero, ¿qué ocurre con la naturaleza humana? ¿Se puede cambiar? Y en caso de que no se pueda, ¿resistirá bajo el anarquismo?

Pobre naturaleza humana, ¡qué crímenes tan horribles se han cometido en tu nombre! Cualquier insensato, desde el rey hasta el policía, desde el párroco más simplón hasta el diletante en ciencias y carente de visión, está convencido de que habla de la naturaleza humana con solvencia. Cuanto mayor es el charlatán mental, más terminante es su insistencia en la maldad y la debilidad de la naturaleza humana. Sin embargo, ¿cómo puede alguien hablar de la naturaleza humana hoy en día, con las almas encarceladas y los corazones encadenados, heridos y lisiados?

John Burroughs ha afirmado que el estudio experimental de los animales en cautiverio es absolutamente inútil. Su carácter, sus hábitos, sus apetitos, sufren una transformación completa cuando se les arranca de su terreno, en los campos y en los bosques. Con el alma humana enjaulada en un reducido espacio, azotada a diario para conseguir su sumisión, ¿cómo podemos hablar de sus po-

tencialidades?

Únicamente la libertad, la expansión, las oportunidades y, por encima de todo, la paz y el reposo, pueden enseñarnos los verdaderos factores dominantes de la naturaleza humana y todas sus maravillosas posibilidades.

Así pues, el anarquismo en realidad representa la liberación de la mente humana del dominio de la religión; la liberación del cuerpo humano del dominio de la propiedad; la liberación de las cadenas y de las restricciones del gobierno. El anarquismo representa un orden social basado en la agrupación libre de los individuos con el propósito de producir verdadera riqueza social; un orden que garantizará a todos y cada uno de los seres humanos el acceso libre a la tierra y el pleno disfrute de las necesidades de la vida, conforme a los deseos, gustos e inclinaciones de cada cual.

No se trata de una fantasía alocada, ni de una aberración de la mente. Es la conclusión a la que han llegado infinidad de hombres y mujeres intelectuales de todo el mundo; una conclusión que es el resultado de una observación detallada y razonada de las tendencias de la sociedad moderna: la libertad individual y la igualdad económica, las fuerzas gemelas que engendran lo mejor y lo más auténtico del ser humano.

En cuanto a los métodos, el anarquismo no es, como algunos podrían suponer, una teoría del futuro que ha de hacerse realidad por inspiración divina. Es una fuerza viva en los asuntos de nuestra existencia, que constantemente crea condiciones nuevas. Por consiguiente, los métodos del anarquismo no consisten en un programa blin-

dado que ha de llevarse a cabo en cualquier circunstancia. Los métodos deben surgir de las necesidades económicas de cada lugar y de cada latitud, y de las necesidades intelectuales y temperamentales del individuo. El carácter sereno y apacible de un Tolstói aspirará a unos métodos distintos para la reconstrucción social que la personalidad intensa y desbordante de un Mijaíl Bakunin o de un Piotr Kropotkin. De la misma forma, tiene que resultar evidente que las necesidades económicas y políticas de Rusia dictarán unas medidas más drásticas que las de Inglaterra o Estados Unidos. El anarquismo no consiste en una instrucción y una uniformidad de tipo militar; sin embargo, sí representa el espíritu de rebeldía, en cualquiera de sus formas, contra todo lo que entorpece el crecimiento humano. Todos los anarquistas coinciden en ello, igual que también coinciden en su oposición a la maquinaria política como medio de provocar el gran cambio social.

«Toda votación», afirma Thoreau, «es una especie de juego, como las damas o el *backgammon,* un juego con lo acertado y lo erróneo; su obligación nunca va más allá de la conveniencia. Incluso votar por lo acertado equivale a no hacer nada a su favor. Un hombre sabio nunca dejará lo correcto a merced del azar, ni deseará que se imponga a través de la fuerza de la mayoría». Un análisis detallado de la maquinaria de la política y de sus logros confirma la lógica de Thoreau.

¿Qué revela la lógica del parlamentarismo? Nada más que fracasos y derrotas, ni siquiera una sola reforma para mejorar las penalidades económicas y sociales de la gente. Se han promulgado leyes y se han dictado normativas para la mejora y la protección de los trabajadores.

Y así, hasta el año pasado no ha sido posible demostrar que, en el Estado de Illinois, con las leyes más estrictas para la protección en las minas, se producían los mayores desastres en la minería. En los estados donde rigen leyes sobre trabajo infantil, la explotación de los niños alcanza sus cotas más altas, y a pesar de que en nuestro país los trabajadores gozan de plenas oportunidades políticas, el capitalismo ha alcanzado su cénit más descarado.

Aunque los trabajadores pudieran tener sus propios representantes, algo por lo que claman nuestros buenos políticos socialistas, ¿qué probabilidades hay de que sean personas honestas y de buena fe? Solo hemos de tener en cuenta el proceso de la política para darnos cuenta de que su senda de buenas intenciones está plagada de dificultades: los amiguismos, las intrigas, la adulación, las mentiras y los engaños; es decir, todo tipo de argucias por las que el aspirante a político puede alcanzar el éxito. A eso hay que añadir una completa desmoralización del carácter y las convicciones, hasta que no queda nada que pueda hacernos esperar algo bueno de semejantes despojos humanos. Una y otra vez, la gente ha sido lo bastante tonta como para confiar, creer, y apoyar con su último céntimo a los aspirantes a políticos, para después verse traicionados y engañados.

Alguien podría alegar que las personas íntegras no acabarían corrompiéndose en la trituradora política. Puede que no; pero ese tipo de personas se verían absolutamente impotentes a la hora de ejercer la mínima influencia a favor de los trabajadores, como efectivamente se ha demostrado en numerosos casos. El Estado es el señor económico de sus siervos. Las buenas personas, si es que existen, permanecerán fieles a sus convicciones políticas

y perderán sus apoyos económicos, o bien se aferrarán a su señor económico y acabarán siendo totalmente incapaces de hacer el mínimo bien. La arena política no deja otra alternativa: uno tiene que elegir entre ser un necio o ser un granuja.

La superstición política sigue ejerciendo su influencia en los corazones y en las mentes de las masas, pero los verdaderos amantes de la libertad ya no quieren saber nada de ella. Por el contrario, están convencidos, con Stirner, de que el hombre tiene tanta libertad como la que está dispuesto a tomar. Por consiguiente, el anarquismo representa la acción directa, la rebeldía abierta y la resistencia contra todas las leyes y restricciones, económicas, sociales y morales. Pero la rebeldía y la resistencia son ilegales. Ahí radica la salvación del hombre. Todo lo que es ilegal exige integridad, independencia y valor. En pocas palabras, el anarquismo requiere espíritus libres e independientes, «hombres que sean hombres, y que tengan un espinazo que no se pueda atravesar con la mano».

El propio sufragio universal debe su existencia a la acción directa. De no haber sido por el espíritu de rebeldía, de desafío, por parte de los padres de la Independencia de Estados Unidos, sus descendientes aún seguirían estando al servicio del rey. De no haber sido por la acción directa de un John Brown y de sus camaradas, Estados Unidos seguiría traficando con la carne del hombre negro. Sí, es verdad que aún subsiste el tráfico de carne blanca; pero también eso tendrá que ser abolido por la acción directa. El sindicalismo, la arena económica del gladiador moderno, debe su existencia a la acción directa. Hasta hace poco, las leyes y el gobierno nunca habían in-

tentado aplastar el movimiento sindical, ni tampoco condenar a penas de cárcel a los defensores del derecho de las personas a organizarse, acusándoles de conspiradores. Si hubieran pretendido hacer valer su causa suplicando e implorando, y transigiendo, hoy en día el sindicalismo sería un factor intrascendente. En Francia, en España, en Italia, en Rusia, e incluso en Inglaterra (como da fe la creciente rebelión de los sindicatos ingleses), la acción económica directa y revolucionaria se ha convertido en una fuerza tan poderosa en la batalla por la libertad industrial como para conseguir que el mundo sea consciente de la tremenda importancia de la fuerza de los trabajadores. La Huelga General, la suprema manifestación de la conciencia económica de los trabajadores, no ha sido ridiculizada en Estados Unidos hasta hace muy poco. Hoy en día, para triunfar, cualquier gran huelga ha de tener en cuenta la importancia de una protesta general y solidaria.

La acción directa, que ha demostrado ser eficaz en el frente económico, es igualmente poderosa en el entorno del individuo. Ahí, infinidad de fuerzas invaden su existencia, y tan solo una resistencia persistente contra ellas acabará liberándole. La acción directa contra la autoridad en la fábrica, la acción directa contra la autoridad de la ley, la acción directa contra la autoridad invasiva y entrometida de nuestro código moral, son el método lógico y coherente del anarquismo.

¿Eso no nos conducirá a una revolución? Efectivamente, así será. Nunca se ha producido ningún cambio social verdadero sin una revolución. La gente o bien no está familiarizada con su historia, o aún no ha aprendido que la revolución no es otra cosa que el pensamiento lle-

vado a la acción.

Hoy en día el anarquismo, la gran levadura del pensamiento, impregna todos y cada uno de los aspectos de los quehaceres humanos. Las ciencias, las artes, la literatura, el teatro, los esfuerzos por las mejoras económicas, y realmente toda oposición individual y social al desorden de cosas imperante, están iluminados por la luz espiritual del anarquismo. Es la filosofía de la soberanía del individuo. Es la teoría de la armonía social. Es la gran verdad en ascenso que está reconstruyendo el mundo, y que marcará el comienzo del Amanecer.

Las Minorías contra las Mayorías

Si tuviera que hacer un resumen de la tendencia de nuestros tiempos, yo diría: la Cantidad. La multitud, el espíritu de las masas, predomina por doquier, y destruye la calidad. Toda nuestra existencia –la producción, la política y la educación– se basa en la cantidad, en las cifras. El trabajador que antaño se enorgullecía del esmero y de la calidad de su trabajo, ha sido sustituido por autómatas estúpidos e incompetentes, que producen cantidades ingentes de cosas, carentes de valor para ellos, y generalmente perjudiciales para el resto de la humanidad. Así pues, la cantidad, en vez de contribuir a las comodidades de la vida y la paz, no ha hecho más que incrementar la carga del hombre.

En política, la cantidad es lo único que cuenta. Sin embargo, en proporción con su aumento, los principios, los ideales, la justicia y la rectitud se ven completamente anegados por el despliegue de cifras. En la lucha por la supremacía, los distintos partidos políticos se superan en argucias, engaños, astucia y turbias maquinaciones, confiando en que el que gane será indudablemente aclamado

como vencedor por la mayoría. Ese es el único dios: el Éxito. A expensas de qué, pagando qué horrible precio para su prestigio resulta intrascendente. No tenemos que ir muy lejos para encontrar pruebas que certifiquen esta triste realidad.

Nunca había quedado tan absolutamente de manifiesto la corrupción, la completa podredumbre de nuestro gobierno, como hoy en día; el pueblo estadounidense nunca se había enfrentado cara a cara con la naturaleza de Judas de ese cuerpo político, que durante años ha afirmado estar absolutamente por encima de cualquier reproche, como puntal de nuestras instituciones, como el verdadero protector de los derechos y libertades del pueblo.

Sin embargo, cuando los crímenes de ese grupo se volvieron tan descarados que incluso los ciegos eran capaces de verlos, no tuvo más remedio que reunir a sus adláteres, y su supremacía quedó asegurada. Así, las propias víctimas, cien veces embaucadas, traicionadas, ultrajadas, decidieron no en contra sino a favor del vencedor. Perplejos, los menos se preguntaban cómo podía la mayoría traicionar las tradiciones de la libertad en Estados Unidos. ¿Dónde estaba su criterio, su capacidad de razonar? Y esa es justamente la cuestión, la mayoría es incapaz de razonar; carece de criterio. La mayoría, totalmente falta de originalidad y de valentía moral, siempre ha puesto su destino en manos de terceros. Incapaz de soportar las responsabilidades, la mayoría ha seguido a sus líderes incluso hasta la destrucción. El doctor Stockmann[11] tenía razón: «Los mayores enemigos de la verdad

[11] Protagonista de la obra de teatro *Un enemigo del pueblo* (1882), de Henrik Ibsen.

y la justicia que hay en nuestro seno son las mayorías compactas, la maldita mayoría compacta»[12]. No hay nada que más odie la masa compacta, carente de ambición e iniciativa, que la innovación. Siempre se ha opuesto a la innovación, siempre la ha condenado, y ha perseguido al innovador, al pionero de una nueva verdad.

El eslogan más repetido de nuestro tiempo entre todos los políticos, incluidos los socialistas, es que la nuestra es la era del individualismo, de la minoría. Solo quienes no sondeen por debajo de la superficie podrían sostener ese punto de vista. ¿No es acaso cierto que los pocos han acumulado la riqueza del mundo? ¿No son ellos los amos, los reyes absolutos de la situación? Sin embargo, su éxito no se lo deben al individualismo, sino a la inercia, a la pusilanimidad, a la total sumisión de la masa. La masa desea que la dominen, que la guíen, que la coaccionen. En cuanto al individualismo, en ningún otro momento de la historia de la humanidad ha tenido menos ocasiones de expresarse, menos oportunidades de hacerse valer de una forma normal y saludable.

El educador individual imbuido de honestidad en su propósito, el artista o el escritor de ideas originales, el científico o el explorador independiente, los pioneros intransigentes de los cambios sociales, son arrinconados a diario contra la pared por hombres cuyo saber y su capa-

---

[12] La traducción literal del original de Ibsen sería esta: «el enemigo más peligroso de la razón y de la libertad de nuestra sociedad es el sufragio universal. El mal está en la maldita mayoría liberal del sufragio, en esa masa amorfa».

cidad creativa se han vuelto decrépitos con el paso del tiempo.

Los educadores como Francisco Ferrer no son tolerados en ninguna parte, mientras que los dietistas de los alimentos predigeridos, al estilo de los profesores Eliot y Butler, son los exitosos perpetuadores de una era de personas insignificantes, de autómatas. En el mundo literario y teatral, los Humphrey Ward y los Clyde Fitch son los ídolos de la masa, mientras que muy pocos conocen o aprecian la belleza y la genialidad de un Emerson, un Thoreau, de un Whitman; de un Ibsen, de un Hauptmann, de un Butler Yeats, o de un Stephen Phillips. Son como estrellas solitarias, que están mucho más allá del horizonte de la multitud.

Los editores, los empresarios teatrales y los críticos no se preguntan por la calidad intrínseca en el arte creativo, sino si generará buenas ventas, si se ajustará al paladar del pueblo. Pero ¡ay! Ese paladar es como un vertedero; le gusta cualquier cosa que no requiera una masticación mental. Por consiguiente, lo mediocre, lo banal, lo manido, constituyen la principal producción literaria.

¿Hace falta que diga que en las artes nos enfrentamos a la misma triste realidad? No hay más que escudriñar nuestros parques y avenidas para darnos cuenta del espanto y la vulgaridad de la producción artística. No cabe duda de que nadie, salvo el gusto mayoritario, toleraría semejante ultraje contra el arte. La estatuaria que infesta las ciudades de Estados Unidos, falsa en su concepción y bárbara en su ejecución, tiene la misma relación con el arte verdadero que un tótem con un Miguel Ángel. Sin embargo, ese es el único arte que triunfa. El auténtico ge-

nio artístico, que no atiende a los conceptos aceptados, que practica la originalidad y se esfuerza por ser fiel a la vida, lleva una existencia oscura y desgraciada. Tal vez algún día su obra llegue a convertirse en la moda del populacho, pero no será así hasta que se le agote la sangre del corazón; hasta que el pionero haya dejado de existir, y hasta que una multitud sin ideales y sin visión haya imitado hasta la saciedad el legado del maestro.

Se dice que el artista de hoy en día no puede crear porque, al igual que Prometeo, está encadenado a la roca de la necesidad económica. Sin embargo, eso es válido para el arte de todas las épocas. Miguel Ángel dependía de su santo patrón en la misma medida que el escultor o el pintor de hoy, salvo por el hecho de que los entendidos en arte de aquellos tiempos estaban muy lejos de las multitudes enfebrecidas. Para ellos era un honor que se les permitiera rendir culto ante el santuario del maestro.

El magnate del arte de nuestro tiempo solo conoce un criterio, un valor: el dólar. No le preocupa la calidad de cualquier gran obra, sino la cantidad de dólares que conlleva su adquisición. Así, el financiero de *Los negocios son los negocios,* de Octave Mirabeau, señala una borrosa composición de color y afirma: «Fíjese usted en lo bueno que es; me costó cincuenta mil francos». Igual que los advenedizos de nuestro país. Se conoce que las fabulosas sumas que pagan por sus grandes descubrimientos artísticos compensan la pobreza de su gusto.

El pecado más imperdonable en la sociedad es la independencia de pensamiento. Que resulte algo tan terriblemente evidente en un país cuyo símbolo es la democracia dice mucho del tremendo poder de la mayoría.

Hace cincuenta años, Wendell Phillips decía: «En nuestro país, de una igualdad democrática absoluta, la opinión pública no es solo omnipotente, es omnipresente. No hay refugio frente a su tiranía, no hay forma de esconderse de su alcance, y el resultado es que, si uno agarra el antiguo candil griego y sale por ahí a buscar entre un centenar de personas, no encontrará ni un solo estadounidense que no tenga, o por lo menos que no piense que tiene, algo que ganar o perder en su ambición, en su vida social, o en su negocio, de la buena opinión y de los votos de quienes le rodean. Y la consecuencia es que, en vez de ser una masa de individuos, donde cada uno soltamos nuestra convicción sin miramientos, somos, en comparación con otras naciones, una masa de cobardes. Tenemos miedo unos de otros, más que ningún otro pueblo». Evidentemente, no hemos avanzado mucho desde la situación a que se enfrentaba Wendell Phillips.

Hoy, como entonces, la opinión pública es el tirano omnipresente; hoy, como entonces, la mayoría representa a una masa de cobardes, dispuesta a aceptar a todo aquel que refleje como un espejo la pobreza del alma y de la mente de las masas. Eso explica el ascenso sin precedentes de un hombre como Theodore Roosevelt. Él encarna justamente el peor elemento de la psicología del populacho. Como buen político, Roosevelt sabe que a la mayoría le preocupan muy poco los ideales o la integridad. Lo que ansía es espectáculo. Da igual si es una exposición canina, un combate de boxeo, el linchamiento de un negro, la persecución de un delincuente de poca monta, la crónica de la boda de una heredera, o las proezas acrobáticas de un expresidente. Cuanto más horribles sean las contorsiones mentales, mayor será el deleite y la ovación de la masa.

Así pues, Roosevelt, un hombre pobre en ideales y de alma vulgar, sigue siendo el hombre de moda.

Por otro lado, la masa se mofa de los hombres que se alzan muy por encima de ese tipo de pigmeos políticos, los hombres refinados, cultos, competentes, les tacha de niños mimados y les reduce al silencio. Es absurdo afirmar que la nuestra es la época del individualismo. Nuestra época es simplemente una repetición más patética del fenómeno que se repite a lo largo de toda la historia: todo esfuerzo a favor del progreso, de la ilustración, de la ciencia, de la libertad religiosa, política y económica, emana de la minoría y no de la masa. Hoy en día, como siempre, a los pocos se les malinterpreta, se les persigue, se les encarcela, tortura y ejecuta.

El principio de fraternidad defendido por el agitador de Nazaret conservó el germen de la vida, la verdad y la justicia, pero solo hasta que fue el faro de unos pocos. En el momento que la mayoría lo hizo suyo, ese gran principio se convirtió en el santo y seña y en el heraldo de la sangre y el fuego, e hizo cundir sufrimientos y desastres. El ataque contra la omnipotencia de Roma fue como un amanecer en medio de la oscuridad de la noche, pero solo hasta que fue obra de figuras colosales como Jan Hus, Calvino o Lutero. Sin embargo, cuando la masa se incorporó a la procesión contra el monstruo católico, no fue menos cruel, ni menos sedienta de sangre que su enemigo. ¡Ay de los herejes, de la minoría, que no se plegaran a sus dictados! Tras infinitos afanes, una fuerte resistencia y grandes sacrificios, por fin la mente es libre del fantasma religioso; la minoría ha seguido su camino en busca de nuevas conquistas, y la mayoría ha quedado

rezagada, lastrada por una verdad que se ha vuelto falsa con el tiempo.

Políticamente, el género humano aún seguiría en la esclavitud más absoluta de no ser por los John Ball, los Wat Tyler, los Tell, y por los innumerables gigantes individuales que lucharon palmo a palmo contra el poder de los reyes y los tiranos. De no ser por esos pioneros a título individual, el mundo nunca se habría visto sacudido hasta sus mismas raíces por la tremenda oleada que fue la Revolución francesa. Habitualmente, los grandes acontecimientos vienen precedidos por cosas aparentemente pequeñas. Y así, la elocuencia y el ardor de Camille Desmoulins fueron como la trompeta de Jericó, que arrasó aquel emblema de la tortura, del maltrato y del horror que fue la Bastilla.

Siempre, en todas las épocas, los pocos fueron los portaestandartes de una gran idea, de un esfuerzo liberador. No así la masa, cuyo plúmbeo peso no les permite avanzar. Esa verdad se ha visto confirmada en Rusia con más fuerza que en cualquier otro lugar. Ese sangriento régimen ya ha consumido miles de vidas, pero eso no ha aplacado al monstruo que ocupa el trono. ¿Cómo es posible una cosa así, cuando las ideas, la cultura, la literatura, cuando las emociones más profundas y excelentes gimen bajo el yugo de hierro? La mayoría, esa masa compacta, inmóvil y abotargada, el campesinado ruso, tras un siglo de lucha, de sacrificio, de penalidades inefables, sigue creyendo que la soga que estrangula al «hombre con las manos blancas»[13] trae suerte.

---

[13] Es decir, los intelectuales.

En la lucha por la libertad de Estados Unidos, la mayoría fue un escollo no menos importante. Hasta el día de hoy, las ideas de Thomas Jefferson, de Patrick Henry, de Tomas Paine, son negadas y vendidas al mejor postor por sus descendientes. La masa no quiere ni oír hablar de ellas. La grandeza y el valor que se idolatraban en Abraham Lincoln han quedado olvidadas en los hombres que crearon el telón de fondo del panorama de aquellos tiempos. Los verdaderos santos patronos de los negros tuvieron su representación en aquel puñado de luchadores de Boston, Lloyd Garrison, Wendell Phillips, Thoreau, Margaret Fuller y Theodore Parker, cuya gran valentía y tenacidad culminó en John Brown, aquel gigante sombrío. Su inagotable ardor, su elocuencia y su perseverancia socavaron el baluarte de los señores del Sur. Lincoln y sus adláteres se unieron solo cuando la abolición se convirtió en una cuestión práctica, que todos reconocían como tal.

Hace aproximadamente cincuenta años, una idea fulgurante hizo su aparición en el horizonte social del mundo, una idea de tanto alcance, tan revolucionaria, una idea que abarcaba tantas cosas, que hizo cundir el terror en el corazón de los tiranos por doquier. Por otra parte, esa idea era un heraldo de alegría, de entusiasmo, de esperanza para millones de personas. Los pioneros ya conocían las dificultades que se interponían en su camino, eran conscientes de la oposición, la persecución, las penalidades a las que iban a tener que enfrentarse, pero iniciaron su marcha, orgullosos y sin miedo, adelante, siempre adelante. Ahora esa idea se ha convertido en un eslogan popular. Hoy en día casi todo el mundo es socialista: tanto el hombre rico como su pobre víctima; tanto

los defensores de la ley y la autoridad como sus desdichados inculpados; tanto el librepensador como el que perpetúa las falsedades religiosas; tanto la mujer a la moda como la chica con vestido camisero. ¿Por qué no? Ahora que la verdad de hace cincuenta años ha pasado a ser mentira, ahora, que le han recortado toda su imaginación juvenil, y que le han robado su vigor, su fuerza, su ideal revolucionario... ¿por qué no? Ahora que ya no es una visión hermosa sino un «plan práctico y factible», que depende de la voluntad de la mayoría, ¿por qué no? Con la misma perspicacia y astucia política, la masa es acariciada, mimada y engañada a diario. Sus alabanzas se cantan en muchos acordes: la mayoría pobre, los ultrajados, los maltratados, la mayoría abrumadora, lo que haga falta, pero que nos siga a nosotros.

¿Quién no ha oído alguna vez esa letanía? ¿Quién no conoce ya ese estribillo, siempre el mismo, de todos los políticos? Que la masa sangra, que le están quitando lo que es suyo, que la están explotando, lo sé yo igual que lo saben nuestros cazadores de votos. Pero insisto, el responsable de este horrible estado de cosas no es un puñado de parásitos, sino la propia masa. La masa se aferra a sus amos, adora el látigo, y es la primera que grita: «¡Crucificadle!» en cuanto se alza una voz de protesta contra la santidad de la autoridad capitalista o contra cualquier otra institución caduca. Sin embargo, ¿cuánto durarían la autoridad y la propiedad privada, de no ser por la disposición de la masa a ser soldados, policías, carceleros y verdugos? Los demagogos socialistas lo saben igual de bien que yo, pero ellos mantienen el mito de las virtudes de la mayoría, porque justamente su plan de vida implica la perpetuación del poder. ¿Y cómo puede adquirirse el

poder sin los grandes números? Sí, el poder, la autoridad, la coerción y la dependencia se basan en la masa, pero nunca en la libertad, nunca en el desarrollo libre del individuo, nunca en el nacimiento de una sociedad libre.

No es porque yo no me solidarice con los oprimidos, con los desheredados de la tierra; ni porque desconozca la vergüenza, el horror y la indignidad de las vidas que lleva la gente, por lo que yo repudio a la mayoría como fuerza creativa a favor del bien. ¡Oh, no, no! Sino porque sé demasiado bien que, como masa compacta, nunca se ha identificado con la justicia ni con la igualdad. Ha reprimido la voz humana, ha sojuzgado al espíritu humano, ha encadenado el cuerpo humano. Como masa, su aspiración siempre ha sido hacer que la vida sea uniforme, gris y monótona como el desierto. Como masa, siempre será la aniquiladora de la individualidad, de la libre iniciativa, de la originalidad. Por consiguiente, estoy convencida, con Emerson, de que «las masas son rudimentarias, rencas, perniciosas en sus exigencias y su influencia, y lo que hace falta no es halagarlas sino instruirlas. No deseo concederles nada, sino perforarlas, dividirlas y descomponerlas, y extraer individuos de ellas. ¡Las masas! La calamidad son las masas. No deseo ninguna masa en absoluto, sino únicamente hombres honestos, mujeres encantadoras, cariñosas y realizadas».

En otras palabras, la verdad viva y vital del bienestar social y económico únicamente se hará realidad a través del ardor, el valor y la determinación inquebrantable de las minorías inteligentes, y no a través de la masa.

La Psicología de la Violencia política

Analizar la psicología de la violencia política no es solo extremadamente difícil sino también muy peligroso. Si uno aborda con criterio ese tipo de actos, inmediatamente es acusado de ensalzarlos. Por otra parte, si uno manifiesta su solidaridad con el *Attentäter*[14], corre el riesgo de que le consideren un posible cómplice. Sin embargo, lo único que puede aproximarnos a la fuente del sufrimiento humano, y en última instancia enseñarnos la forma de salir de él, es la inteligencia y la solidaridad.

El hombre primitivo, desconocedor de las fuerzas naturales, sentía pavor cuando se aproximaban, y se escondía de los peligros con los que amenazaban. A medida que el hombre fue aprendiendo a comprender los fenómenos de la Naturaleza, se dio cuenta de que, aunque pueden acabar con la vida y provocar grandes pérdidas, también traen alivio. A quienes estudien seriamente la cuestión, les resultará evidente que las fuerzas acumuladas en

[14] Un revolucionario que comete un acto de violencia política

nuestra vida social y económica, cuando culminan en un acto político de violencia, se asemejan a los terrores de la atmósfera, que se manifiestan en las tormentas y los relámpagos.

Para entender a fondo la verdad de este punto de vista, tenemos que sentir intensamente la indignidad de nuestras injusticias sociales; nuestro mismo ser debe palpitar con el dolor, la pena, la desesperación que se ven obligados a soportar a diario millones de personas. De hecho, a menos que hayamos pasado a formar parte de la humanidad, no podremos comprender ni siquiera de lejos la justa indignación que va acumulándose en un alma humana, la pasión ardiente e incontenible que hace que la tormenta sea inevitable.

La masa ignorante ve al hombre que lleva a cabo una protesta violenta contra nuestras iniquidades sociales y económicas como una fiera salvaje, como un monstruo cruel y sin corazón, cuya mayor alegría es segar vidas y bañarse en sangre; o, en el mejor de los casos, le ve como un lunático irresponsable. Sin embargo, no hay nada más lejos de la realidad. De hecho, quienes han estudiado el carácter y la personalidad de esos hombres, o han estado en estrecho contacto con ellos, coinciden en que lo que les lleva a pagar el precio de los crímenes sociales de nuestra sociedad es su hipersensibilidad al mal y a la injusticia que ven a su alrededor. Al analizar la psicología de los criminales políticos, los escritores y poetas más destacados les han rendido el más alto tributo. ¿Puede alguien suponer que esos hombres hayan aconsejado la violencia, o siquiera que aprobaran los hechos? Indudable-

mente no. Su actitud era la de un estudioso de la sociedad, de alguien que sabe que detrás de todo acto violento existe una causa crucial.

En la segunda parte de su obra de teatro *Más allá de las fuerzas humanas,* Bjørnstjerne Bjørnson hace hincapié en que debemos buscar entre los anarquistas para encontrar los mártires modernos que pagan su fe con sangre, y que acogen la muerte con una sonrisa, porque creen, con la misma firmeza con la que lo creía Cristo, que su martirio redimirá a la humanidad.

François Coppée, el novelista francés se expresa de la forma siguiente respecto a la psicología del *Attentäter:*

> *Leer los detalles de la ejecución de Vaillant me dejó de un humor pensativo. Me lo imaginaba hinchando el pecho bajo las cuerdas, marchando con paso firme, fortaleciendo su voluntad, concentrando su energía, y con los ojos fijos en la cuchilla de la guillotina*[15]*, lanzando finalmente a la sociedad su grito de maldición. Y, muy a mi pesar, de repente surgió ante mi mente otro espectáculo. Vi a un grupo de hombres y mujeres apretujados unos contra otros en medio de la arena oblonga del circo, bajo la mirada de miles de ojos, mientras desde todas las gradas del inmenso anfiteatro se elevaba el terrible grito de* «Ad leones!», *y abajo se abrían las jaulas de las fieras salvajes.*
>
> *No pensaba que se fuera a llevar a cabo la ejecución. En primer lugar, el atentado no se había cobrado ninguna víctima mortal, y desde hacía mucho tiempo existía la costumbre de no castigar con la máxima severidad un crimen frustrado. Y, además, aquel crimen, por muy terrible que fuera en su intención, era desinteresado, había nacido de una idea abstracta. El pasado*

---

[15] Posible traducción errada del original francés, pues Vaillant murió guillotinado

de aquel hombre, su infancia en el abandono, su vida de penalidades, también abogaba en su favor. Desde la prensa independiente se alzaban voces generosas, muy sonoras y elocuentes, en su defensa. «Una corriente de opinión puramente literaria», han dicho algunos, no sin cierto desprecio. Por el contrario, es un honor para los hombres de arte y pensamiento que hayan manifestado una vez más su asco por el cadalso.

También Émile Zola, en *Germinal* y en *París,* describe la ternura y la amabilidad, la profunda empatía con el sufrimiento humano, de esos hombres que cierran el capítulo de sus vidas con un estallido de violencia contra nuestro sistema.

Y, por último, pero no por ello menos importante, el hombre que probablemente comprende mejor que nadie la psicología del *Attentäter* es Augustin Hamon, autor de la brillante obra *Une psychologie du militaire professonel,* que ha llegado a estas sugerentes conclusiones:

> *El método positivo confirmado por el método racional nos permite establecer un tipo ideal de anarquista, cuya mentalidad es el agregado de características psíquicas comunes. Todo anarquista comparte lo suficiente de este tipo ideal como para que resulte posible distinguirlo de los demás hombres. Así pues, el anarquista típico puede definirse de la forma siguiente: un hombre que destaca por su espíritu de rebeldía en una o más de sus modalidades –oposición, investigación, crítica, innovación–, dotado de un fuerte amor a la libertad, egoísta o individualista, y poseedor de una gran curiosidad, de un agudo deseo de saber. Esos trazos se complementan con un amor ardiente a los demás, una sensibilidad moral altamente desarrollada, un profundo sentimiento de la justicia, e imbuido de un fervor proselitista.*

Alvin F. Sanborn afirma que a las características anteriores cabe añadir las excelentes cualidades siguientes:

un inusitado amor por los animales, una dulzura sin par en todas las relaciones de su vida, una excepcional sobriedad en su conducta, frugalidad y regularidad, incluso austeridad en su forma de vivir, y un valor incomparable[16]:

> *Existe un hecho evidente que el hombre de la calle parece olvidar siempre, cuando insulta a los anarquistas, o a cualquier partido que dé la casualidad que sea su bestia negra en ese momento, como el causante de alguna atrocidad perpetrada recientemente. Ese hecho incontestable es que las atrocidades homicidas siempre han sido, desde tiempo inmemorial, la respuesta de las clases acosadas y desesperadas, y de los individuos acosados y desesperados, a las injusticias cometidas por sus conciudadanos, que a ellos les resultan intolerables. Ese tipo de actos son el retroceso, el contragolpe que genera la violencia, ya sea agresiva o represiva; son la última lucha a la desesperada de una naturaleza humana ultrajada y desesperada por un espacio para respirar y por la vida. Y su causa no radica en ninguna convicción en especial, sino en las profundidades de la propia naturaleza humana. El conjunto del transcurso de la historia, política y social, está sembrada de ejemplos de este hecho. Sin ir más lejos, considérense los tres ejemplos más notorios de partidos políticos acosados hasta que no tuvieron más remedio que recurrir la violencia durante los últimos cincuenta años: los mazzinianos en Italia, los fenianos en Irlanda, y los terroristas en Rusia. ¿Todos ellos eran anarquistas? No. ¿Los tres partidos tenían siquiera las mismas opiniones políticas? No. Los mazzinianos eran republicanos, los fenianos eran separatistas políticos, los rusos eran socialdemócratas o constitucionalistas. Pero todos ellos se vieron empujados a esa terrible forma de rebelión por unas circunstancias desesperadas. Y cuando pasamos de los partidos a los individuos que han actuado de una forma parecida, nos horroriza el número de seres humanos acosados y empujados por pura de-*

---

[16] Véase *París y la revolución social,* por Alvin F. Sanborn

sesperación a una conducta que obviamente va violentamente en contra de sus instintos sociales.

Ahora que el anarquismo se ha convertido en una fuerza viva en la sociedad, en ocasiones ese tipo de actos han sido cometidos por los anarquistas, y también por otros. Pues ninguna creencia nueva, ni siquiera la más esencialmente pacífica y humanitaria que hasta ahora ha aceptado la mente del hombre, tan solo en su primera aparición ha traído a la Tierra no ya paz, sino una espada; no debido a nada violento ni antisocial de la doctrina en sí; simplemente debido al fermento que cualquier idea nueva y creativa suscita en la mente de los hombres, tanto si la aceptan como si la rechazan. Y un concepto del anarquismo, que, por una parte, supone una amenaza para todos los intereses creados, y por otra defiende la visión de una vida libre y noble que debe conquistarse a través de una lucha contra las injusticias existentes, indudablemente suscitará la más feroz oposición, y provocará que toda la fuerza represiva de los inveterados males entre en violento contacto con el embravecido estallido de una nueva esperanza.

Bajo unas condiciones de vida miserables, cualquier visión de la posibilidad de que las cosas mejoren hace que el sufrimiento actual resulte aún más intolerable, y espolea a quienes sufren a emprender las luchas más enérgicas para mejorar su suerte; y si se da la circunstancia de que dichas luchas tienen como resultado inmediato un sufrimiento aún más agudo, el resultado es la pura desesperación. En nuestra sociedad actual, por ejemplo, a un trabajador asalariado y explotado, que atisbe lo que podrían y deberían ser el trabajo y la vida, la ardua rutina y la miseria de su existencia le parecerán casi intolerables; y aunque tenga la determinación y el valor de seguir trabajando constantemente lo mejor que sabe, y de esperar a que las nuevas ideas hayan impregnado hasta tal punto la sociedad como para allanar el camino a unos tiempos mejores, el mero hecho de que tenga ese tipo de ideas e intente difundirlas le causa problemas con sus

empleadores. ¡Cuántos miles de socialistas, y sobre todo de anarquistas, han perdido sus empleos, e incluso la posibilidad de trabajar, exclusivamente a causa de sus opiniones! Únicamente el artesano especialmente dotado podría abrigar la esperanza de conservar su empleo aun siendo un ardiente propagandista. ¿Y qué le ocurre a un hombre cuyo cerebro trabaja activamente con un fermento de nuevas ideas, teniendo ante sus ojos una visión de esperanza en un nuevo amanecer para los hombres esforzados y desesperados, y la certeza de que su sufrimiento y el de sus compañeros de agonía no es una consecuencia de la crueldad del destino, sino de la injusticia de otros seres humanos, qué le ocurre a un hombre como ese cuando ve cómo se mueren de hambre sus seres queridos, cómo él mismo se muere de hambre? En tales terribles circunstancias, algunas naturalezas, y desde luego no las menos sociales ni las menos sensibles, se volverán violentas, e incluso sentirán que su violencia es social, no antisocial; que al atentar cuando y como puedan, están atentando no en su propia defensa, sino en defensa de la naturaleza humana, ultrajada y despojada en sus personas y en las de sus compañeros de sufrimiento. Y nosotros, que no nos encontramos en esa terrible situación, ¿hemos de quedarnos de brazos cruzados y condenar fríamente a esas desdichadas víctimas de las Furias y los Hados? ¿Hemos de censurar por su bellaquería a esos seres humanos que actúan por heroica lealtad consigo mismos, sacrificando sus vidas en la protesta, al tiempo que otras naturalezas menos sociales y enérgicas agacharían la cabeza y se postrarían en abyecta sumisión ante la injusticia y las ofensas? ¿Hemos de sumarnos a la condena ignorante y brutal que estigmatiza a tales hombres por considerarlos monstruos de la maldad, que arrasan gratuitamente con lo que encuentran a su paso en una sociedad armoniosa e inocentemente pacífica? ¡No! Nosotros odiamos el asesinato con un odio que podría resultarles absolutamente exagerado a los apologistas de las masacres de Matabele[17]*, a todos*

---

[17] Las masacres se produjeron a raíz de las dos guerras de las décadas de 1890 entre el Reino de Ndembelé (de etnia matabele), la

los que insensiblemente consienten los ahorcamientos y los bombardeos, pero nosotros nos negamos, en ese tipo de casos de homicidio, o de intento de homicidio como los que estamos comentando, a ser culpables de la cruel injusticia que consiste en achacar toda la responsabilidad de dichos actos al perpetrador directo. La culpa de dichos homicidios recae en todo hombre o mujer que, de forma intencionada o por su fría indiferencia, contribuya a la perpetuación de unas condiciones sociales que empujan a la desesperación a los seres humanos. El hombre que entrega su vida entera en el atentado, a costa de su propia vida, para protestar contra las injusticias de sus semejantes es un santo en comparación con los defensores por activa y por pasiva de la crueldad y la injusticia, aunque su protesta pueda haberse cobrado otras vidas además de la suya propia. El que esté libre de pecado en esta sociedad, que tire la primera piedra contra un hombre como ese[18].

Que hoy en día cualquier acto de violencia política se atribuya a los anarquistas no resulta en absoluto sorprendente. Sin embargo, para casi todos los que estamos familiarizados con el movimiento anarquista, es un hecho bien sabido que un gran número de acciones por las que han tenido que pagar los anarquistas, o bien tuvieron su origen en la prensa capitalista, o bien fueron instigados, cuando no directamente perpetrados, por la policía.

En España, durante muchos años se cometieron actos violentos de los que se responsabilizó, se dio caza como si fueran fieras salvajes, y se encarceló a los anarquistas. Posteriormente se descubrió que los perpetradores de

---

British South Africa Company y las tropas coloniales británicas en el territorio de lo que actualmente es la República de Zimbabue.

[18] De un panfleto publicado por el Freedom Group de Londres.

aquellos actos no fueron los anarquistas, sino miembros de la policía. El escándalo tuvo tanto eco que la prensa conservadora española exigió la detención y el castigo del cabecilla de la banda, Juan Rull, que posteriormente fue condenado a muerte y ejecutado. Las impresionantes pruebas que salieron a la luz durante el juicio obligaron al inspector de policía Antonio Ramírez, alias *Memento*[19], a exculpar totalmente a los anarquistas de cualquier relación con los atentados cometidos durante un largo periodo. Ello tuvo como consecuencia la destitución de numerosos altos cargos de la policía, entre ellos el inspector Tressols, que, como venganza, reveló que detrás de la banda de terroristas que atentaban con bombas había otros policías en cargos muy superiores, que les proporcionaban fondos y les protegían.

Es uno de los muchos asombrosos ejemplos de cómo se falsifican las conspiraciones anarquistas.

En más de una ocasión ha quedado demostrado que los policías estadounidenses son capaces de cometer perjurio con esa misma soltura, que son tan despiadados, brutales y astutos como sus colegas europeos. Solo tenemos que recordar la tragedia del 11 de noviembre de 1887[20], a raíz de lo que vino en llamarse la Revuelta de Haymarket.

Nadie que esté mínimamente familiarizado con el caso puede dudar que los anarquistas, que fueron asesinados judicialmente en Chicago, murieron como víctimas de

---

[19] En el original «Police Inspector Momento»

[20] Por «tragedia», Goldman hace referencia a la fecha de la ejecución de los imputados; la Revuelta de Haymarket tuvo lugar en mayo de 1886.

una prensa mentirosa y sedienta de sangre y de una cruel conspiración policial. ¿Acaso el propio juez Gary no llegó a decir que «están ustedes procesados no por ser los autores del atentado con bomba en Haymarket, sino por ser anarquistas»?

El análisis imparcial y meticuloso del gobernador sobre aquel borrón sobre el blasón de Estados Unidos corroboró la brutal franqueza del juez Gary. Efectivamente, eso fue lo que indujo a Altgeld a indultar a los tres anarquistas [condenados a penas de cárcel], y con ello se ganó el aprecio de todo hombre y toda mujer amantes de la libertad en todo el mundo.

Cuando analizamos la tragedia del 6 de septiembre de 1901 nos enfrentamos a uno de los ejemplos más llamativos de la escasa responsabilidad que cabe achacar a las teorías sociales por un acto de violencia política. «Leon Czolgosz, un anarquista al que Emma Goldman incitó a cometer el atentado»[21]. Claro, ¿acaso esa señora no lleva incitando a la violencia desde incluso antes de nacer, y seguirá haciéndolo más allá de la muerte? Con los anarquistas, todo es posible.

Todavía hoy, nueve años después de aquella tragedia, después de que quedara cien veces demostrado que Emma Goldman no tuvo nada que ver con el suceso, que no existen pruebas de ningún tipo que indiquen que Czolgosz se considerara alguna vez anarquista, tenemos que enfrentaros a la misma mentira, inventada por la policía

---

[21] Asesinó al presidente de Estados Unidos, William McKinley, con dos disparos a quemarropa.

y perpetuada por la prensa. Ni un alma oyó jamás a Czolgosz hacer una declaración en ese sentido, como tampoco existe ni una sola palabra por escrito que demuestre que el muchacho realizara nunca esa acusación. Nada, salvo la ignorancia y la histeria demente, que hasta hoy nunca han sido capaces de resolver siquiera el más simple problema de causa y efecto.

¡Han asesinado al presidente de una República libre! ¿Qué otra causa puede haber, salvo que el autor del atentado debía de estar loco, o que alguien le incitó a cometer aquel acto?

¡Una República libre! ¡Cómo se perpetúa un mito, cómo sigue engañando, embaucando, e impidiendo ver sus monstruosos absurdos incluso a las personas relativamente inteligentes! ¡Una República libre! Y sin embargo, en el plazo de poco más de treinta años, una reducida banda de parásitos ha conseguido saquear al pueblo estadounidense, y ha pisoteado los principios fundamentales que sentaron los padres de este país, unos principios que garantizaban a todo hombre, mujer o niño «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Llevan treinta años incrementando su riqueza y su poder a expensas de la inmensa masa de trabajadores, y con ello ampliando el ejército de los desempleados, los hambrientos, los indigentes y el sector de la humanidad que carece de amigos, que recorre el país a pie de este a oeste, de norte a sur, en su vana búsqueda de un empleo. Durante muchos años los hogares han quedado a cargo de los más pequeños, mientras sus progenitores agotan su vida y sus fuerzas a cambio de una miseria. Durante treinta años, los robustos hijos de Estados Unidos han sido sacrificados en el campo de batalla de una guerra industrial, mientras las hijas del

país son ultrajadas en el corrupto entorno de las fábricas. Desde hace muchos años largos y agotadores sigue adelante ese proceso de socava de la salud, el vigor y el orgullo del país, sin demasiadas protestas por parte de los desheredados y los oprimidos. Enloquecidos por el éxito y la victoria, los poderes del dinero de esta «libre tierra nuestra» se fueron volviendo más y más audaces en sus despiadados y crueles esfuerzos por competir por la supremacía del poder con las putrefactas y caducas tiranías europeas.

En vano la prensa mendaz repudió a Leon Czolgosz calificándolo de extranjero. El muchacho era un producto de nuestro propia tierra americana y libre, que le arrullaba con los versos de una nana:

> *Mi país, a ti te canto,*
> *Dulce tierra de la libertad*[22].

¿Quién sabe cuántas veces aquel muchacho estadounidense se enorgulleció durante la celebración del Cuatro de Julio, o del Día de los Caídos, honrando con lealtad a los muertos de nuestra Nación? ¿Quién sabe simplemente que él también estaba dispuesto «a luchar por su país y a morir por sus libertades», hasta que cayó en la cuenta de que él su gente no tenían país, porque les habían quitado todo lo que habían producido; hasta que se dio cuenta de que la libertad y la independencia de sus sueños juveniles no eran más que una farsa? ¡Pobre Leon

---

[22] Es el título original de la canción, escrita en 1831, más conocida como *America,* con la melodía del himno nacional británico *God Save the Queen,* y que fue uno de los himnos oficiosos de Estados Unidos hasta la adopción del actual himno oficial en 1931.

Czolgosz!, tu crimen consistió en tener una conciencia social demasiado sensible. A diferencia de tus tarados hermanos estadounidenses carentes de ideales, tus ideales se elevaron por encima de tu barriga y de tu cuenta corriente. No es de extrañar que causaras impresión en un ser humano entre la multitud enfurecida que asistió a tu juicio –una periodista que te calificó de visionario, totalmente ajeno a lo que te rodeaba–. Tus grandes ojos soñadores debían de estar contemplando un nuevo y glorioso amanecer.

Y ahora pasemos a un ejemplo reciente de un complot anarquista creado por la policía. En Chicago, esa ciudad manchada de sangre, un joven llamado Averbuch atentó contra la vida del jefe de policía Shippy. De inmediato se difundió hasta el último rincón del mundo el titular de que Averbuch era anarquista, y que los responsables del acto eran anarquistas. La policía empezó a vigilar estrechamente a todo aquel del que se supiera que en aquel momento abrigaba ideas anarquistas, detuvieron a numerosas personas, confiscaron la biblioteca de un grupo anarquista, e impidieron todas las reuniones. Huelga decir que, al igual que en distintas ocasiones anteriores, era necesario que me responsabilizaran a mí del suceso. Evidentemente, la policía de Estados Unidos me atribuye poderes ocultos. Yo no conocía a Averbuch; de hecho, nunca había oído su nombre, y la única forma en la que acaso pude «conspirar» con él era a través de mi cuerpo astral. Pero claro, a la policía no le interesan ni la lógica ni la justicia. Lo que buscan es a alguien a quien poner en el punto de mira, para disimular su absoluto desconocimiento sobre el caso, sobre la psicología de un atentado político. ¿Era Averbuch anarquista? No existen pruebas

concluyentes de ello. Tan solo llevaba tres meses en el país, no conocía nuestro idioma, y por lo que pude averiguar, era prácticamente desconocido entre los anarquistas de Chicago.

¿Qué fue lo que llevó a Averbuch a cometer el aten-

tado? Indudablemente Averbuch, al igual que la mayoría de los jóvenes inmigrantes rusos, creía en la mítica libertad de Estados Unidos. Recibió su primer bautismo de porrazos de la policía durante la brutal dispersión de la manifestación de parados. Volvió a experimentar la igualdad y las oportunidades de Estados Unidos en sus vanos esfuerzos por encontrar un amo económico. En resumen, su estancia de tres meses en la gloriosa tierra americana le puso cara a cara con el hecho de que los desheredados están en la misma situación en todo el mundo. En su tierra natal probablemente ya había aprendido que la necesidad no entiende de leyes: no había ninguna diferencia entre un policía ruso y uno estadounidense.

Para un estudioso social inteligente, la pregunta no es si los actos de Czolgosz o de Averbuch eran útiles, de la misma forma que si un temporal es útil. Lo que inevitablemente le impactará al hombre y a la mujer capaces de pensar y de sentir es que la visión del brutal apaleamiento de víctimas inocentes en una supuesta República libre, y la lucha económica degradante y desmoralizante, aportan la chispa que enciende la fuerza dinámica en el alma alterada e indignada de hombres como Czolgosz o Averbuch. Es imposible refrenar este fenómeno social, por mucha persecución, acoso o represión que se emplee.

Pero, la gente pregunta a menudo, ¿acaso los anarquis-

tas no han reivindicado los actos cometidos? Desde luego que sí, pero ellos siempre han estado dispuestos a cargar con la responsabilidad. Lo que intento argumentar es que se vieron obligados, no por las enseñanzas del anarquismo, sino por la tremenda presión de las circunstancias, que hacían que la vida fuera insoportable para su sensible naturaleza. Obviamente, el anarquismo, o cualquier otra teoría social, que hace del hombre una unidad social consciente, actúa como levadura para la rebelión. No se trata de una mera afirmación, sino de un hecho corroborado por todas las experiencias. Un examen más detallado de las circunstancias que influyen en esta cuestión aclarará mejor mi postura.

Consideremos algunas de las acciones más importantes de los anarquistas durante los últimos veinte años. Por extraño que parezca, uno de los actos de violencia política más destacados tuvo lugar aquí, en Estados Unidos, a raíz de la huelga de Homestead de 1892.

Durante aquel memorable episodio, la Carnegie Steel Company organizó un complot para aplastar el sindicato Amalgamated Association of Iron and Steel Workers. La democrática misión recayó en manos de Henry Clay Frick, a la sazón presidente de la compañía. No perdió ni un minuto a la hora de llevar a la práctica la política de destruir el sindicato, una política que ya había practicado con mucho éxito durante su reinado de terror en las regiones de la minería del carbón. Secretamente, y mientras las negociaciones de paz se prolongaban intencionadamente, Frick supervisó los preparativos militares, la fortificación de la Siderurgia Homestead, con la construcción de una alta valla hecha de tablones, coronada

con alambre de espino, y con troneras para los francotiradores. Y entonces, de madrugada, intentó introducir a hurtadillas en Homestead a su ejército de matones a sueldo de la agencia Pinkerton, lo que precipitó la terrible carnicería de los obreros del metal. No contento con la muerte de once víctimas, fallecidos en la refriega contra los agentes de Pinkerton, Henry Clay Frick, buen cristiano y americano libre, a renglón seguido emprendió el acoso contra las esposas y los huérfanos indefensos, ordenándoles que abandonaran las viviendas de la maldita empresa.

Todo el país se indignó por aquellas atrocidades inhumanas. Cientos de voces se alzaron en protesta, instando a Frick a desistir, a no ir demasiado lejos. Sí, cientos de personas protestaron... como quien se opone a las molestas moscas. Tan solo hubo una que respondió activamente a la atrocidad que se estaba cometiendo en Homestead: Alexander Berkman. Sí, era anarquista. Se enorgullecía de ello, porque el anarquismo era la única fuerza que le hacía mínimamente soportable la disonancia entre sus anhelos espirituales y el mundo exterior. Sin embargo, lo que motivó la acción de Berkman, su atentado contra la vida de Henry Clay Frick, no fue el anarquismo como tal, sino el brutal asesinato de aquellos once obreros del metal.

El historial de los actos de violencia política en Europa ofrece numerosos y llamativos ejemplos de la influencia del entorno en los seres humanos sensibles.

El discurso de Auguste Vaillant ante el tribunal, después de detonar una bomba en la Cámara de Diputados

de París, da la verdadera tónica de la psicología de ese tipo de actos:

> *Señores, dentro de unos minutos ustedes van herirme, pero al recibir su veredicto yo por lo menos tendré la satisfacción de haber herido a la sociedad actual, esta sociedad maldita donde uno puede ver a un hombre gastar inútilmente el dinero con el que alimentar a miles de familias, una sociedad infame que permite a algunos individuos acaparar todas las riquezas sociales, al tiempo que ve a cientos de miles de desdichados que ni siquiera tienen el pan que uno no le negaría ni a los perros, mientras familias enteras se suicidan por carecer de las necesidades de la vida.*
>
> *¡Ah, señores, si las clases gobernantes pudieran bajar entre los desventurados! Pero no, prefieren permanecer sordas a sus llamamientos. Parece que una fatalidad les impele, al igual que la realeza del siglo XVIII, hacia el precipicio que les engullirá, porque ¡ay de quienes sigan sordos a los gritos de los hambrientos ay de quienes, creyéndose de una esencia superior, asumen el derecho a explotar a los que están por debajo de ellos! Llega un momento en que el pueblo ya no razona: se alza como un huracán y desaparece como un torrente. Después vemos cabezas sangrantes empaladas en las picas.*
>
> *Entre los explotados, señores, hay dos clases de individuos: los de una clase, que no son conscientes de lo que son y de lo que podrían ser, que toman la vida como llega, que creen que han nacido para ser esclavos, y se conforman con lo poco que les dan a cambio de su trabajo. Pero, por el contrario, hay otros que piensan, que estudian, y que, al mirar a su alrededor, descubren las iniquidades sociales. ¿Es culpa suya si ven claramente, y si sufren al ver sufrir a los demás? Entonces se lanzan a la lucha, y se convierten en los portadores de las reivindicaciones populares.*
>
> *Señores, yo soy uno de estos últimos. Dondequiera que he*

ido, he visto a los desafortunados inclinados bajo el yugo del capital. Por todas partes he visto las mismas heridas que provocan el derramamiento de lágrimas de sangre, incluso en los lugares más remotos de los distritos habitados de América del Sur, donde tenía derecho a creer que quien estuviera harto de los dolores de la civilización podría descansar a la sombra de las palmeras y estudiar la naturaleza. Pues bien, incluso allí, más que en ninguna parte, he visto llegar al capital, como un vampiro, y chuparle hasta la última gota de sangre a los desgraciados parias.

Después regresé a Francia, donde me estaba reservado ver a mi familia sufrir atrozmente. Esa fue la última gota del vaso de mi tristeza. Cansado de llevar esta vida de sufrimiento y cobardía, llevé aquella bomba a quienes considero los principales responsables de los sufrimientos humanos.

Se me reprochan las heridas sufridas por los que fueron alcanzados por mis proyectiles. Permítanme que señale de pasada que, si los burgueses no hubieran masacrado o provocado masacres durante la Revolución, es posible que aún estuvieran bajo el yugo de la nobleza. Por otra parte, calculen los muertos y heridos en Tonkín, en Madagascar, en Dahomey, y a eso añádanle los miles, sí, los millones de desgraciados que mueren en las fábricas, en las minas y dondequiera que se deje sentir el demoledor poder del capital. Añadan también a los que mueren de hambre, y todo ello con el consentimiento de nuestros diputados. En comparación con todo lo anterior, ¡qué poco valor tienen los reproches que ahora se lanzan contra mí!

Es cierto que una cosa no borra la otra; pero, al fin y al cabo, ¿no estamos actuando en defensa propia cuando respondemos a los golpes que recibimos desde arriba? Sé muy bien que me dirán que tendría que haberme limitado a pronunciar discursos para la reivindicación de las exigencias del pueblo. Pero, ¿qué cabe esperar de ello? Hace falta una voz potente para conseguir que los sordos oigan. Durante demasiado tiempo han respondido a nuestras voces con la cárcel, la soga, las descargas de fusilería.

No se equivoquen; la explosión de mi bomba no es solo el grito del rebelde Vaillant, sino el grito de toda una clase que reclama sus derechos, y que pronto añadirá acciones a las palabras. Porque, estén seguros de ello, las leyes se promulgarán en vano. Las ideas de los pensadores no se detendrán; al igual que, en el siglo pasado, ni todas las fuerzas del gobierno fueron capaces de impedir que los Diderot y los Voltaire divulgaran entre el pueblo las ideas de emancipación, de modo que ni todas las fuerzas de que dispone el gobierno actual podrán impedir que los Reclus, los Darwin, los Spencer, los Ibsen y los Mirabeau, difundan las ideas de justicia y libertad que aniquilarán los prejuicios que mantienen a las masas en la ignorancia. Y esas ideas, que son bienvenidas por los desdichados, florecerán en actos de rebelión igual que lo han hecho en mí, hasta el día en que la desaparición de la autoridad permita a todos los hombres organizarse libremente conforme a su elección, en que todos podamos disfrutar del producto de nuestro trabajo, y en que se desvanezcan esas dolencias morales llamadas prejuicios, permitiendo que los seres humanos vivan en armonía, sin otro deseo que estudiar las ciencias y amar a sus semejantes.

Concluyo, señores, diciendo que una sociedad donde se ven unas desigualdades sociales como las que vemos a nuestro alrededor, donde todos los días vemos suicidios causados por la pobreza, el aumento de la prostitución en cualquier esquina –una sociedad cuyos principales monumentos son los cuarteles y las cárceles– una sociedad así debe ser transformada lo antes posible, so pena de ser eliminada, y deprisa, del género humano. ¡Salud a todo aquel que se esfuerza, por los medios que sean, a favor de esa transformación! Esa idea es la que me ha guiado a mí en mi duelo con la autoridad, pero en ese duelo tan solo he herido a mi adversario, y ahora es el turno de que él me hiera a mí.

Ahora, señores, a mí poco me importa la pena que me impongan, ya que, al observar a esta asamblea con los ojos de la razón, no puedo evitar sonreír al verles, unos átomos perdidos

en la materia, que razonan únicamente porque poseen una prolongación de la médula espinal, y que asumen el derecho a juzgar a uno de sus semejantes.

¡Ah!, señores, qué poca cosa es su asamblea y su veredicto en la historia de la humanidad; y a su vez, análogamente, la historia de la humanidad es muy poca cosa en el remolino que la arrastra a través de la inmensidad, y que está abocado a desaparecer, o por lo menos a transformarse, para iniciar de nuevo la misma historia y los mismos hechos, una auténtica representación teatral perpetua de unas fuerzas cósmicas que se renuevan y se transfieren indefinidamente.

¿Alguien podría decir que Vaillant era un hombre ignorante y despiadado, o un demente? ¿Acaso no tenía una mente singularmente clara y analítica? No es de extrañar que las mejores fuerzas intelectuales de Francia hablaran en su defensa, y que firmaran una petición dirigida al presidente de la República, Sadi Carnot, solicitando que conmutara la pena de muerte dictada contra Vaillant.

Carnot no quiso escuchar las súplicas; insistió en que Vaillant pagara aquel precio a todas luces excesivo, quería la vida de Vaillant, y después de su ejecución... ocurrió lo inevitable. El presidente Carnot fue asesinado. En el mango del puñal que utilizó, el autor del atentado había grabado, elocuentemente:

VAILLANT!

Su asesino, Sante Caserio[23], era anarquista. Habría podido escapar y ponerse a salvo; pero se quedó allí y asumió las consecuencias.

Caserio expuso sus motivos para cometer el atentado de una forma tan sencilla, digna e infantil que a uno le viene a la memoria el homenaje que le rindió Ada Negri, la maestra de la escuela del pequeño pueblo donde se crio. Negri, una poeta italiana, describió a Caserio como una planta dulce y tierna, de una textura demasiado buena y sensible como para soportar las crueles presiones del mundo:

> *«¡Señores del jurado! Lo que les quiero exponer no es mi defensa, sino una simple exposición de mi acto.*
>
> *Después de mi primera juventud empecé a darme cuenta de que nuestra sociedad está mal organizada, y que todos los días hay desgraciados que, empujados por la miseria, se suicidan dejando a sus hijos en la más completa miseria. Los obreros, a cientos y cientos, buscan trabajo y no lo encuentran: sus pobres familias piden pan en vano durante los fríos, sufren la miseria más cruel. Todos los días los pobres hijos le piden a sus desventuradas madres un pan que esta no puede darles, porque le falta de todo: la ropa vieja que había en la casa ya se vendió o se empeñó en el Monte de Piedad: entonces se ven reducidos a pedir limosna, y la mayoría de las veces son detenidos por vagabundeo.*
>
> *Cuando volvía al pueblo en que nací, allí era sobre todo donde a menudo me ponía a llorar, al ver a los niños pobres de apenas ocho o diez años obligados a trabajar quince horas diarias*

---

[23] En el original «Santa Caserio». En ocasiones, quizá a causa de las condiciones perentorias en las que escribía, Goldman comete algunas erratas tipográficas, anotamos las que consideramos más relevantes.

a cambio de la miserable paga de veinte céntimos: a muchachos de dieciocho o veinte años, o a mujeres de edad más avanzada trabajando igualmente quince horas diarias por una paga irrisoria de 45 céntimos. Y esto no solo le ocurre a mis compatriotas, sino a todos los campesinos de todo el mundo. Obligados a permanecer todo el día bajo los rayos de un sol abrasador, y mientras con su ingrato trabajo producen el sustento para miles y miles de personas, sin embargo nunca tienen nada para ellos mismos. Por ello se ven obligados a vivir en la miseria más dura, y su alimento diario consiste en pan negro, alguna cucharada de arroz, y agua, por lo que a duras penas llegan a la edad de treinta o cuarenta años, consumidos por el trabajo, y mueren en los hospitales. Además, a consecuencia de esa mala alimentación y del trabajo excesivo y peligroso, esos desventurados, a cientos y cientos, acaban muriendo de pelagra, una enfermedad que los médicos han reconocido que afecta a quienes, durante su vida, se ven sometidos a una mala alimentación y a numerosos sufrimientos y privaciones.

Reflexionando, yo me decía que si hay tantas personas que sufren hambre y frío, y ven sufrir a sus pequeños, no es por falta de pan ni de ropa: pues yo veía numerosas y grandes tiendas llenas de vestidos, de telas y de tejidos de lana: como grandes depósitos de harina, de maíz y de trigo, para todos los que los necesitan. Mientras que, por otra parte, yo veía a miles y miles de personas que, sin hacer nada ni producir nada, viven a costa del trabajo de los Obreros, gastando todos los días miles de francos para sus diversiones y sus placeres, desflorando a las muchachas del pobre pueblo, y siendo dueños de palacios de cuarenta o cincuenta habitaciones, de veinte o treinta caballos, y teniendo numerosos sirvientes, en una palabra, todos los placeres de la vida. [...]

Yo creía en un Dios, pero cuando vi semejante desigualdad entre los hombres fue cuando reconocí que no fue Dios el que creó al hombre, sino que fueron los hombres los que crearon a Dios: y no como dicen los que tienen interés en hacer creer a la

gente en la existencia de un Infierno y un Paraíso, para obligarle a respetar la propiedad privada y para mantener al Pueblo en la ignorancia.

No hace mucho, Vaillant arrojó una bomba en la Cámara de los Diputados, para protestar contra esta infame Sociedad. No mató a nadie, no hirió a nadie, y a pesar de ello, la Justicia burguesa lo condenó a muerte: no satisfechos con haber condenado al culpable, empezaron a dar caza a todos los anarquistas, deteniendo por centenares a aquellos que ni siquiera conocieron a Vaillant, únicamente culpables de haber asistido a una conferencia, o de haber leído Revistas u octavillas anarquistas. Pero el gobierno no piensa que toda esa gente tiene esposas e hijos, y que a raíz de su detención y su reclusión en la cárcel durante cuatro o cinco meses, a pesar de ser inocentes, no son los únicos que sufren: [el gobierno] no tiene hijos que pidan pan. La Justicia burguesa no se ocupa de esos pobres inocentes, que aún no conocen la Sociedad y que no son culpables si su padre está en la cárcel: ellos no piden más que comer cuando tienen hambre, mientras las mujeres lloran por sus maridos. Y así se siguen realizando registros, violando los domicilios, secuestrando los periódicos, las octavillas, hasta la correspondencia, abriendo las cartas, impidiendo las conferencias, las reuniones, ejerciendo la opresión más infame contra nosotros, los anarquistas. Hoy mismo están a cientos en las cárceles, por el simple hecho de haber dado una conferencia, o por haber escrito un artículo en algún periódico, o por haber expresado ideas anarquistas en público.

Señores del jurado, si quieren mi cabeza, tómenla: pero no crean que tomando mi cabeza lograrán detener la propaganda anarquista. ¡No! Y tengan cuidado, porque quien siembra cosecha.

En 1896, durante una procesión religiosa en Barcelona, alguien lanzó una bomba. Detuvieron de inmediato

a trescientos hombres y mujeres. Algunos eran anarquistas, pero la mayoría eran sindicalistas y socialistas. Fueron arrojados a esa terrible Bastilla, la cárcel de Montjuïc, y sometidos a las torturas más horribles. Tras la muerte de numerosos detenidos, y después de que otros muchos se volvieran locos, la prensa liberal de Europa se interesó por sus casos, lo que dio lugar a la puesta en libertad de unos pocos supervivientes.

El principal responsable de ese renacer de la Inquisición fue Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Gobierno español. Fue él quien ordenó que se torturara a las víctimas, que les abrasaran las carnes, que les estrujaran los huesos, que les cortaran la lengua. Cánovas, que ya tuvo experiencia en el arte de la brutalidad durante su régimen en Cuba, hizo oídos sordos a los llamamientos y las protestas de las despiertas conciencias civilizadas.

En 1897, Cánovas fue asesinado a tiros por un joven italiano, Michele Angiolillo, que había sido editor en su país natal. Sus audaces declaraciones muy pronto llamaron la atención de las autoridades. Empezó su persecución, y Angiolillo huyó de Italia a España, y de ahí a Francia y a Bélgica, para después establecerse en Inglaterra. Estando allí encontró trabajo como cajista de imprenta, e inmediatamente trabó amistad con todos sus compañeros. Uno de ellos describía así a Angiolillo:

> *Su aspecto recordaba más a un periodista que a un discípulo de Gutenberg. Además, sus delicadas manos revelaban que no se había criado ante una «caja». Con su franco y hermoso rostro, su suave cabello negro, su expresión alerta, tenía todo el aspecto de un vivaz sureño. Angiolillo hablaba italiano, español y francés, pero no hablaba una palabra de inglés; el poco francés que*

sabía yo no era suficiente para mantener una conversación prolongada. Sin embargo, muy pronto Angiolillo empezó a aprender la lengua inglesa; aprendía rápida y alegremente, y al cabo de poco tiempo se hizo muy popular entre sus colegas cajistas. Con sus modales distinguidos pero modestos, y su consideración por sus colegas, se ganó el corazón de todos los muchachos.

Angiolillo se familiarizó en seguida con los detalles de las crónicas de la prensa. Se enteró de la gran oleada de solidaridad humana con las indefensas víctimas de Montjuïc. En la plaza de Trafalgar vio con sus propios ojos las consecuencias de aquellas atrocidades, cuando los pocos españoles que se habían puesto a salvo de las garras de Cánovas del Castillo huyeron a Inglaterra y pidieron asilo. Allí, en un gran mitin, aquellos hombres se quitaron sus camisas y mostraron las terribles cicatrices de sus quemaduras. Angiolillo lo vio, y el efecto fue más fuerte que mil teorías; el ímpetu iba más allá de las palabras, más allá de los argumentos, incluso le superó a él mismo.

El señor Cánovas del Castillo se fue a descansar al balneario de Santa Águeda. Como es habitual en esos casos, los extraños no podían acercarse a su elevada presencia. Sin embargo, se hizo una excepción, en el caso de un italiano de aspecto distinguido y elegantemente vestido, del que se creía que era el corresponsal de un importante periódico. El distinguido caballero era... Angiolillo.

Cánovas del Castillo, que estaba a punto de salir de su alojamiento, salió al porche. De repente, Angiolillo se plantó frente a él. Se oyó un disparo, y Cánovas era cadáver.

La esposa del presidente del Gobierno acudió corriendo a la escena del crimen. «¡Asesino! ¡Asesino!», gri-

taba, señalando a Angiolillo. Este le hizo una reverencia. «Disculpe, señora», dijo. «La respeto por ser una dama, pero lamento que fuera usted la esposa de ese hombre».

Angiolillo afrontó la muerte con calma. La muerte en su forma más terrible... para un hombre cuya alma era como la de un niño.

Fue agarrotado. Su cuerpo permaneció a la vista, bajo los rayos del sol, hasta el crepúsculo. Y la gente acudía a ver su cuerpo, y al señalarle con el dedo, y con terror y miedo, decía: «Ahí está... el criminal... el cruel asesino».

¡Qué estúpida, qué cruel es la ignorancia! Siempre comprende mal las cosas, siempre condena.

Puede apreciarse un llamativo paralelismo con el caso de Angiolillo en la acción de Gaetano Bresci, cuyo atentado contra el rey Humberto I de Italia hizo famosa a una ciudad de Estados Unidos.

Bresci vino a este país, a esta tierra de oportunidades, donde uno solo tiene que intentarlo para alcanzar la fortuna en forma de oro. Sí, el también quería intentar triunfar. Estaba dispuesto a trabajar dura y lealmente. El trabajo no le daba ningún miedo, con tal de que le ayudara a conseguir independencia, madurez y respeto por sí mismo.

Y así, lleno de esperanza y entusiasmo, se estableció en Paterson (Nueva Jersey), y allí consiguió un lucrativo empleo en una fábrica de tejidos de la ciudad, con un salario de seis dólares por semana. Nada menos que seis dólares por semana era, sin duda, una fortuna para Italia, pero no bastaba ni para respirar en su país de adopción. Le encantaba su pequeño hogar. Era un buen marido y

un padre entregado a su *bambina,* Bianca, a la que adoraba. Trabajó y trabajó durante varios años. De hecho, se las apañó para ahorrar cien dólares con su sueldo de seis dólares por semana.

Bresci tenía un ideal. Qué tontería, ya lo sé, que un obrero tenga un ideal –el periódico anarquista que se publicaba en Paterson, *La Questione Sociale*.

Cada semana, a pesar de estar cansado por el trabajo, Bresci ayudaba a confeccionar el periódico. Echaba una mano hasta altas horas, y cuando el pequeño periódico pionero hubo agotado todos sus recursos, y cuando sus camaradas estaban desesperados, Bresci aportó alegría y esperanza con sus cien dólares, todos sus ahorros de muchos años. Eso mantuvo el periódico a flote.

En su país natal, la gente se moría de hambre. Las cosechas habían sido malas, y los campesinos se las veían cara a cara con la hambruna. Apelaron a su buen rey Humberto; él les podría ayudar. Las esposas de los campesinos que habían acudido al palacio del rey sostuvieron en alto, en absoluto silencio, a sus demacrados bebés. Seguro que aquello le iba a conmover. Y entonces los soldados empezaron a disparar y mataron a aquellas pobres insensatas.

Bresci, en su puesto de trabajo en la fábrica de tejidos de Paterson, leyó la noticia de la horrible masacre. Con el ojo de su mente contempló la matanza de las mujeres indefensas y de sus inocentes pequeños en su país natal, perpetrada justo delante del buen rey. Su alma se estremeció de horror. Por la noche oía los gemidos de los heridos. Puede que algunos fueran sus camaradas, o incluso

familiares suyos. ¿Por qué, por qué aquellos hediondos asesinatos?

La pequeña reunión del grupo anarquista en Paterson acabó casi en una pelea. Bresci había exigido que le devolvieran sus cien dólares. Sus camaradas le pidieron, le imploraron que les diera un respiro. Si le devolvían su préstamo, el periódico tendría que cerrar. Pero Bresci insistió en su devolución.

Qué cruel y estúpida es la ignorancia. Bresci consiguió el dinero, pero perdió la buena voluntad y la confianza de sus camaradas. No quisieron saber nada más de un hombre cuya codicia era mayor que sus ideales.

El 29 de julio de 1900, el rey Humberto murió tiroteado en Monza. Gaetano Bresci, el joven tejedor de Paterson, había acabado con la vida del buen rey.

La localidad de Paterson fue objeto de una estricta vigilancia policial, se acosó y persiguió a todos los anarquistas conocidos, y el atentado de Bresci se atribuyó a las enseñanzas del anarquismo. Como si las enseñanzas del anarquismo en su modalidad más extrema pudieran compararse con el peso de las mujeres y los niños asesinados, que habían peregrinado para pedirle ayuda al rey. Como si cualquier palabra escrita, por elocuente que sea, pudiera abrasar el alma humana con el mismo calor abrasador que la sangre vital que goteaba de aquellas formas agonizantes. El hombre corriente raramente se conmueve ni con las palabras ni con los actos; y a aquellos para quienes su parentesco social es la mayor fuerza que existe no les hace falta ningún llamamiento para responder –como hace el acero con el imán– a las injusticias y los horrores de la sociedad.

Si una teoría social es un potente factor que induce actos de violencia política, ¿cómo debemos explicar los recientes brotes de violencia en la India, donde el anarquismo prácticamente acaba de nacer? Las enseñanzas del hinduismo, más que cualquier otra antigua filosofía, siempre han exaltado la resistencia pasiva, la deriva de la vida, el Nirvana, como el más elevado ideal espiritual. Sin embargo, la agitación social en la India va creciendo día a día, y no ha llegado a plasmarse hasta hace muy poco en un acto de violencia política, el asesinato de sir Curzon Wyllie a manos del hindú Madan Lal Dhingra[24].

Si un fenómeno como ese puede ocurrir en un país impregnado social e individualmente desde hace siglos por el espíritu de la pasividad, ¿cabe cuestionar el tremendo y revolucionario efecto sobre el carácter humano que ejercían las grandes iniquidades sociales?, ¿cabe poner en duda la lógica, la justicia de las siguientes palabras?:

> *La represión, la tiranía, y el castigo indiscriminado contra hombres inocentes han sido el santo y seña del gobierno de la dominación extranjera en la India desde que iniciamos el boicot comercial contra los productos ingleses. Actualmente, el carácter depredador de los británicos ha quedado totalmente en evidencia en la India. ¡Creen que por la fuerza de la espada lograrán mantener sometida a la India! Esa arrogancia es lo que ha provocado la bomba, y cuanto más tiranicen a un pueblo indefenso y desarmado, más crecerá el terrorismo. Puede que nosotros deploremos el terrorismo como una idea descabellada y ajena a nuestra cultura, pero resulta inevitable mientras prosiga esta tiranía, ya que a quien hay que culpar no es a los terroristas, sino a los tiranos que son sus responsables. Es el único recurso que le queda a un pueblo indefenso y desarmado cuando se le lleva al*

---

[24] En el original «Madar Sol Dhingra».

borde de la desesperación. Nunca es criminal por su parte. El crimen le corresponde al tirano[25].

Hasta los científicos conservadores están empezando a darse cuenta de que la herencia no es el único factor que moldea el carácter humano. El clima, la alimentación, la ocupación; no solo: el color, la luz y el sonido deben tenerse en cuenta en el estudio de la psicología humana.

De ser así, resulta mucho más correcta la afirmación de que los grandes abusos sociales tendrán que influir en las distintas mentes y temperamentos de formas diferentes. Y qué absolutamente falaz es la idea estereotipada de que las enseñanzas del anarquismo, o determinados exponentes de dichas enseñanzas, son responsables de los actos de violencia política.

El anarquismo, más que cualquier otra teoría social, valora la vida humana por encima de las cosas. Todos los anarquistas coinciden con Tolstói en esta verdad fundamental: si la producción de un bien cualquiera requiere el sacrificio de una vida humana, la sociedad debería prescindir de ese bien, pero no puede prescindir de esa vida. Sin embargo, eso no implica de ninguna manera que el anarquismo predique la sumisión. ¿Cómo podría, cuando sabe que todo el sufrimiento, todas las desdichas, todos los males, son una consecuencia del mal de la sumisión?

¿No dijo un antepasado estadounidense, hace muchos años, que la resistencia a la tiranía es obediencia a Dios?

---

[25] Extraído del diario *The Free Hindustan*

Y ni siquiera era anarquista. Yo diría que la resistencia a la tiranía es el más alto ideal humano. Mientras exista la tiranía, en la forma que sea, la más profunda aspiración del hombre debe resistirse a ella, tan inevitablemente como un hombre tiene que respirar.

Comparados con la violencia al por mayor del capital y el gobierno, los actos de violencia política no son más que una gota en el océano. Que tan pocos se resistan es la prueba más elocuente de lo terrible que debe de ser el conflicto entre sus almas y unas iniquidades sociales insoportables.

Con los nervios a flor de piel, tensos como la cuerda de un violín, esos hombres lloran y gimen por la vida, una vida tan implacable, tan cruel, tan terriblemente inhumana. En un momento de desesperación, la cuerda se rompe. Los oídos desafinados no oyen más que una discordancia. Pero quienes sienten el grito de angustia comprenden su armonía; oyen en ese grito la realización del momento más trascendental de la naturaleza humana.

Esa es la psicología de la violencia política.

Las Cárceles: Crimen y Fracaso Social

En 1849, Fiódor Dostoyevski escribió en el muro de su celda la siguiente historia, *El sacerdote y el diablo*[26]:

> *«¡Hola, padre regordete!», le dijo el diablo al sacerdote. «¿Qué te llevó a mentir tanto a esa pobre y engañada gente? ¿Qué torturas del infierno les pintaste? ¿No sabes que ya están sufriendo las torturas del infierno en su vida terrenal? ¿No sabes que vosotros y las autoridades del Estado sois mis representantes en la Tierra? Sois vosotros quienes les hacéis padecer los dolores del infierno con que les amenazáis. Ah, ¿que no lo sabes? ¡Pues ven conmigo!»*
>
> *El diablo agarró del pescuezo al sacerdote, se lo llevó por los aires y le llevó hasta una fábrica, una fundición. Allí vio a unos obreros corriendo apresuradamente de acá para allá, y esforzándose bajo un calor abrasador. Muy pronto, el aire cargado y pesado y el calor son demasiado para el sacerdote. Con lágrimas*

---

[26] En la actualidad este relato no figura en el «Índice General de obras de F. M. Dostoyevski»

en los ojos le suplica al diablo: «¡Suéltame! ¡Sácame de este infierno!»

«Oh, querido amigo, tengo que enseñarte muchos otros sitios». El diablo vuelve a agarrarle y le lleva hasta una granja. Allí ve a los jornaleros trillando el grano. La polvareda y el calor resultan insoportables. El capataz lleva un látigo de siete colas, y azota despiadadamente a todo el que se desploma rendido por el trabajo duro o el hambre.

A continuación, el diablo lleva al sacerdote a las chozas donde viven esos mismos jornaleros con sus familias: unos agujeros sucios, fríos, llenos de humo y malolientes. El diablo sonríe. Destaca la pobreza y las privaciones que se sufren en este hogar.

«Bueno, ¿ya tienes bastante?», le pregunta. Y da la impresión de que, hasta él, el diablo, se apiada de la gente. El piadoso siervo de Dios a duras penas es capaz de soportarlo. Con las manos en alto, el sacerdote implora: «¡Sácame de aquí! ¡Sí, sí! ¡Esto es el infierno en la tierra!».

«Pues ya lo ves. Y tú encima les prometes otro infierno. ¡Les atormentas, les torturas mentalmente hasta la muerte cuando ya están físicamente casi muertos! ¡Ven! ¡Te voy a enseñar otro infierno, solo uno, el peor de todos!»

Le llevó a una cárcel y le mostró una mazmorra, con su aire viciado y las muchas formas humanas, despojadas de salud y energía, tiradas en el suelo, cubiertas de sabandijas que estaban devorando sus pobres cuerpos desnudos y descarnados.

«¡Quítate esas ropas de seda!», le dice el diablo al sacerdote, «ponte en los tobillos unas cadenas tan pesadas como las que llevan estos desventurados; échate en el suelo frío y mugriento... y después háblales del otro infierno que aún les aguarda».

«¡No, no!», respondió el sacerdote, «¡No puedo imaginarme nada más espantoso que esto, te lo suplico, déjame salir de aquí!»

«Sí, el infierno es esto. No puede haber un infierno peor que este. ¿Acaso no lo sabías? ¿No sabías que esos hombres y mujeres a los que asustas con la imagen de un infierno en el más allá... no sabías que ya están en el infierno aquí mismo, antes de morir?

Este cuento fue escrito hace cincuenta años en la oscura Rusia, en el muro de una de las cárceles más horribles. Sin embargo, ¿quién podría negar que eso es válido, con la misma fuerza, para el tiempo presente, incluso para las cárceles de Estados Unidos?

Con todas nuestras cacareadas reformas, nuestros grandes cambios sociales, y nuestros trascendentales descubrimientos, seguimos enviando a muchos seres humanos al peor de los infiernos, donde son ultrajados, degradados y torturados, a fin de que la sociedad esté «protegida» de los fantasmas que ella misma ha creado.

¿La cárcel... una protección social? ¿Qué monstruosa mente concibió jamás semejante idea? Es lo mismo que decir que es posible promover la salud mediante un contagio generalizado.

Al cabo de dieciocho meses de horror en una cárcel inglesa, Oscar Wilde ofreció al mundo su gran obra maestra, *La balada de la cárcel de Reading:*

Las más viles acciones, cual yerbas venenosas,
florecen bien en el aire de la cárcel;
solo lo que en el hombre hay de bueno
se agosta y marchita allí;
la pálida angustia guarda la pesada puerta

y el carcelero es la desesperación[27].

La sociedad sigue perpetuando ese aire venenoso, sin darse cuenta de que de ello no puede surgir otra cosa que no sean los resultados más venenosos.

Actualmente estamos gastando 3,500,000 dólares diarios, 1,000,095,000 dólares al año, en mantener las instituciones penitenciarias, y eso que vivimos en un país democrático –una cantidad casi tan grande como la suma de la producción de trigo, valorada en 750 millones de dólares, y de la producción de carbón, valorada en 350 millones de dólares–. El profesor Bushnell de Washington estima el coste de las cárceles en 6,000 millones de dólares al año, y el doctor G. Frank Lydston, un eminente escritor estadounidense experto en delincuencia, ofrece la cantidad de 5,000 millones de dólares anuales como una cifra razonable. ¡Destinar un gasto tan inaudito a mantener gigantescos ejércitos de seres humanos enjaulados como si fueran fieras salvajes![28]

A pesar de todo, los delitos van en aumento. Así nos enteramos de que en Estados Unidos el número de crímenes por millón de habitantes es cuatro veces y media más alto que hace veinte años.

El aspecto más horrible es que nuestro delito nacional es el asesinato, no los atracos, ni el desfalco, ni la violación, como ocurre en el Sur. Londres es cinco veces ma-

---

[27] La versión española de las dos estrofas que se citan en este capítulo es de Oscar Wilde, *La balada de la cárcel de Reading,* edición bilingüe, trad. Jesús Munárriz, Madrid, Hiperión, 1992.

[28] Véase *The Criminal*, por Havelock Ellis.

yor que Chicago, pero en Chicago se producen 118 asesinatos al año, mientras que en Londres tan solo 20. Y Chicago tampoco es la ciudad líder en delincuencia, dado que solo ocupa el séptimo lugar de la lista, encabezada por cuatro ciudades del Sur, seguidas de San Francisco y Los Ángeles. A la vista de un estado de la situación tan terrible, se nos antoja ridículo que se hable a la ligera de la protección que obtiene la sociedad de sus prisiones.

La mente de las personas corrientes es lenta a la hora de entender una verdad, pero cuando la institución más exhaustivamente organizada y centralizada, mantenida a costa de un excesivo gasto nacional, ha demostrado ser un completo fracaso social, hasta los más lerdos tienen que empezar a cuestionar el derecho a existir de esa institución. Atrás quedaron los tiempos en que podíamos conformarnos con nuestro tejido social por el mero hecho de que ha sido «ordenado por el derecho divino» o por la majestad de las leyes.

Las investigaciones generalizadas en las cárceles, la agitación y la educación durante los últimos años son una prueba concluyente de que los hombres están aprendiendo a ahondar hasta el mismo fondo de la sociedad, hasta las causas del terrible abismo que existe entre la vida social y la vida individual.

Así pues, ¿por qué las cárceles son un crimen y un fracaso social? Para responder a esta pregunta crucial, tenemos que buscar la naturaleza y las causas de los delitos, los métodos que se emplean para afrontarlos, y los efectos que producen dichos métodos a la hora de librar a la sociedad de la maldición y el horror de la delincuencia.

En primer lugar, en lo que respecta a la *naturaleza* de la delincuencia:

Havelock Ellis subdivide la delincuencia en cuatro fases, la política, la pasional, la demencial y la ocasional. Dice que el delincuente político es víctima de un intento de un Estado más o menos despótico para mantener su propia estabilidad. No es necesariamente culpable de un delito antisocial; simplemente intenta echar por tierra un determinado orden político que acaso es antisocial en sí mismo. Esa verdad ha sido reconocida en todo el mundo, salvo en Estados Unidos, donde sigue predominando el insensato concepto de que en una Democracia no hay lugar para los delincuentes políticos. Sin embargo, John Brown fue un delincuente político; igual que los anarquistas de Chicago; igual que cualquier huelguista. Por consiguiente, afirma Havelock Ellis, el delincuente político de nuestro tiempo o lugar podría ser el héroe, el mártir o el santo de otra época. Lombroso califica al delincuente político de verdadero precursor del movimiento progresista de la humanidad.

> *Habitualmente, el criminal por pasión es un hombre de buena cuna y vida honesta, que bajo el estrés de alguna gran injusticia inmerecida se ha tomado la justicia por su mano.*[29]

El señor Hugh C. Weir, en *The Menace of the Police*, cita el caso de Jim Flaherty, criminal pasional, que en vez de ser salvado por la sociedad se convierte en un borracho y un reincidente, con el resultado de una familia arruinada y sumida en la pobreza.

---

[29] Id.

Un tipo más patético es Archie, la víctima de la novela *The Turn of the Balance* ['El vuelco en la balanza'], de Brand Whitlock la mayor denuncia de la delincuencia en curso en Estados Unidos. Archie, en mayor medida que Flaherty, se veía arrastrado al crimen y a la muerte por la cruel inhumanidad de su entorno, y por el acoso sin escrúpulos de la maquinaria de la ley. Archie y Flaherty no son más que prototipos de muchos miles de casos, que vienen a demostrar que los aspectos jurídicos de la delincuencia, y los métodos de afrontarla, contribuyen a crear la enfermedad que está socavando toda nuestra vida social.

> *En realidad el criminal demente no puede ser considerado un criminal más de lo puede serlo un niño, dado que mentalmente está en la misma condición que un niño pequeño o que un animal.*[30]

Eso ya está reconocido por la ley, pero únicamente en contados casos de naturaleza muy flagrante, o cuando, merced a su riqueza, el inculpado puede permitirse el lujo de la demencia criminal. Se ha puesto muy de moda ser víctima de la paranoia. Pero, en conjunto, la «soberanía de la justicia» sigue castigando a los dementes criminales con toda la severidad de su poder. Así, el señor Ellis cita las estadísticas del doctor Richter que demuestran que en Alemania, 106 locos, de 144 criminales dementes, fueron condenados a severos castigos.

El delincuente ocasional «constituye con diferencia la clase más grande de nuestra población penitenciaria, y de ahí que sea la máxima amenaza para nuestro bienestar

---

[30] Id

social». ¿Cuál es el motivo que lleva a un enorme ejército de la familia humana a dedicarse al crimen, a preferir la espantosa vida dentro de los muros de una cárcel a la vida fuera de ella? Indudablemente, ese motivo debe de ser un amo despiadado, que no le deja a sus víctimas otra vía de escape, ya que hasta el ser humano más depravado ama la libertad.

Esa terrible fuerza está integrada en las condiciones de nuestra cruel organización social y económica. No pretendo negar los factores biológicos, fisiológicos ni psicológicos en la creación de la delincuencia; pero difícilmente encontraríamos un criminólogo avanzado que no admita que las influencias sociales y económicas son los gérmenes más implacables y venenosos de la delincuencia. Incluso admitiendo que existen tendencias criminales innatas, también es cierto que esas tendencias encuentran un campo abonado en nuestro entorno social.

Havelock Ellis afirma que existe una estrecha relación entre los delitos contra las personas y el precio del alcohol, entre los delitos contra la propiedad y el precio del trigo. Cita a Quetelet y a Lacassagne, de los que el primero contempla la sociedad como preparadora del delito, y a los criminales como los instrumentos que lo ejecutan. El segundo afirma que «el entorno social es el medio de cultivo de la criminalidad; que el criminal es el microbio, que únicamente adquiere importancia cuando encuentra el medio que provoca que fermente; *cada sociedad tiene los criminales que se merece*»[31].

---

[31] Id.

El periodo industrial más «próspero» imposibilita que el trabajador gane lo suficiente para mantener su salud y su vigor. Y dado que la prosperidad es, en el mejor de los casos, una situación imaginaria, miles de personas se suman constantemente a la legión de los parados. De este a oeste, de norte a sur, ese inmenso ejército vaga en busca de trabajo o de comida, y lo único que encuentra es el asilo de pobres y los arrabales. Quienes aún conservan una chispa de respeto por sí mismos prefieren la rebeldía abierta, prefieren la delincuencia a la situación escuálida y degradada de la pobreza.

Edward Carpenter estima que cinco sextas partes de los delitos perseguibles consisten en algún tipo de infracción de los derechos de propiedad; pero esa es una cifra demasiado baja. Una investigación minuciosa demostraría que nueve delitos de cada diez podrían achacarse, directa o indirectamente, a nuestras iniquidades económicas y sociales, a nuestro sistema de explotación y robo despiadado. No existe un delincuente tan estúpido que no reconozca ese terrible hecho, aunque no sea capaz de explicarlo.

Una colección de filosofías criminales, recopilada por Havelock Ellis, Lombroso, y otros hombres eminentes, demuestra que el criminal siente en lo más profundo que la sociedad es la que le ha empujado a la delincuencia. Un ladrón milanés le dijo a Lombroso: «Yo no robo, simplemente le quito a los ricos lo superfluo; además, ¿acaso no roban los abogados y los comerciantes?». Un asesino escribió: «Sabiendo que tres cuartas partes de las virtudes sociales son vicios cobardes, pensé que una agresión abierta contra un hombre rico sería menos innoble que la cauta organización de un fraude». Otro escribía: «Es-

toy en la cárcel por robar media docena de huevos. Los ministros que roban millones reciben honores. ¡Pobre Italia!». Un condenado culto le dijo al señor Davitt: «Las leyes de la sociedad están amañadas con el propósito de asegurar la riqueza del mundo a los poderosos y los calculadores, privando con ello a la mayor parte de la humanidad de sus derechos y sus oportunidades. ¿Por qué tienen que castigarme por haber robado, por unos medios bastante parecidos, a quienes han tomado más de lo que les corresponde por derecho?» Y el mismo hombre añadía: «La religión le arrebata al alma su independencia; el patriotismo es el estúpido culto del mundo en aras del que se sacrificaron el bienestar y la paz de la ciudadanía a manos de quienes se benefician de ese culto, mientras que las leyes del país, al restringir los deseos naturales, libraban una guerra contra el espíritu manifiesto de la ley de nuestro ser. Comparado con ello» concluía, «el robo es una actividad honorable»[32].

Ciertamente, hay más verdad en esa filosofía que en todos los libros de «derecho y moral» de la sociedad.

Si los factores económicos, políticos, morales y físicos son los gérmenes de la delincuencia, ¿cómo afronta la sociedad esa situación?

Indudablemente, los métodos para lidiar con la delincuencia han experimentado numerosos cambios, pero principalmente en sentido teórico. En la práctica, la sociedad conserva el móvil primitivo para tratar con el delincuente; a saber, la venganza. Además, ha adoptado la

---

[32] Id.

idea teológica; a saber, el castigo; al tiempo que los métodos legales y «civilizados» consisten en la disuasión, en el terror, y en las reformas. A continuación, vamos a ver que las cuatro modalidades han fracasado completamente, y que hoy no estamos más cerca de una solución que en la Edad de las tinieblas.

El impulso innato del hombre primitivo, contraatacar, vengar una injusticia, es anticuado. Por el contrario, el hombre civilizado, despojado de valor y de audacia, ha delegado en una maquinaria organizada el deber de vengar sus injusticias, en la insensata convicción de que el Estado está justificado para hacer lo que el hombre civilizado ya no tiene ni la madurez ni la coherencia suficientes para hacer. La majestad de las leyes es una cuestión que se basa en el razonamiento; no se rebaja a los instintos primitivos. Su misión es de una naturaleza «superior». Es cierto, todavía está sumida en un enredo teológico, que proclama el castigo como medio de purificación, o en la expiación indirecta del pecado. Pero legal y socialmente, el estatuto ejerce el castigo no simplemente como el acto de infligir daño al delincuente, sino también por sus aterradores efectos sobre los demás.

Sin embargo, ¿cuál es el verdadero fundamento del castigo? El concepto del libre albedrío, la idea de que el hombre es en todo momento un sujeto libre para hacer el bien o el mal; si opta por lo segundo, hay que obligarle a pagar un precio. Aunque esa teoría se rebatió y se tiró a la basura hace mucho tiempo, sigue aplicándose a diario por toda la maquinaria del Estado, que la convierte en el instrumento de tormento más cruel y brutal de la vida humana. La única razón para su mantenimiento es el concepto aún más cruel de que cuanto más se difunda el

castigo aterrador, más seguro es su efecto disuasorio.

La sociedad está utilizando los métodos más drásticos para lidiar con el delincuente social. ¿Por qué no disuaden? Aunque teóricamente en Estados Unidos un hombre se considera inocente hasta que se demuestra que es culpable, los instrumentos de la ley, la policía, perpetúan un reino de terror, llevando a cabo detenciones indiscriminadas, golpeando, apaleando, intimidando a las personas, utilizando el bárbaro método del «tercer grado», sometiendo a sus desventuradas víctimas al aire infecto de las comisarías, y al lenguaje aún más infecto de sus guardianes. Sin embargo, los delitos se multiplican rápidamente, y la sociedad está pagando el precio. Por otra parte, es un secreto a voces que cuando al desventurado ciudadano se le ha concedido toda la «clemencia» de la ley, y en aras de la seguridad se le oculta en el peor de los infiernos, ahí empieza su verdadero calvario. Despojado de sus derechos como ser humano, degradado a la condición de mero autómata sin voluntad ni sentimientos, totalmente a merced de sus brutales guardianes, padece a diario un proceso de deshumanización en comparación con el cual la venganza salvaje no es más que un juego de niños.

En Estados Unidos no existe ninguna institución penitenciaria ni reformatorio donde no se torture a los hombres «para que vuelvan a ser buenos», por medio de la porra, el garrote, la camisa de fuerza, el tormento de agua, o la picana (un dispositivo para dar descargas eléctricas a lo largo de todo el cuerpo humano), el régimen de aislamiento, la anilla, y la dieta de inanición. En esas instituciones se quiebra la voluntad del preso, se degrada su alma, se sojuzga su espíritu mediante la mortífera mono-

tonía y la rutina de la vida en prisión. En Ohio, Illinois, Pensilvania, Misuri, y en el Sur, esos horrores se han vuelto tan flagrantes que han llegado a oídos del mundo exterior, mientras que en la mayoría del resto de prisiones siguen predominando esos mismos métodos tan piadosos. Pero los muros de las cárceles raramente permiten que se escapen los angustiosos gritos de la víctima –los muros son gruesos, amortiguan el sonido–. Es posible que la sociedad ganara más con la abolición inmediata de todas las cárceles que esperando que la protejan esas cámaras de los horrores del siglo XX.

Año tras año, las puertas de los infiernos penitenciarios devuelven al mundo una multitud de seres humanos náufragos, demacrados, deformes, y carentes de voluntad, con la marca de Caín en la frente, con las esperanzas destrozadas, y todas sus inclinaciones naturales frustradas. Sin otra cosa que el hambre y la inhumanidad que les dé la bienvenida, esas víctimas muy pronto vuelven a hundirse en la delincuencia como única posibilidad de existencia. No es en absoluto insólito encontrar hombres y mujeres que se han pasado la mitad de su vida –mejor dicho, casi toda su existencia– en prisión. Conozco a una mujer en la Isla de Blackwell (Nueva York) que había entrado y salido de la cárcel treinta y ocho veces; y a través de un amigo me enteré de que un muchacho de diecisiete años, al que mi amigo había atendido y cuidado en la penitenciaría de Pittsburgh, nunca había conocido el significado de la palabra libertad. El único rumbo de la vida de ese chico había sido del reformatorio a la cárcel, hasta que, con el cuerpo roto, murió como víctima de la venganza social. Esas experiencias personales están avaladas por numerosos datos que aportan pruebas abrumadoras

de la total inutilidad de las cárceles como medio de disuasión o de reforma.

Ahora, muchas personas bienintencionadas trabajan para dar un nuevo rumbo a la cuestión penitenciaria: la rehabilitación, restituirle de nuevo al preso la posibilidad de convertirse en un ser humano. Por encomiable que sea, me temo que resulta imposible abrigar esperanzas de conseguir buenos resultados de verter un buen vino en una botella mohosa. Nada que no sea una reconstrucción total de la sociedad liberará a la humanidad del cáncer de la delincuencia. Sin embargo, si se pudiera afilar el filo embotado de nuestra conciencia social, sería posible darle otra mano de pintura a las instituciones penitenciarias. Pero el primer paso que hay que dar es la renovación de la conciencia social, que está en unas condiciones bastante ruinosas. Lamentablemente necesita abrir los ojos al hecho de que la delincuencia es una cuestión de grados, que todos nosotros llevamos dentro los rudimentos del crimen, en mayor o menor grado, según nuestro entorno mental, físico y social; y que el delincuente individual es un mero reflejo de las tendencias del conjunto.

Con una conciencia social más despierta, es posible que un individuo corriente aprenda a rechazar el «honor» de ser un sabueso de la ley. Es posible que deje de perseguir y despreciar al delincuente social, que no desconfíe de él y le dé una oportunidad de vivir y respirar entre sus conciudadanos. Por supuesto, resulta más difícil llegar a las instituciones. Son frías, impenetrables y crueles; a pesar de todo, con una conciencia social más ágil, sería posible liberar a las víctimas penitenciarias de la brutalidad de los funcionarios, los guardias y los guardianes de las cárceles. La opinión pública es un arma poderosa; incluso

los guardias de las presas humanas tienen miedo de ella. Se les podría enseñar un poco de humanidad, sobre todo si se dieran cuenta de que sus empleos dependen de ello.

Sin embargo, el paso más importante es exigir que los presos tengan derecho a trabajar estando en prisión, con algún tipo de recompensa monetaria que les permitiera ahorrar algo para el día de su puesta en libertad, el comienzo de una nueva vida.

Resulta casi ridículo esperar demasiado de la sociedad actual, si tenemos en cuenta que los propios trabajadores, que son esclavos asalariados, se oponen al trabajo de los reclusos. No voy a entrar en la crueldad de esa objeción, sino únicamente a considerar su inviabilidad. Para empezar, la oposición que hasta ahora han presentado los trabajadores organizados se ha dirigido contra molinos de viento. Los presos siempre han trabajado; solo que su explotador ha sido el Estado, de la misma forma que el empleador individual ha sido el que ha saqueado a la mano de obra organizada. Los Estados o bien han puesto a trabajar a los presos para el gobierno, o bien han organizado la mano de obra reclusa para individuos particulares. Veintiún estados de la Unión siguen este segundo plan. El Gobierno federal y diecisiete Estados lo han descartado, igual que las principales naciones de Europa, ya que da lugar a una terrible sobreexplotación, al maltrato de los presos, y a innumerables chanchullos.

Rhode Island, el estado dominado por Aldrich, nos brinda el que tal vez sea el peor ejemplo. En virtud de una contrata de cinco años de duración, firmada el 7 de julio de 1906 y renovable durante otros cinco años si así lo deciden los contratistas privados, el trabajo de los presos

de la Penitenciaría de Rhode Island y de la cárcel del Condado de Providence se vende a la empresa manufacturera Reliance-Sterling a razón de poco menos de 25 centavos diarios por trabajador. Esa empresa es un verdadero conglomerado para la explotación de la mano de obra penitenciaria, ya que también alquila el trabajo de los reclusos de las penitenciarías de Connecticut, Michigan, Indiana, Nebraska y Dakota del Sur, así como de los reformatorios de Nueva Jersey, Indiana, Illinois y Wisconsin, once instituciones en total.

> *La enormidad de los chanchullos en Rhode Island, al amparo de la contrata, puede estimarse por el simple hecho de que en Nebraska esa misma empresa paga 62.5 centavos diarios por el trabajo de un preso; y que Tennessee, por ejemplo, recibe de la empresa Gray-Dudley Hardware 1.10 dólares diarios por el trabajo de un preso; Misuri, 70 centavos al día de la compañía manufacturera Star Overall; Virginia Occidental, 65 centavos al día de la compañía manufacturera Kraft; y Maryland, 55 centavos al día del fabricante de camisas Oppenheim, Oberndorf & Co. La simple diferencia de precio ya apunta a un chanchullo de grandes dimensiones. Por ejemplo, la empresa Reliance Sterling fabrica camisas, con un coste de la mano de obra libre de no menos de 1.20 dólares la docena, mientras que en Rhode Island paga 30 centavos la docena. Para colmo, el estado no le cobra a ese conglomerado ningún alquiler por el uso de su enorme fábrica, ni por la energía eléctrica, ni por la calefacción, ni por la luz, y ni siquiera por el alcantarillado, y no le cobra impuestos. ¡Vaya un chanchullo!*[33]

Se estima que en este país la mano de obra reclusa produce anualmente camisas y monos de trabajo por valor

---

[33] Tomado de la publicación del National Committee on Prison Labor (Comité Nacional de Trabajo Penitenciario)

de más de doce millones de dólares. Es una industria de mujeres, y la primera consecuencia es que así se desaloja una enorme cantidad de mano de obra femenina libre. La segunda consideración es que se mantiene a los presos varones, que deberían estar aprendiendo oficios que les dieran alguna posibilidad de ser autosuficientes tras su puesta en libertad, en esta actividad, con la que es imposible que ganen dinero. Eso resulta aún más grave si consideramos que gran parte de ese trabajo se realiza en los reformatorios, que profesan a bombo y platillo que están formando a sus reclusos para que lleguen a ser ciudadanos útiles.

La tercera consideración, y la más importante, es que los enormes beneficios que se estrujan de la mano de obra reclusa son un incentivo constante para que los contratistas exijan de sus desventuradas víctimas unas tareas que están mucho más allá de sus fuerzas, y los castiguen cruelmente cuando su trabajo no cumple las excesivas exigencias que se les imponen.

Una cosa más sobre el hecho de que se condene a los presos a realizar tareas con las que no pueden esperar ganarse la vida tras su puesta en libertad. Indiana, por ejemplo, es un estado que se vanagloria de estar en primera fila en materia de mejoras penitenciarias modernas. Sin embargo, según el informe presentado en 1908 por la academia de formación de su «reformatorio», 135 presos se dedicaban a fabricar cadenas, 207 a confeccionar camisas, y 250 en la fundición –un total de 597 reclusos en tres ocupaciones–. Pero en el así llamado reformatorio, los presos representaban 59 ocupaciones, de las que 39 estaban relacionadas con los intereses del país. Indiana, al igual que muchos otros estados, afirma que

está formando a los presos de su reformatorio en oficios con los que podrán ganarse la vida cuando salgan en libertad. Pero en realidad los pone a trabajar fabricando cadenas, camisas y escobas, estas a beneficio de la Louisville Fancy Grocery Co. La fabricación de escobas es un oficio mayoritariamente monopolizado por los ciegos, la confección de camisas es un oficio reservado a las mujeres, y en el estado solo existe una fábrica de cadenas con mano de obra libre, y un preso no tiene la mínima esperanza de encontrar empleo en ninguna de esas tres actividades. Todo el asunto es una farsa cruel.

Así pues, si los estados pueden desempeñar un papel decisivo a la hora de robarle a sus indefensas víctimas unos beneficios tan colosales, ¿no es hora de que el trabajo organizado ponga fin a sus inútiles bramidos, y de que insista en una remuneración decente para los reclusos, igual que las organizaciones sindicales lo reivindican para sí mismas? De esa forma, los obreros conseguirían matar el germen que hace del preso un enemigo de los intereses de los trabajadores. Ya he dicho en otro lugar que miles de presos, incompetentes y sin oficio, sin medios de subsistencia, son devueltos cada año al redil social. Esos hombres y mujeres tienen que vivir, porque incluso un expresidiario tiene necesidades. La vida penitenciaria les ha convertido en seres antisociales, y no es improbable que las puertas cerradas a cal y canto que les reciben cuando salen en libertad no hagan más que agravar su amargura. La consecuencia inevitable es que forman un núcleo propicio para el reclutamiento de esquiroles, rompehuelgas, detectives y policías, que estarán ansiosos por hacer lo que les pida el amo. Así pues, el trabajo organizado, con su insensata oposición al trabajo en

las cárceles, va contra sus propios intereses. Contribuye a crear gases venenosos que asfixian cualquier intento de mejora económica. Si el trabajador quiere evitar esas consecuencias, debe *insistir* en el derecho al trabajo del preso, debería acogerle como un hermano, integrarle en su organización y, *con su ayuda, rebelarse contra el sistema que los pisotea a ambos*.

Por último, pero no menos importante, cada vez somos más conscientes de lo brutal y lo inadecuado de la sentencia sin derecho a beneficios penitenciarios. Quienes creen en un cambio, y aspiran a ello, están llegando rápidamente a la conclusión de que es necesario brindarle la oportunidad a un hombre a hacer el bien. ¿Y cómo va a hacerlo cuando tiene ante sí diez, quince, o veinte años de cárcel? La esperanza de la libertad y la oportunidad es el único incentivo de la vida, sobre todo de la vida de un preso. La sociedad se ha portado mal con él durante tanto tiempo que por lo menos debería dejarle eso. No tengo grandes esperanzas de que ocurra, ni de que pueda producirse un cambio real en esa dirección, hasta que las condiciones que engendran tanto al preso como al carcelero queden abolidas para siempre.

¡De su boca brotaría una rosa muy, muy roja!
¡De su corazón una rosa blanca!
Pues ¿quién puede decir de qué extraño modo
revela Cristo su voluntad,
si el seco cayado del peregrino
floreció a la vista del gran papa?

El Patriotismo: Una Amenaza para la Libertad

¿Qué es el patriotismo? ¿Es el amor al lugar donde nacimos, el lugar de los recuerdos y las esperanzas de nuestra infancia, de nuestros sueños y aspiraciones? ¿Es el lugar donde, con ingenuidad infantil, veíamos pasar las fugaces nubes, preguntándonos por qué nosotros no podíamos correr igual de rápido? ¿El lugar donde contábamos la miríada de titilantes estrellas, aterrorizados ante la idea de que cada una de ellas fuera un ojo capaz de escudriñar hasta lo más profundo de nuestras pequeñas almas? ¿Es el lugar donde escuchábamos la música de los pájaros y anhelábamos tener alas para volar, igual que ellos, hasta tierras lejanas? ¿O el lugar donde nos sentábamos en las rodillas de una madre, embelesados por maravillosos cuentos de grandes gestas y conquistas? En suma, ¿es el amor al lugar, donde cada palmo representa un recuerdo querido y precioso de una infancia feliz, alegre y juguetona?

Si el patriotismo fuera eso, hoy en día no sería posible instar a muchos estadounidenses a ser patrióticos, dado que el lugar de sus juegos se ha convertido en fábricas,

molinos y minas, mientras que el ruido ensordecedor de la maquinaria ha sustituido a la música de los pájaros. Como ya tampoco podemos escuchar los relatos de grandes gestas, pues las historias que hoy en día cuentan nuestras madres no son más que cuentos de tristeza, lágrimas y dolor.

Así pues, ¿qué es el patriotismo? «El patriotismo, señor, es el último recurso de los canallas», dijo Samuel Johnson. Lev Tolstói, el máximo antipatriota de nuestros tiempos, define el patriotismo como el principio con el que se justifica la instrucción de asesinos al por mayor; un oficio que requiere mejores equipamientos para la práctica de matar hombres que para la fabricación de necesidades básicas de la existencia como calzado, ropa y casas; un oficio que garantiza mejores rentabilidades y mayor gloria que el del trabajador medio.

Gustave Hervé, otro gran antipatriota, define acertadamente el patriotismo como una superstición –más dañina, brutal e inhumana que la religión–. La superstición de la religión surgió de la incapacidad del hombre para explicar los fenómenos naturales. Es decir, cuando el hombre primitivo oía el trueno o veía el relámpago, no era capaz de explicarse ninguna de las dos cosas, y por consiguiente concluía que detrás de ellas debía de haber una fuerza más poderosa que él mismo. Análogamente, veía una fuerza sobrenatural en la lluvia, y en los diversos cambios de la naturaleza. Por otra parte, el patriotismo es una superstición creada y mantenida artificialmente mediante una red de mentiras y falsedades; una superstición que arrebata al hombre su respeto por sí mismo y su dignidad, e incrementa su arrogancia y su engreimiento.

De hecho, el engreimiento, la arrogancia y el egoísmo son los elementos esenciales del patriotismo. Permítanme que lo ilustre. El patriotismo presupone que nuestro mundo está subdividido en pequeñas manchas, cada una de ellas rodeada por una verja de hierro. Los que han tenido la suerte de nacer en una mancha determinada se consideran mejores, más nobles, más grandes y más inteligentes que los seres humanos que viven en cualquier otra mancha. Por consiguiente, el deber de todos los que viven en esa mancha elegida consiste en combatir, matar y morir en el intento de imponer su superioridad sobre todas los demás.

Los habitantes de las demás manchas razonan de la misma manera, por supuesto, con la consecuencia de que, desde su primera infancia, la mente del niño es envenenada con historias espeluznantes sobre los alemanes, los franceses, los italianos, los rusos, etcétera. Cuando el niño llega a ser adulto, está absolutamente saturado con la convicción de que ha sido elegido por el mismísimo Señor para defender a *su* país contra el ataque o la invasión de cualquier extranjero. Y con ese propósito clamamos por un Ejército y una Armada más grandes, por más acorazados y más munición. Con ese propósito Estados Unidos ha gastado en un breve plazo cuatrocientos millones de dólares. Imagínenselo: cuatrocientos millones de dólares sacados de lo que produce el *pueblo*. Porque desde luego no son los ricos los que contribuyen al patriotismo. Ellos son cosmopolitas, se encuentran perfectamente a gusto en cualquier país. Aquí, en Estados Unidos, sabemos que eso es así. ¿Acaso nuestros estadounidenses adinerados no son franceses en Francia, alemanes en Alemania, o ingleses en Inglaterra? ¿Y acaso no dilapidan

con elegancia cosmopolita las fortunas acuñadas por los niños de las fábricas y los esclavos del algodón en Estados Unidos? Sí, el suyo es ese patriotismo que hace posible enviar mensajes de condolencia a un déspota como el zar de Rusia cuando sufre algún contratiempo, como hizo el presidente Theodore Roosevelt en nombre de *su* pueblo cuando los revolucionarios rusos castigaron al gran duque Sergio Románov.

Se trata de un patriotismo que ayuda al archiasesino Porfirio Díaz a aniquilar miles de vidas en México, o que incluso colabora para detener a los revolucionarios mexicanos en suelo estadounidense y a mantenerlos entre rejas en las cárceles de Estados Unidos, sin el menor motivo ni razón.

Pero entonces, el patriotismo no es para quienes representan la riqueza y el poder. Es bueno solo para los pobres. A uno le recuerda a la sabiduría histórica de Federico el Grande, el amigo del alma de Voltaire, cuando dijo «La religión es un fraude, pero debe mantenerse para las masas».

El patriotismo es una institución más bien cara, nadie dudará de ello tras considerar las siguientes estadísticas. El paulatino aumento de los gastos para los principales Ejércitos y Armadas del mundo durante el último cuarto de siglo es un hecho de tal gravedad que asusta a cualquier estudioso serio de los problemas económicos. Puede apreciarse rápidamente por el procedimiento de subdividir el tiempo transcurrido entre 1881 y 1905 en periodos de cinco años, y anotando el desembolso de varias grandes naciones en su Ejército y su Armada durante el primero y el último de dichos periodos. Entre el primero y

el último de los periodos señalados, el gasto de Gran Bretaña aumentó de 2,101,848,936 a 4,143,226,885 dólares; el gasto de Francia, de 3,324,500,000 a 3,455,109,900 dólares; el gasto de Alemania, de 725,000,200 a 2,700,375,600 dólares; el gasto de Estados Unidos, de 1,275,500,750 a 2,650,900,450 dólares; el gasto de Rusia, de 1,900,975,500 a 5,250,445,100 dólares; el gasto de Italia, de 1,600,975,750 a 1,755,500,100 dólares; y el gasto de Japón, de 182,900,500 a 700,925,475 dólares.

Los gastos militares de todas las naciones mencionadas aumentaron en todos y cada uno de los periodos quinquenales que hemos examinado. Durante todo el intervalo entre 1881 y 1905, el desembolso de Gran Bretaña para su Ejército se multiplicó por cuatro, el de Estados Unidos se triplicó, el de Rusia se duplicó, el de Alemania aumentó un 35 por ciento, el de Francia aumentó aproximadamente un 15 por ciento, y el de Japón aumentó casi un 500 por ciento. Si comparamos el gasto de esas naciones para sus Fuerzas Armadas con sus gastos totales para los veinticinco años anteriores a 1905, la proporción aumentó de la forma siguiente:

En Gran Bretaña pasaron del 20 al 37 por ciento; en Estados Unidos, del 15 al 23 por ciento; en Francia, del 16 al 18 por ciento; en Italia, del 12 al 15 por ciento; en Japón, del 12 al 14 por ciento. Por otra parte, es interesante señalar que en Alemania la proporción disminuyó desde aproximadamente el 58 por ciento hasta el 25 por ciento, una reducción que se debe al enorme aumento de los gastos del Imperio Alemán por otros conceptos, pero lo cierto es que los gastos militares del periodo 1901-1905 fueron mayores que en cualquier periodo quinque-

nal anterior. Las estadísticas revelan que los países donde los gastos militares son mayores, en proporción a los ingresos nacionales totales, son Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón, Francia e Italia, por ese orden.

En lo que respecta al coste de las grandes Armadas, el panorama es igual de impresionante. Durante los veinticinco años anteriores a 1905, los gastos navales aumentaron aproximadamente en las siguientes cuantías: Gran Bretaña, 300 por ciento; Francia, 60 por ciento; Alemania, 600 por ciento; Estados Unidos, 525 por ciento; Rusia, 300 por ciento; Italia, 250 por ciento; y Japón, 700 por ciento. A excepción de Gran Bretaña, Estados Unidos gasta más en su Marina de guerra que cualquier otra nación, y ese gasto supone una proporción mayor respecto al desembolso nacional total que el de cualquier otra potencia. Durante el periodo 1881-1885, el gasto en la Armada estadounidense ascendía a 6.20 dólares por cada 100 dólares recaudados para el conjunto de los gastos del país; esa cuantía ascendió a 6.60 dólares durante el siguiente periodo quinquenal, a 8.10 dólares para el siguiente, a 11.70 dólares para el siguiente, y a 16.40 dólares para el periodo 1901-1905. Es moralmente seguro que el desembolso para el actual periodo quinquenal arrojará un nuevo aumento.

Es posible ilustrar ulteriormente el aumento del coste del militarismo computándolo en función de los impuestos *per capita* de la población. Entre el primer periodo quinquenal y el último que hemos considerado aquí como base, esa proporción ha aumentado como sigue: en Gran Bretaña, de 8.47 a 52.50 dólares; en Francia, de 19.66 a 23.62 dólares; en Alemania, de 10.17 a 15.51 dólares; en Estados Unidos, de 5.62 a 13,64 dólares; en Rusia, de

6.14 a 8.37 dólares; en Italia, de 9.59 a 11.24 dólares, y en Japón, de 0.86 a 3.11 dólares.

La mejor forma de apreciar la carga económica del militarismo es ponerlo en relación con esta estimación aproximada. La conclusión irresistible de los datos disponibles es que el aumento de los gastos para el Ejército y la Armada está superando rápidamente al aumento de la población en todos y cada uno de los países considerados en estos cálculos. En otras palabras, seguir adelante con el aumento de las exigencias del militarismo amenaza a todos esos países con un progresivo agotamiento tanto de su población como de sus recursos.

El espantoso despilfarro que exige el patriotismo debería ser suficiente para curar a cualquier hombre, incluso de una inteligencia media, de esta enfermedad. Sin embargo, el patriotismo exige aún más. Se insta a la gente a ser patriótica, y el precio que paga por ese lujo no consiste solo en apoyar a sus «defensores», sino incluso en sacrificar a sus propios hijos. El patriotismo requiere fidelidad a la bandera, lo que significa obediencia y disposición a matar a un padre, a una madre, a un hermano, a una hermana.

El argumento habitual es que necesitamos un Ejército permanente para proteger al país de una invasión extranjera. Sin embargo, cualquier hombre o mujer inteligente sabe que se trata de un mito mantenido para atemorizar y coaccionar a los tontos. Los gobiernos del mundo, que conocen los intereses mutuos, no se invaden unos a otros. Han aprendido que pueden conseguir mucho más por el procedimiento del arbitraje internacional en sus disputas que mediante la guerra y la conquista. En

efecto, como decía Thomas Carlyle: «La guerra es una disputa entre dos ladrones demasiado cobardes para librar su propia batalla; por consiguiente, van por los pueblos reclutando a los jóvenes; los embuten en un uniforme, los equipan con un fusil y los sueltan como fieras salvajes para que combatan entre sí».

No hace falta demasiada sensatez para concluir que todas las guerras obedecen a motivos parecidos. Consideremos por ejemplo nuestra propia guerra Hispano-Estadounidense (guerra de Cuba) que supuestamente fue un gran acontecimiento patriótico en la historia de Estados Unidos. ¡Cómo ardían de indignación nuestros corazones contra los atroces españoles! A decir verdad, nuestra indignación no estalló espontáneamente. Fue alimentada durante meses por una campaña de los periódicos, y mucho tiempo después de que el carnicero Valeriano Weyler hubiera exterminado a muchos cubanos nobles y ultrajado a muchas mujeres cubanas. No obstante, para hacer justicia a la nación estadounidense, hay que reconocer que efectivamente se indignó, que estaba dispuesta a combatir, y que combatió valerosamente. Pero una vez que se disipó el humo, que se enterró a los muertos, y que el coste de la guerra repercutió en la gente en forma de aumento de los precios de los bienes y los alquileres –es decir, cuando se nos pasó el ataque de patriotismo– de repente nos dimos cuenta de que la causa de la guerra Hispano-Estadounidense fue la preocupación por el precio del azúcar; o, más explícitamente, que las vidas, la sangre y el dinero del pueblo estadounidense se utilizaron para proteger los intereses de los capitalistas del país, que se veían amenazados por el Gobierno español. Que no se trata de una exageración, sino que se basa absolutamente

en datos y cifras, queda perfectamente demostrado por la actitud del Gobierno estadounidense con los trabajadores cubanos. Cuando Cuba quedó firmemente en garras de Estados Unidos, los mismos soldados que se enviaron para liberar Cuba recibieron la orden de disparar contra los trabajadores cubanos durante la gran huelga de los cigarreros, que tuvo lugar poco después de la guerra.

Y tampoco somos los únicos que libramos guerras por ese tipo de causas. Está empezando a levantarse el velo sobre los móviles de la terrible guerra Ruso-Japonesa, que costó tanta sangre y tantas lágrimas. Y volvemos a constatar que detrás del feroz Moloch de la guerra se alza el dios aún más feroz del comercialismo. Kuropatkin, ministro de la Guerra ruso durante la contienda ruso-japonesa, ha revelado el verdadero secreto que había detrás de ella. El zar y sus grandes duques, que habían invertido mucho dinero en las concesiones de Corea, forzaron una guerra con el único propósito de acumular rápidamente grandes fortunas.

La afirmación de que un Ejército y una Armada permanentes son la mejor garantía de la paz es más o menos igual de lógica que la afirmación de que el ciudadano más pacífico es aquel que va por ahí fuertemente armado. La experiencia de la vida cotidiana demuestra plenamente que un individuo armado está invariablemente ansioso por medir sus fuerzas. Y tradicionalmente, cabe decir lo mismo de los gobiernos. Los países verdaderamente pacíficos no derrochan vidas y energía en preparativos para la guerra, y la consecuencia de ello es el mantenimiento de la paz.

Sin embargo, el clamor por un aumento del Ejército y la Armada no obedece a ningún peligro extranjero. Se debe al pavor ante el creciente descontento de las masas y del espíritu internacionalista entre los trabajadores. Las potencias de distintos países se están preparando justamente con el propósito de hacer frente a un enemigo interior; un enemigo que, una vez que abra los ojos y adquiera conciencia, resultará más peligroso que cualquier invasor extranjero.

Los poderes que durante siglos se han dedicado a esclavizar a las masas han realizado un minucioso estudio de su psicología. Saben que el pueblo en general es como un niño, cuya desesperación, cuya tristeza y cuyas lágrimas pueden convertirse en alegría con un pequeño juguete. Y cuanto más espectacularmente se vista ese juguete, cuanto más estridentes sean sus colores, más atractivo resultará para ese niño de millones de cabezas.

Un Ejército y una Armada son los juguetes del pueblo. Para hacerlos más atractivos y aceptables, se gastan cientos de miles de dólares en exhibir esos juguetes. Ese era el propósito del Gobierno estadounidense cuando equipó una flota y la envió a recorrer la costa del Pacífico, para que toda la ciudadanía estadounidense sintiera el orgullo y la gloria de Estados Unidos. El Ayuntamiento de San Francisco gastó cien mil dólares para agasajar a la flota; el de Los Ángeles, sesenta mil; Seattle y Tacoma, aproximadamente cien mil. ¿Para agasajar a la flota, he dicho? Para ofrecer suntuosos banquetes a unos pocos oficiales de alta graduación, mientras los «valientes muchachos» tenían que amotinarse para que les dieran lo suficiente para comer. Sí, se gastaron doscientos sesenta

mil dólares en fuegos artificiales, cenas de gala y jolgorios, en un momento en que hombres, mujeres y niños a lo largo y ancho del país se morían de hambre por las calles; en una época en que miles de desempleados estaban dispuestos a vender su trabajo a cualquier precio.

¡Doscientos sesenta mil dólares! ¡Cuántas cosas se habrían podido hacer con todo ese dinero! Pero, en vez de pan y alojamiento, llevaron a los niños de aquellas ciudades a ver la flota, para que pudiera pervivir, como decía un periódico, como «un recuerdo imborrable para el niño».

Una cosa maravillosa para recordar, ¿no es cierto? Los instrumentos de la matanza civilizada. Si es preciso envenenar la mente de un niño con ese tipo de recuerdos, ¿qué esperanza nos queda de una verdadera realización de la fraternidad entre los hombres?

Los estadounidenses decimos que somos un pueblo que ama la paz; que odiamos el derramamiento de sangre; que somos contrarios a la violencia. Sin embargo, nos entran espasmos de alegría ante la posibilidad de lanzar bombas de dinamita desde máquinas voladoras contra ciudadanos indefensos. Estamos dispuestos a ahorcar, electrocutar o linchar a cualquiera que, por necesidad económica, arriesgue su propia vida para atentar contra la de un magnate de la industria. Sin embargo, nuestros corazones se hinchan de orgullo ante la idea de que Estados Unidos se está convirtiendo en la nación más poderosa de la tierra, y que al final acabará plantando su bota de hierro sobre el cuello de todas las demás naciones.

Esa es la lógica del patriotismo.

Teniendo en cuenta las malignas consecuencias que acarrea el patriotismo para el hombre corriente, no es nada en comparación con el insulto y la injuria que el patriotismo arroja sobre el propio soldado –esa pobre y engañada víctima de la superstición y la ignorancia–. A él, el salvador de su país, el protector de su nación, ¿qué le depara el patriotismo? Una vida de sumisión ciega, de vicio y de perversión en tiempos de paz; una vida de peligros, inclemencias y muerte en tiempos de guerra.

Mientras estaba en San Francisco con motivo de una reciente gira de conferencias, visité el Presidio, el lugar más bonito desde donde se domina la Bahía y el Parque Golden Gate. Su finalidad debería haber sido una zona de juegos para los niños, de jardines, con música para el recreo de los cansados. Por el contrario, se convirtió en un lugar feo, anodino y gris por culpa de los cuarteles, unos cuarteles donde los ricos no consentirían que se alojaran ni sus perros. En esas míseras casuchas los soldados viven hacinados como el ganado; allí malgastan los días de su juventud, abrillantando las botas y los botones de latón de sus superiores. Allí también vi la distinción entre clases: los robustos hijos de una República libre, formados en hilera como los presos, haciendo el saludo militar a cualquier teniente renacuajo que pasara por delante. La igualdad de Estados Unidos, ¡degradando la hombría y enalteciendo el uniforme!

La vida en los cuarteles tiende a desarrollar aún más las tendencias de la perversión sexual. En ese sentido, poco a poco está dando lugar a unos resultados similares a las de las fuerzas armadas europeas. Havelock Ellis, el destacado escritor sobre psicología sexual, ha realizado un minucioso estudio sobre el asunto. Cito: «Algunos

cuarteles son grandes centros de prostitución masculina. [...] El número de soldados que se prostituyen es mayor de lo que estamos dispuestos a creer. No es exagerado afirmar que en determinados regimientos las estimaciones se inclinan por la venalidad de la mayoría de los hombres. [...] En las noches de verano, Hyde Park y el barrio de Albert Gate están llenos de soldados de la guardia y de otras unidades ejerciendo un animado comercio, y con muy poco disimulo, con uniforme o sin él. [...] En la mayoría de los casos, lo recaudado supone un cómodo complemento al dinero para gastos del soldado raso del Ejército británico».

Hasta qué extremo esta perversión ha ido corroyendo el Ejército y la Armada puede apreciarse perfectamente por el hecho de que existen casas especiales para esa modalidad de prostitución. La práctica no se limita a Inglaterra; es universal. «La apetencia de soldados no es menor en Francia que en Inglaterra o en Alemania, y existen casas especiales para la prostitución de los militares tanto en París como en las ciudades donde existen guarniciones».

Si el señor Havelock Ellis hubiera incluido a Estados Unidos en su investigación de las perversiones sexuales, habría descubierto que en nuestro Ejército y nuestra Armada predominan las mismas condiciones que en esos otros países. El crecimiento de unas Fuerzas Armadas permanentes contribuye inevitablemente a la propagación de la perversión sexual; los cuarteles son las incubadoras.

Al margen de sus efectos en la sexualidad, la vida en los cuarteles también tiende a incapacitar al soldado para

el trabajo útil tras su salida del ejército. Los hombres cualificados en algún oficio raramente ingresan en el ejército o en la armada, pero incluso ellos, tras una experiencia militar, se ven totalmente incapacitados para desempeñar su anterior ocupación. Han adquirido los hábitos de la ociosidad y el gusto por el alboroto y la aventura, y ya no se conforman con una actividad tranquila. Al causar baja en el ejército, son incapaces de dedicarse al trabajo útil. Pero normalmente es la gentuza social, los presos que salen en libertad y gente así, quienes se sienten empujados a ingresar en las Fuerzas Armadas para ganarse la vida o por sus propias inclinaciones. Y esos hombres, una vez finalizado su periodo de servicio militar, vuelven a dedicarse a su vida de delincuencia, más embrutecidos y degradados que antes. Es un hecho bien conocido que en nuestras cárceles hay gran número de antiguos soldados; mientras que, por otra parte, el Ejército y la Armada se abastecen en gran medida de expresidiarios.

De entre todas las consecuencias malignas que acabo de describir, ninguna me parece tan perjudicial para la integridad humana como la que produjo el espíritu del patriotismo en el caso del soldado William Buwalda. Como él creía, insensatamente, que uno puede ser soldado y al mismo tiempo ejercer sus derechos como hombre, las autoridades militares le castigaron severamente. Lo cierto es que Buwalda había servido a su país durante quince años, durante los que su hoja de servicios había sido impecable. Según el general Funston, que redujo la condena de Buwalda a tres años, «el primer deber de un oficial o de un soldado sin graduación es la obediencia y la lealtad incondicional al gobierno, y da igual si él aprueba ese gobierno o no». Así, Funston rubrica el ver-

dadero carácter de la lealtad. Según él, el ingreso en el Ejército deroga los principios de la Declaración de Independencia.

¡Una extraña evolución del patriotismo, que convierte a un ser pensante en una máquina leal!

Para justificar esta sentencia absolutamente vergonzosa, el general Funston le dice al pueblo estadounidense que el acto del soldado fue un «grave delito, equivalente a la traición». Pues bien, ¿en qué consistió realmente ese «terrible delito»? Sencillamente en esto: William Buwalda fue uno de los mil quinientos asistentes a un mitin público en San Francisco; y ¡horror!, le estrechó la mano a la oradora, Emma Goldman. Efectivamente, un terrible crimen, que el general califica de «grave delito militar, infinitamente peor que la deserción».

¿Puede haber una acusación mayor contra el patriotismo que el hecho de que tache a un hombre de criminal, le encierre en la cárcel, y le arrebate lo obtenido a lo largo de quince años de fiel servicio?

Buwalda le dio a su país los mejores años de su vida y su propia hombría. Pero todo eso no valía nada. El patriotismo es inexorable y, como todos los monstruos insaciables, exige todo o nada. No admite que un soldado es también un ser humano, que tiene derecho a sus propios sentimientos y opiniones, a sus propias inclinaciones e ideas. No, el patriotismo no puede admitir eso. Esa es la lección que le obligaron a aprender a Buwalda; que le obligaron a aprender pagando un precio muy alto, aunque no inútil. Cuando recobró la libertad, había perdido su puesto en el Ejército, pero recuperó su respeto por sí mismo. Al fin y al cabo, eso vale tres años de cárcel.

En un reciente artículo sobre las condiciones de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, un escritor comentaba el poder de los militares sobre los civiles en Alemania. Decía, entre otras cosas, que si nuestra República no tuviera más significado que garantizar la igualdad de derechos a todos sus ciudadanos, ya tendría una justa causa para existir. Estoy convencida de que ese escritor no estuvo en Colorado durante el régimen patriótico del general Sherman Bell[34]. Probablemente habría cambiado de opinión si hubiera visto cómo, en nombre del patriotismo y de la República, se encerraba a los soldados en los establos, se les arrastraba de acá para allá, se les expulsaba al otro lado de la frontera, y se les sometía a todo tipo de vejaciones. Y ese incidente de Colorado tampoco es el único ejemplo del aumento del poder de los militares en Estados Unidos. Prácticamente no hay huelga en la que las tropas o las milicias no acudan al rescate de los poderosos, y en la que no actúen de una forma tan arrogante y brutal como los soldados que visten el uniforme del káiser. Y además, tenemos la Ley de Milicias de 1903[35]. ¿Se había olvidado de ello el escritor?

Una gran desgracia de la mayoría de nuestros escrito-

---

[34] Jefe de la Guardia Nacional de Colorado durante las protestas mineras de 1903-1904, aplicó lo que venía a ser una ley marcial a su antojo, desoyendo las órdenes de las autoridades civiles y haciendo caso omiso de los mandamientos judiciales.

[35] ley, más conocida como «ley militar Dick», fue el primer paso para la creación de la Guardia Nacional, un cuerpo de reservistas de ámbito estatal que puede movilizarse en caso de emergencia y pasar a ser una unidad federal en caso de guerra.

res es que desconocen totalmente los acontecimientos actuales, o que, por falta de honradez, no quieren hablar de esos asuntos. Y así ocurre que la Ley de Milicias fue tramitada apresuradamente en el Congreso, con pocos debates y menos publicidad –una ley que concede al presidente la potestad de convertir a un ciudadano pacífico en un matador de hombres sediento de sangre, supuestamente para la defensa del país, pero en realidad para la protección de los intereses de ese sector en particular del que se da la circunstancia que el presidente es el portavoz.

Nuestro escritor afirma que el militarismo nunca podrá llegar a ser tan poderoso en Estados Unidos como en el extranjero, ya que aquí el servicio militar es voluntario, mientras que en el Viejo Mundo es obligatorio. Sin embargo, ese caballero olvida tener en cuenta dos hechos muy importantes. Primero, que el servicio militar obligatorio ha creado en Europa un arraigado odio al militarismo entre todas las clases sociales. Se alista a miles de jóvenes reclutas a pesar de sus protestas y, una vez en el ejército, los soldados utilizan todos los medios posibles para desertar. Segundo, que el aspecto obligatorio del militarismo es justamente lo que ha creado un tremendo movimiento antimilitarista, algo que las potencias europeas temen más que a ninguna otra cosa. Al fin y al cabo, el mayor baluarte del capitalismo es el militarismo. En el momento que este se vea socavado, el capitalismo se tambaleará. Es cierto, nosotros no tenemos un servicio militar obligatorio; es decir, normalmente no se obliga a los hombres a alistarse en el ejército, pero aquí hemos desarrollado una fuerza más exigente y rígida: la necesidad. ¿Acaso no es cierto que durante las crisis industriales se

produce un enorme aumento del número de alistamientos? Puede que el oficio del militarismo no sea ni lucrativo ni honroso, pero es mejor que recorrer a pie el país en busca de trabajo, ponerse a la cola del pan, o dormir en los refugios municipales. Al fin y al cabo, significa 13 dólares al mes, tres comidas diarias, y un sitio donde dormir. Sin embargo, la necesidad no es un factor lo bastante fuerte como para atraer al ejército un elemento de carácter y hombría. No es de extrañar que nuestras autoridades militares se quejen del «deficiente material» que se alista en el Ejército y en la Armada. Ese reconocimiento es un indicio muy alentador. Demuestra que en el estadounidense medio aún queda el suficiente espíritu de independencia y suficiente amor a la libertad como para correr el riesgo de pasar hambre antes que ponerse un uniforme.

Los hombres y mujeres pensantes de todo el mundo están empezando a darse cuenta de que el patriotismo es un concepto demasiado estrecho y limitado como para satisfacer las necesidades de nuestros tiempos. La centralización del poder ha engendrado un sentimiento internacional de solidaridad entre las naciones oprimidas del mundo; una solidaridad que constituye una mayor armonía de intereses entre el trabajador de Estados Unidos y sus hermanos de otros países que entre el minero estadounidense y su compatriota explotador; una solidaridad que no teme una invasión extranjera porque está llevando a todos los obreros hasta un punto en que le dirán a sus amos: «Vayan a matar ustedes mismos. Nosotros ya lo hemos hecho el tiempo suficiente por ustedes».

La solidaridad está despertando la conciencia incluso de los soldados, pues también ellos son carne de la carne

de la gran familia humana. Una solidaridad que ya ha demostrado más de una vez su infalibilidad durante pasadas luchas, y que ha sido el impulso que llevó a los soldados de París, durante la Comuna de 1871, a negarse a obedecer cuando les ordenaron que dispararan contra sus hermanos. Ha dado valor a los hombres que se amotinaron a bordo de los buques de guerra rusos hace no muchos años. Y acabará provocando la sublevación de los oprimidos y los pisoteados contra sus explotadores internacionales.

El proletariado de Europa se ha dado cuenta de la gran fuerza de esa solidaridad, y a consecuencia de ello ha iniciado una guerra contra el patriotismo y su sangriento espectro, el militarismo. Miles de hombres abarrotan las cárceles de Francia, Alemania, Rusia y los países escandinavos porque se atrevieron a desafiar a la antigua superstición. Y el movimiento tampoco se limita a la clase trabajadora; engloba a representantes de toda condición social, y sus principales exponentes son hombres y mujeres que destacan en las artes, las ciencias y las letras.

Estados Unidos tendrá que seguir su ejemplo. El espíritu del militarismo ya ha penetrado entre todas las clases sociales. De hecho, estoy convencida de que el militarismo corre un mayor peligro aquí que en ningún otro lugar, debido a los muchos sobornos que el capitalismo ofrece a quienes desea destruir.

Ya se han sentado las bases en los colegios. Evidentemente, el Estado se aferra a la concepción jesuítica de «Dame la mente del niño y yo moldearé al hombre». A los niños se les enseñan tácticas militares, las glorias de las gestas bélicas que se ensalzan en el currículo escolar,

y se pervierten las mentes juveniles para contentar al Estado. Para colmo, mediante deslumbrantes carteles se hace un llamamiento a los jóvenes del país para que se alisten al Ejército y a la Armada. «¡Una excelente oportunidad de ver mundo!», grita el embaucador del gobierno. Y así se embarca moralmente a la fuerza en el patriotismo a muchachos inocentes, y el Moloch militar avanza a grandes pasos cosechando victorias por todo el país.

El trabajador estadounidense ha sufrido tanto a manos del soldado, de los Gobiernos estatal y federal, que su repugnancia por el parásito uniformado y su oposición a él están bastante justificadas. Sin embargo, la mera denuncia no resolverá este gran problema. Lo que hace falta es una propaganda de concienciación para el soldado: literatura antipatriótica que le ilustre sobre los verdaderos horrores de su oficio, y que le abra los ojos para que sea consciente de su verdadera relación con el hombre a cuyo trabajo debe su misma existencia.

Eso es justamente lo que más temen las autoridades. Asistir a un mitin radical ya es un delito de alta traición para un soldado. No cabe duda de que también tacharán de alta traición que un soldado lea un panfleto radical. Pero además, ¿acaso la autoridad no ha tachado de traición cada paso que daba el progreso desde tiempos inmemoriales? Sin embargo, quienes luchan seriamente por una reconstrucción social pueden perfectamente permitirse el lujo de ese tipo de cosas; porque probablemente es más importante llevar la verdad a los cuarteles que a las fábricas. Cuando hayamos socavado la mentira patriótica, habremos despejado el camino para esa gran es-

tructura en la que todas las nacionalidades estarán unidas en una hermandad universal: *una sociedad verdaderamente libre*.

Francisco Ferrer y la Escuela Moderna

La experiencia ha acabado por ser considerada la mejor escuela de la vida. El hombre o la mujer que no aprenda algunas lecciones vitales en esa escuela es visto como un verdadero necio. Y sin embargo resulta extraño decir que a pesar de que las instituciones organizadas siguen perpetrando errores, aunque no aprendan nada de la experiencia, por regla general nosotros lo consentimos.

En Barcelona vivía y trabajaba un hombre llamado Francisco Ferrer. Era maestro de niños y niñas, conocido y querido por su pueblo. Fuera de España, tan solo unas pocas personas cultas conocían el trabajo de Francisco Ferrer. Para el mundo en general, este maestro no existía.

El 1 de septiembre de 1909, el Gobierno español –a instancias de la Iglesia católica– detuvo a Francisco Ferrer. El 13 de octubre, después de un juicio farsa, llevaron a Ferrer al foso de la cárcel de Montjuïc, le pusieron frente al espantoso paredón de muchos suspiros, y le fusilaron. Ferrer, un maestro prácticamente desconocido,

se convirtió de inmediato en una figura universal, que encendió la indignación y la ira de todo el mundo civilizado contra aquel asesinato sin sentido.

El ajusticiamiento de Francisco Ferrer no era el primer crimen que cometían el Gobierno español y la Iglesia católica. La historia de ambas instituciones es un largo río de fuego y sangre. Sin embargo, no han aprendido de la experiencia, ni aún han llegado a darse cuenta de que cualquier frágil ser ejecutado por la Iglesia y el Estado va creciendo y creciendo hasta convertirse en un poderoso gigante, que algún día liberará a la humanidad de sus peligrosas garras.

Francisco Ferrer nació en 1859 de padres humildes. Eran católicos, y por tanto esperaban criar a su hijo en esa misma fe. No sabían que aquel niño iba a convertirse en el heraldo de una gran verdad, que su mente iba a negarse a viajar por el camino trillado. Ya desde muy corta edad Ferrer empezó a cuestionar la fe de sus antepasados. Exigía saber cómo era posible que el Dios que le hablaba de bondad y de amor perturbara el sueño de un niño inocente con el pavor y el sobrecogimiento de las torturas, de los sufrimientos, del infierno. Dotado de una mente alerta, vivaz e indagadora, a Francisco no le llevó mucho tiempo descubrir el espanto de ese monstruo tenebroso, la Iglesia católica. Ya no quiso saber nada del asunto.

Francisco Ferrer no solo era un hombre escéptico que buscaba la verdad; además era un rebelde. Su espíritu se sublevaba con justa indignación contra el régimen de hierro de su país, y cuando un grupo de sublevados, liderado por un valiente patriota, el general Manuel Villacampa,

bajo el estandarte del ideal republicano, lanzó una ofensiva contra aquel régimen, no hubo un luchador más ardiente que el joven Francisco Ferrer. Y espero que nadie confunda aquel ideal republicano con las ideas del Partido Republicano de este país. Al margen de las objeciones que yo, como anarquista, pueda tener respecto a los republicanos de los países latinos, sé que esos ideales se alzan muy por encima del partido corrupto y reaccionario que, en Estados Unidos, está destruyendo todo vestigio de libertad y de justicia. No hay más que pensar en los Mazzini, los Garibaldi, y en otros muchos cientos, para darnos cuenta de que sus esfuerzos iban dirigidos no solo hacia el derrocamiento del despotismo, sino en particular contra la Iglesia católica, que desde sus mismos comienzos ha sido la enemiga de todo progreso y de todas las ideas liberales.

En Estados Unidos es justamente lo contrario. El republicanismo representa los derechos adquiridos, el imperialismo, los chanchullos, la aniquilación de cualquier apariencia de libertad. Su ideal es la respetabilidad grasienta y rastrera de un William McKinley y la arrogancia brutal de un Theodore Roosevelt.

Los republicanos españoles fueron sometidos. Hace falta algo más que un esfuerzo valiente para partir la roca de los siglos, para cortarle la cabeza a esa hidra monstruosa, la Iglesia católica y la Corona de España. Al heroico intento del pequeño grupo le siguieron detenciones, persecuciones y castigos. Los que lograron escapar de los sabuesos tuvieron que huir al extranjero para ponerse a salvo. Francisco Ferrer fue uno de ellos. Se marchó a Francia.

¡Cómo debió de expansionarse su alma en el nuevo país! Francia, la cuna de la libertad, de las ideas, de la acción. París, la ciudad siempre joven, intensa, con su vida palpitante, después de la negrura de su atrasado país, ¡cómo debió de inspirarle! Qué oportunidades, qué gloriosa ocasión para un joven idealista.

Francisco Ferrer no perdió el tiempo. Como un hambriento, se volcó en los distintos movimientos progresistas, conoció a todo tipo de gente, aprendió, absorbió y creció. Estando allí también vio en funcionamiento la Escuela Moderna, que iba a desempeñar un papel tan importante y fatídico en su vida.

La Escuela Moderna de Francia fue fundada mucho antes de la época de Ferrer. Su fundadora, aunque a pequeña escala, fue Louise Michel, ese dulce espíritu. De forma consciente o inconsciente, nuestra gran Louise sintió hace mucho tiempo que el futuro pertenece a las generaciones más jóvenes; que a menos que se rescate a los jóvenes de la enseñanza burguesa, esa institución que destruye la mente y el alma, los males sociales seguirían existiendo. Tal vez pensara, con Ibsen, que la atmósfera está saturada de fantasmas, que el hombre y la mujer adultos tienen muchas supersticiones que superar. Nada más librarse de las cadavéricas garras de un fantasma, hete aquí que se ven esclavizados por otros noventa y nueve espectros. Así, tan solo unos pocos alcanzan la cumbre de la montaña de la regeneración total.

Sin embargo, el niño no tiene tradiciones que superar. Su mente no está lastrada por ideas preconcebidas, su corazón no se ha enfriado con distinciones de clase y de casta. El niño es al maestro lo que la arcilla al escultor.

Que el mundo reciba una obra de arte o una espantosa imitación depende en gran medida del poder creativo del maestro.

Louise Michel estaba extraordinariamente cualificada para satisfacer los anhelos del alma de los niños. Ella misma era de una naturaleza infantil, muy dulce y tierna, ingenua y generosa. El alma de Louise se ponía siempre al rojo vivo ante cualquier injusticia social. Estaba invariablemente en primera fila cada vez que el pueblo de París se rebelaba contra alguna injusticia. Cuando tuvo que sufrir una pena de cárcel por su gran devoción por los oprimidos, la pequeña escuela de Montmartre dejó de existir. Pero la semilla había sido plantada, y desde entonces ha dado sus frutos en muchas ciudades de Francia.

La iniciativa más importante de una Escuela Moderna fue la del gran joven anciano, Paul Robin. Junto con unos pocos amigos fundó un gran colegio en Cempuis, una bonita localidad próxima a París. Paul Robin aspiraba a un ideal más alto que simplemente las ideas modernas en materia de educación. Quería demostrar con hechos reales que el concepto burgués de la herencia no es más que un mero pretexto para exonerar a la sociedad de sus terribles crímenes contra los jóvenes. El argumento de que el niño debe sufrir por los pecados de sus padres, que debe seguir viviendo en la pobreza y la suciedad, que de mayor debe ser un borracho o un delincuente, por el simple hecho de sus progenitores no le dejaron ningún otro legado, era demasiado ridículo para el hermoso espíritu de Paul Robin. Él creía que, fuera cual fuera el papel que desempeñara la herencia, hay otros factores igual de importantes, cuando no más, que pueden y deben erradicar o minimizar la denominada causa primera. Un entorno

económico y social adecuado, el aliento y la libertad de la naturaleza, el ejercicio saludable, el amor y la empatía y, por encima de todo, una profunda comprensión de las necesidades del niño –esos factores acabarían destruyendo el estigma cruel, injusto y criminal que se impone a los jóvenes inocentes.

Paul Robin no seleccionaba a sus alumnos; no acudía a los así llamados mejores progenitores: recogía su material dondequiera que pudiera encontrarlo. De la calle, de los barrios de chabolas, de los asilos para huérfanos y expósitos, de los reformatorios, de todos esos lugares grises y horrendos donde la benevolente sociedad oculta a sus víctimas a fin de apaciguar su conciencia culpable. Por las calles iba recogiendo a todos los niños pequeños, sucios, mugrientos y temblorosos, que podía alojar en su centro y los llevaba a Cempuis. Allí, rodeados por la gloria de la naturaleza, libres y sin restricciones, bien alimentados, siempre aseados, profundamente amados y comprendidos, las pequeñas plantas humanas empezaban a crecer, a florecer, a desarrollarse superando incluso las expectativas de su amigo y maestro, Paul Robin.

Los niños crecían y se desarrollaban hasta llegar a ser hombres y mujeres con confianza en sí mismos y amantes de la libertad. Es difícil imaginar un peligro mayor para las instituciones que crean a los pobres a fin de perpetuar a los pobres. El Gobierno francés cerró el centro de Cempuis alegando coeducación, que está prohibida en Francia. Sin embargo, Cempuis estuvo funcionando el tiempo suficiente como para demostrarle a los educadores avanzados sus enormes posibilidades, y dar impulso a los métodos modernos de educación, que lenta pero inevitablemente están socavando el sistema actual.

A Cempuis le siguieron un gran número de intentos educativos –entre ellos el de Madeleine Vernet, una escritora y poeta de gran talento, autora de *L'Amour libre,* y de Sébastien Faure, con su centro, llamado La Ruche[36], que visité cuando estuve en París, en 1907.

Hace muchos años el camarada Faure compró el terreno sobre el que construyó La Ruche. En un plazo relativamente corto logró transformar aquel paraje salvaje y sin cultivar en un lugar floreciente, que tenía todo el aspecto de una granja bien mantenida. Un gran patio cuadrado, bordeado por tres edificios, y un amplio sendero que conducía al huerto y a la plantación de árboles frutales, daban la bienvenida a los ojos del visitante. El huerto, cuidado como solo saben hacerlo los franceses, abastece a La Ruche con una amplia variedad de verduras.

Sébastien Faure opina que si se somete a un niño a influencias contradictorias, su desarrollo se resiente. Tan solo cuando sus necesidades materiales, la higiene de su hogar, y el entorno intelectual están en armonía el niño puede crecer y convertirse en una persona sana y libre.

Respecto a su colegio, Sébastien Faure tiene esto que decir:

> *He acogido a veinticuatro niños de ambos sexos, en su mayoría huérfanos, o niños cuyos padres son demasiado pobres para pagar. Todos se visten, se alojan y se educan a mi cargo. Hasta los doce años reciben una sólida educación elemental. Entre los doce y los quince años –al tiempo que siguen estudiando–*

---

[36] La Colmena

deben aprender algún oficio, conforme a su disposición individual y a sus capacidades. Después de eso, son libres de marcharse de La Ruche para iniciar su vida en el mundo exterior, con la seguridad de que en cualquier momento podrán volver a La Ruche, donde serán recibidos con los brazos abiertos, y bienvenidos como unos padres acogen a sus queridos hijos. Entonces, si desean trabajar en nuestro centro, pueden hacerlo con las siguientes condiciones: un tercio del producto es para cubrir sus gastos de mantenimiento, otro tercio va al fondo general destinado para alojar a los nuevos alumnos, y el último tercio pueden dedicarlo a su uso personal, como ellos crean conveniente.

La salud de los niños que en estos momentos están a mi cuidado es perfecta. Aire puro, comida nutritiva, ejercicio físico al aire libre, largos paseos, observación de las normas higiénicas, el método de instrucción, breve e interesante y, por encima de todo, nuestra comprensión y cuidados cariñosos a los niños, han producido unos resultados físicos y mentales admirables.

Sería injusto afirmar que nuestros alumnos han conseguido milagros: sin embargo, considerando que pertenecen a la media, y que anteriormente no han tenido oportunidades, los resultados son verdaderamente muy gratificantes. Lo más importante que han adquirido –un rasgo poco frecuente en los escolares normales– es el amor por el estudio, el deseo de saber, de estar informados. Han aprendido un nuevo método de trabajar, que agiliza la memoria y estimula la imaginación. Hacemos un esfuerzo especial para despertar el interés del niño por su entorno, que se dé cuenta de la importancia de la observación, de la investigación y de la reflexión, para que cuando los niños lleguen a la madurez, no sean sordos ni ciegos a las cosas que les rodean. Nuestros niños nunca aceptan nada por fe ciega, sin investigar por qué y cuáles son sus causas; como tampoco se quedan satisfechos hasta que reciben una respuesta exhaustiva a sus preguntas. Así, sus mentes están libres de las dudas y el temor que provocan las

respuestas incompletas o falsas; son estas las que tuercen el crecimiento del niño y le generan falta de confianza en sí mismo y en quienes le rodean.

Resulta sorprendente lo sinceros, amables y cariñosos que son nuestros pequeños entre ellos. La armonía entre ellos y con los adultos de La Ruche es enormemente alentadora. Nos sentiríamos culpables si los niños nos temieran o nos honraran por el simple hecho de que somos sus mayores. No ahorramos esfuerzos para ganarnos su confianza y su cariño; una vez logrado, la comprensión sustituye al deber; la confianza, al miedo; y el afecto, a la severidad.

Todavía nadie se ha dado cuenta del todo del tesoro de empatía, amabilidad y generosidad que se oculta en el alma de un niño. El esfuerzo de todo verdadero educador debería ser abrir el cofre de ese tesoro: estimular los impulsos del niño e inspirar las mejores y más nobles tendencias. ¿Qué mejor recompensa puede haber para alguien cuyo trabajo de toda una vida consiste en supervisar el crecimiento de la planta humana que ver cómo su naturaleza despliega sus pétalos y observar cómo se desarrolla hasta convertirse en una verdadera individualidad? Mis compañeros de La Ruche no buscan mayor recompensa, y gracias a ellos y a sus esfuerzos, incluso más que a los míos, nuestro jardín humano promete dar hermosos frutos[37].

En relación con la asignatura de historia y con los antiguos y predominantes métodos de docencia, Sébastien Faure decía:

Le explicamos a nuestros niños que la verdadera historia aún está por escribir: la historia de los que han muerto, en el anonimato, en el intento de ayudar a la humanidad a alcanzar mayores logros.

---

[37] Extraído de la revista *Mother Earth*, 1907

Francisco Ferrer no pudo sustraerse a aquella gran oleada de intentos de la Escuela Moderna. Vio sus posibilidades, no solo en forma teórica sino en su aplicación práctica a las necesidades cotidianas. Debió de darse cuenta de que España, más que ningún otro país, estaba muy necesitada precisamente de ese tipo de colegios, si lo que pretendía era quitarse de encima el doble yugo del sacerdote y del soldado.

Cuando consideramos que el conjunto del sistema educativo español está en manos de la Iglesia católica, y cuando además recordamos la fórmula católica: «Inculcar el catolicismo en la mente del niño hasta la edad de nueve años es arruinarla para siempre para cualquier otra idea», comprendemos la tremenda tarea de Ferrer a la hora de llevar una nueva luz a su pueblo. Muy pronto el destino le ayudó a hacer realidad su gran sueño.

La señorita Meunier, una dama adinerada, y alumna de Francisco Ferrer, se interesó por el proyecto de la Escuela Moderna. Cuando murió, le dejó a Ferrer algunas propiedades de valor y doce mil francos de renta anual para la Escuela.

Se dice que las almas malvadas no pueden concebir más que ideas malvadas. De ser así, resulta fácil explicar los despreciables métodos que utilizó la Iglesia católica para vilipendiar el carácter de Ferrer y así justificar sus propios negros delitos. Y así, en los periódicos católicos de Estados Unidos se difundió la mentira de que Ferrer utilizó su intimidad con la señorita Meunier para apoderarse de su dinero.

Personalmente, yo creo que la intimidad, de la naturaleza que sea, entre un hombre y una mujer, es asunto

suyo, un sagrado asunto únicamente de ellos dos. Por consiguiente, no malgastaría ni una palabra en referirme al asunto, de no ser una de las ruines mentiras que se divulgaron contra Ferrer. Por supuesto, quienes conocen la pureza del clero católico comprenderán la insinuación. ¿Acaso alguna vez los sacerdotes católicos han considerado a la mujer como otra cosa que no sea una mercancía sexual? Los datos históricos sobre los descubrimientos en los claustros y los monasterios demostrarán que estoy diciendo la verdad. Así pues, ¿cómo debemos entender la cooperación entre un hombre y una mujer, salvo sobre una base sexual?

En realidad, la señorita Meunier era considerablemente mayor que Ferrer. Como había vivido su infancia y adolescencia con un padre mezquino y una madre sumisa, fue capaz de apreciar fácilmente la necesidad de amor y alegría en la vida de un niño. Debió de ver que Francisco Ferrer era un maestro, no hecho por una universidad, ni por una máquina, ni por un diploma, sino un maestro dotado de genio para esa vocación.

Equipado con su conocimiento, su experiencia, y con los medios necesarios; y, sobre todo, imbuido con el fuego divino de su misión, nuestro Camarada regresó a España, y allí inició la tarea de su vida. El 9 de septiembre de 1901 se abrió la primera Escuela Moderna. Fue acogida con entusiasmo por el pueblo de Barcelona, que se comprometió a apoyarla. En un breve discurso que pronunció durante la inauguración de la Escuela, Ferrer presentó su programa a sus amigos. Dijo:

> *No soy orador, ni un propagandista, ni un luchador. Soy un maestro; amo a los niños por encima de todo. Creo que les en*

tiendo. Quiero que mi contribución a la causa de la libertad sea una joven generación dispuesta a enfrentarse a una nueva era.

Sus amigos le advirtieron de que debía ser cauto en su oposición a la Iglesia católica. Sabían hasta qué extremos estaba dispuesta a llegar para librarse de un enemigo. Ferrer también lo sabía. Pero, al igual que Brand[38], él creía en todo o nada. No estaba dispuesto a erigir la Escuela Moderna sobre la misma vieja mentira. Iba a ser sincero, honesto y abierto con los niños.

Francisco Ferrer pasó a ser un hombre marcado. Desde el primer día de funcionamiento de la Escuela, la policía le seguía de cerca. El edificio de la escuela estaba vigilado, la pequeña vivienda de Ferrer en Montgat estaba vigilada. Seguían cada paso que daba, incluso cuando viajaba a Francia o a Inglaterra para reunirse con sus colegas. Era un hombre marcado, y solo era cuestión de tiempo que el enemigo al acecho estrechara el lazo.

Casi lo logró, en 1906, cuando involucraron a Ferrer en el atentado contra Alfonso XIII. Las pruebas que le exoneraban eran demasiado sólidas, incluso para los cuervos negros[39]; tuvieron que dejarle en libertad... pero no para siempre. Esperaron. Sí, no les importa esperar cuando se han propuesto tenderle una trampa a su víctima.

Por fin llegó el momento, durante la sublevación anti-

---

[38] El protagonista de la obra de teatro homónima de Ibsen.

[39] Es decir, el clero católico

militar de julio de 1909 en España. Se podría buscar en los anales de la historia revolucionaria para encontrar una protesta contra el militarismo más extraordinaria, pero sería en vano. Tras siglos llevando la carga del soldado, el pueblo español ya no podía soportar más ese yugo. Se negaban a participar en una matanza inútil. No veían ningún motivo para ayudar a un gobierno despótico a someter y oprimir a un pequeño pueblo que luchaba por su independencia, como hacían los valerosos rifeños. No, el pueblo español no estaba dispuesto a empuñar las armas contra ellos.

Durante mil ochocientos años la Iglesia católica ha predicado el evangelio de la paz. Sin embargo, cuando efectivamente el pueblo quiso hacer de ese evangelio una realidad viva, la Iglesia instó a las autoridades a que le obligaran a empuñar las armas. Así pues, la dinastía reinante en España utilizó los mismos métodos asesinos que la dinastía de Rusia: se obligó al pueblo a luchar en el campo de batalla.

Entonces, y no antes, se acabó la capacidad de aguante de la gente. Entonces, y no antes, los trabajadores españoles se rebelaron contra sus amos, contra quienes, como sanguijuelas, les habían chupado las fuerzas, su misma sangre vital. Sí, atacaron las iglesias y a los curas, pero aunque estos hubieran tenido mil vidas, es imposible que pagaran los terribles ultrajes y crímenes perpetrados contra el pueblo español.

Francisco Ferrer fue detenido el 1 de septiembre de 1909. Hasta el 1 de octubre, sus amigos y camaradas ni siquiera supieron qué había sido de él. Ese día se recibió en el diario *L'Humanité* una carta de la que puede dedu-

cirse toda la farsa del juicio. Y al día siguiente, su compañera, Soledad Villafranca, recibió la siguiente carta:

> *No hay motivo para atormentarse; sabes que soy absolutamente inocente. Hoy estoy particularmente esperanzado y alegre. Es la primera vez que puedo escribirte y la primera que, desde mi arresto, puedo bañarme en los rayos del sol que entran a raudales por la ventana de mi celda. Tú también debes estar alegre.*

Resulta patético que Ferrer creyera, en una fecha tan tardía como el 4 de octubre, que no iban a condenarle a muerte. Y aún más patético que sus amigos y camaradas cometieran una vez más la torpeza de atribuir al enemigo cierto sentido de la justicia. Una y otra vez habían depositado su fe en los poderes judiciales, para después ver cómo mataban a sus hermanos ante sus propios ojos. No hicieron ningún preparativo para salvar a Ferrer, ni siquiera una mínima protesta; nada. «¿Por qué?, es imposible que condenen a Ferrer; es inocente». Pero con la Iglesia católica todo es posible. ¿Acaso no es una experimentada esbirra, cuyos juicios contra sus enemigos son la peor burla de la justicia?

El 4 de octubre Ferrer envió la siguiente carta a *L'Humanité*[40]:

---

[40] Esta es la traducción del texto publicado el jueves, 7 de octubre de 1909 en la primera página de *L'Humanité;* es una carta de Ferrer al ciudadano A. Nacquet (que a su vez la traslada al periódico) que contiene una copia de un telegrama donde le corrobora la larga carta de Ferrer que se había publicado el miércoles en el mismo diario. El texto entrecomillado es el texto del telegrama. El texto que figura en

Celda de la cárcel, 4 de octubre de 1909:

Querido amigo: apresuradamente le doy copia corroborando mi carta de anteayer, de un telegrama que acabo de enviarle.

«A pesar de mi clamorosa inocencia, el fiscal pide pena capital, basada en las denuncias de la policía que me presentan como el jefe de los anarquistas de todo el mundo y como dirigente de la CGT de Francia, de atentados e insurrecciones por doquier, afirmando que mis viajes a París y a Londres tienen ese único cometido. Con semejantes infames mentiras quieren matarme».

El correo está a punto de salir y no tengo tiempo para explayarme más. Todo el sumario, amañado con el juez de instrucción y la policía, no es más que una sarta de embustes y de insinuaciones calumniosas. Pero no hay pruebas contra mí, pues yo no he hecho nada en absoluto.

Un saludo, Ferrer.

El 13 de octubre de 1909, el corazón de Ferrer, tan valiente, tan firme, tan leal, se detuvo. ¡Pobres tontos! Apenas se había apagado el último y angustiado latido de aquel corazón cuando empezó a palpitar multiplicado por cien en los corazones del mundo civilizado, hasta convertirse en un terrible trueno que lanzaba su maldición contra los instigadores del siniestro crimen. Asesinos de atuendo negro y semblante devoto, ¡al estrado de la justicia!

---

el original en inglés (1910) de Emma Goldman está incompleto y la traducción no es buena.

¿Participó Francisco Ferrer en la sublevación contra los militares? Según la primera acusación, que se publicó en un periódico católico de Madrid, firmada por el obispo y todos los prelados de Barcelona, ni siquiera fue acusado de participar. Según la acusación, Francisco Ferrer era culpable de haber organizado colegios ateos y de haber difundido literatura atea. Pero en el siglo XX no se puede quemar a un hombre en la hoguera simplemente por sus convicciones ateas. Había que idear alguna otra cosa; de ahí la acusación de instigación a la sublevación.

En las fuentes verídicas investigadas hasta ahora no ha sido posible encontrar una sola prueba que relacionara a Ferrer con la sublevación. Pero en aquel momento las autoridades no necesitaron, ni aceptaron, ninguna prueba. Es cierto, hubo setenta y dos testigos, pero dieron su testimonio por escrito. Nunca fueron objeto de un careo con Ferrer.

¿Es psicológicamente posible que Ferrer participara? Yo creo que no, y estas son mis razones. Francisco Ferrer no solo era un excelente maestro, sino que también era a todas luces un organizador maravilloso. En el plazo de ocho años, entre 1901 y 1909, había organizado ciento nueve colegios en España, además de inducir a los sectores progresistas de su país a organizar otras trescientas ocho escuelas. En lo referente a su propio trabajo docente, Ferrer había equipado una moderna imprenta, había organizado una plantilla de traductores, y había repartido ciento cincuenta mil ejemplares de obras científicas y sociológicas modernas, sin olvidar una gran cantidad de libros de texto racionalistas. No cabe duda que nadie que no fuera un organizador metódico y eficaz habría podido lograr tamaña proeza.

Por otra parte, quedó absolutamente demostrado que la sublevación contra los militares no estaba organizada en absoluto; que sorprendió al propio pueblo, de la misma forma que muchísimas oleadas revolucionarias en ocasiones anteriores. Por ejemplo, el pueblo de Barcelona tuvo bajo control la ciudad durante cuatro días y, según las declaraciones de algunos turistas, nunca se había visto más orden y paz. Por supuesto, la gente estaba tan poco preparada cuando llegó el momento, que no supo qué hacer. A ese respecto, le ocurrió lo mismo que al pueblo de París durante la Comuna de 1871. Tampoco estaba preparado. Aunque estaban pasando hambre, protegieron los almacenes, llenos a rebosar de provisiones. Pusieron centinelas para custodiar el Banco de Francia, donde la burguesía guardaba el dinero que robaba. También los obreros de Barcelona vigilaron el botín de sus señores.

¡Qué patética es la estupidez del desvalido! ¡Qué terriblemente trágica! Pero, por otra parte, ¿acaso no tiene los grilletes tan profundamente forjados en su carne, que no está dispuesto a romperlos, aunque pudiera? El respeto reverencial por la autoridad, por la ley, por la propiedad privada, marcado a fuego cien veces en su alma... ¿cómo va a quitárselo de encima cuando está desprevenido, de una forma inesperada?

¿Alguien puede imaginar por un momento que un hombre como Ferrer se asociaría con un movimiento tan espontáneo y desorganizado? ¿Acaso no habría sido consciente de que acabaría en derrota, en una derrota desastrosa para el pueblo? ¿Y no es más probable que si hubiera participado, él, un experimentado emprendedor, habría organizado minuciosamente el movimiento? Si no existiera ninguna otra prueba, tan solo ese factor habría

bastado para exculpar a Francisco Ferrer. Pero hay otras pruebas igual de convincentes.

Ferrer había convocado una reunión de sus maestros y de los miembros de la Liga para la Educación Racional justamente la fecha del estallido de la sublevación, a fin de debatir el trabajo del otoño, y en particular la publicación del excelente libro de Elisée Reclus *L'Homme et la terre,* y *La gran Revolución Francesa,* de Piotr Kropotkin. ¿Cabe la más remota posibilidad, es de algún modo plausible que Ferrer, estando al corriente de la sublevación, y formando parte de ella, invitara a sangre fría a sus amigos y colegas a Barcelona justo el día que él sabía que sus vidas corrían peligro? Por supuesto, tan solo la mente criminal y maliciosa de un jesuita daría crédito a un asesinato tan premeditado.

Francisco Ferrer ya tenía delineado el trabajo de su vida; tenía todo que perder y nada que ganar, salvo la ruina y el desastre, si prestaba ayuda a la insurrección. No es que dudara de la justicia de la ira del pueblo; pero su trabajo, su esperanza, su naturaleza misma estaban orientados a otra meta.

Los frenéticos esfuerzos de la Iglesia católica, sus mentiras, sus falsedades y sus calumnias, han sido en vano. Ha sido condenada por la conciencia humana, al fin despierta, por haber repetido una vez más sus sucios crímenes del pasado.

Francisco Ferrer está acusado de enseñar a los niños las ideas más espeluznantes: odiar a Dios, por ejemplo. ¡Horror! Francisco Ferrer no creía en la existencia de un Dios. ¿Por qué iba a enseñar a los niños a odiar algo que no existe? ¿No es más probable que sacara a los niños al

aire libre, que les mostrara el esplendor de una puesta de sol, el resplandor del cielo estrellado, la sobrecogedora maravilla de las montañas y los mares? ¿Que les explicara a su manera simple y directa la ley del crecimiento, del desarrollo, de la interrelación de toda la vida? Al hacerlo imposibilitaba para siempre que las venenosas malas hierbas de la Iglesia católica arraigaran en la mente del niño.

Se ha dicho que Ferrer preparaba a los niños para aniquilar a los ricos. Cuentos de fantasmas de solteronas. ¿No es más verosímil que estuviera preparándoles para socorrer a los pobres? ¿Que les enseñara la humillación, la degradación, los horrores de la pobreza, que es un vicio y no una virtud?; ¿que les enseñara la dignidad y la importancia de todos los esfuerzos creativos, que son los únicos que sustentan la vida y fortalecen el carácter? ¿No es esa la mejor forma, y la más eficaz, de arrojar la luz adecuada sobre la absoluta inutilidad y los daños que causa el parasitismo?

Y, por último, pero no menos importante, a Ferrer se le acusa de socavar al Ejército por el procedimiento de inculcar ideas antimilitaristas. ¿De verdad? Ferrer debía de pensar, con Tolstói, que la guerra es una matanza legal, que perpetúa el odio y la arrogancia, que corroe el corazón de las naciones, y las convierte en locas de atar.

No obstante, tenemos las propias palabras de Ferrer acerca de sus ideas sobre la educación moderna:

> *Deseo fijar la atención de los que me leen sobre esta idea: todo el valor de la educación reside en el respeto de la voluntad física, intelectual y moral del niño. Así como en ciencia no hay demostración posible más que por los hechos, así también no es*

verdadera educación sino la que está exenta de todo dogmatismo, que deja al propio niño la dirección de su esfuerzo y que no se propone sino secundarle en su manifestación. Pero no hay nada más fácil que alterar esta significación, y nada más difícil que respetarla. El educador impone, obliga, violenta siempre; el verdadero educador es el que, contra sus propias ideas y sus voluntades, puede defender al niño, apelando en mayor grado a las energías propias del mismo niño.

Estamos persuadidos de que la educación del porvenir será una educación totalmente espontánea; claro está que no nos es posible realizarla todavía, pero la evolución de los métodos en el sentido de una comprensión más amplia de los fenómenos de la vida, y el hecho de que todo perfeccionamiento significa la supresión de una violencia, todo ello nos indica que estamos en el terreno de lo cierto cuando esperamos de la ciencia la liberación del niño.

No tememos decirlo: queremos hombres capaces de evolucionar incesantemente; capaces de destruir, de renovar constantemente los medios y de renovarse ellos mismos; hombres cuya independencia intelectual sea la fuerza suprema, que no se sujeten jamás a nada; dispuestos siempre a aceptar lo mejor, dichosos por el triunfo de las ideas nuevas y que aspiren a vivir vidas múltiples en una sola vida. La sociedad teme tales hombres: no puede, pues, esperarse que quiera jamás una educación capaz de producirlos.

Seguiremos atentamente los trabajos de los sabios que estudian el niño, y nos apresuraremos a buscar los medios de aplicar sus experiencias a la educación que queremos fundar, en el sentido de una liberación más completa del individuo. Mas ¿cómo conseguiremos nuestro objeto? Poniendo directamente manos a la obra, favoreciendo la fundación de escuelas nuevas donde en lo posible se establezca este espíritu de libertad que presentimos ha de dominar toda la obra de la educación del porvenir. Se ha hecho ya una demostración que por el momento puede dar exce-

lentes resultados. Podemos destruir todo cuanto en la escuela actual responde a la organización de la violencia, los medios artificiales donde los niños se hallan alejados de la naturaleza y de la vida, la disciplina intelectual y moral de que se sirven para imponerle pensamientos hechos, creencias que depravan y aniquilan las voluntades. Sin temor de engañarnos podemos poner al niño en el medio que le solicita, el medio natural donde se hallará en contacto con todo lo que ama y donde las impresiones vitales reemplazarán a las fastidiosas lecciones de palabras. Si no hiciéramos más que esto, habríamos preparado en gran parte la emancipación del niño. En tales medios podríamos aplicar libremente los datos de la ciencia y trabajar con fruto. Bien sé que no podríamos realizar así todas nuestras esperanzas; que frecuentemente nos veríamos obligados, por carencia de saber, a emplear medios reprobables; pero una certidumbre nos sostendría en nuestro empeño, a saber: que sin alcanzar aún completamente nuestro objeto, haríamos más y mejor, a pesar de la imperfección de nuestra obra, que lo que realiza la escuela actual. Prefiero la espontaneidad libre de un niño que nada sabe, a la instrucción de palabras y la deformación intelectual de un niño que ha sufrido la educación que se da actualmente[41].

Si Ferrer realmente hubiera organizado los disturbios, si hubiera combatido en las barricadas, si hubiera lanzado cien bombas, no habría sido ni mucho menos tan peligroso para la Iglesia católica y para el despotismo como con su oposición a la disciplina y la represión. La disciplina y la represión: ¿acaso no están detrás de todos los males del mundo? La esclavitud, la sumisión, la pobreza, todo el sufrimiento, todas las iniquidades sociales son una consecuencia de la disciplina y la represión.

---

[41] Revista *Mother Earth,* diciembre de 1909. El texto literal de Francisco Ferrer Guardia se encuentra en *La Escuela Moderna,* tomado de Ediciones La Biblioteca Digital.

Efectivamente, Ferrer era peligroso. Por eso tuvo que morir, el 13 de octubre de 1909, en el foso de Montjuïc. No obstante, ¿quién osaría decir que su muerte fue en vano? A la vista de la tempestuosa oleada de indignación universal: por la que en Italia se nombraron algunas calles a la memoria de Francisco Ferrer; Bélgica puso en marcha un movimiento para erigirle un monumento; Francia hizo un llamamiento a sus hombres más ilustres para reanudar el legado del mártir; Inglaterra fue la primera que publicó una biografía suya: por la que todos los países se unieron a fin de perpetuar la gran obra de Francisco Ferrer; y Estados Unidos, siempre lento con las ideas progresistas, creó una Asociación Francisco Ferrer, cuyo cometido era publicar una biografía completa de Ferrer y organizar Escuelas Modernas por todo el país; a la vista de esta oleada revolucionaria internacional, ¿quién dice que Ferrer murió en vano?

Aquella muerte en Montjuïc... qué maravillosa, qué dramática fue, cómo agita el alma humana. Orgulloso y erguido, con su ojo interior vuelto hacia la luz, a Francisco Ferrer no le hizo falta ningún sacerdote mentiroso que le infundiera valor, ni él tampoco amonestó a ningún fantasma por haberle abandonado. La conciencia de que sus verdugos representaban una edad que estaba agonizando, y de que su verdad era la verdad viva, le sostuvo en los últimos y heroicos momentos.

Una época que agoniza y una verdad viva,
Los vivos enterrando a los muertos.

La Hipocresía del Puritanismo

Hablando del puritanismo en relación con el arte de Estados Unidos, el señor Gutzen Burglum dijo:

> *El puritanismo nos ha vuelto tan egocéntricos e hipócritas desde hace tanto tiempo que la sinceridad y la devoción por lo que es natural en nuestros impulsos han quedado prácticamente eliminadas de nuestros genes, y a consecuencia de ello en nuestras artes no puede haber ni verdad ni individualidad.*

El señor Burglum habría podido añadir que el puritanismo ha hecho imposible la vida misma. Más que el arte, más que el esteticismo, la vida representa la belleza en mil variantes; y en verdad es un gigantesco panorama de eternos cambios. Por otra parte, el puritanismo se basa en un concepto fijo e inmutable de la vida; se basa en la idea calvinista de que la vida es una maldición que al hombre le vino impuesta por la ira de Dios. Para poder redimirse, el hombre tiene que hacer penitencia constante, tiene que repudiar todo impulso natural y saludable, y darle la espalda a la alegría y a la belleza.

El puritanismo celebró su reinado de terror en Inglaterra durante los siglos XVI y XVII, destruyendo y aplas-

tando toda manifestación del arte y la cultura. Fue el espíritu del puritanismo lo que le arrebató sus hijos a Shelley, porque él no estaba dispuesto a plegarse a los dictados de la religión[42]. Fue ese mismo espíritu intolerante lo que alejó a Byron de su tierra natal, porque aquel gran genio se rebelaba contra la monotonía, el embotamiento y la mezquindad de su país. El puritanismo también fue lo que obligó a algunas de las mujeres más libres de Inglaterra a aceptar la mentira convencional del matrimonio: Mary Wollstonecraft y, más tarde, George Eliot. Y recientemente el puritanismo ha reclamado otro peaje: la vida de Oscar Wilde. De hecho, el puritanismo nunca ha dejado de ser el factor más pernicioso en Gran Bretaña, actuando como censor de la expresión artística de su pueblo, y estampando su sello de aprobación únicamente en el embotamiento de la respetabilidad de clase media.

Por consiguiente, que en Gran Bretaña se señale a Estados Unidos como el país de provincianismo puritano es pura patriotería. Es bien cierto que el puritanismo atrofia nuestra vida, y que está matando todo lo que nuestros impulsos tienen de natural y saludable. Pero es igualmente cierto que es a Inglaterra a la que le debemos haber trasplantado ese espíritu en suelo americano. Fue un legado que nos dejaron los primeros colonos de Nueva Inglaterra. Los famosos colonos del Mayflower, que huían de la persecución y la opresión, fundaron en el Nuevo Mundo un reinado puritano de tiranía y crimen. La historia de Nueva Inglaterra, y sobre todo de Massa

---

[42] Percy Bysshe Shelley perdió la demanda por la custodia de sus hijos tras la muerte de su primera esposa, ya que el tribunal consideró como argumento de peso que el poeta fuera ateo.

chusetts, está plagada de los horrores que transformaron la vida en oscuridad, la alegría en desesperación, la naturalidad en enfermedad, la honestidad y la verdad en mentiras e hipocresías horrorosas. El *ducking-stool*[43] y la picota de los latigazos, así como muchos otros instrumentos de tortura ingleses, eran los métodos favoritos para la purificación de los estadounidenses.

Boston, la ciudad de la cultura, ha pasado a los anales del puritanismo como la «Ciudad Sangrienta». Competía con Salem en su persecución de las opiniones religiosas no autorizadas. En su ya famosa explanada dieron de latigazos a la vista del público a una mujer semidesnuda, con su bebé en brazos, por el delito de libertad de expresión; y en ese mismo lugar, Mary Dyer, otra cuáquera, fue ahorcada en 1659. De hecho, Boston ha sido el escenario de más de un crimen sin sentido a manos del puritanismo. Durante el verano de 1692, en Salem ajusticiaron a dieciocho personas por brujería. Y Massachusetts no era el único territorio donde se expulsaba al demonio con fuego y azufre. Como dijo acertadamente Canning: «Los primeros colonos de Nueva Inglaterra infestaron el Nuevo Mundo para restablecer el equilibrio del Viejo». Los horrores de aquella época han tenido su expresión suprema en un clásico de la literatura estadounidense, *La letra escarlata,* de Nathaniel Hawthorne.

---

[43] Un instrumento de humillación pública y de castigo reservado a las mujeres, similar a un columpio sube y baja, montado en una plataforma con ruedas. En un extremo había una silla donde se inmovilizaba a la rea, y desde el otro los ejecutores ejercían presión con el fin de sumergir en un río a su ocupante tantas veces como dictara la sentencia.

El puritanismo ya no emplea las empulgueras ni el látigo; pero aún mantiene un control sumamente pernicioso de las mentes y los sentimientos del pueblo estadounidense. Ninguna otra cosa podría explicar el poder de un Comstock[44]. Al igual que los Torquemada de antes de la guerra de Secesión, Anthony Comstock es el autócrata de la moral estadounidense; dicta los estándares del bien y del mal, de la pureza y del vicio. Entra a hurtadillas, como un ladrón por la noche, en las vidas privadas de la gente, en sus relaciones más íntimas. El sistema de espionaje establecido por el tal Comstock deja a la altura del betún la infame 3.ª División de la policía secreta rusa. ¿Por qué tolera el público semejante ultraje contra sus libertades? Simplemente porque Comstock no es sino la expresión más sonora del puritanismo que se ha ido criando en la sangre anglosajona, y de cuyas garras no han logrado emanciparse plenamente ni siquiera los progresistas. Los elementos grises y carentes de visión de las distintas agrupaciones de la Young Men's and Women's Christian Temperance Union, de la Purity League, de la American Sabbath Union, y del Partido Prohibicionista, con Anthony Comstock como su santo patrón, son los sepultureros del arte y la cultura de Estados Unidos.

Por lo menos Europa puede presumir de un arte y una literatura audaces, que ahondan profundamente en los problemas sociales y sexuales de nuestro tiempo, y practican una severa crítica de todas nuestras farsas. Se diseccionan como con un bisturí todas las carroñas purita-

---

[44] Presidente de la Sociedad para la Supresión del Vicio de Nueva York

nas, y así se despeja el camino para la liberación del hombre del peso muerto del pasado. Pero como el puritanismo es un constante lastre para la vida estadounidense, no son posibles ni la verdad ni la sinceridad. La negrura y la mediocridad son las únicas que dictan la conducta humana, restringen la expresión natural, y ahogan nuestros mejores impulsos. En este siglo XX, el puritanismo es tan enemigo de la libertad y de la belleza como cuando desembarcó en la Roca de Plymouth. Repudia, por considerarlos viles y pecaminosos, nuestros sentimientos más profundos; pero, al ser absolutamente desconocedor de las verdaderas funciones de las emociones humanas, el propio puritanismo es el creador de los vicios más inefables.

Toda la historia del ascetismo demuestra que eso es totalmente cierto. La Iglesia, lo mismo que el puritanismo, ha combatido la carne como algo maligno; era preciso someterla y ocultarla a toda costa. Los pensadores y educadores modernos están empezando a reconocer ahora las consecuencias de esa actitud depravada. Se dan cuenta de que «la desnudez tiene un valor higiénico, así como una relevancia espiritual, mucho más allá de su papel a la hora de aplacar la curiosidad natural de los jóvenes o de actuar como preventivo de las emociones morbosas. Es una inspiración para los adultos, que hace tiempo dejaron atrás toda curiosidad juvenil. La visión de la esencial y eterna forma humana, lo más próximo a nosotros en este mundo, con su vigor, su belleza y su elegancia, es una de las principales tónicas de la vida»[45]. Pero el espíritu del purismo ha pervertido de tal manera la

---

[45] Véase *The Psychology of Sex,* por Havelock Ellis

mente humana que esta ha perdido la facultad de apreciar la belleza de la desnudez, obligándonos a esconder la forma natural, con el pretexto de la castidad. Sin embargo, la propia castidad no es más que una imposición artificial sobre la naturaleza, que expresa una falsa vergüenza de la forma humana. La idea moderna de la castidad, sobre todo referida a la mujer, su mayor víctima, no es más que la exageración sensual de nuestros impulsos naturales. «La castidad depende de la cantidad de ropa», y de ahí que los cristianos y los puristas siempre se hayan apresurado a cubrir al «pagano» con harapos, y así convertirle a la bondad y la castidad.

El puritanismo, con su perversión de la relevancia y de las funciones del cuerpo humano, sobre todo en lo que respecta a la mujer, la ha condenado al celibato, o a la reproducción indiscriminada de una raza enferma, o a la prostitución. La enormidad de este crimen contra la humanidad salta a la vista cuando consideramos los resultados. Se impone una continencia sexual absoluta a la mujer soltera, so pena de que se la considere una desvergonzada o una perdida, con lo que se genera neurastenia, impotencia, depresión, y una gran variedad de dolencias nerviosas que implican una menor capacidad de trabajo, un disfrute de la vida más limitado, insomnio, y la obsesión por los deseos y las fantasías sexuales. El imperativo arbitrario y pernicioso de la continencia total probablemente también explica la desigualdad mental entre los sexos. Así, Freud cree que la inferioridad intelectual de tantas mujeres se debe a la inhibición del pensamiento que les viene impuesta con el propósito de reprimirlas sexualmente. Al reprimir de esa forma los deseos sexuales naturales de la mujer soltera, el puritanismo, por otra parte,

bendice a su hermana casada por su incontinente feracidad dentro del matrimonio. De hecho, no es simplemente que la bendiga, sino que obliga a la mujer, hipersexuada por la represión anterior, a engendrar hijos, sin tener en cuenta sus mermadas condiciones físicas o su incapacidad económica para criar una gran familia. La prevención, incluso por métodos seguros científicamente comprobados, está absolutamente prohibida; es más, la simple mención del asunto se considera criminal.

Gracias a esa tiranía puritana, la mayoría de las mujeres muy pronto se encuentran al límite de sus recursos físicos. Enfermas y extenuadas, son totalmente incapaces de dar a sus hijos siquiera los cuidados más elementales. Sumado a las presiones económicas, eso obliga a muchas mujeres a correr el máximo peligro antes que seguir engendrando vida. La costumbre de practicar abortos ha adquirido unas dimensiones tan inmensas que casi resulta increíble. Según los últimos estudios en la materia, por cada cien embarazos se practican diecisiete abortos. Este aterrador porcentaje constituye únicamente el de los casos conocidos por los médicos. Considerando el secreto que necesariamente está envuelto esa práctica, y la consiguiente ineficacia y dejadez profesional, el puritanismo, su estupidez y su hipocresía se cobran constantemente miles de víctimas.

La prostitución, a pesar de ser una actividad perseguída, encarcelada y encadenada, es el mayor triunfo del puritanismo. Es su retoño más querido, a pesar de toda la mojigatería hipócrita de los puritanos. La prostituta es la Furia de nuestro siglo, que recorre los países «civilizados» como un huracán, dejando tras de sí un rastro de enfermedad y desastre. El único remedio que ofrece el purita

nismo para ese retoño ilícitamente concebido es más represión y más persecución despiadada. El ultraje más reciente es la Ley Page, que impone a Nueva York el terrible fracaso y el delito de Europa; a saber, el registro y la segregación de las desventuradas víctimas del puritanismo. De una forma igualmente estúpida, el purismo aspira a poner coto al terrible azote que él mismo ha creado: las enfermedades venéreas. Lo más descorazonador es que ese espíritu de obtusa intolerancia ha envenenado incluso a nuestros así llamados progresistas, y les ha ofuscado hasta el extremo de que se han sumado precisamente a la cruzada contra algo que ha surgido de la hipocresía del puritanismo: la prostitución y sus consecuencias. Con una ceguera intencionada, el puritanismo se niega a ver que el verdadero método de prevención es el que deja claro para todo el mundo que «las enfermedades venéreas no son un asunto misterioso ni terrible, la pena que conlleva el pecado de la carne, una especie de mal vergonzoso que graba a fuego la maldición purista, sino una enfermedad corriente que se puede tratar y curar». Mediante sus métodos de oscuridad, disimulo y ocultación, el puritanismo ha proporcionado unas condiciones favorables al aumento y la propagación de dichas enfermedades. De nuevo, su fanatismo queda asombrosamente en evidencia a través de la actitud insensata ante el gran descubrimiento del profesor Ehrlich, una actitud hipócrita que disimula, con sus vagas alusiones a un remedio para «determinado veneno», el importante tratamiento contra la sífilis.

La capacidad casi ilimitada para el mal del puritanismo se debe a su atrincheramiento detrás del Estado y de las leyes. Fingiendo salvaguardar al pueblo contra la «inmo-

ralidad», el puritanismo ha impregnado la maquinaria del Estado, y a esa usurpación de la función de custodia moral le ha añadido la tarea de la censura legal de nuestros puntos de vista, nuestros sentimientos, e incluso de nuestra conducta.

El arte, la literatura, el teatro, la privacidad del correo, y en realidad nuestros gustos más íntimos, están a merced de este tirano inexorable. A Anthony Comstock, o algún otro esbirro igual de ignorante que él, se le ha concedido la potestad de profanar el talento, de ensuciar y mutilar la creación más sublime de la naturaleza: la forma humana. Los libros que tratan sobre las cuestiones más vitales de nuestra existencia, y que pretenden arrojar luz sobre unos problemas que están siendo peligrosamente ocultados, son legalmente tratados como delitos criminales, y los indefensos autores de esos libros son arrojados a la cárcel o llevados a la destrucción y la muerte.

Ni siquiera en los dominios del zar se ultraja a diario la libertad personal hasta los extremos que se ultrajan en Estados Unidos, el baluarte de los eunucos puritanos. Aquí, el único día de esparcimiento que le queda a las masas, el domingo, ha sido transformado en algo horrible y totalmente imposible. Todos los autores que han escrito sobre las costumbres primitivas y las civilizaciones antiguas coinciden en que el domingo era un día de celebración, libre de cuitas y deberes, un día para el regocijo y el jolgorio. En todos los países europeos, esa tradición sigue dando cierto alivio a la monotonía y la estupidez de nuestra era cristiana. Por doquier las salas de conciertos, los teatros, los museos y los parques se llenan de hombres,

mujeres y niños, sobre todo de trabajadores con sus familias, llenos de vida y de alegría, que por un día pueden olvidarse de las normas y convenciones ordinarias de su existencia cotidiana. Es justamente ese día cuando las masas ponen de manifiesto lo que de verdad podría significar vivir en una sociedad cuerda, donde el trabajo haya sido despojado de su propósito de obtener beneficios a costa de destruir el alma.

El puritanismo le ha arrebatado al pueblo hasta ese único día. Naturalmente, eso afecta tan solo a los trabajadores: nuestros millonarios tienen sus lujosos hogares y sus sofisticados clubes. Sin embargo, los pobres están condenados a la monotonía y el embotamiento del domingo estadounidense. Aquí la sociabilidad y la diversión de la vida al aire libre europea han sido sustituidas por la oscuridad de la iglesia, el recargado cuarto de estar rural lleno de gérmenes, y las tabernas clandestinas. En los estados prohibicionistas, la gente carece incluso de estas últimas, a menos que sea capaz de invertir sus exiguos ingresos en cantidades de licor adulterado. En cuanto al prohibicionismo, todo el mundo sabe que se trata de una gran farsa. Al igual que otros logros del puritanismo, el prohibicionismo ha metido al «diablo» todavía más dentro del sistema humano. En ningún otro lugar se topa uno con más borrachos que en los pueblos prohibicionistas de nuestro país. Pero mientras uno pueda utilizar caramelos aromáticos para mitigar el sucio aliento de la hipocresía, el puritanismo triunfará. Supuestamente, el prohibicionismo es contrario a las bebidas alcohólicas por cuestiones de salud y de economía, pero dado que el propio espíritu del prohibicionismo es anormal, no consigue más que crear una vida anormal.

Todo estímulo que agilice la imaginación y levante la moral es tan necesario para nuestra existencia como el aire. Da vigor al cuerpo, y refuerza nuestra visión del compañerismo entre los hombres. Sin estímulos, del tipo que sean, el trabajo creativo resulta imposible, como en realidad también el espíritu de amabilidad y generosidad. El hecho de que algunos grandes genios hayan visto demasiado a menudo su reflejo en una copa no justifica al puritanismo en su intento de encadenar toda la gama de emociones humanas. Un Byron y un Poe han conmovido a la humanidad de una forma más profunda de lo que todos los puritanos pueden esperar hacerlo en su vida. Los primeros le han dado significado y color a la existencia; los segundos convierten la roja sangre en agua, la belleza en fealdad, la variedad en uniformidad y podredumbre. El puritanismo, en cualquiera de sus manifestaciones, es un germen venenoso. En apariencia puede que todo tenga un aspecto firme y vigoroso; sin embargo, el veneno va abriéndose paso incesantemente, hasta que todo el tejido está abocado a la muerte. Coincidimos con Hippolyte Taine en que todo espíritu verdaderamente libre ha llegado a la constatación de que «el puritanismo es la muerte de la cultura, de la filosofía, del humor y del buen compañerismo; sus características son el embotamiento, la monotonía y la oscuridad».

El Tráfico de Mujeres

De repente, nuestros reformadores han hecho un gran descubrimiento: el tráfico de esclavas blancas. Los periódicos no paran de hablar de estas «condiciones inauditas», y los legisladores ya están planificando una nueva serie de leyes para poner coto al horror.

Resulta significativo que siempre que es preciso distraer la mente del público de alguna gran injusticia social, se inaugura una cruzada contra la indecencia, contra los juegos de azar, contra las tabernas, etcétera. ¿Y cuál es el resultado de ese tipo de cruzadas? El juego aumenta, las tabernas hacen un próspero negocio a través de las puertas de servicio, la prostitución está en sus cotas más altas, y el sistema de proxenetas y alcahuetes no ha hecho más que fortalecerse.

¿Cómo es que se ha descubierto tan repentinamente una institución cuya existencia conoce casi cualquier niño? ¿Como es posible que se haya hecho de este mal, conocido por todos los sociólogos, un asunto tan importante?

Suponer que los recientes estudios del tráfico de escla-

vas blancas (que, por cierto, son unas investigaciones muy superficiales) hayan descubierto algo nuevo es, como mínimo, una gran estupidez. La prostitución siempre ha sido, y sigue siendo, un mal generalizado, y sin embargo el género humano sigue adelante con sus asuntos, perfectamente indiferente a los sufrimientos y las penurias de las víctimas de la prostitución. Igual de indiferente, sin duda, que lo sigue siendo frente a nuestro sistema industrial, es decir a la prostitución económica.

Las personas infantiles solo muestran interés –por lo menos durante un tiempo– cuando las aflicciones humanas se convierten en un juguete con deslumbrantes colores. La gente es como un bebé veleidoso que exige que cada día le den un juguete nuevo. El grito de «la gente honrada» contra el tráfico de esclavas blancas es uno de esos juguetes. Sirve para que la gente se divierta durante un ratito, y contribuye a crear unos cuantos cargos políticos bien remunerados –parásitos que van por el mundo en calidad de inspectores, investigadores, detectives, etcétera.

¿Cuál es realmente la causa del comercio de mujeres? Y no solo de mujeres blancas, sino también amarillas y negras. La explotación, por supuesto; el despiadado Moloch del capitalismo, que engorda a costa del trabajo mal pagado, y con ello empuja a la prostitución a miles de mujeres y muchachas. Todas ellas piensan, igual que la señora Warren[46]: «¿Por qué malgastar tu vida fregando

---

[46] Personaje que da título a la obra de teatro *La profesión de la señora Warren* (1893), de G. B. Shaw.

cacharros dieciocho horas al día a cambio de unos pocos chelines?».

Como es natural, nuestros reformadores no dicen nada sobre dicha causa. La conocen perfectamente, pero no sacan nada de decir algo sobre ella. Es mucho más rentable asumir el papel de fariseo, fingir indignación moral, que ir hasta el fondo del asunto.

Sin embargo, entre los escritores jóvenes hay una encomiable excepción: Reginald Wright Kauffman, cuya novela *The House of Bondage* ['La casa de la esclavitud'] es el primer intento serio de tratar ese mal social, y no desde un punto de vista sentimental e ignorante. El señor Kauffman, periodista con una amplia experiencia, demuestra que nuestro sistema industrial no deja a la mayoría de las mujeres otra alternativa que no sea la prostitución. Las mujeres que retrata en su novela pertenecen a la clase trabajadora. Si el autor hubiera descrito la vida de las mujeres en otras esferas, se habría encontrado con la misma situación.

En ningún lugar se trata a la mujer conforme al mérito de su trabajo sino más bien como un sexo. Por consiguiente es casi inevitable que tenga que pagar por su derecho a existir, a mantener un puesto del tipo que sea, con favores sexuales. Así pues, tan solo es cuestión de grados que se venda a un hombre, en el matrimonio o fuera de él, o a muchos hombres. Tanto si nuestros reformadores lo admiten como si no, la inferioridad económica y social de la mujer es la responsable de la prostitución.

Y justamente ahora a la buena gente de nuestro país le escandaliza la revelación de que tan solo en la ciudad de

Nueva York, una de cada diez mujeres trabaja en una fábrica, que el salario medio que perciben las mujeres es de seis dólares por una semana laboral de entre 48 y 60 horas de trabajo, y que la mayoría de las trabajadoras asalariadas tiene que afrontar muchos meses de inactividad, lo que arroja un salario medio anual de aproximadamente 280 dólares. A la vista de esos horrores económicos, ¿cabe asombrarse de que la prostitución y el comercio de esclavas blancas se haya convertido en un factor tan predominante?

Por si alguien considerara que las cifras anteriores son una exageración, es conveniente examinar lo que tienen que decir algunas autoridades en materia de prostitución:

> *Una de las causas más habituales de la depravación femenina puede encontrarse en las numerosas tablas que muestran la descripción del empleo al que se dedicaban, y el salario que recibían las mujeres antes de su perdición, y al economista político le corresponderá decidir en qué medida las simples consideraciones empresariales pueden ser un pretexto o no por parte de los empleadores para reducir sus remuneraciones, y si el ahorro de un pequeño porcentaje en los salarios no se ve más que compensado por la enorme cantidad de impuestos exigidos al público en general para sufragar los gastos en que se incurre a raíz de un sistema de vicio,* que es una consecuencia directa, en muchos casos, de una compensación insuficiente a un trabajo honrado[47].

Nuestros reformadores de hoy en día harían bien en estudiar el libro del doctor Sanger. Allí encontrarán que de los 2,000 casos observados por el autor, muy pocos

---

[47] Véase *The History of Prostitution*, por el Dr. William Wallace Sanger

procedían de las clases medias, de una situación bien ordenada, o de un hogar agradable. La gran mayoría, con diferencia, eran muchachas y mujeres trabajadoras; algunas se habían visto empujadas a la prostitución por pura necesidad, otras debido a una existencia cruel y desdichada en sus hogares, y otras por una naturaleza física frustrada o lisiada (algo de lo que hablaré más adelante). Además, a esos guardianes de la pureza y la moralidad les vendría bien saber que, de los 2,000 casos, 490 eran mujeres casadas, mujeres que vivían con sus maridos. Evidentemente la santidad de sus matrimonios no era muy buena garantía de su «seguridad y su pureza»[48].

En su libro *Prostitution in the Nineteenth Century* ['La prostitución en el siglo XIX'] el doctor Alfred Blaschko hace aún mayor hincapié en identificar las condiciones económicas como uno de los factores más cruciales de la prostitución:

> *Aunque la prostitución ha existido en todas las épocas, al siglo XIX le correspondió la tarea de desarrollarla hasta convertirla en una institución social gigantesca. El desarrollo de la industria, con ingentes masas de personas en el mercado competitivo, el crecimiento y la congestión de las grandes ciudades, la inseguridad e incertidumbre de los empleos, han conferido a la prostitución un ímpetu jamás soñado en cualquier otro periodo de la historia de la humanidad.*

Y de nuevo Havelock Ellis, aunque no se muestra tan

---

[48] Es significativo que el libro del doctor Sanger haya sido vetado en el Servicio de Correos de Estados Unidos. Evidentemente, las autoridades no están demasiado ansiosas de que el público se informe de la verdadera causa de la prostitución.

rotundo al abordar la causa económica, se ve a pesar de todo obligado a admitir que indirecta e indirectamente es la causa principal. Así, encuentra que un gran porcentaje de las prostitutas se recluta entre la clase de la servidumbre, aunque esta sufra menos preocupaciones y goce de mayor seguridad. Por otra parte, el señor Ellis no niega que la rutina diaria, la pesadez, la monotonía del destino de una sirvienta, y sobre todo el hecho de que tal vez nunca pueda acceder al compañerismo y la alegría de un hogar, no sea un factor menor a la hora de obligarla a buscar esparcimiento y olvido en la alegría y el resplandor de la prostitución. En otras palabras, una sirvienta, que es tratada como una esclava, que nunca goza del derecho a ser ella misma, y agotada por los caprichos de su señora, únicamente puede encontrar una vía de salida, al igual que una obrera o una dependienta, en la prostitución.

El lado más gracioso de la cuestión que actualmente tiene ante sí el público es la indignación de nuestras «personas buenas y respetables», sobre todo de los diversos caballeros cristianos que siempre encontramos en las primeras filas de cualquier cruzada. ¿Acaso son totalmente desconocedores de la historia de la religión, y especialmente de la religión cristiana? ¿O es que esperan ocultarle a la generación actual el papel que desempeñó la Iglesia en el pasado en relación con la prostitución? Sean cuales sean sus motivos, esos caballeros deberían ser los últimos en poner el grito en el cielo contra las desventuradas víctimas de hoy en día, dado que cualquier estudioso inteligente sabe que la prostitución tiene un origen religioso, y que durante muchos siglos fue mantenida y

fomentada, no como una vergüenza sino como una virtud, y aclamada como tal por los mismísimos dioses:

> *Parece que el origen de la prostitución se encuentra principalmente en una costumbre religiosa, en la religión, la gran conservadora de las tradiciones sociales, que ha preservado de una forma transformada una libertad primitiva que estaba desapareciendo de la vida social general. El ejemplo típico es el que menciona Heródoto, en el siglo V a. C., en el templo de Mylitta, la Venus babilonia, adonde toda mujer, una vez en su vida, tenía que acudir y entregarse al primer extraño que le arrojara una moneda en el regazo, para adorar a la diosa. Sin embargo, existían costumbres religiosas muy similares en otras partes de Asia occidental, en el Norte de África, en Chipre, y en otras islas del Mediterráneo occidental, y también en Grecia, donde el templo de Afrodita, en la ciudadela de Corinto, tenía más de mil hieródulas dedicadas a servir a la diosa.*
>
> *La teoría de que la prostitución religiosa se desarrolló, por regla general, a partir de la creencia de que la actividad reproductiva de los seres humanos tenía una misteriosa y sagrada influencia a la hora de promover la fertilidad de la Naturaleza es compartida por todos los escritores con solvencia en la materia. Sin embargo, paulatinamente, y cuando la prostitución se convirtió en una institución organizada bajo la influencia sacerdotal, la prostitución religiosa desarrolló aspectos utilitaristas, y con ello contribuyó a incrementar los ingresos públicos.*
>
> *El ascenso del cristianismo al poder político provocó pocos cambios en las políticas. Los principales dirigentes de la Iglesia toleraban la prostitución. Es posible encontrar burdeles bajo protección municipal en el siglo XIII. Constituían una especie de servicio público, y sus directores eran considerados casi como*

funcionarios públicos[49].

A eso cabe añadir lo siguiente, también del libro del doctor Sanger:

> *El papa Clemente II promulgó una bula afirmando que las prostitutas estaban toleradas si pagaban una cantidad de sus ganancias a la Iglesia*
>
> *El papa Sixto IV era más práctico; tan solo de un burdel, que él mismo había construido, recibía unos ingresos de 20,000 ducados.*

En los tiempos actuales la Iglesia es un poco más cuidadosa en ese sentido. Por lo menos no exige abiertamente un tributo de las prostitutas. Le resulta mucho más rentable dedicarse a la propiedad inmobiliaria, como por ejemplo la Iglesia de la Trinidad[50], y alquilar cuchitriles a precios exorbitados a quienes viven de la prostitución y a costa de las prostitutas.

Aunque me gustaría mucho, el espacio de que dispongo no me permite hablar de la prostitución en Egipto, Grecia, Roma y durante la Edad Media. Las condiciones durante este último periodo son particularmente interesantes, dado que la prostitución estaba organizada en gremios, y tenía como presidenta a una Reina de los burdeles. Los gremios utilizaban las huelgas como medio para

---

[49] Véase *Sex and Society*, por Havelock Ellis

[50] Es una referencia al *Holy Ground* (suelo sagrado) una zona de Manhattan, Nueva York, que era un centro de la prostitución, organizado alrededor de las viviendas construidas en los solares de la iglesia.

mejorar su situación y mantener unas tarifas estándar. Indudablemente ese método resulta más práctico que el que utiliza el moderno esclavo asalariado en la sociedad.

Sería tendencioso y sumamente superficial sostener que el factor económico es la única causa de la prostitución. Hay otras causas no menos importantes y cruciales. Y eso también lo saben nuestros reformadores, pero se atreven a comentarlo todavía menos que la institución que le extrae la vida misma a hombres y mujeres. Me refiero a la cuestión del sexo, cuya simple mención provoca arrebatos morales en la mayoría de la gente.

Es un hecho reconocido que se cría a la mujer como si fuera una mercancía sexual, y sin embargo, se la mantiene en un desconocimiento absoluto del significado y de la importancia del sexo. Se censura todo lo que tenga que ver con el asunto, y se persigue y encarcela las personas que intentan arrojar luz sobre esa terrible oscuridad. Sin embargo, es cierto que mientras una muchacha no pueda saber cómo cuidar de sí misma, ni conocer la función de la parte más importante de su vida, no debemos sorprendernos si ella se convierte en una presa fácil de la prostitución, y de cualquier otra modalidad de relación que la rebaje hasta la condición de objeto para la mera gratificación sexual.

La vida entera y la naturaleza de una muchacha se ven frustradas y arruinadas justamente debido a ese desconocimiento. Desde hace muchísimo tiempo consideramos algo evidente en sí mismo que un muchacho puede responder a la llamada de la naturaleza; es decir que, en cuanto se reafirma su naturaleza sexual, un muchacho

puede satisfacerla; pero nuestros moralistas se escandalizan ante la simple idea de que se reafirme la naturaleza de una muchacha. Para el moralista, la prostitución no consiste tanto en que la mujer venda su cuerpo, sino más bien en que lo vende fuera del matrimonio. Que no se trata de una simple afirmación lo demuestra que el matrimonio por consideraciones puramente monetarias es perfectamente legítimo, está santificado por las leyes y la opinión pública, mientras que se condena y se repudia cualquier otra unión. Sin embargo, una prostituta, si se define adecuadamente, no significa otra cosa que «cualquier persona para la que las relaciones sexuales están subordinadas a la ganancia»[51].

«Son prostitutas aquellas mujeres que venden su cuerpo para el ejercicio del acto sexual y hacen de ello una profesión»[52]

De hecho, Willem Bonger va más allá; sostiene que el acto de la prostitución es «intrínsecamente igual que el de un hombre o una mujer que contrae matrimonio por razones económicas».

Por supuesto, el matrimonio es la meta de todas las chicas, pero dado que miles de mujeres no consiguen casarse, nuestras estúpidas costumbres sociales las condenan o bien a una vida de celibato o a la prostitución. La naturaleza humana se hace valer al margen de todas las leyes, y tampoco existe ninguna razón plausible por la

---

[51] Véase *La prostitution,* por Yves Guyot

[52] Véase *Criminalité et conditions économiques*, por Willem Adriaan Bonger

que la naturaleza tenga que adaptarse a una concepción pervertida de la moralidad.

La sociedad considera las experiencias sexuales de un hombre como atributos de su desarrollo general, mientas que unas experiencias similares en la vida de una mujer se contemplan como una terrible calamidad, como la pérdida del honor y de todo lo que es bueno y noble en el ser humano. Ese doble estándar moral ha desempeñado un papel no poco importante en la creación y la perpetuación de la prostitución. Implica mantener a los jóvenes en el desconocimiento más absoluto de las cuestiones sexuales, a lo que la supuesta «inocencia», junto con una naturaleza sexual exaltada pero reprimida, contribuyen a provocar el estado de las cosas que los puritanos están tan deseosos de evitar o impedir.

No es que la gratificación del sexo conduzca necesariamente a la prostitución; la verdadera responsable es la persecución cruel, despiadada y criminal de quienes se atreven a desviarse del camino marcado.

Hay muchachas, simples niñas, que trabajan en estancias abarrotadas y recalentadas durante entre diez y doce horas al día junto a una máquina, lo que tiende a mantenerlas en un estado de sobreexcitación sexual constante. Muchas de esas muchachas no tienen ni hogar ni comodidades de ningún tipo; por consiguiente, la calle o algún lugar de diversión barata son los únicos medios que tienen de olvidar su rutina diaria. Naturalmente, eso las lleva a un estrecho contacto con el otro sexo. Resulta difícil decir cuál de los dos factores empuja a la naturaleza hipersexuada de la muchacha hasta el clímax, pero

sin duda lo más natural es que ese clímax acabe produciéndose. Ese es el primer paso hacia la prostitución. Y tampoco hay que responsabilizar de ello a la muchacha. Por el contrario, toda la culpa es de la sociedad, culpa de nuestra falta de comprensión, de nuestra falta de apreciación de la vida en vías de formación; y sobre todo es culpa criminal de nuestros moralistas, que condenan a una muchacha para toda la eternidad porque se ha apartado de la «senda de la virtud»; es decir, porque su primera experiencia sexual ha tenido lugar sin la sanción de la Iglesia.

La muchacha se siente una completa marginada, y las puertas de su hogar y de la sociedad se le cierran en la cara. Toda su formación y la tradición son tales que la propia chica se siente una depravada y una perdida, y por consiguiente sin base en la que apoyarse ni agarradero para levantarse, en vez de verse arrastrada hacia abajo. Así, la sociedad crea las víctimas de las que posteriormente intenta librarse en vano. El hombre más mezquino, depravado y decrépito sigue considerándose demasiado bueno para tomar como esposa a una mujer –cuyo honor sí estaba totalmente dispuesto a comprar– aunque con ello pudiera salvarla de una vida de horrores. Y ella tampoco puede recurrir a su propia hermana en busca de ayuda. Esta, en su estupidez, se considera demasiado pura y casta, sin darse cuenta de que en muchos aspectos su propia posición es aún más deplorable que la de su hermana de la calle.

«Comparada con una prostituta, una esposa que se ha casado por dinero es la auténtica vendida», dice Havelock Ellis. «Cobra menos, a cambio da mucho más en tra-

bajo y cuidados, y está absolutamente sometida a su señor. La prostituta nunca renuncia con su firma al derecho sobre su persona, conserva su libertad y sus derechos personales, y tampoco está permanentemente obligada a someterse al abrazo de un hombre.»

Como tampoco la mujer «mejor que tú» es consciente de la elogiosa afirmación de William Lecky cuando dice: «aunque pueda ser el ejemplo supremo del vicio, [la prostituta] también es la guardiana más eficaz de la virtud. De no ser por ella, los hogares felices estarían corrompidos, y abundarían las prácticas antinaturales y dañinas».

Los moralistas siempre están dispuestos a sacrificar a la mitad del género humano en nombre de alguna triste institución que no son capaces de dejar atrás. En realidad, la prostitución no es una salvaguardia de la pureza del hogar en la misma medida que las leyes estrictas no lo son contra la prostitución. No menos del 50 por ciento de los hombres casados son clientes de los burdeles. Y justamente a través de ese elemento virtuoso las mujeres casadas –y lo que es peor, hasta los hijos– se infectan de enfermedades venéreas. Sin embargo, la sociedad no tiene ni una sola palabra de condena contra el hombre, mientras que no hay ley lo bastante monstruosa que pueda promulgarse contra la víctima indefensa. Esta no solo es la presa de quienes la utilizan, sino que además está absolutamente a merced de cualquier policía o de cualquier mísero detective que esté de guardia, de los funcionarios de las comisarías, de las autoridades de todas las cárceles.

En un libro publicado recientemente por una mujer que regentó una «casa» durante doce años, podemos en-

contrar las siguientes cifras: «Las autoridades me obligaban a pagar cada mes una multa de entre 14.70 y 29.79 dólares, y las chicas pagaban entre 5.70 y 9.70 dólares a la policía». Teniendo en cuenta que la autora del libro tenía su negocio en una ciudad pequeña, que las sumas que menciona no incluyen los sobornos ni las multas adicionales, es fácil apreciar los enormes ingresos que obtiene el departamento de policía con el dinero sucio de sus víctimas, a las que ni siquiera protege. Ay de quien se niegue a pagar su peaje; se las lleva en una redada, como al ganado, «aunque solo fuera para causar una impresión favorable entre los buenos ciudadanos de la ciudad, o cuando las autoridades necesitaban dinero extra por medios irregulares. A las mentes retorcidas que están convencidas que una mujer perdida es incapaz de emociones humanas, les resultaría imposible darse cuenta de la tristeza, la deshonra, las lágrimas, el orgullo herido que sentíamos cada vez que nos detenían».

¿Verdad que es extraño que una mujer que ha regentado una «casa» pueda sentir eso? Pero resulta aún más extraño que un mundo de buenos cristianos le chupe la sangre y desplume a ese tipo de mujeres, sin darles nada a cambio, salvo oprobio y persecución. ¡Por la caridad de un mundo cristiano!

Se hace mucho hincapié en que se están importando esclavas blancas a Estados Unidos. ¿Cómo podría conservar su virtud Estados Unidos si Europa no le echara una mano? No niego que pueda ser cierto en algunos casos, como tampoco niego que hay emisarios de Alemania y de otros países que atraen esclavos económicos a Estados Unidos; pero niego rotundamente que la prostitución se reclute en una medida apreciable en Europa. Puede

ser cierto que la mayoría de las prostitutas de Nueva York sean extranjeras, pero eso se debe a que la mayoría de la población lo es. En cuanto viajamos a cualquier otra ciudad estadounidense, por ejemplo, a Chicago o al Medio Oeste, veremos que el número de prostitutas extranjeras es, con diferencia, una minoría.

Igual de exagerada es la creencia de que la mayoría de las chicas de la calle de esta ciudad ya se dedicaban a ese negocio antes de llegar a Estados Unidos. La mayoría de ellas hablan un inglés excelente, se han americanizado en sus costumbres y en su aspecto –algo absolutamente imposible a menos que lleven muchos años viviendo en este país–. Es decir, se vieron empujadas a la prostitución por las condiciones de Estados Unidos, por la costumbre típicamente americana de ponerse elegante y vestir bien, lo que, por supuesto, requiere dinero –un dinero que no se puede ganar en una tienda o en una fábrica.

En otras palabras, no hay razones para creer que una serie de hombres corrieran el riesgo e incurrieran en los gastos de traer producto extranjero, cuando las condiciones en Estados Unidos inundan el mercado con miles de mujeres. Por otra parte, hay pruebas suficientes de que la exportación de muchachas estadounidenses para el negocio de la prostitución no es en absoluto un factor desdeñable.

Así, Clifford G. Roe, exayudante del fiscal del Estado del Condado de Cook (Illinois), lanza abiertamente la acusación de que las muchachas de Nueva Inglaterra son enviadas a Panamá para su utilización específica por el personal al servicio del Tío Sam. El señor Roe añade que «aparentemente existe un ferrocarril subterráneo entre

Boston y Washington en el que viajan muchas chicas». ¿No resulta significativo que ese tren conduzca a la mismísima sede de la autoridad federal? Que el señor Roe habló más de la cuenta lo demuestra que perdió su cargo. No es conveniente que los hombres con cargos públicos vayan repitiendo los cuentos chinos del colegio.

El pretexto que se da para las condiciones en Panamá es que en la Zona del Canal no hay burdeles. Esa es la escapatoria habitual para un mundo hipócrita que no se atreve a encarar la verdad. No los hay ni en la Zona del Canal, ni en las afueras de la ciudad... y por consiguiente la prostitución no existe.

Además del señor Roe, está James Bronson Reynolds, que ha realizado un estudio exhaustivo del tráfico de esclavas blancas en Asia. Reynolds, como buen ciudadano acérrimamente estadounidense, y amigo del futuro Napoleón de Estados Unidos, Theodore Roosevelt, sería indudablemente el último en desacreditar la virtud de su país. Sin embargo, a través de él nos enteramos de que en Hong Kong, Shanghái y Yokohama se hallan los establos de Augías del vicio estadounidense. Allí, las prostitutas estadounidenses han llegado a ser tan conspicuas que en Oriente «chica americana» es sinónimo de prostituta. El señor Reynolds recuerda a sus compatriotas que, si bien en China los estadounidenses están bajo la protección de nuestros representantes consulares, en Estados Unidos los chinos no tienen ningún tipo de protección. Todo el que conozca la persecución brutal y bárbara que soportan los chinos y japoneses en la costa del Pacífico estará de acuerdo con el señor Reynolds.

En vista de todo lo anterior, es bastante absurdo seña-

lar a Europa como la ciénaga de la que proceden todas las enfermedades sociales de Estados Unidos. E igual de absurdo es proclamar el mito de que los judíos suministran el mayor contingente de víctimas por voluntad propia. Estoy segura de que nadie me acusará de tendencias nacionalistas. Me complace decir que ya me he librado de ellas, como de muchos otros prejuicios. Por consiguiente, si me molesta que se diga que las prostitutas judías son importadas, no es por ninguna simpatía judaica, sino por los hechos inherentes a la vida de ese pueblo. Nadie, más que los más superficiales, podrá decir que las chicas judías migran a un país extranjero a menos que tengan algún vínculo o algún familiar que las lleve hasta allá. Las chicas judías no son aventureras. Hasta hace muy poco no salían de casa, ni siquiera hasta una aldea o una ciudad vecina, salvo para visitar a algún familiar. Así pues, ¿resulta creíble que las chicas judías abandonen a sus progenitores o a sus familias, viajen miles de kilómetros hasta un país extraño, obedeciendo a la influencia y las promesas de alguna fuerza extraña? Vayan a ver algunos de los grandes vapores que llegan a este país y juzguen ustedes mismos si esas chicas no llegan con sus progenitores, sus hermanos, sus tías, o con algún otro familiar. Puede haber excepciones, por supuesto, pero afirmar que se está importando una gran cantidad de chicas judías para la prostitución, o para cualquier otro propósito, equivale simplemente a desconocer la psicología de los judíos.

Quien vive en una casa de cristal no hace bien en tirar piedras; además, el cristal de las casas estadounidenses es bastante delgado, se rompe con facilidad, y el aspecto de su interior es todo menos favorecedor.

Achacar el aumento de la prostitución a una supuesta importación, al crecimiento del sistema de proxenetas, o a causas parecidas, es sumamente superficial. Ya me he referido a la primera. En cuanto al sistema de alcahuetes, por aberrante que resulte, no debemos ignorar que es básicamente una fase de la prostitución moderna –una fase que se ve agravada por la represión y los chanchullos que se derivan de las esporádicas cruzadas contra ese mal social.

No cabe duda de que el proxeneta es un pésimo espécimen de la familia humana, pero ¿en qué es más despreciable que el policía que le quita hasta el último céntimo a la mujer que hace la calle, y después la encierra en la comisaría? ¿Por qué el proxeneta es más criminal, o una amenaza mayor para la sociedad, que los dueños de los grandes almacenes y las fábricas, que engordan a costa del sudor de sus víctimas, para después echarlas a la calle? No estoy defendiendo al proxeneta, pero no consigo entender por qué hay que perseguirle despiadadamente, mientras los verdaderos perpetradores de todas las iniquidades sociales gozan de inmunidad y de respeto. Además, es bueno recordar también que no es el proxeneta el que hace a la prostituta. Son nuestra farsa y nuestra hipocresía las que crean tanto a la prostituta como al proxeneta.

Hasta 1894, en Estados Unidos se sabía muy poco sobre los proxenetas. Entonces nos atacó una epidemia de virtud. Era preciso abolir el vicio, purificar el país a toda costa. Por consiguiente, el cáncer social desapareció de nuestra vista, pero se adentró más en las profundidades del cuerpo. Los propietarios de los burdeles, así como sus

desventuradas víctimas, fueron entregados a los amorosos cuidados de la policía. Y de ahí surgieron las inevitables consecuencias: los sobornos exorbitados y la cárcel.

Mientras que anteriormente estaban relativamente protegidas en los burdeles, donde constituían cierto valor monetario, ahora las chicas se veían en la calle, absolutamente a merced de los policías codiciosos de sobornos. Desesperadas, necesitadas de protección y de cariño, como es natural esas chicas resultaban ser presa fácil para los proxenetas, que a su vez eran una consecuencia de nuestra era comercial. Así pues, el sistema de proxenetas fue un producto directo de la persecución policial, de los chanchullos, y del intento de suprimir la prostitución. Sería una pura estupidez confundir esta fase actual del mal social con sus causas.

La mera represión y la legislación bárbara no sirven más que para amargar, y degradar aún más, a las desventuradas víctimas de la ignorancia y la estupidez; esta última alcanzó su máxima expresión con el proyecto de ley de criminalizar el trato humanitario a las prostitutas, que castigaba al que diera alojamiento a una prostituta con cinco años de cárcel y una multa de 10,000 dólares. Semejante actitud simplemente pone de manifiesto la terrible falta de comprensión de las verdaderas causas de la prostitución, como factor social, y es una manifestación del espíritu puritano de los tiempos de *La letra escarlata*.

No hay un solo autor moderno que escriba sobre este asunto que no mencione la total inutilidad de los métodos legislativos para afrontar la cuestión. Así, el doctor

Blaschko considera que la represión del Estado y las cruzadas morales no consiguen nada más que encauzar el mal por canales secretos, multiplicando su peligro para la sociedad. Havelock Ellis, el experto más concienzudo y humanitario de la prostitución, demuestra con una ingente cantidad de datos que cuanto más estrictos son los métodos de persecución, más empeora la situación. Entre otros datos, nos enteramos de que, en Francia, «en 1560, Carlos IX abolió los burdeles con un edicto, pero el número de prostitutas no hizo más que aumentar, mientras que aparecieron muchos burdeles nuevos con aspectos insospechados, y estos resultaban más peligrosos. A pesar de todo ese tipo de legislación, *o debido a ella,* no ha habido ningún otro país donde la prostitución haya desempeñado un papel más conspicuo»[53].

Una opinión pública informada, liberada del acoso legal y moral contra las prostitutas, es lo único que puede contribuir a mejorar las condiciones actuales. Cerrar los ojos deliberadamente e ignorar ese mal como un factor social de la vida moderna no puede sino agravar la situación. Debemos elevarnos por encima de nuestros estúpidos conceptos de «mejor que tú» y aprender a considerar a las prostitutas un producto de las condiciones sociales. Esa constatación borraría de un plumazo la actitud de hipocresía, y garantizaría una mejor comprensión y un trato más humano. En cuanto a la erradicación total de la prostitución, es imposible lograrlo salvo mediante una reevaluación completa de todos los valores aceptados –

[53] Véase *Sex and Society*, por Havelock Ellis.

sobre todo los valores morales– unida a la abolición de la esclavitud industrial.

El Sufragio Femenino

Presumimos de la era de los adelantos, de la ciencia y del progreso. Así pues, ¿no resulta extraño que sigamos creyendo en la adoración de los fetiches? Es cierto, nuestros fetiches tienen formas y sustancias distintas, pero por el poder que tienen sobre la mente humana siguen siendo tan desastrosos como los de antaño.

Nuestro fetiche moderno es el sufragio universal. Quienes aún no han alcanzado esa meta emprenden sangrientas revoluciones para conseguirla, y quienes han disfrutado de su reinado llevan cuantiosos sacrificios al altar de esta deidad omnipotente. ¡Ay del hereje que se atreva a cuestionar esa divinidad!

La mujer, en una medida aún mayor que el hombre, es una adoradora de fetiches, y aunque sus ídolos pueden variar, ella está siempre de rodillas, siempre con las manos levantadas, siempre ciega a la realidad de que su dios tiene los pies de arcilla. Así pues, desde tiempos inmemoriales, la mujer ha sido la mayor seguidora de todas las deidades. Y así, también ha tenido que pagar un precio

que únicamente los dioses pueden cobrarse: su libertad, la sangre de su corazón, su vida misma.

El memorable aforismo de Nietzsche: «Cuando vayas a ver a una mujer, llévate el látigo», se considera muy brutal, pero Nietzsche estaba expresando en una frase la actitud de la mujer hacia sus dioses.

La religión, sobre todo la religión cristiana, ha condenado a la mujer a la vida de un ser inferior, de una esclava. Ha frustrado su naturaleza y ha encadenado su alma, y sin embargo la religión cristiana no tiene un mayor seguidor, a nadie más devoto, que a la mujer. De hecho, podemos decir con seguridad que de no ser por el apoyo que recibe de la mujer, hace tiempo que la religión habría dejado de ser un factor en la vida de la gente. Las personas que trabajan para las iglesias con mayor ardor, las misioneras más incansables de todo el mundo, son mujeres, siempre sacrificándose en el altar de los dioses que han encadenado su espíritu y esclavizado su cuerpo.

La guerra, ese monstruo insaciable, le arrebata a la mujer lo más querido y precioso que tiene. Le arranca a sus hermanos, a sus novios, a sus hijos, y a cambio le da una vida de soledad y desesperación. Sin embargo, la mayor partidaria y adoradora de la guerra es la mujer. Es ella la que infunde a sus hijos el amor por la conquista y el poder; es ella la que susurra a los oídos de sus pequeños las glorias de la guerra, y la que arrulla a su bebé con las melodías de las trompetas y el ruido de los cañones. Y la mujer es también la que corona al vencedor a su regreso del campo de batalla. Sí, la mujer es la que paga el mayor precio a ese monstruo insaciable, la guerra.

Y luego está el hogar. ¡Qué fetiche tan terrible! Cómo agota la misma energía vital de la mujer: esa cárcel moderna con barrotes de oro. Su reluciente aspecto impide que la mujer vea el precio que tendrá que pagar como esposa, madre y ama de casa. Sin embargo, la mujer se aferra tenazmente al hogar, al poder que la mantiene esclavizada.

Alguien podría decir que, dado que la mujer es consciente del terrible peaje que se ve obligada a pagar a la Iglesia, al Estado y al hogar, desea el sufragio para liberarse. Puede que sea así para unas pocas; la mayoría de las sufragistas repudian totalmente tamaña blasfemia. Por el contrario, ellas siempre insisten en que el sufragio femenino la hará mejor cristiana y ama de casa, una ciudadana incondicional del Estado. Así pues, el sufragio solo es un medio de fortalecer justamente la omnipotencia de los mismos dioses a los que la mujer lleva sirviendo desde tiempos inmemoriales.

Así pues, no es de extrañar que se muestre igual de devota, igual de ferviente, y que esté igual de postrada ante el nuevo ídolo, el sufragio femenino. Como antaño, soporta la persecución, el encarcelamiento, la tortura, y todas las formas de condena, con una sonrisa en los labios. Como antaño, incluso las más ilustradas tienen puesta su esperanza en un milagro de la deidad del siglo XX: el sufragio. La vida, la felicidad, la alegría, la libertad, la independencia... todo eso, y más, surgirá del sufragio. En su devoción ciega, la mujer no ve lo que las personas con intelecto ya percibieron hace cincuenta años: que el sufragio es un mal, que únicamente ha contribuido a esclavizar al pueblo, que no ha hecho más que cerrarle los ojos

para que no se dé cuenta de lo arteramente que le han obligado a someterse.

La reivindicación del sufragio igualitario por parte de la mujer se basa en gran medida en el argumento de que la mujer debe tener los mismos derechos en todos los asuntos de la sociedad. Es imposible que nadie pueda refutarlo, si el sufragio fuera un derecho. ¡Ay la ignorancia de la mente humana, que es capaz de ver un derecho donde lo que hay es una imposición! ¿O acaso la imposición más brutal no consiste en que una parte del pueblo haga leyes que a otra parte se le obliga a obedecer por la fuerza? Sin embargo, la mujer clama por esa «oportunidad de oro» que ha traído tantas desgracias a este mundo, y que ha despojado al hombre de su integridad y de su confianza en sí mismo; una imposición que ha corrompido totalmente a la gente, y la ha dejado a completa merced de los políticos sin escrúpulos.

¡El pobre, estúpido, libre ciudadano estadounidense! Es libre de morirse de hambre, libre de patear las carreteras de este gran país, goza del sufragio universal y, en virtud de ese derecho, ha forjado los grilletes que lleva en los pies y en las manos. La recompensa que recibe es una rigurosa legislación laboral, que prohíbe el derecho al boicot, a formar piquetes, y en realidad a todo lo que no sea que le roben el fruto de su trabajo. Sin embargo, todas estas desastrosas consecuencias del fetiche del siglo XX no le han enseñado nada a la mujer. Pero después la mujer purificará la política, nos aseguran.

Huelga decir que no soy contraria al sufragio femenino con el argumento convencional que afirma que la mujer

no está a la altura. No veo motivos ni físicos, ni psicológicos, ni mentales para que la mujer no tenga el mismo derecho al voto que el hombre. Pero es imposible que eso me impida ver el absurdo concepto de que la mujer tendrá éxito en aquello en lo que ha fracasado el hombre. Si bien no puede empeorar las cosas, indudablemente tampoco podrá mejorarlas. Por consiguiente, presuponer que la mujer va a conseguir purificar algo que no es susceptible de purificación equivale a concederle poderes sobrenaturales. Dado que la mayor desventura de la mujer ha sido que siempre se la ve o bien como un ángel o bien como un demonio, su verdadera salvación consiste en que la pongan con los pies en la tierra; es decir, que se la considere un ser humano, y por consiguiente susceptible de cometer todas las estupideces y los errores de los humanos. Así pues, ¿debemos creer que dos errores hacen un acierto? ¿Debemos presuponer que el veneno que ya es inherente a la política va a disminuir en caso de que las mujeres bajen a la arena política? Ni las sufragistas más ardientes serían capaces de sostener semejante necedad.

De hecho, los estudiosos más avanzados del sufragio universal han llegado a la conclusión de que todos los sistemas de poder político existentes son absurdos, y son totalmente inadecuados para abordar las cuestiones más apremiantes de la vida. Ese punto de vista también se ve refrendado por la declaración de alguien que es una ardiente convencida del sufragio femenino, la doctora Helen L. Sumner. En su solvente libro *Equal Suffrage,* la doctora afirma: «En Colorado, observamos que el sufragio igualitario solo sirve para poner de manifiesto de la forma más alarmante la podredumbre radical y el carác-

ter degradante del sistema existente». Por supuesto, la doctora Sumner está pensando en un determinado sistema de votación, pero eso también puede afirmarse con la misma rotundidad de la maquinaria del sistema representativo en su conjunto. Con semejantes fundamentos, resulta difícil comprender cómo la mujer, como factor político, podría beneficiarse ella misma o beneficiar al resto de la humanidad.

Pero –dicen nuestras devotas del sufragio– mirad lo que ocurre en los países y los estados donde existe el sufragio femenino. Mirad todo lo que ha logrado la mujer: en Australia, Nueva Zelanda, Finlandia, los países escandinavos, y en cuatro estados de nuestro propio país, Idaho, Colorado, Wyoming y Utah. La distancia provoca fascinación, o –citando un dicho polaco– «las cosas van bien donde nosotros no estamos». Así, cabria asumir que esos países y estados son distintos de otros países y estados, que gozan de más libertad, una mayor igualdad social y económica, una mejor apreciación de la vida humana, una comprensión más profunda de las grandes luchas sociales, con todas las cuestiones cruciales que ello conlleva para el género humano.

Las mujeres de Australia y Nueva Zelanda pueden votar y contribuir a hacer las leyes. ¿Allí las condiciones de trabajo son mejores que en Inglaterra, donde las sufragistas están llevando a cabo una lucha tan heroica? ¿Hay allí una maternidad mejor, unos niños más felices y más libres que en Inglaterra? ¿Allí ya no se considera a la mujer una mera mercancía sexual? ¿Se ha emancipado de la doble vara de medir moral para hombres y mujeres? No cabe duda de que únicamente la mujer política más

obtusa se atrevería a dar una respuesta afirmativa a estas preguntas. De ser así, resulta ridículo señalar a Australia y a Nueva Zelanda como la meca de los logros del sufragio igualitario.

Por otra parte, es un hecho que quienes conocen la situación política real en Australia ya saben que la política tiene amordazados a los trabajadores por el procedimiento de promulgar las leyes laborales más estrictas, por las que las huelgas que se convocan sin la aprobación de una comisión de arbitraje se equiparan a un delito de traición.

Ni por un momento quiero insinuar que el sufragio femenino sea el responsable de esta situación. Sí quiero decir, empero, que no hay ningún motivo para señalar a Australia como un país que obra milagros en materia de los logros de la mujer, dado que la influencia de esta ha sido incapaz de liberar a los trabajadores de las garras del mangoneo político.

Finlandia ha concedido el sufragio igualitario a la mujer; mejor dicho, incluso el derecho a entrar en el Parlamento. ¿Acaso ello ha contribuido a desarrollar un mayor heroísmo, o un ardor más intenso que el de las mujeres de Rusia? Finlandia, al igual que Rusia, sufre el azote del terrible látigo del sangriento zar[54]. ¿Dónde están las Perovskaya, las Spiridonova, las Figner, las Breshkovsaya finlandesas? ¿Dónde están las incontables jóvenes finlandesas que acuden alegremente a Siberia a de-

---

[54] En 1910, cuando se publicó por primera vez este libro, Finlandia era un Gran Ducado autónomo cuyo soberano era el zar de Rusia.

fender su causa? Por desgracia Finlandia necesita sus propias libertadoras heroicas. ¿Por qué no las han creado las urnas? El único finlandés que ha vengado a su pueblo fue un hombre, no una mujer, y utilizó un arma más eficaz que las urnas.

En cuanto a los estados de nuestro país donde las mujeres votan, y que se señalan constantemente como ejemplos de maravillas, ¿qué se ha logrado allí mediante las urnas de lo que no disfruten en gran medida las mujeres de otros estados?; ¿o que no podrían alcanzar por medios más enérgicos sin necesidad de las urnas?

Es cierto, en los estados con sufragio femenino, las mujeres tienen garantizados derechos de propiedad iguales; ¿pero de qué le sirve ese derecho a la masa de mujeres sin bienes, a las miles de trabajadoras asalariadas, que no consiguen más que vivir al día? Que el sufragio igualitario no ha afectado, ni puede hacerlo, a su condición es algo que admite la doctora Sumner, que indudablemente está en condiciones de saberlo. En calidad de ferviente sufragista, y después de haber sido enviada a Colorado por la Liga Colegiada por el Sufragio Igualitario del Estado de Nueva York para recopilar material a favor del sufragio femenino, ella sería la última que diría una palabra desdeñosa; sin embargo, la doctora nos informa de que «el sufragio igualitario apenas ha afectado a las condiciones económicas de las mujeres. Que las mujeres no reciben un salario igual por el mismo trabajo; y que, aunque en Colorado la mujer goza del derecho al voto en los distritos escolares desde 1876, las maestras cobran menos que en California». Por otra parte, la señora Sumner no alcanza a explicar el hecho de que, aunque las mujeres

llevan treinta y cuatro años pudiendo votar en los distritos escolares, y que gozan del sufragio igualitario desde 1894, tan solo el censo de Denver, realizado hace unos meses, reveló que había quince mil niños que requerían educación especial. Y eso, además, teniendo en cuenta que la mayoría del personal del Departamento de Educación son mujeres, y a pesar de que las mujeres de Colorado han aprobado «las leyes más rigurosas para la protección de los niños y los animales». Las mujeres de Colorado «se han tomado un gran interés por las instituciones del estado para el cuidado de los niños dependientes, discapacitados y de los menores delincuentes». Es una terrible acusación contra el cuidado y el interés de la mujer que una ciudad tenga quince mil niños necesitados de educación especial. ¿Y qué pasa con la gloria del sufragio femenino, puesto que ha fracasado estrepitosamente en la cuestión social más importante, la infancia? ¿Y qué ha sido de ese mayor sentido de la justicia que la mujer iba a aportar al terreno político? ¿Dónde estaba en 1903, cuando los dueños de las minas libraron una guerra de guerrillas contra el Sindicato de Mineros del Oeste?; ¿o cuando el general Bell estableció un reinado de terror, sacando de la cama por la noche a los mineros, secuestrándolos y poniéndolos al otro lado de la frontera, arrojándolos a los establos, y proclamando: «al infierno con la Constitución, la porra es la Constitución»? ¿Dónde estaban entonces las políticas, y por qué no ejercieron el poder de su voto? Pues sí lo ejercieron. Contribuyeron a la derrota del gobernador Davis H. Waite, un hombre sumamente imparcial y progresista. Waite tuvo que dejar el campo libre para el que fue un simple peón de los reyes de las minas, el gobernador James H. Peabody, el

enemigo de los trabajadores, el zar de Colorado. «Indudablemente, el sufragio masculino no habría podido hacerlo peor». Totalmente de acuerdo. Así pues, ¿dónde están las ventajas del sufragio femenino para la mujer y la sociedad? La tan repetida afirmación de que la mujer va a purificar la política tampoco es sino un mito. No lo corroboran quienes conocen las condiciones políticas de Idaho, Colorado, Wyoming y Utah.

La mujer, esencialmente purista, intolerante e implacable por naturaleza en su empeño en hacer a los demás tan buenos como ella cree que deberían ser. Así pues, en Idaho, ha privado del derecho al voto a su hermana de la calle, y ha declarado «no aptas para votar» a todas las mujeres de «carácter lascivo». «Lascivo», por supuesto, no entendido como la prostitución *en* el matrimonio. Huelga decir que se han prohibido la prostitución y el juego ilegales. En ese sentido, la ley necesariamente tiene que ser de naturaleza femenina: siempre prohíbe. En eso, todas las leyes son maravillosas. No van más allá, pero sus propias tendencias abren todas las compuertas del infierno. A la prostitución y al juego nunca les han ido tan bien los negocios como desde que las leyes se han ensañado con ellos.

En Colorado, el puritanismo de la mujer se ha manifestado de una forma más drástica. «Los hombres de vida notoriamente impura, y los que tienen relación con las tabernas, han sido expulsados de la política desde que las mujeres pueden votar»[55]. ¿Sería el hermano Comstock capaz de hacer más? ¿Habrían podido hacer más todos

---

[55] Véase *Equal Suffrage*, por la Dra. Helen Sumner

los padres puritanos? Me pregunto cuántas mujeres son conscientes de la gravedad de esa posible hazaña. Me pregunto si comprenden que eso es justamente lo que, en vez de elevar a la mujer, la ha convertido en una espía política, en una despreciable entrometida en los asuntos privados de la gente, no ya por el bien de la causa, sino porque, como decía una mujer de Colorado, «a ellas les gusta meterse en las casas en las que nunca han entrado, y averiguar todo lo que puedan, en cuestiones políticas y en todo lo demás»[56]. Sí, y fisgonear en el alma humana y en sus más recónditos vericuetos y rincones. Porque no hay que nada satisfaga más el ansia de la mayoría de las mujeres que el escándalo. ¿Y cuándo había gozado una mujer de las oportunidades que tiene ahora, como política?

«Los hombres de vida notoriamente impura, y los que tienen relación con las tabernas». Indudablemente, no se puede acusar a las damas cazadoras de votos de tener demasiado sentido de las proporciones. Aun admitiendo que esas entrometidas estén facultadas para decidir quiénes llevan una vida lo bastante pura para la política, esa atmósfera eminentemente limpia, ¿debemos deducir que los dueños de las tabernas pertenecen a esa misma categoría? A menos que estemos ante la típica hipocresía y la intolerancia de Estados Unidos, tan manifiesta en el principio del prohibicionismo, que aprueba la propagación de la embriaguez entre los hombres y las mujeres de clase adinerada, pero mantiene una estrecha vigilancia sobre el único lugar que le queda al hombre pobre. Aunque solo sea por ese motivo, la actitud obtusa y purista de la mujer

---

[56] Id.

ante la vida la convierte en un mayor peligro para la libertad dondequiera que goza de poder político. Hace tiempo que el hombre ha dejado atrás las supersticiones en las que siguen sumidas las mujeres. En el campo económico y competitivo, el hombre se ha visto obligado a ejercer la eficacia, el criterio, la capacidad, la competencia. Por consiguiente, no tenía tiempo ni inclinación para medir la moral de cada cual con una vara de medir puritana. Tampoco en sus actividades políticas, el hombre ha ido por ahí con una venda en los ojos. Sabe que la cantidad, y no la calidad, es lo que mueve el molino político, y a menos que sea un reformador sentimental o un viejo fósil, el hombre sabe que la política nunca podrá ser otra cosa que un lodazal.

Las mujeres que están mínimamente familiarizadas con el proceso de la política conocen la naturaleza de la fiera, pero debido a su autosuficiencia y su egocentrismo se convencen a sí mismas de que no tienen más que mimar a la fiera para que se vuelva tan dócil como un corderito, dulce y puro. ¡Como si muchas mujeres no hubieran vendido sus votos, como si no fuera posible sobornar a las políticas! Si es posible comprar su cuerpo a cambio de una módica suma, ¿por qué no su voto? Que eso se está haciendo en Colorado y en otros estados es algo que no niegan ni siquiera quienes están a favor del sufragio femenino.

Como he dicho anteriormente, el obtuso punto de vista de la mujer sobre los asuntos humanos no es el único argumento en contra de que, como política, sea superior al hombre. Hay otros. Su inveterado parasitismo económico ha desdibujado completamente su concepto del sig-

nificado de la igualdad. Ella clama por la igualdad de derechos con los hombres, sin embargo, leemos que «pocas mujeres se toman la molestia de hacer campaña en los distritos indeseables»[57]. ¡Qué poca cosa significa para ellas la igualdad, en comparación con las mujeres rusas, que se enfrentan al mismísimo infierno por defender su ideal!

La mujer exige los mismos derechos que el hombre, y sin embargo se indigna de que su presencia no le afecte lo más mínimo: el hombre fuma, no se quita el sombrero, y no se levanta de su asiento de un brinco como si fuera un lacayo. Puede que se trate de cosas triviales, pero a pesar de todo son la clave para entender la naturaleza de las sufragistas estadounidenses. Es cierto, sus hermanas inglesas ya han dejado atrás esos estúpidos conceptos. Han demostrado estar a la altura de las máximas exigencias que se esperan de su carácter y de su capacidad de resistencia. Hay que rendir todos los honores al heroísmo y la tenacidad de las sufragistas inglesas. Gracias a sus métodos agresivos y enérgicos, han resultado ser una fuente de inspiración para las inertes y pusilánimes damas de nuestro país. Pero, a fin de cuentas, también a las sufragistas todavía les falta apreciar la verdadera igualdad. De lo contrario, ¿cómo explicar el esfuerzo, descomunal y verdaderamente gigantesco, que emprendieron esas valerosas luchadoras hasta conseguir una mísera e insignificante ley que va a beneficiar a un puñado de damas propietarias de bienes inmuebles, sin incluir absolutamente ninguna disposición a favor de la enorme masa de las mujeres trabajadoras? Es verdad que, en calidad

---

[57] Id.

de políticas, tienen que ser oportunistas, no tienen más remedio que aceptar medidas a medias si no pueden conseguirlo todo. Pero, como mujeres inteligentes y progresistas, deberían darse cuenta de que, si las urnas son un arma, los desheredados la necesitan más que las clases económicamente superiores, y que estas ya gozan de demasiado poder en virtud de su superioridad económica.

La propia señorita Emmeline Pankhurst, brillante líder de las sufragistas inglesas, ha admitido, durante su gira de conferencias por Estados Unidos, que no puede haber igualdad entre los políticamente superiores y los inferiores. De ser así, ¿cómo podrán colaborar las trabajadoras de Inglaterra, ya de por sí en condiciones de inferioridad económica respecto a las damas que se beneficiarían del proyecto de ley de Shackleton[58], con sus superiores políticos en caso de que se apruebe dicha ley? ¿No es cierto que lo más probable es que la clase de Annie Keeney[59], tan llena de ardor, devoción y espíritu de martirio, se vea obligada a cargar sobre sus hombros a sus dirigentes políticas, al tiempo que cargan con sus señores económicos? Las mujeres trabajadoras tendrían que hacerlo de todas formas, aunque en Inglaterra se estableciera el sufragio universal para hombres y mujeres.

---

[58] El señor Shackleton era un líder sindical. Por consiguiente, es evidente que tenía que presentar un proyecto de ley que excluía a sus propios electores. El Parlamento inglés está lleno de ese tipo de Judas. Una de las primeras reformas del derecho al voto en las elecciones al Parlamento británico, que contemplaba la inclusión en el censo electoral de las mujeres propietarias de bienes inmuebles.

[59] Annie Keeney fue una feminista y sufragista británica, de clase trabajadora

Hagan lo que hagan los obreros, se les obliga a pagar, siempre. Sin embargo, quienes creen en el poder del voto hacen gala de un escaso sentido de la justicia cuando no se preocupan en absoluto de aquellos a los que, como ellos mismos afirman, el poder podría ser de máxima ayuda.

Hasta hace muy poco, el movimiento sufragista estadounidense ha sido en su conjunto, una charla de salón, absolutamente ajena a las necesidades económicas del pueblo. Así, Susan B. Anthony, que sin duda es una mujer de un tipo excepcional, no solo se mostraba indiferente a los trabajadores, sino incluso hostil a ellos; y no vaciló en manifestar su hostilidad cuando, en 1869, aconsejó a las mujeres que ocuparan los puestos de los impresores que estaban en huelga en Nueva York[60]. Ignoro si su actitud había variado antes de su muerte.

Hay, por supuesto, algunas sufragistas que han asumido la postura de las trabajadoras, por ejemplo: la Liga de Sindicatos de Mujeres; pero son una pequeña minoría, y sus actividades son básicamente económicas. El resto consideran que el trabajo duro no es más que una disposición de la Providencia. ¿Qué sería de los ricos, si no fuera por los pobres? ¿Qué sería de esas damas ociosas y parásitas, que derrochan en una semana más de lo que ganan sus víctimas en un año, de no ser por los ochenta millones de trabajadores asalariados? Igualdad, ¿dónde se ha oído semejante cosa?

Pocos países han generado tanta arrogancia y esnobismo como Estados Unidos. Eso es particularmente

---

[60] Véase *Equal Suffrage*, por la Dra. Helen Sumner

cierto en el caso de la mujer estadounidense de clase media. No solo se considera igual al hombre, sino superior a él, sobre todo por su pureza, su bondad y su moralidad. No es de extrañar que la sufragista estadounidense afirme que su voto está dotado de los poderes más milagrosos. En su elevado engreimiento, no acierta a ver lo esclavizada que está en realidad, no tanto por el hombre, sino por sus propias y estúpidas nociones y tradiciones. El sufragio no puede paliar esa triste realidad; solo puede acentuarla, y de hecho así ocurre.

Una de las grandes líderes estadounidenses afirma que no solo la mujer tiene derecho a un salario igual, sino también que por ley debería tener el derecho a disponer del sueldo de su marido. De no hacerlo, el marido debería ponerse el traje a rayas de los presos, y sus ingresos en la cárcel deberían ser cobrados por su esposa en pie de igualdad. ¿Y acaso no afirma otra brillante defensora de la causa que el voto de la mujer acabará aboliendo los males sociales, contra los que han combatido en vano los esfuerzos colectivos de las mentes más ilustres de todo el mundo? Es verdaderamente lamentable que el supuesto creador del universo ya nos haya regalado esta maravillosa organización de las cosas, porque de lo contrario no cabe duda de que el sufragio femenino le superaría completamente.

No hay nada más peligroso que la disección de un fetiche. Si bien hemos sobrevivido a la época en que ese tipo de herejías podía penarse con la muerte en la hoguera, no hemos sobrevivido al obtuso espíritu de condena contra quienes se atreven a discrepar de las ideas comúnmente aceptadas. Por consiguiente, a mí probablemente me catalogarán como una enemiga de la mujer. Pero eso no va

a disuadirme de afrontar el asunto de cara. Repito lo que ya he dicho al principio: no creo que la mujer vaya a empeorar la política; pero tampoco puedo creer que consiga mejorarla. Así pues, si la mujer no puede paliar los errores del hombre, ¿por qué habría que perpetuarlos?

Puede que la historia sea una recopilación de mentiras; a pesar de todo, contiene algunas verdades, que son la única guía de que disponemos para el futuro. La historia de las actividades políticas de los varones demuestra que estas no le han dado al hombre nada que no hubiera podido conseguir de una forma más directa, menos costosa, y más duradera. En realidad, cada palmo de terreno que ha ido ganando ha sido a través de una pelea constante, de una lucha incesante por hacerse valer, y no a través del sufragio. No hay absolutamente ninguna razón para suponer que la mujer, en su ascenso a la emancipación, haya recibido, ni vaya a recibir, ninguna ayuda de las urnas.

En Rusia, el más siniestro de entre todos los países, con su despotismo absoluto, la mujer ha llegado a ser igual al hombre, no a través de las urnas, sino por su voluntad de ser y de hacer. No solo ha conquistado para las mujeres todas las vías de la educación y la vocación, sino que también se ha ganado el aprecio del hombre, su respeto, su compañerismo; mejor dicho, todavía más: se ha ganado la admiración y el respeto del mundo entero. Y eso, además, no a través del sufragio, sino mediante su maravilloso heroísmo, su fortaleza, su capacidad, su fuerza de voluntad y su resistencia en la lucha por la libertad. ¿Dónde están las mujeres de cualquier país o estado con sufragio femenino que puedan reivindicar una victoria como esa? Cuando consideramos los logros de la mujer

en Estados Unidos, también descubrimos que algo más profundo y más poderoso que el sufragio la ha ayudado en su marcha hacia la emancipación.

Solo han transcurrido sesenta y dos años desde que el puñado de mujeres que asistieron a la Convención de Seneca Falls plantearon unas pocas reivindicaciones para lograr el derecho a una educación igual que los hombres, y el acceso a distintas profesiones, oficios, etcétera. ¡Que logro tan maravilloso, qué triunfos tan maravillosos! ¿Quién, aparte de los más ignorantes, se atrevería a hablar de la mujer como una mera esclava doméstica? A lo largo de más de sesenta años, la mujer ha dado forma a una nueva atmósfera y a una nueva vida para ella misma. Se ha convertido en una potencia mundial en todos los ámbitos del pensamiento y la actividad humanos. Y todo ello sin sufragio, sin derecho a hacer las leyes, sin el «privilegios» de ser juez, carcelera o verdugo.

Sí, es posible que me consideren una enemiga de la mujer; pero si soy capaz de ayudarla a ver la luz, no me quejaré.

La desgracia de la mujer no es que no sea capaz de hacer el mismo trabajo que el hombre, sino que está desperdiciando su fuerza vital para superarle, con una tradición de siglos que la ha dejado físicamente incapaz de mantenerse a su altura. Ya, ya sé que algunas lo han logrado, pero ¡a qué precio, a qué terrible precio! Lo importante no es el tipo de trabajo que realiza la mujer, sino más bien la calidad del trabajo que aporta. Es posible que no le aporte al sufragio o a las urnas ninguna cualidad nueva, como también es posible que no reciba de ello nada que potencie sus propias cualidades. Su desarrollo, su liber-

tad, su independencia, deben salir de ella misma, y a través de ella misma. En primer lugar, haciéndose valer como una personalidad, y no como una mercancía sexual. En segundo lugar, negándose a aceptar que nadie tenga derecho sobre su cuerpo; negándose a tener hijos, a menos que ella lo desee; negándose a ser una sirvienta del Dios, del Estado, de la sociedad, del marido, de la familia, etcétera; haciendo que su vida sea más simple, pero más profunda y rica. Es decir, intentando aprender el significado y la sustancia de la vida en toda su complejidad, liberándose del miedo a la opinión pública y a la reprobación pública. Solo eso, y no las urnas, liberará a la mujer, la convertirá en una fuerza desconocida hasta ahora en el mundo, una fuerza en favor del amor verdadero, de la paz, de la armonía; una fuerza del fuego divino, de dar la vida; una creadora de hombres y mujeres libres.

La Tragedia de la Emancipación de la Mujer

Empezaré con un reconocimiento: al margen de todas las teorías políticas y económicas que analizan las diferencias básicas entre distintos grupos dentro del género humano, al margen de las distinciones de clase y de raza, al margen de todas las líneas de demarcación artificiales entre los derechos de la mujer y los derechos del varón, considero que existe un punto donde esas diferenciaciones pueden encontrarse y desarrollarse para acabar creando un todo perfecto.

Con ello no pretendo proponer un tratado de paz. El antagonismo social general que hoy en día se ha adueñado del conjunto de nuestra vida pública, provocado por la fuerza de los intereses antagónicos y contradictorios, se desmoronará cuando se haga realidad la reorganización de nuestra vida social sobre unos principios de justicia económica.

La paz o la armonía entre los sexos y los individuos no dependen necesariamente de una equiparación superficial de los seres humanos; ni tampoco exige la eliminación de los rasgos y las peculiaridades individuales. El proble-

ma al que nos enfrentamos hoy en día, y que debe resolverse en un futuro muy próximo, es cómo ser uno mismo y al mismo tiempo estar en unidad con los demás, sentirse profundamente identificado con todos los seres humanos y al mismo tiempo conservar las características propias de cada uno. A mí eso me parece la base sobre la que la masa y el individuo, el verdadero demócrata y la verdadera individualidad, el hombre y la mujer, pueden encontrarse sin antagonismo ni oposición. El lema no debería ser: perdonémonos unos a otros, comprendámonos unos a otros. La frase tan citada de Madame de Stäel: «Comprenderlo todo es perdonarlo todo» nunca me ha gustado particularmente; huele a confesionario; perdonar a nuestros semejantes transmite la idea de una superioridad farisaica. Basta con comprender a nuestros semejantes. Mi reconocimiento representa en parte el aspecto fundamental de mi punto de vista sobre la emancipación de la mujer y su efecto en el conjunto del sexo femenino.

La emancipación debería posibilitar que la mujer sea un ser humano en su sentido más auténtico. Todas las cosas que desde su interior ansían reafirmación y actividad deberían alcanzar su expresión más plena; habría que romper todas las barreras artificiales, eliminar todo rastro de tantos siglos de sumisión y esclavitud, y despejar el camino hacia una mayor libertad.

Esa era la aspiración original del movimiento por la emancipación de la mujer. Pero los resultados a los que hemos llegado hasta ahora han aislado a la mujer y le han arrebatado los manantiales de esa felicidad que le resulta tan esencial. La emancipación puramente externa ha convertido a la mujer moderna en un ser artificial, que

nos recuerda a uno de esos productos de la arboricultura francesa, con sus árboles en forma de arabesco y sus setos formando pirámides, ruedas y coronas; cualquier cosa, menos las formas que adoptarían a través de la expresión de sus cualidades interiores. Ese mismo tipo de plantas del sexo femenino cultivadas artificialmente pueden encontrarse en gran número, sobre todo en la denominada esfera intelectual de nuestra existencia.

¡Libertad e igualdad para la mujer! ¡Cuántas esperanzas y aspiraciones despertaron estas palabras cuando fueron pronunciadas por primera vez por algunas de las más nobles y valientes almas de aquellos tiempos! El sol, en toda su luz y su esplendor, iba a levantarse sobre un mundo nuevo; en ese mundo la mujer iba a ser libre de dirigir su propio destino: una aspiración sin duda merecedora del gran entusiasmo, de la valentía, la perseverancia, y de los incesantes esfuerzos de la colosal legión de hombres y mujeres de vanguardia, que lo apostaron todo en contra de un mundo de prejuicios e ignorancia.

Mis esperanzas también se encaminan hacia esa meta, pero yo considero que la emancipación de la mujer, tal y como se interpreta y se aplica en la práctica hoy en día, no ha conseguido llegar a esa gran meta. Ahora la mujer tiene que afrontar la necesidad de emanciparse de la emancipación, si lo que quiere de verdad es ser libre. Puede que suene paradójico, pero es absolutamente cierto.

¿Qué ha logrado la mujer a través de su emancipación? El sufragio igualitario en unos pocos estados de la Unión. ¿Eso ha purificado nuestra vida política, como predecían muchos de sus bienintencionados partidarios?

Desde luego que no. Y dicho sea de paso, ya va siendo hora de que las personas con un criterio claro y sensato dejen de hablar de la corrupción en la política adoptando un tono de internado. La corrupción de la política no tiene nada que ver con la moral, ni con la laxitud de la moral, de distintas personalidades políticas. Su causa es enteramente material. La política es el reflejo del mundo de los negocios y de la industria, cuyos lemas son «más bienaventurado es recibir que dar»[61]; «compra barato y vende caro»; «una mano sucia lava la otra». No existe la mínima esperanza de que la mujer, con su derecho al voto, llegue a purificar alguna vez la política.

La emancipación le ha proporcionado a la mujer la igualdad económica con el varón; es decir, ella puede elegir su propia profesión y su propio oficio; pero dado que su estado de forma física pasada y presente no la ha dotado de la fuerza necesaria para competir con el hombre, a menudo se ve obligada a agotar todas sus energías, a gastar toda su vitalidad, y a hacer todos los esfuerzos posibles para alcanzar el valor de mercado. Muy pocas lo logran alguna vez, ya que es un hecho que las maestras, las doctoras, las abogadas, las arquitectas y las ingenieras no son recibidas con la misma confianza que sus colegas varones, ni perciben la misma remuneración. Y las que sí logran esa apetecible igualdad, en general lo consiguen a costa de su bienestar físico y psíquico. En cuanto a la gran masa de muchachas y mujeres trabajadoras, ¿cuánta independencia consiguen si a la cerrazón y la falta de libertad del hogar le sustituye la cerrazón y la falta de libertad de la fábrica, del taller clandestino, de

---

[61] Esto es lo contrario de lo que dice Hechos, *20:35*

los grandes almacenes o de la oficina? A eso hay que añadir la carga que recae sobre muchas mujeres, el cuidado de un «hogar, dulce hogar» –frío, deprimente, desordenado, poco acogedor– tras una dura jornada de trabajo. ¡Gloriosa independencia! No es de extrañar que cientos de muchachas estén dispuestas a aceptar la primera propuesta de matrimonio, hartas como están de su «independencia» detrás de un mostrador, o junto a una máquina de coser o de escribir. Están tan dispuestas a casarse como las chicas de clase media, que están deseando sacudirse de encima el yugo de la supremacía de sus progenitores. Una llamémosle independencia que únicamente conduce a ganar un sueldo de pura subsistencia no resulta tan tentador, ni tan ideal, como para que quepa esperar que una mujer lo sacrifique todo por ella. Nuestra muy alabada independencia no es, a fin de cuentas, más que un lento proceso por el que se embota y se asfixia la naturaleza de una mujer, su instinto amoroso y su instinto maternal.

A pesar de todo, la postura de la muchacha trabajadora es mucho más natural y humana que la de su hermana, aparentemente más afortunada, de las clases profesionales más cultas –maestras, médicos, abogadas, ingenieras, etcétera, que tienen que presentar una apariencia digna y adecuada, mientras su vida interior se va volviendo más vacua y apagada–.

La estrechez del actual concepto de independencia y emancipación de la mujer; el pavor a amar a un hombre que no sea socialmente su igual; el temor a que el amor le robe su libertad y su independencia; el pánico a que el amor o la alegría por la maternidad tan solo sean un lastre para el pleno ejercicio de su profesión; todas esas co-

sas juntas convierten a la mujer moderna y emancipada en una vestal por obligación; y la vida, con sus grandes penas clarificadoras y sus profundas alegrías arrebatadoras, pasa por delante de ella sin que nada conmueva ni fascine su alma.

La emancipación, tal y como la entiende la mayoría de sus adeptos y defensores, es demasiado estrecha de miras como para posibilitar el amor y el éxtasis sin límites que caracterizan las emociones más profundas de la mujer de verdad, enamorada, madre, en libertad.

La tragedia de la mujer autosuficiente o económicamente libre no radica en que sus experiencias sean demasiadas sino en que son demasiado pocas. Es cierto que supera a su hermana de las generaciones anteriores en su conocimiento sobre el mundo y la naturaleza humana; y justamente por ese motivo ella siente una profunda falta de lo más esencial de la existencia, de lo único que puede enriquecer el alma humana, y sin lo que la mayoría de las mujeres se han convertido en meras autómatas profesionales.

Que esta situación acabaría llegando ya fue pronosticado por quienes se dieron cuenta de que, en el ámbito de la ética, aún subsistían muchas ruinas en descomposición de los tiempos de la superioridad irrefutable del varón; unas ruinas que todavía se consideran útiles. Y, lo que es más importante, un buen número de las mujeres emancipadas son incapaces de prescindir de ellas. Todo movimiento que aspire a la destrucción de las instituciones existentes y a su sustitución por algo más avanzado, más perfecto, tiene seguidores que en teoría defienden las ideas más radicales, pero que a pesar de todo, en su praxis

cotidiana, son como el botarate común, que aparenta respetabilidad y clama por la buena opinión de sus adversarios. Por ejemplo, hay socialistas, e incluso anarquistas, que defienden la idea de que la propiedad privada es un robo, y que sin embargo se indignan cuando alguien les debe lo que vale media docena de alfileres.

Podemos encontrar ese mismo tipo de botarates en el movimiento por la emancipación de la mujer. La prensa amarillista y los literatos de medias tintas han pintado un cuadro de la mujer emancipada que pone los pelos de punta al buen ciudadano y a su embotada compañera. Se retrataba a todas y cada una de las militantes del movimiento por los derechos de la mujer como una George Sand en su desprecio absoluto por la moral. Para ella no había nada sagrado. No tenía ningún respeto por la relación ideal entre el hombre y la mujer. En resumen, la emancipación únicamente significaba una vida insensata de lujuria y pecado; haciendo caso omiso de la sociedad, de la religión y la moral. Las defensoras de los derechos de la mujer se indignaron enormemente ante ese tipo de representaciones y, por falta de sentido del humor, dedicaron todas sus energías a demostrar que no eran en absoluto tan malas como las pintaban, sino justo lo contrario. Por supuesto, mientras la mujer fue esclava del hombre, no podía ser buena y pura, pero ahora que era libre e independiente iba a poder demostrar lo buena que podía ser, y que su influencia iba a tener un efecto purificador en todas las instituciones de la sociedad. Es cierto que el movimiento por los derechos de la mujer ha roto muchos de los antiguos grilletes, pero también ha forjado otros nuevos. El gran movimiento por la *verdadera* emancipación no se ha correspondido con un género fe-

menino que estuviera a la altura, que mirara a la cara a la libertad. Su visión obtusa y puritana desterraba al hombre, por su influencia perturbadora y su dudoso carácter, de su vida emocional. No había que tolerar al hombre, al precio que fuera, salvo tal vez como padre de un hijo, dado que no resultaba demasiado fácil engendrar un hijo sin un padre. Afortunadamente, las puritanas más rígidas nunca serán lo bastante fuertes para matar el anhelo innato de maternidad. Pero la libertad de la mujer está estrechamente vinculada con la libertad del hombre, y muchas de las denominadas hermanas emancipadas parecen pasar por alto que un niño nacido en libertad necesita el amor y la entrega de todos los seres humanos que le rodean, tanto del hombre como de la mujer. Por desgracia, este obtuso concepto de las relaciones humanas es lo que ha provocado una gran tragedia en la vida del hombre y la mujer de hoy.

Hace aproximadamente quince años se publicó un libro escrito por la brillante autora noruega Laura Marholm, *El libro de las mujeres. Retratos psicológicos a lo largo del tiempo*. Fue una de las primeras en llamar la atención sobre la vacuidad y estrechez del concepto de la emancipación de la mujer de su época, y sus trágicos efectos en la vida interior de la mujer. En su libro, Laura Marholm habla del destino de numerosas mujeres de gran talento y fama internacional: la genial actriz Eleonora Duse; la gran matemática y escritora Sonia Kovalevskaya; la pintora y poeta por naturaleza Marie Bashkirtzeff, que murió muy joven. A lo largo de la descripción de la existencia de cada una de esas mujeres de mentalidad tan extraordinaria, discurre un visible rastro del ansia frustrada de una vida plena, equilibrada, com-

pleta y hermosa, y el malestar y la soledad que produce su falta. A través de esos magistrales esbozos psicológicos, uno no puede dejar de observar que cuanto mayor es el desarrollo mental de la mujer, menos posible le resulta encontrar a un compañero agradable que vea en ella no solo sexo, sino también al ser humano, a la amiga, a la compañera, y a una fuerte individualidad, que no puede ni debe perder ni un solo rasgo de su carácter.

El varón corriente, con su autosuficiencia, sus ridículos aires de superioridad y condescendencia respecto al sexo femenino, es una imposibilidad para una mujer como las que describe Laura Marholm en sus *Retratos psicológicos*. Y le resulta igualmente imposible el hombre que no ve en ella su mentalidad y su genio, y que no logra despertar su naturaleza femenina.

Normalmente un intelecto fecundo y un alma excelente se consideran atributos necesarios de una personalidad profunda y hermosa. En el caso de la mujer moderna, esos atributos actúan como un lastre para la autoafirmación completa de su ser. Durante más de cien años, la antigua modalidad de matrimonio, basada en la Biblia, «hasta que la muerte os separe», ha sido denunciada como una institución que representa la soberanía del hombre sobre la mujer, el completo sometimiento de esta a sus caprichos y sus órdenes, y su dependencia absoluta de su nombre y su sustento. Una y otra vez ha quedado rotundamente demostrado que la antigua relación matrimonial limitaba a la mujer a la función de sirvienta de un hombre y de madre de sus hijos. Y sin embargo, encontramos muchas mujeres emancipadas que prefieren el matrimonio, con todas sus deficiencias, a la estrechez de una vida de soltera; estrecha e insoportable por

culpa de las cadenas de los prejuicios morales y sociales que lastran y encadenan su naturaleza.

La explicación de tamaña incoherencia por parte de muchas mujeres con una mentalidad avanzada hay que buscarla en el hecho de que nunca comprendieron del todo el significado de la emancipación. Pensaban que lo único que hacía falta era la independencia de las tiranías externas; y dejaron que los tiranos internos, mucho más perjudiciales para la vida y el crecimiento –las convenciones éticas y sociales– se las apañaran por sí solos; y se las han apañado. Aparentemente conviven estupendamente en la cabeza y en el corazón de las más activas defensoras de la emancipación de la mujer, lo mismo que en la cabeza y el corazón de nuestras abuelas.

Esos tiranos internos, ya sean en forma de la opinión pública o de «qué diría mi madre, o mi hermano, mi padre, mi tía o cualquier tipo de familiar» de «qué diría la señora Grundy, el señor Comstock, mi jefe, el comité escolar». Todos esos entrometidos, los detectives morales, esos carceleros del espíritu humano, ¿qué dirían? Hasta que la mujer no aprenda a desafiarlos a todos, a mantener los pies firmemente en el suelo y a insistir en su propia libertad sin restricciones, a escuchar la voz de su naturaleza, tanto si esa voz le pide a gritos el mayor tesoro de la vida, el amor a un hombre, o su privilegio más glorioso, el derecho a engendrar hijos, no podrá considerarse una mujer emancipada. ¿Cuántas mujeres emancipadas son lo bastante valientes como para reconocer la llamada del amor, que bate arrebatadamente en su pecho, que reclama ser escuchada, ser satisfecha?

En una de sus novelas, *La nouvelle beauté* ['La nueva

belleza'], el escritor francés Jean Reibrach intenta retratar a la mujer ideal, hermosa y emancipada. Ese ideal se encarna en una mujer joven, una médica. Habla con gran inteligencia y sabiduría de cómo hay que alimentar a los niños pequeños; es amable, y administra medicinas gratis a las madres pobres. Conversa con un joven conocido suyo sobre las condiciones sanitarias del futuro, y sobre cómo los bacilos y los gérmenes serán exterminados mediante el uso de paredes y suelos de piedra, y prescindiendo de las alfombras y los tapices. Por supuesto, ella va vestida de una forma muy sencilla y práctica, casi siempre de negro. El joven, que en el primer encuentro se sentía apabullado por la sabiduría de su amiga emancipada, aprende paulatinamente a comprenderla, y un buen día se da cuenta de que la ama. Los dos son jóvenes, ella es amable y hermosa, y aunque siempre lleva un atuendo adusto, el cuello y los puños inmaculadamente blancos de su vestido suavizan su aspecto. Cabría esperar que él acabaría confesándole su amor, pero no es el tipo de hombre que incurre en ese tipo de romanticismos absurdos. La poesía y el entusiasmo del amor disimulan su sonrojo ante la pura belleza de la mujer. Él acalla la voz de su naturaleza, y mantiene una actitud de corrección. Ella también se muestra siempre exacta, siempre racional, y siempre se porta bien. Me temo que si hubieran formado una pareja, el joven correría el riesgo de morir congelado. He de confesar que no veo nada bello en esta nueva belleza, que es tan fría como las paredes y los suelos con los que sueña. Yo preferiría las canciones de amor de las épocas románticas, prefiero a un don Juan y a Madame Venus, prefiero una fuga con escala y cuerda una noche de luna, y la posterior maldición del padre, los gemidos de la madre y los comentarios moralistas de los ve-

cinos, que la corrección y el decoro medidos con una vara. Si el amor no sabe dar y tomar sin restricciones, no es amor, sino una transacción que nunca deja de poner el énfasis en un más y en un menos.

La mayor carencia de la emancipación de nuestro tiempo radica en su rigidez artificial y en sus obtusas respetabilidades, que provoca un vacío en el alma de la mujer que le impide beber del manantial de la vida. Una vez comenté que me parecía que había una relación más profunda entre la anticuada madre y anfitriona, siempre pendiente de la felicidad de sus pequeños y del confort de los que ama, y la mujer auténticamente nueva, que entre esta y su hermana emancipada corriente. Las discípulas de la emancipación pura y simple me calificaron de pagana, y dijeron que solo servía para morir en la hoguera. Su fervor ciego no les permitía ver que mi comparación entre lo viejo y lo nuevo era únicamente para demostrar que un buen número de nuestras abuelas tenía mucha más sangre en las venas, mucho más humor e ingenio, y desde luego más naturalidad, buen corazón y sencillez, que la mayoría de nuestras mujeres emancipadas profesionales que llenan las universidades y las aulas del saber, y que ocupan distintos cargos. Eso no equivale a desear volver al pasado, como tampoco condena a la mujer a su antigua esfera, la cocina y el cuarto de los niños.

La salvación está en una enérgica marcha hacia adelante, hacia un futuro más brillante y claro. Necesitamos crecer para dejar atrás sin obstáculos las viejas tradiciones y costumbres. Hasta ahora el movimiento por la emancipación de la mujer no ha dado más que el primer paso en esa dirección. Cabe esperar que hará acopio de fuerzas para dar el siguiente. Puede que el derecho al

voto, o la igualdad de derechos civiles, sean reivindicaciones justas, pero la verdadera emancipación no empieza ni en las urnas ni en los tribunales. Empieza en el alma de la mujer. La historia nos dice que todas las clases oprimidas consiguieron liberarse de verdad de sus amos por sus propios esfuerzos. Es necesario que la mujer aprenda esa lección, que se dé cuenta de que su libertad llegará hasta donde llegue su poder para lograr su libertad. Por consiguiente, para ella es mucho más importante empezar por su regeneración interior, cortar las amarras que la atan a la carga de los prejuicios, las tradiciones y las costumbres. La reivindicación de la igualdad de derecho en todos los ámbitos de la existencia es justa y válida; pero, al fin y al cabo, el derecho más vital es el derecho a amar y ser amada. De hecho, si la emancipación parcial acaba convirtiéndose en una emancipación completa y verdadera de la mujer, tendrá que prescindir de la ridícula idea de que ser amada, ser compañera y madre, es sinónimo de ser esclava o subordinada. Tendrá que prescindir de la absurda idea del dualismo de los sexos, o de que el hombre y la mujer representan dos mundos antagónicos.

La mezquindad separa; la amplitud une. Seamos amplias y grandes. No pasemos por alto las cosas más vitales por culpa de la gran cantidad de nimiedades a que nos enfrentamos. Un verdadero concepto de la relación entre los sexos no admitirá que haya vencedores y vencidos; solo conoce una cosa muy grande: darnos sin límites, a fin de vernos a nosotras mismas más fecundas, más profundas, mejores. Eso es lo único que puede llenar el vacío, y transformar la tragedia de la emancipación de la mujer en alegría, en alegría ilimitada.

Matrimonio y Amor

La idea más generalizada sobre el matrimonio y el amor es que son sinónimos, que surgen de los mismos motivos, y cubren las mismas necesidades humanas. Al igual que la mayoría de las ideas generalizadas, esta tampoco se basa en los hechos reales sino en la superstición.

El matrimonio y el amor no tienen nada en común: están tan separados como los polos: y en realidad, son antagónicos entre sí. Algunos matrimonios han sido una consecuencia del amor, sin duda. Pero no porque el amor únicamente pueda afirmarse en el matrimonio; al contrario, es más bien porque pocas personas son capaces de dejar del todo atrás una convención. Hoy en día hay un gran número de hombres y mujeres para los que el matrimonio no es nada más que una farsa, pero que se someten a ella en aras de la opinión pública. En cualquier caso, si bien es cierto que algunos matrimonios están basados en el amor, y si bien es igualmente cierto que en algunos casos el amor continúa en la vida en matrimonio, yo sostengo que lo hace independientemente del matrimonio, y no gracias a él.

Por otra parte, es totalmente falso que el amor sea una consecuencia del matrimonio. En contadas ocasiones oímos hablar del caso milagroso de una pareja casada que se enamora después de la boda, pero si lo examinamos más de cerca nos daremos cuenta de que se trata de una mera adaptación a lo inevitable. Desde luego, el hecho de acostumbrarse el uno a la otra dista mucho de la espontaneidad, la intensidad y la belleza del amor, sin las cuales la intimidad del matrimonio tiene necesariamente que resultar degradante tanto para la mujer como para el hombre.

El matrimonio es principalmente un acuerdo económico, un contrato de seguro. Difiere del contrato de seguro de vida ordinario únicamente en que es más vinculante, más exigente. Su rentabilidad es insignificantemente baja en comparación con la inversión. Al contratar una póliza de seguro, uno lo abona en dólares y céntimos, y siempre tiene la libertad de suspender el pago de las cuotas. En cambio, si para la mujer la prima es su marido, lo paga con su apellido, su privacidad, su respeto por sí misma, con su propia vida, «hasta que la muerte los separe». Para colmo, el seguro de matrimonio condena a la mujer a la dependencia de por vida, al parasitismo, a la inutilidad total, tanto individual como social. El hombre también paga su peaje, pero dado que su esfera es más amplia, el matrimonio no le limita tanto como a la mujer. El hombre siente sus cadenas más en el sentido económico.

Y así, el lema que Dante coloca en la puerta del infierno es aplicable con el mismo rigor al matrimonio: «Abandonad toda esperanza, vosotros que entráis».

Que el matrimonio es un fracaso es algo que no niegan más que los muy estúpidos. No hay más que echar un vistazo a las estadísticas sobre divorcios para darse cuenta del fracaso tan amargo que es en realidad el matrimonio. Como tampoco el argumento ignorante y estereotipado de que la laxitud de las leyes del divorcio, y la creciente relajación de las costumbres de la mujer pueden explicar que: en primer lugar, uno de cada doce matrimonios acaba en divorcio; en segundo lugar, que desde 1870 los divorcios han aumentado de 28 a 73 por cada cien mil habitantes; en tercer lugar, que, desde 1867, el adulterio como causa de divorcio ha aumentado un 270.8 por ciento; y en cuarto lugar, que el abandono aumentó un 369.8 por ciento.

A estas asombrosas cifras hay que añadir una gran cantidad de material, teatral y literario, que contribuye a dilucidar aún más esta cuestión. Robert Herrick, en *Together* ['Juntos']; Arthur Wing Pinero, en *Mid-Channel* ['Cruzando el Canal']; Eugene Walter en *Paid in Full* ['Abonado íntegramente'], y otras muchas docenas de escritores están hablando de la esterilidad, la monotonía, la sordidez y la insuficiencia del matrimonio como factor para la armonía y la comprensión.

Quienes se dediquen a estudiar seriamente las cuestiones sociales no se conformarán con la excusa superficial y generalizada para explicar este fenómeno. Tendrá que indagar más profundamente en la vida misma de los sexos para saber por qué el matrimonio resulta ser tan desastroso.

Edward Carpenter dice que detrás de todo matrimonio se alza el inveterado entorno de los dos sexos; unos entor-

nos tan diferentes entre sí que el hombre y la mujer forzosamente han de seguir siendo unos extraños. Dividido por un muro infranqueable de supersticiones, costumbres y hábitos, el matrimonio carece de la potencialidad para que los cónyuges desarrollen el conocimiento y el respeto mutuo, y sin eso cualquier unión está abocada al fracaso.

Henrik Ibsen, que odiaba todas las farsas sociales, fue probablemente el primero que se dio cuenta de esta gran verdad. Nora abandona a su marido no porque esté cansada de sus responsabilidades –como diría un crítico estúpido–, ni porque sienta la necesidad de sus derechos como mujer, sino porque ha llegado a darse cuenta de que durante ocho años ha vivido con un extraño al que le ha dado hijos. ¿Puede haber algo más humillante, más degradante, que la proximidad entre dos extraños durante toda una vida? La mujer no necesita saber nada del hombre, salvo sus ingresos. En cuanto al conocimiento sobre la mujer, ¿qué más hay que saber salvo que tiene un aspecto agradable? Aún no hemos dejado atrás el mito teológico de que la mujer no tiene alma, que es un mero apéndice del hombre, creado a partir de una costilla suya, tan solo para conveniencia del caballero, que era tan fuerte que tenía miedo de su propia sombra.

Tal vez sea que la deficiente calidad del material del que proviene la mujer es la responsable de su inferioridad. En cualquier caso, la mujer no tiene alma: ¿qué más hay que saber de ella? Además, cuanta menos alma tenga una mujer, mayor es su activo como esposa, y más fácilmente se centrará exclusivamente en su marido. Lo que ha mantenido la institución matrimonial aparentemente

intacta durante tantísimo tiempo es esa aquiescencia servil a la superioridad del hombre. Ahora que la mujer tiene la posibilidad de demostrar sus capacidades, ahora que realmente empieza a ser consciente de que ya no depende de la magnanimidad del señor de la casa, poco a poco se va socavando la sagrada institución del matrimonio, y eso no lo puede parar ningún tipo de lamentaciones sentimentales.

Casi desde la infancia, a cualquier niña le dicen que el matrimonio es su meta por excelencia; por consiguiente, su formación y su educación tienen que estar enfocadas hacia ese fin. Al igual que se engorda a la callada bestia para llevarla al matadero, se prepara a la mujer para eso. Sin embargo, lo que resulta extraño es que le permiten saber muchas menos cosas sobre su función como esposa y madre de lo que sabe sobre su oficio un artesano corriente. Que una muchacha respetable sepa algo sobre la relación conyugal es una cosa indecente y sucia. ¡Qué incoherencia de la respetabilidad!: requiere que los votos matrimoniales conviertan algo sucio en el pacto más puro y más sagrado, un pacto que nadie osa criticar. Sin embargo, esa es exactamente la actitud del defensor corriente del matrimonio. Se mantiene a la esposa y madre en ciernes en una completa ignorancia acerca de su único activo en el campo competitivo: el sexo. Y así, la mujer establece una relación para toda la vida con un hombre, para a continuación sentirse conmocionada, asqueada y ultrajada hasta más no poder por el instinto más natural y sano: el sexo. Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que un gran porcentaje de la infelicidad, de la amargura, de la angustia y del sufrimiento físico del matrimonio se debe al desconocimiento criminal en materia se-

xual que se ensalza como una gran virtud. Como tampoco es ninguna exageración si digo que más de un hogar se ha deshecho debido a ese hecho deplorable.

No obstante, si la mujer es lo bastante libre y grande como para conocer el misterio del sexo sin la sanción del Estado o de la Iglesia, será condenada y tachada de totalmente inútil para ser la esposa de un «buen» hombre, cuya bondad consiste en un cerebro vacío y mucho dinero. ¿Puede haber algo más escandaloso que la idea de que una mujer adulta y sana, llena de vida y de pasión, tenga que negar lo que le pide la naturaleza, tenga que reprimir su anhelo más intenso, socavar su salud y quebrar su espíritu, que tenga que embotar su visión, abstenerse de la profundidad y la gloria de la experiencia sexual hasta que aparezca un «buen» hombre que la tome por esposa? Eso es exactamente lo que significa el matrimonio. ¿Cómo puede acabar semejante plan en algo que no sea un fracaso? Ese es uno de los factores, aunque no el menos importante, del matrimonio, que no tiene nada que ver con el amor.

Vivimos en la era de lo práctico. Atrás quedaron los tiempos en que, por amor, Romeo y Julieta se arriesgaban a incurrir en la ira de sus padres, en que por amor Gretchen se exponía a ser objeto de los chismorreos de sus vecinos. Cuando, en contadas ocasiones, los jóvenes se permiten el lujo del romance, sus mayores les meten en cintura, les insisten y les remachan hasta que recuperan la «sensatez».

La lección moral que se inculca a una muchacha no es si el hombre ha despertado su amor; es más bien «¿cuánto gana?». El único dios, el más importante de la práctica

vida estadounidense: ¿Ese hombre es capaz de ganarse la vida? ¿Puede sustentar a una esposa? Eso es lo único que justifica un matrimonio. Poco a poco esa idea satura todos y cada uno de los pensamientos de la muchacha; ella no sueña con besos a la luz de la luna, ni con risas y lágrimas; ella sueña con salir de compras y con los mostradores de artículos rebajados. Esa pobreza del alma y esa sordidez son los elementos intrínsecos de la institución matrimonial. El Estado y la Iglesia no aprueban ningún otro ideal, por la sencilla razón de que ese es el que necesitan el Estado y la Iglesia para controlar a los hombres y las mujeres.

Indudablemente hay personas que siguen considerando que el amor está por encima de los dólares y los centavos. Eso es especialmente cierto para esa clase a la que la estrechez económica ha obligado a ser autosuficiente. El colosal cambio de la posición de la mujer, provocado por ese poderoso factor, es verdaderamente fenomenal si pensamos en el poco tiempo transcurrido desde que la mujer ha accedido a la arena industrial. Seis millones de mujeres asalariadas; seis millones de mujeres que tienen el mismo derecho que los hombres a ser explotadas, a ser saqueadas, a ponerse en huelga; es más, incluso a pasar hambre. ¿Algo más, mi señor? Sí, seis millones de trabajadoras de todas las clases sociales, desde el más alto trabajo intelectual hasta las minas y el tendido del ferrocarril; sí, incluso detectives y policías. No cabe duda de que la emancipación es total.

A pesar de todo ello, muy pocas mujeres de entre el gigantesco ejército de trabajadoras asalariadas consideran el trabajo como un asunto permanente, bajo la misma luz que lo hace el hombre. Por muy deteriorado que esté

el varón, a él le han enseñado a ser independiente, autosuficiente. Ya, ya sé que en realidad nadie es realmente independiente en nuestra rutina económica; sin embargo, hasta el espécimen más pobre de hombre detesta ser un parásito; o, en cualquier caso, que le consideren un parásito.

La mujer considera que su situación como trabajadora es transitoria, una situación a la que renuncia cuando aparece el primer postor. Por eso resulta infinitamente más difícil organizar a las mujeres que a los hombres. «¿Por qué tengo que afiliarme a un sindicato? Yo voy a casarme, voy a tener un hogar» ¿Acaso no le han enseñado desde la infancia a considerar el matrimonio como su vocación por excelencia? Muy pronto la mujer se da cuenta de que el hogar, aunque no sea una cárcel tan grande como la fábrica, tiene unas puertas y unos barrotes más consistentes. Tiene un guardián tan fiel que nada escapa a su control. Sin embargo, la parte más trágica es que el hogar ya no la libera de la esclavitud asalariada; tan solo incrementa sus tareas.

Según las estadísticas presentadas ante un comité «sobre trabajo, salarios y congestión de la población», tan solo el diez por ciento de las trabajadoras de la ciudad de Nueva York están casadas, y sin embargo tienen que seguir trabajando en los empleos peor pagados del mundo. Si a ese horrible aspecto se le añade la pesadez de las tareas del hogar, ¿qué queda de la protección y la gloria del hogar? De hecho, tampoco una joven casada de clase media puede hablar de su hogar, dado que es el hombre quien crea la esfera de la mujer. Da igual que el marido sea un bruto o sea un encanto. Lo que quiero demostrar es que el matrimonio le asegura un hogar a la mujer tan

solo por la gracia de su marido. Ella va de acá para allá en el hogar *de él,* año tras año, hasta que su visión de la vida, y de los asuntos humanos se vuelve tan plana, estrecha y monótona como su entorno. No es de extrañar que se convierta en un fastidio, en una mujer mezquina, pendenciera, chismosa, insoportable, y que con ello expulse de la vivienda al hombre. Ella no podría marcharse, aunque quisiera; no hay ningún sitio adónde ir. Además, incluso un breve periodo de vida conyugal, de renuncia total a todas sus facultades, incapacita absolutamente a la mujer corriente para el mundo exterior. Su aspecto se vuelve descuidado, sus movimientos, desgarbados; la mujer se vuelve dependiente en sus decisiones, cobarde en su criterio, se convierte en una carga y en un fastidio, en una persona que la mayoría de los hombres acaban aborreciendo y despreciando. Una atmósfera maravillosamente inspiradora para engendrar vida, ¿no es cierto?

Pero, ¿cómo se puede proteger al niño, si no es a través del matrimonio? Al fin y al cabo, ¿no es esa la consideración más importante? ¡Qué farsa, que hipocresía! El matrimonio protege al niño, y sin embargo hay miles de niños indigentes y sin hogar. El matrimonio protege al niño, y sin embargo los orfanatos y los reformatorios están abarrotados, y la Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Niños está siempre ocupada en rescatar a las pequeñas víctimas de sus «amorosos» progenitores, y en ponerles bajo unos cuidados más amorosos, la Sociedad «Gerry»[62]. ¡Pero qué burla!

---

[62] Nombre coloquial por el que se conoce a dicha Sociedad, por el apellido de uno de sus fundadores, E. T. Gerry

Es posible que el matrimonio tenga la fuerza de llevar el caballo hasta el agua, pero ¿alguna vez le ha obligado a beber? La justicia detiene al padre, y le viste con ropa de presidiario; ¿pero acaso eso ha saciado alguna vez el hambre de su hijo? Si el progenitor no tiene trabajo, o si oculta su identidad, ¿qué habrá conseguido el matrimonio? El matrimonio invoca las leyes para llevar al hombre ante la «justicia», para ponerle a buen recaudo entre rejas; sin embargo, el producto de su trabajo no va a parar a su hijo, sino al Estado. El niño no recibe más que un malogrado recuerdo de las franjas del uniforme de su padre.

En cuanto a la protección de la mujer, ahí radica la maldición del matrimonio. Tampoco es que la proteja realmente, pero la idea misma es tan repugnante, es tal escándalo y tal insulto a la vida, resulta tan degradante para la dignidad humana, que condena para siempre a esa institución parásita.

Es parecido al otro ordenamiento paterno: el capitalismo. Despoja al hombre de sus derechos inalienables, entorpece su crecimiento, envenena su cuerpo, le mantiene en la ignorancia, en la pobreza y en la dependencia, y después crea organizaciones benéficas que florecen a costa del último vestigio del respeto por sí mismo de un hombre.

La institución matrimonial convierte a la mujer en un parásito, en una persona absolutamente dependiente. La incapacita para la lucha por la existencia, aniquila su conciencia social, paraliza su imaginación, y después le impone su misericordiosa protección, que en realidad es una trampa, una parodia del carácter humano.

Si la maternidad es la máxima realización de la naturaleza de la mujer, ¿qué otra protección necesita, además del amor y la libertad? El matrimonio no hace más que mancillar, ultrajar y corromper la autorrealización de la mujer. ¿Acaso el matrimonio no le dice: «únicamente engendrarás vida si me sigues»? ¿Acaso no condena a la mujer al cadalso, no la degrada y la avergüenza si se niega a comprar el derecho a la maternidad por el procedimiento de venderse? ¿Acaso el matrimonio no se limita a sancionar la maternidad, aunque haya sido concebida con odio, bajo coacción? Sin embargo, si la maternidad fuera un asunto de libre elección, de amor, de éxtasis, de pasión rebelde, ¿por qué coloca una corona de espinas sobre una cabeza inocente, y le graba con letras de sangre el espantoso epíteto de «Bastardo»? Si el matrimonio contuviera todas las virtudes que se le atribuyen, sus crímenes contra la maternidad lo excluirían para siempre del ámbito del amor.

El amor, el elemento más fuerte y más profundo de toda vida, el heraldo de la esperanza, de la alegría, del éxtasis; el amor, que desafía todas las leyes, todas las convenciones; el amor, el más poderoso condicionante del destino humano; ¿cómo puede una fuerza semejante, capaz de imponerse a cualquier cosa, ser sinónimo del matrimonio, esa triste mala hierba creada por el Estado y por la Iglesia?

¿Amor libre? ¡Como si el amor no fuera libre! El hombre ha comprado la inteligencia, pero ni todo el oro del mundo ha conseguido comprar el amor. El hombre ha sometido los cuerpos, pero ni todo el poder del mundo ha podido someter al amor. El hombre ha conquistado na-

ciones enteras, pero ni todos sus ejércitos podrían conquistar el amor. El hombre ha encadenado y esposado el espíritu, pero se ha mostrado totalmente impotente ante el amor. En lo alto de su trono, con todo el esplendor y la pompa que puede conseguir con su oro, el hombre es sin embargo pobre y desconsolado si el amor le es esquivo. Y si lo encuentra, la chabola más pobre irradia cariño, vida y color. Así, el amor tiene el poder mágico de convertir a un mendigo en rey. Sí, el amor es libre; no puede habitar en ninguna otra atmósfera. En libertad, el amor da sin reservas, abundante y completamente. Ni todas las leyes de todos los códigos, ni todos los tribunales del universo pueden arrancarlo del terreno una vez que el amor arraiga. Pero si el terreno es estéril, ¿cómo podría el matrimonio conseguir que el amor diera frutos? Es como la última lucha a la desesperada de esta vida fugaz contra la muerte.

El amor no necesita protección; es su propia protección. Mientras el amor engendre vida, no habrá ningún niño abandonado, ni hambriento, ni famélico, por falta de afecto. Yo sé que eso es verdad. Conozco mujeres que han sido madres en libertad con los hombres que amaban. Dentro del matrimonio, pocos niños disfrutan de los cuidados, de la protección, de la entrega que es capaz de brindar la maternidad libre.

Los defensores de la autoridad tienen pavor a la llegada de una maternidad libre, por miedo a que les arrebate su presa. ¿Quién combatiría en las guerras? ¿Quién crearía riqueza? ¿Quién trabajaría como policía, como carcelero, si la mujer se negara a engendrar hijos de forma indiscriminada? ¡La raza, la raza!, gritan el rey, el

presidente, el capitalista, el sacerdote. Es preciso mantener la raza, aunque se degrade a la mujer a una mera máquina; y la institución matrimonial es nuestra única válvula de seguridad contra el pernicioso despertar sexual de la mujer. Pero esos frenéticos esfuerzos por mantener un estado de esclavitud son en vano. Y también son en vano los edictos de la Iglesia, los rabiosos ataques de los gobernantes, en vano es incluso el brazo de la ley. La mujer ya no quiere participar en la producción de una raza de seres humanos enfermizos, débiles, decrépitos, que no tienen ni la fuerza ni el valor moral de sacudirse de encima el yugo de la pobreza y la esclavitud. Por el contrario, la mujer desea menos hijos y mejores, engendrados y criados en el amor y por libre elección; no por obligación, como le impone el matrimonio. Nuestros pseudo-moralistas todavía tienen que aprender el profundo sentido de la responsabilidad para con el niño que el amor en libertad ha despertado en el pecho de la mujer. Ella preferiría renunciar para siempre a la gloria de la maternidad que engendrar vida en una atmósfera donde solo se respira destrucción y muerte. Y si ella decide ser madre, es para darle al hijo lo más profundo y lo mejor que su ser puede aportarle. Crecer con el hijo es su lema; ella sabe que únicamente de esa forma puede contribuir a construir una masculinidad y una feminidad de verdad.

Ibsen debía de tener una visión de lo que era una madre libre cuando, con una pincelada magistral, retrató a la señora Alving[63]. Era la madre ideal porque había dejado atrás el matrimonio y todos sus horrores, porque ha-

[63] La protagonista de la obra de teatro *Espectros* (1882)

bía roto sus cadenas y había dado rienda suelta a su espíritu para que se elevara hasta que le devolvió una personalidad regenerada y fuerte. Pero, por desgracia, era demasiado tarde para salvar a la alegría de su vida, a su hijo Oswald; pero no demasiado tarde para darse cuenta de que el amor en libertad es la única condición para una vida hermosa. Quienes, como la señora Alving, han pagado su despertar espiritual con sangre y lágrimas, repudian el matrimonio por considerarlo una imposición, una burla banal y vacua. Esas personas saben, tanto si el amor dura un breve periodo de tiempo o toda la eternidad, que esa es la única base creativa, inspiradora y enaltecedora para un nuevo género humano, para un nuevo mundo.

En nuestro actual estado de subdesarrollo, el amor es verdaderamente ajeno a la mayoría de la gente. El amor, mal comprendido y rehuido, raramente arraiga; o, si lo hace, muy pronto se agosta y muere. Sus delicadas fibras no pueden soportar el estrés y la tensión de la rutina diaria. Su alma es demasiado compleja como para adaptarse a la falaz trama de nuestro tejido social. Llora, gime y sufre con aquellos que tienen necesidad de él, pero que carecen de la capacidad de ascender hasta la cúspide del amor.

Algún día, algún día los hombres y las mujeres ascenderán, alcanzarán la cumbre de la montaña, se reunirán, grandes, fuertes y libres, dispuestos a recibir, a compartir y a solazarse al calor de los dorados rayos del amor. ¿Qué fantasía, qué imaginación, qué genio poético es capaz de prever siquiera aproximadamente las potencialidades de una fuerza como esa en la vida de los hombres y las mu-

jeres? Si alguna vez el mundo llega a dar a luz un compañerismo y una unidad verdaderos, el amor, y no el matrimonio, será su matriz.

El Teatro Moderno

Un poderoso divulgador del pensamiento radical

Mientras el descontento y la agitación se dejen sentir, por modestamente que sea, en el seno de una clase social limitada, es muy posible que los poderes de la reacción a menudo logren reprimir ese tipo de manifestaciones. Pero cuando la agitación modesta crece hasta convertirse en una expresión consciente y casi universal, necesariamente afecta a todas las fases del pensamiento y la acción humanos, y busca su expresión individual y social en una gradual transformación de los valores existentes.

No es posible hacerse una idea adecuada de la enorme divulgación de la agitación social moderna y concienciada a través de la literatura meramente propagandística. Es mejor que nos familiaricemos con los ámbitos más amplios de la expresión humana que se manifiesta en el arte, la literatura y, por encima de todo, el teatro moderno, el intérprete más enérgico y de mayor alcance de nuestra profunda insatisfacción.

¡Qué formidable elemento para el despertar del descontento consciente son los sencillos lienzos de Jean-François Millet! Las figuras de sus campesinos: ¡qué terrible

acusación contra nuestras injusticias sociales; unas injusticias que condenan a una desesperante rutina al *Hombre de la azada,* que además se ve excluido de los abundantes frutos de la Naturaleza.

La visión de Constantin Meunier concibe la creciente solidaridad y rebeldía de los obreros en el grupo de mineros portando a su hermano herido para ponerle a salvo. Su genio retrata así de forma elocuente la interrelación entre el descontento que bulle entre los que trabajan como esclavos en las entrañas de la tierra y la rebeldía espiritual que busca una expresión artística.

No menos importante es el elemento para el despertar de la rebeldía en la literatura moderna: Turguéniev, Dostoyevski, Tolstói, Andréyev, Gorki, Whitman, Emerson, y docenas de escritores que encarnan el espíritu de fermento universal y de ansia de un cambio social.

Aún más trascendental es el teatro moderno, como levadura del pensamiento radical y divulgador de nuevos valores.

Atribuir al teatro moderno un papel tan importante podría parecer una exageración. Pero un estudio del desarrollo de las ideas modernas en la mayoría de los países demostraría que el teatro ha logrado expresar con acierto grandes verdades sociales, unas verdades generalmente ignoradas cuando se presentan bajo otras formas. Indudablemente hay excepciones, como Rusia y Francia.

Rusia, con su terrible presión política, ha conseguido hacer pensar a la gente, y ha despertado su solidaridad social debido al enorme contraste que hay entre la vida

intelectual del pueblo y el despótico régimen que está intentando aplastar esa vida. Sin embargo, aunque las grandes obras dramáticas del Tolstói, Chéjov, Gorki y Andréyev reflejan fielmente la vida y la lucha, las esperanzas y las aspiraciones del pueblo ruso, no han influido en el pensamiento radical en la misma medida que lo ha hecho el teatro en otros países.

No obstante, ¿quién podría negar la enorme influencia que han ejercido *El poder de las tinieblas* o *Los bajos fondos*? Tolstói, un auténtico y verdadero cristiano, es sin embargo el mayor enemigo del cristianismo organizado. Con mano maestra describe los efectos destructivos para la mente humana del poder de la oscuridad, de las supersticiones de la Iglesia cristiana.

¿Qué otro medio sería capaz de expresar, con tanta fuerza dramática, la responsabilidad de la Iglesia por los crímenes cometidos por sus engañadas víctimas? Y por consiguiente, ¿qué otro medio podría despertar la indignación de la conciencia de los hombres?

La acusación formulada por Maxim Gorki en *Los bajos fondos* es igual de directa y enérgica. Los parias sociales, reducidos a la pobreza y la delincuencia, se aferran a pesar de todo a sus últimos vestigios de esperanza y ambición. Unas existencias perdidas, las de estos personajes, arruinadas y aplastadas por un entorno cruel y asocial.

Por otra parte, Francia, con su constante lucha por la libertad, es realmente la cuna del pensamiento radical; como tal, ella tampoco ha necesitado el teatro como medio para despertar conciencias. Y sin embargo, las obras de Eugène Brieux –como *La toga roja,* que retrata la terrible corrupción del aparato judicial– y *Los negocios son*

los negocios, de Octave Mirabeau –que plasma la influencia destructiva de la riqueza en el alma humana– indudablemente han llegado a unos círculos más amplios que la mayoría de artículos y libros que se han escrito en Francia sobre la cuestión social.

En países como Alemania, Escandinavia, Inglaterra, e incluso en Estados Unidos –aunque en menor medida– el teatro es el vehículo que realmente está haciendo historia, al divulgar el pensamiento radical entre muchos colectivos a los que es imposible llegar por otros medios.

Veamos el caso de Alemania. Durante casi un cuarto de siglo, los hombres de intelecto, de ideas, y de la máxima integridad, asumieron como tarea de su vida difundir la verdad de la fraternidad humana, de la justicia, entre los oprimidos y los pisoteados. El socialismo, esa formidable oleada revolucionaria, fue para las víctimas de un sistema despiadado e inhumano como el agua para los labios resecos de un viajero del desierto. Pero, ¡ay!, las personas cultas permanecieron absolutamente indiferentes; para ellos, aquella marea revolucionaria no era más que el murmullo de los insatisfechos, de los descontentos, de unos alborotadores peligrosos y analfabetos que estarían mejor entre rejas.

Las personas cultas, al estar tan satisfechas de sí mismas, no eran capaces de comprender por qué hay que armar tanto alboroto por el hecho de que miles de personas pasaran hambre, aunque estuvieran contribuyendo a la riqueza del mundo. Rodeados de belleza y de lujo, no podían creerse que a su lado vivieran otros seres humanos que estaban siendo degradados hasta una condición más baja que la de una bestia, sin un techo y harapientos,

sin esperanza ni ambición.

Esa situación era especialmente grave en Alemania después de la guerra Franco-Prusiana. Henchida casi hasta reventar de orgullo por su victoria, Alemania prosperaba a base de una literatura sentimental y patriótica, y con ello envenenaba la mente de los jóvenes del país con la gloria de la conquista y el derramamiento de sangre.

La intelectualidad de Alemania tuvo que refugiarse en la literatura de otros países, en las obras de Ibsen, Zola, Daudet, Maupassant, y sobre todo en las grandes obras de Dostoyevski, Tolstói y Turguéniev. Pero como ningún país es capaz de mantener un estándar de cultura sin una literatura ni un teatro que hablen de su propia tierra, poco a poco Alemania empezó a desarrollar un teatro que reflejaba la vida y las luchas de su propio pueblo.

Arno Holz, uno de los dramaturgos más jóvenes de ese periodo, sobresaltó a los botarates, sacándoles de su comodidad y su confort con su obra *La familia Selicke*. La pieza habla de los desechos de la sociedad, de los hombres y mujeres de los callejones, cuyo único sustento consiste en lo que logren sacar de los bidones de basura. Un asunto truculento, ¿verdad? Y, sin embargo, ¿qué otro método existe para perforar el duro cascarón de las mentes y las almas de las personas que nunca han conocido la estrechez, y que por consiguiente dan por sentado que todo va bien en el mundo?

Huelga decir que la obra de teatro suscitó una tremenda indignación. La verdad es amarga, y a quienes vivían en el equivalente de la Quinta Avenida, pero en Berlín, les horrorizaba tener que enfrentarse con la verdad.

Tampoco es que *La familia Selicke* representara nada sobre lo que no se hubiera escrito ya desde hacía años, sin resultados aparentes. Pero la genialidad dramática de Holz, unida a la elocuente interpretación de la obra, necesariamente se abrieron camino en los círculos más amplios, y obligaron a la gente a pensar en las terribles desigualdades que existían a su alrededor.

Die Ehre[64] y *Heimat*[65], de Hermann Sudermann, hablan de asuntos cruciales. Ya he mencionado que el patriotismo sentimental distrajo en tal medida la atención del alemán medio que creó un concepto pervertido del honor. Los duelos se convirtieron en el pan nuestro de cada día, y se cobraron innumerables vidas. Numerosos escritores de renombre pusieron el grito en el cielo ante aquella moda. Pero nada resultó más clarificador, ni dejó más en evidencia aquella enfermedad nacional que *Die Ehre*.

No es que la obra hable exclusivamente sobre los duelos; también analiza el verdadero significado del honor, y demuestra que no es un sentimiento fijo e innato, sino que varía según los pueblos y las épocas, dependiendo en particular de la clase económica y social de cada uno. Al ver la obra, nos damos cuenta de que un hombre que vive en una mansión de piedra rojiza necesariamente define el honor de una forma distinta que sus víctimas.

La familia Heinecke disfruta de la caridad del millonario Mühlingk, que les permite ocupar una destartalada casucha de la finca durante la ausencia de su hijo Robert.

---

[64] *El honor*

[65] *Patria* o *Magda*

Este, en calidad de representante de Mühlingk, está ganando una enorme fortuna en la India para su empleador. A su regreso, Robert descubre que su hermana ha sido seducida por el joven Mühlingk, cuyo padre cortésmente ofrece zanjar el asunto con un cheque de 40,000 marcos. Robert, escandalizado e indignado, no puede admitir ese insulto contra el honor de su familia, y poco después es despedido de su cargo por insolente. Finalmente, Robert lanza la siguiente acusación a la cara del millonario filántropo:

Trabajamos para ustedes. Les entregamos nuestro sudor y la sangre de nuestros corazones. Y mientras tanto ustedes seducen a nuestras hermanas y nuestras hijas y nos pagan su vergüenza con el dinero que nosotros hemos ganado para ustedes. A eso es a lo que ustedes llaman honor[66].

El conde Trast, protagonista de *Die Ehre,* un hombre muy familiarizado con las costumbres de distintas latitudes, ofrece una anécdota sobre el concepto del honor, cuando cuenta que en sus muchos viajes se topó con una tribu salvaje cuyo honor se vio mortalmente ofendido cuando él rechazó la hospitalidad que le ofrecía los encantos de la esposa del cacique.

El argumento de *Heimat* aborda la lucha entre las generaciones mayores y las generaciones jóvenes.

---

[66] Goldman traduce así esta última frase del original: «That is what you call honor»; el original alemán dice algo ligeramente diferente: «Das nennt ihr Wohlhalten erweisen»; que podría traducirse como «Y a eso lo llaman ustedes un acto de beneficencia»

Magda, la hija del teniente coronel Schwartz, ha cometido un pecado imperdonable: ha rechazado al pretendiente elegido por su padre. Por osar desobedecer la orden de su padre, es expulsada de casa. Magda, llena de vida y de espíritu de libertad, sale a recorrer el mundo, y doce años después regresa a su pueblo natal como una cantante famosa. Accede a ir a ver a sus progenitores a condición de que ellos respeten la privacidad de su pasado. Pero su tiránico padre empieza a interrogarla de inmediato, insistiendo en su «derecho paterno». Magda se indigna, pero poco a poco la insistencia del padre saca a la luz la tragedia de la vida de la hija. El padre descubre que el respetable concejal Von Keller había sido, en sus tiempos de estudiante, amante de Magda, al tiempo que ella batallaba por su independencia económica y social. La consecuencia de aquel romance pasajero fue un hijo, al que su padre abandonó incluso antes de nacer. El rígido padre militar de Magda exige una compensación del concejal Von Keller: que legalice la aventura amorosa. A la vista del éxito social y profesional de Magda, Keller accede por voluntad propia, pero a condición de que Magda abandone los escenarios y que envíe a su hijo a una institución. El conflicto entre lo Viejo y lo Nuevo culmina con las desafiantes palabras de Magda, una mujer que ha alcanzado la independencia consciente de pensamiento y acción:

> *Os voy a decir a la cara lo que pienso de ti y de vosotros, y de toda vuestra decencia burguesa. ¿En qué he de ser yo peor que vosotros, para que mi presencia entre vosotros solo se pueda prolongar con una mentira? ¿Por qué razón estos chismes de oro que llevo sobre mi cuerpo, y el esplendor que rodea mi nombre, tendrían que agravar aún más mi vergüenza? ¿Acaso no he trabajado día y noche durante diez años por todo esto? ¿Acaso*

no he tejido este vestido a costa del sueño de mis noches? ¿Acaso no he construido mi existencia nota a nota, como otras mil mujeres de mi clase, puntada a puntada? ¿Por qué tengo que ruborizarme ante nadie? Yo soy yo –y he llegado a ser lo que soy mediante mi propio esfuerzo.

El argumento general de *Heimat* no era original. Ya había sido tratado previamente por una mano maestra en la novela *Padres e hijos*. En parte debido a que la gran obra de Turguéniev era típica de las condiciones imperantes en Rusia, pero no una obra universal, y en mayor medida porque se trataba de una obra de ficción, la influencia de *Padres e hijos* se limitó a aquel país. Pero *Heimat* se convirtió casi en un fenómeno mundial, sobre todo por su expresión dramática.

El dramaturgo que no solo divulgó el radicalismo, sino que literalmente revolucionó a los reflexivos alemanes fue Gerhart Hauptmann. Su primera obra, *Vor Sonnenaufgang*[67] que fue rechazada por todos los principales teatros de Alemania, y que se representó por primera vez en un mísero teatrito situado detrás del jardín de una cervecería, fue como si hubiera caído un rayo, pues iluminó todo el horizonte social. Su argumento habla de la vida de un gran terrateniente, ignorante, analfabeto y embrutecido, y de sus esclavos económicos, de su mismo calibre mental. La influencia de la riqueza, tanto en las víctimas que la crearon como en su dueño, se muestra en los colores más vivos, y tiene como consecuencia la embriaguez, la idiotez y la descomposición. Pero el rasgo más llamativo de *Vor Sonnenaufgang,* lo que provocó una lluvia de insultos sobre la cabeza de Hauptmann, fue la cuestión

---

[67] *Antes del amanecer*

de la concepción indiscriminada de niños por parte de unos progenitores no cualificados.

Durante la segunda representación de la obra, un destacado cirujano de Berlín estuvo a punto de provocar el pánico en el teatro al agitar un fórceps sobre su cabeza y exclamando a voz en grito: «La decencia y la moralidad de Alemania están en juego si se cuestiona abiertamente el nacimiento de niños desde un escenario». El nombre de aquel cirujano ha caído en el olvido, y Hauptmann se alza como una figura colosal ante el mundo entero.

Cuando *Die Weber*[68] vio la luz por primera vez, se desató un pandemonio en el país de los pensadores y los poetas. «¿Qué?», gritaban los moralistas, «¡Poner sobre un escenario a unos obreros, a unos esclavos sucios y mugrientos! ¡Que nos sirvan un plato de pobreza, con todos sus horrores y su fealdad como diversión después de cenar! ¡Es demasiado!».

Efectivamente, para la gorda y grasienta burguesía, que le pusieran cara a cara con los horrores de la vida de un tejedor era demasiado. Era demasiado por culpa de la verdad y la realidad que resonaban como un trueno en los oídos sordos de la autocomplaciente sociedad. *J'accuse!*

Por supuesto, ya desde antes del estreno de la obra, todo el mundo sabía que el capital no puede engordar a menos que devore a los trabajadores, que es imposible acumular riqueza salvo a través de los canales de la pobreza, el hambre y el frío; pero esas cosas es mejor no

---

[68] *Los tejedores.*

sacarlas a la luz, por si las víctimas abren los ojos y se dan cuenta de su situación. Sin embargo, el cometido del teatro moderno es despertar la conciencia de los oprimidos; y ese era efectivamente el propósito de Gerhart Hauptmann cuando le describió al mundo las condiciones de los tejedores de Silesia. Seres humanos trabajando dieciocho horas al día, y a pesar de todo sin poder ganar lo suficiente para comer y calentarse; seres humanos viviendo en míseras chozas destartaladas, medio cubiertas por la nieve, y sin nada para protegerse del frío salvo unos harapos; niños pequeños cubiertos de escorbuto por culpa del hambre y la intemperie; mujeres embarazadas en las últimas fases de la tisis. Víctimas de una benevolente era cristiana, sin vida, sin esperanza, sin calor. ¡Ah, sí, aquello era demasiado!

La versatilidad dramática de Hauptmann le permite hablar de cualquier estrato de la vida social. Además de describir el efecto demoledor de las condiciones económicas, también aborda la lucha del individuo por su liberación mental y espiritual de la esclavitud de las convenciones y las tradiciones. Y así Heinrich, el forjador de campanas de la obra de teatro en verso suelto *Die versunkene Glocke*[69] no logra alcanzar las cumbres de la libertad porque, como dice Rautendelein, había vivido durante demasiado tiempo en el valle. Análogamente, el doctor Vockerath y Anna Maar siempre serán almas solitarias porque también carecen de la fuerza necesaria para desafiar las veneradas tradiciones. Sin embargo, justamente su fracaso es lo que debe despertar al espíritu

---

[69] *La campana sumergida*

rebelde contra un mundo que permanentemente obstaculiza la emancipación individual y social.

Jugend[70], de Max Halbe, y *Frühlings Erwachen*[71], de Frank Wedekind, son dos dramas que han divulgado el pensamiento radical en una dirección totalmente distinta. Tratan del niño y de la densa ignorancia y el estrecho puritanismo con los que se topa el despertar de la naturaleza. Eso es especialmente cierto de *Frühlings Erwachen*. Niños y niñas sacrificados en el altar de la falsa educación y de nuestra asqueante moral que prohíbe dar explicaciones a los jóvenes sobre cuestiones tan fundamentales para la salud y el bienestar de la sociedad como el origen de la vida, y sus funciones. La obra muestra cómo una madre –y además una buena madre de verdad– mantiene a su hija de catorce años en absoluta ignorancia en todas las cuestiones de la sexualidad, y cuando finalmente la muchacha cae víctima de su propia ignorancia, esa misma madre ve como su hija muere a manos de los curanderos. La inscripción de su tumba dice que murió de anemia, y así se cumple con la moralidad.

Wedekind ilustra en especial lo mortífero de la hipocresía puritana en estas cuestiones, en la medida que nuestros hijos e hijas más prometedores son víctimas del desconocimiento sobre el sexo y la total falta de apreciación del despertar del adolescente por parte de sus maestros.

Wendla, extraordinariamente desarrollada y cons-

---

[70] *Juventud*
[71] *El despertar de la primavera*

ciente para su edad, le suplica a su madre que le explique el misterio de la vida:

> *Tengo una hermana que lleva dos años y medio casada. Yo misma me he convertido en tía por tercera vez, y no tengo ni la más remota idea de cómo ocurre todo. [...] ¡No te enfades, mamá, querida! ¿A quién puedo preguntarle en este mundo más que a ti? No me riñas por preguntar. Dame una respuesta. ¿Cómo ocurre? Es imposible que te engañes a ti misma y pienses que yo, que ya tengo catorce años, sigo creyendo en la cigüeña.*

Si la madre de Wendla no fuera a su vez una víctima de las falsas ideas de moralidad, una explicación cariñosa y sensata habría podido salvar a su hija. Pero la madre convencional intenta ocultar su vergüenza «moral» y su bochorno con esta evasiva respuesta:

> *Para tener un hijo... hay que amar... al hombre con el que uno se ha casado. Hay que amarle, Wendla, y a tu edad tú todavía eres incapaz de amar. ¡Ahora ya lo sabes!»*
>
> *La madre se da cuenta demasiado tarde de lo mucho que «sabía» Wendla. La muchacha embarazada se imagina que está enferma de hidropesía. Y cuando la madre le grita desesperada «tú no tienes hidropesía, ¡tienes un bebé, hija mía!», la angustiada muchacha exclama desconcertada: «¡Pero no es posible, mamá, todavía no me he casado! Ay, mamá, ¿por qué no me lo contaste todo?*

Con esa misma estupidez, Morris, un muchacho, se ve arrastrado al suicido porque ha suspendido en los exámenes. Y a Melchior, el joven padre del hijo no nacido de Wendla, le envían al correccional. Su temprano despertar sexual le ha marcado como un degenerado a los ojos de sus maestros y sus progenitores.

Durante años los hombres y mujeres reflexivos de Alemania habían abogado por la necesidad apremiante de una educación sexual. *Mutterschutz,* una publicación especialmente dedicada a un debate sincero e inteligente del problema de la sexualidad, lleva bastante tiempo realizando su tarea de divulgación. Pero aún faltaba que la genialidad de Wedekind influyera en el pensamiento radical hasta el punto de forzar la introducción de la fisiología sexual en muchos colegios de Alemania.

Al igual que Alemania, Escandinavia ha avanzado a través del teatro mucho más que por ningún otro conducto. Mucho antes de que Ibsen apareciera en escena, Bjørnstjerne Bjørnson, el gran ensayista, tronaba contra las desigualdades y la injusticia que imperaban en esos países. Pero se trataba de una voz en el desierto, que no llegaba más que a unos pocos. No ocurre lo mismo con Ibsen. Sus obras *Brand, Casa de muñecas, Las columnas de la sociedad, Espectros* y *Un enemigo del pueblo,* han socavado considerablemente los antiguos conceptos, y los han sustituido por una visión de la vida más real y moderna. No hay más que leer *Brand* para comprender el concepto moderno de, digamos, la religión: la religión como ideal a alcanzar en la tierra; la religión como principio de fraternidad entre los hombres, de solidaridad, de amabilidad.

Ibsen, que odiaba a muerte todas las farsas sociales, les ha arrancado de la cara el velo de la hipocresía. No obstante, su mayor ofensiva se centra en los cuatro puntos cardinales que sustentan la endeble red de la sociedad. Primero, la mentira sobre la que se sostiene la vida de hoy en día; segundo, la inutilidad del sacrificio tal y como lo predican nuestros códigos morales; tercero, las consi-

deraciones materiales mezquinas, que son el único dios al que adora la mayoría; y cuarto; la influencia embotadora del provincialismo. Esas cuatro cosas son un *leitmotif* recurrente en las obras de Ibsen, pero en particular en *Los pilares de la sociedad, Casa de muñecas, Espectros* y *Un enemigo del pueblo*.

¡Los pilares de la Sociedad! ¡Qué terrible acusación contra la estructura social que se sustenta sobre unos pilares podridos y caducos –unos pilares que se doran primorosamente y que parecen estar intactos, cuando únicamente se está ocultando su verdadero estado–! ¿Y qué son esos pilares?

El cónsul Bernick, en la misma cúspide de su trayectoria social y económica, benefactor de su pueblo, y el pilar más sólido de la comunidad, ha llegado a la cima por el conducto de las mentiras, los engaños y el fraude. A Johann, su amigo del alma, le ha robado su buen nombre; y ha traicionado a Lona Hessel, la mujer que amaba, para casarse con su hijastra por su dinero. Se ha enriquecido mediante turbias transacciones, al amparo del «bien de la comunidad», y por último incluso llega al extremo de poner en peligro las vidas humanas, ya que ha preparado el *Indian Girl,* un barco podrido y peligroso, para hacerse a la mar.

Pero el regreso de Lona le trae la constatación de lo vacua y mezquina que ha sido su obtusa vida. El cónsul intenta acallar el despertar de su conciencia, con la esperanza de que él ha despejado el terreno para que su hijo, la nueva generación, viva mejor. Pero incluso esa última esperanza pronto cae a tierra, cuando Bernick se da cuenta de no se puede construir la verdad sobre una

mentira. Justo en el momento en que todo el pueblo se dispone a homenajear al gran benefactor de la comunidad, con elogios durante el banquete, él mismo, que ya ha alcanzado su plena madurez espiritual como hombre, le confiesa a sus paisanos allí reunidos:

> *No me merezco este homenaje. Mis conciudadanos deben conocerme a fondo. Y después, que todo el mundo se examine a sí mismo, y hagamos realidad la predicción de que a partir de este evento empezamos un tiempo nuevo. Los viejos tiempos, con su hojalata, su hipocresía, su vacuidad, su mentiroso decoro, y su penosa cobardía, quedarán a nuestras espaldas como un museo, abierto para la docencia.*

Con *La casa de muñecas,* Ibsen ha allanado el camino hacia la emancipación de la mujer. Nora se da cuenta, desde su papel de muñeca, de la injusticia que le hicieron su padre y su marido, Helmer Torvald:

> *Cuando estaba en casa con papá, él me contaba todas sus opiniones, y yo mantenía las mismas opiniones. Si tenía otras, las ocultaba, porque él no las habría aprobado. Me llamaba su niña-muñeca, y jugaba conmigo como yo jugaba con mis muñecas. Después vine a vivir a tu casa. Tú lo dispusiste todo a tu gusto, y yo tenía los mismos gustos que tú, o eso fingía. Ahora, cuando miro atrás, me parece que he vivido como una mendiga, al día. He vivido haciendo trucos para ti, Torvald, pero eso era lo que querías. Tú y papá me habéis hecho mucho daño.*

Helmer recurre en vano a los viejos argumentos de los botarates: su deber como esposa y sus obligaciones sociales. Nora ha crecido hasta alcanzar plenamente la talla de una madurez consciente, y el vestido de muñeca ya le queda pequeño. Está decidida a pensar y a juzgar por sí misma. Se ha dado cuenta de que, ante todo, ella es un

ser humano, y su primer deber es para consigo misma. Ni siquiera la amedrenta la posibilidad del ostracismo social. Ha acabado siendo escéptica ante la justicia de las leyes y ante la sabiduría de lo establecido. Su alma en rebeldía se alza para protestar contra lo existente. En sus propias palabras: «Tengo que decidir quién tiene razón, si la sociedad o yo».

Por culpa de su infantil fe en su marido, ella había estado esperando el gran milagro. Pero no fue esa esperanza decepcionada lo que le abrió la visión sobre las falsedades del matrimonio. Fue más bien la petulante satisfacción de Helmer con una mentira que le da seguridad –una mentira que permanecía oculta para no poner en peligro su posición social.

Cuando Nora cerró tras de sí la puerta de su jaula de oro, y se echó al mundo, como una personalidad nueva, regenerada, abría la puerta de la libertad y la verdad para su sexo y para el género humano del futuro.

Espectros, más que ninguna otra obra de teatro, ha actuado como la explosión de una bomba, sacudiendo la estructura social hasta sus mismos cimientos.

En *La casa de muñecas* la justificación de la unión entre Nora y Helmer por lo menos se basaba en el concepto que tenía el marido de la integridad, y en su rígida adhesión a la moralidad social. De hecho, era el marido ideal y padre entregado convencional. En *Espectros,* no. La señora Alving se casó con el capitán Alving para después descubrir que su marido era una ruina física y mental, y que la vida con él implicaba una degradación total, y que eso sería mortífero para su posible descendencia. En su

desesperación, recurre al joven pastor Manders, compañero de su juventud, que, como auténtico salvador de las almas para el paraíso, necesariamente ha de ser indiferente a las necesidades terrenales. Él vuelve a enviarla, para su vergüenza y degradación, a sus obligaciones para con su marido y su hogar. De hecho, la felicidad –para él– no era más que una manifestación pecaminosa de un espíritu rebelde, y la obligación de una esposa era no juzgar, sino «cargar con humildad la cruz que un poder superior había puesto sobre ti por tu propio bien».

La señora Alving estuvo veintiséis largos años cargando con aquella cruz. No en nombre del poder superior sino por Oswald, su hijo pequeño, al que ansiaba salvar de la envenenada atmósfera del hogar de su esposo.

Y, asimismo, en nombre de su querido hijo, aguantó la mentira de la bondad del padre del niño, con un supersticioso respeto reverencial por «su obligación y su decencia». Supo, ¡ay! demasiado tarde, que sacrificar su vida entera había sido en vano, y que su hijo Oswald estaba aquejado de los mismos pecados que su padre, que estaba irremediablemente condenado. Y, además, se enteró de que:

> *[...] todos somos espectros. Lo que anda dentro de nosotros no es solo lo que hemos heredado de nuestro padre y de nuestra madre. Son todo tipo de ideas muertas y de antiguas creencias inertes. No tienen vitalidad, pero se aferran igualmente a nosotros, y no podemos librarnos de ellas... Y, además, todos, absolutamente todos, tenemos un lamentable miedo a la luz. Cuando me sometiste al yugo al que llamaste Deber y Obligación; cuando elogiaste como algo justo y acertado aquello contra lo que se rebelaba toda mi alma como una cosa aborrecible; fue entonces cuando empecé a examinar las costuras de tu doctrina.*

Solo quería deshacer un único nudo, pero cuando logré desatarlo, todo el asunto se descosió. Y entonces comprendí que todo estaba cosido a máquina.

¿Cómo puede una sociedad cosida a máquina sondear el profundo hervidero del que surgió la gran obra maestra de Henrik Ibsen? La sociedad no fue capaz de entenderlo, y por consiguiente vertió sus frascos de insultos y veneno sobre su máximo benefactor. Que aquello no intimidó a Ibsen lo ha demostrado con su réplica en *Un enemigo del pueblo*.

En esa extraordinaria obra de teatro, Ibsen oficia los últimos ritos funerarios de un sistema social en descomposición y agonizante. De sus cenizas surge el individuo regenerado, el rebelde audaz y osado. El doctor Stockmann, un idealista, lleno de empatía social y de solidaridad, es reclamado desde su ciudad natal en calidad de médico del balneario. Muy pronto Stockmann descubre que las termas se construyeron encima una ciénaga, y que los pacientes que acuden en tropel al establecimiento, en vez de encontrar alivio se están envenenando.

El médico, un hombre honrado y de firmes convicciones, considera que su obligación es dar a conocer su descubrimiento. Pero pronto averigua que a los dividendos y los beneficios no les importan ni la salud ni los principios. Incluso los reformadores de la localidad, representados en *El Mensajero del Pueblo,* que siempre están dispuestos a cacarear su entrega al pueblo, le retiran su apoyo al «temerario» idealista, en cuanto se enteran de que el descubrimiento del médico podría desprestigiar al balneario, lo que sería perjudicial para sus bolsillos.

Sin embargo, el doctor Stockmann persiste en la fe que

tiene puesta en sus convecinos. Ellos sí que le escucharán. Pero también ahí en seguida acaba viéndose solo. Ni siquiera puede conseguir un lugar donde proclamar su gran verdad. Y cuando finalmente lo logra, se ve abrumado por los insultos y las burlas como enemigo del pueblo. El médico, tan confiado en que la ayuda de sus vecinos iba a erradicar el mal, muy pronto es arrinconado hasta quedar solo. El anuncio de su descubrimiento tendría como consecuencia una pérdida pecuniaria para la localidad, y esa consideración lleva a los funcionarios, a los buenos ciudadanos y a los reformadores de almas, a ahogar la voz de la verdad. Stockmann se da cuenta de que todos forman una mayoría compacta, y que tienen tan pocos escrúpulos como para estar dispuestos a construir la prosperidad del pueblo sobre un lodazal de mentiras y fraude. Le acusan de intentar arruinar a la comunidad. Pero a juicio del médico «no importa si se arruina una comunidad que miente. Hay que arrasarla hasta que no quede piedra sobre piedra. Todos los hombres que viven sobre las mentiras deben ser exterminados como las sabandijas. Vais a conseguir que las cosas se pongan tan mal que todo el país merecerá perecer».

El doctor Stockmann no es un hombre práctico como los políticos. Cree que un hombre libre no debe comportarse como un canalla. «No debe actuar de tal forma que él mismo se escupiría a la cara.» Porque solo los cobardes consentirían que se hicieran «consideraciones» sobre el supuesto bienestar general, o consideraciones partidistas para hacer caso omiso de la verdad y los ideales. «Los programas de los partidos le retuercen el pescuezo a todas las verdades jóvenes y vivas; y las consideraciones sobre conveniencia ponen cabeza abajo la moral y la rec-

titud, hasta que la vida se vuelve sencillamente espantosa.»

Estas obras de Ibsen: *Los pilares de la sociedad, La casa de muñecas, Espectros* y *Un enemigo del pueblo,* constituyen una fuerza dinámica que paulatinamente dispersa los fantasmas que se pasean por ese cementerio social llamado civilización. Mejor dicho, más todavía: los efectos destructivos de Ibsen son al mismo tiempo sumamente constructivos, porque él no se limita a socavar los pilares existentes; de hecho, Ibsen construye con trazo seguro los cimientos de un futuro ideal más sano, basado en la soberanía del individuo en el marco de un entorno social empático.

Con sus grandes exploradores del pensamiento radical, pioneros del intelecto como Godwin, Robert Owen, Darwin, Spencer, William Morris, y muchísimos más; con sus maravillosas alondras de la libertad, como Shelley, Byron, Keats, Inglaterra es otro ejemplo de la influencia del arte dramático. En el plazo de relativamente pocos años, las obras teatrales de Shaw, Pinero, Galsworthy, Rann Kennedy, han llevado los pensamientos radicales incluso hasta los oídos los de los maravillosos poetas que tiene Gran Bretaña, y que anteriormente estaban sordos. Así, un público que se quedaría indiferente al leer un ensayo de Robert Owen sobre la pobreza, o que ignora los panfletos socialistas de Bernard Shaw, se vio obligado a pensar por culpa de *La comandante Barbara,* donde se describe la pobreza como el mayor crimen de la civilización cristiana. «La pobreza hace que la gente se vuelva débil, servil, insignificante; la pobreza genera enfermedades, delincuencia, prostitución; por último, la pobreza es la responsable de todos los padecimientos y de todos los

males del mundo». Además, la pobreza requiere dependencia, organizaciones benéficas, instituciones que prosperen justamente a costa de lo que están intentando destruir. Por ejemplo, el Ejército de Salvación, tal y como se muestra en *La comandante Barbara,* lucha contra la embriaguez; sin embargo, uno de sus máximos patrocinadores es Badger, un fabricante de whisky, que cada año dona miles de libras al Ejército de Salvación para que acabe justamente con la fuente de su riqueza. Por consiguiente, Bernard Shaw llega a la conclusión de que los únicos verdaderos benefactores de una sociedad son los hombres como Undershaft, el padre de Barbara, fabricante de cañones, cuya teoría de la vida es que la pólvora es más fuerte que las palabras.

Dice Undershaft:

> *El peor crimen de todos es la pobreza. Todos los demás crímenes son virtudes a su lado; en comparación con ella, todas las demás deshonras son la caballerosidad misma. La pobreza asola ciudades enteras; propaga horribles pestilencias; mata en el acto el alma misma de todo aquel que llega a verla, oírla u olerla. Lo que llaman delincuencia no es nada; un asesinato aquí, un robo allá, un porrazo ahora y una palabrota después: ¿qué importancia tienen? Son solo los accidentes y las dolencias de la vida; en todo Londres no habrá ni cincuenta criminales auténticamente profesionales. Pero hay millones de pobres, personas viles, personas sucias, personas mal alimentadas y mal vestidas. Nos envenenan moral y físicamente; matan la felicidad de la sociedad; nos obligan a prescindir hasta de nuestras libertades y a organizar crueldades antinaturales por miedo a que se alcen contra nosotros y nos arrastren hasta el fondo de su abismo. [...] La pobreza y la esclavitud llevan siglos resistiendo a vuestros sermones y vuestros editoriales; no resistirán a mis ametralladoras. No prediquen ustedes entre ellos; no razonen con ellos. Mátenlos. [...] Esa es la prueba definitiva de las convicciones, la única*

palanca lo bastante fuerte como para derrocar un sistema social... ¡Elecciones! ¡Bah! Cuando uno vota, lo único que hace es cambiar el nombre del gobierno. Cuando uno dispara, echa abajo gobiernos, inaugura nuevas épocas, derroca los viejos órdenes, y crea órdenes nuevos.

No es de extrañar que la gente no tuviera demasiado interés en leer los panfletos socialistas del señor Shaw. No habría podido expresar unas verdades históricas tan contundentes por otro medio que no fuera el teatro. Y, por consiguiente, únicamente gracias al teatro, el señor Shaw se ha convertido en un factor revolucionario a la hora de divulgar las ideas radicales.

Tras *Los tejedores,* de Hauptmann, *Strife,* de Galsworthy, es el drama laboral más importante.

El argumento de *Strife* ['Lucha'] es una huelga con dos factores dominantes: Anthony, presidente de la compañía, rígido, intransigente, reacio a hacer la más mínima concesión, auque los obreros llevan meses aguantando, y se encuentran en un estado de semiinanición; y David Roberts, un revolucionario intransigente, cuya devoción al obrero y a la causa de la libertad está al rojo vivo. Entre ellos, los huelguistas están extenuados, hartos a causa de la terrible lucha, y les atormenta y les empuja la espantosa visión de la pobreza y la carencia en sus familias.

El detalle más maravilloso y brillante de *Strife* es cómo retrata Galsworthy a la multitud, su volubilidad y su falta de arrestos. Tan pronto aplauden al viejo Thomas, que habla del poder de Dios y de la religión y les arenga en contra de la rebelión; como, al poco rato, se extasía ante un delegado sindical itinerante que va defendiendo la causa del sindicato: el sindicato que siempre representa

el compromiso, y que abandona al obrero cuando se atreve a hacer huelga por reivindicaciones independientes; y la multitud vuelve a enardecerse con la seriedad, el espíritu y la intensidad de David Roberts –toda esa gente está dispuesta a ir hacia donde sople el viento–. La maldición de la clase obrera es que todos siempre siguen a alguien, como corderos que llevan al matadero.

La coherencia es el mayor crimen de nuestra edad comercial. Da igual lo intenso que sea su espíritu, y lo importante que sea el hombre: en cuanto él no consiente que le utilicen, ni se permite vender sus principios, es arrojado a la basura. Ese fue el destino del presidente de la compañía, Anthony, y de David Roberts. Sin duda representaban dos polos opuestos –unos polos antagónicos entre sí, unos polos separados por un terrible abismo que es imposible salvar–. Sin embargo, comparten un mismo destino. Anthony es la encarnación del conservadurismo, de las viejas ideas, de los métodos de hierro:

> *Soy presidente de esta empresa desde hace treinta y dos años. Me he enfrentado con los obreros cuatro veces. Nunca han conseguido derrotarme. Se ha dicho que los tiempos han cambiado. Si es así, yo no he cambiado con ellos. Se ha dicho que los propietarios y los obreros son iguales. Tonterías. En una casa solo pueda haber un amo. Se ha dicho que el Capital y el Trabajo tienen los mismos intereses. Tonterías. Sus intereses son tan opuestos como los polos. Solo hay una forma de tratar a los obreros: con la vara de hierro. Los amos son los amos. Los obreros son los obreros.*

Podrá no gustarnos esa adhesión a los conceptos viejos y reaccionarios, pero hay algo admirable en la valentía y la coherencia de este hombre, y tampoco es ni la mitad

de peligroso para los intereses de los oprimidos que nuestros sentimentales y blandos reformadores que roban con nueve dedos y dan dinero a las bibliotecas con el décimo; que trituran a los seres humanos, como Russell Sage[72], y después se gastan millones de dólares en trabajos de investigación social; que convierten unas plantas jóvenes y hermosas en ancianas marchitas, y después les dan unos míseros dólares o fundan un Hogar para las Chicas Trabajadoras. Anthony es un enemigo de armas tomar: y para luchar contra un enemigo así hay que aprender a salirle al paso en campo abierto.

David Roberts tiene exactamente los mismos atributos mentales y morales que su adversario, unidos al espíritu de rebeldía, y a la profundidad de las nuevas ideas. Él también es coherente, y no está dispuesto a aceptar para su clase nada que no sea una victoria completa.

> *No estamos luchando por este pequeño momento del tiempo, ni por nuestros pequeños cuerpecitos y su calor; es por todos los que vienen detrás, para siempre. Compañeros, por amor a ellos no mováis ni una sola piedra sobre sus cabezas, no contribuyáis a ennegrecer el cielo. Si conseguimos sacarle el dinero a ese monstruo de rostro pálido y labios ensangrentados que nos ha chupado nuestras vidas, las de nuestras esposas e hijos, desde que el mundo empezó, si no tenemos los corazones de hombres que somos para alzarnos contra ese monstruo, pecho contra pecho y mirándole a los ojos, y obligarle a retroceder hasta que pida piedad, seguirá chupándonos la vida, y nosotros*

---

[72] Russell Sage (1816-1906) fue un financiero, millonario y político estadounidense, cuya viuda creó la Fundación Russell Sage con fines filantrópicos

nos quedaremos para siempre jamás donde estamos, siendo hasta menos que los perros.

Es inevitable que los compromisos y los intereses más mezquinos pasaran de largo y dejaran atrás a dos gigantes semejantes. Inevitable, hasta que la masa llegue a tener la misma estatura de un David Roberts. ¿La tendrá alguna vez? El dramaturgo no tiene vocación de profeta, pero la lección moral es evidente. Es imposible no darse cuenta de que los obreros tendrían que utilizar unos métodos hasta ahora desconocidos para ellos; que tendrán que expulsar de su seno a todos los elementos que siempre están dispuestos a conciliar lo irreconciliable, a saber, el Capital y el Trabajo. Tendrán que aprender que los personajes como Roberts son precisamente la fuerza que ha revolucionado el mundo, y con ello han allanado el camino para emanciparse de las garras de ese «monstruo de rostro pálido y labios ensangrentados» hacia un horizonte más resplandeciente, hacia una vida más libre, y hacia un reconocimiento más profundo de los valores humanos.

Ningún otro asunto social de la misma relevancia social ha sido objeto de un análisis tan extenso durante los últimos años como la cuestión de la prisión y el castigo.

Prácticamente no hay revista de cierta importancia que no haya dedicado sus columnas a debatir este asunto tan crucial. Numerosos libros de competentes autores, tanto en Estados Unidos como en el extranjero, han hablado sobre este asunto desde un punto de vista histórico, psicológico y social, y todos ellos coinciden en que las instituciones penitenciarias de hoy en día, y nuestra forma de afrontar la delincuencia, han demostrado ser en todos

los sentidos inadecuadas, además de antieconómicas. Cabría esperar que de la acumulación de acusaciones literarias contra los crímenes sociales que se perpetran contra el preso surgiera alguna propuesta muy radical. Sin embargo, a excepción de unas pocas reformas menores y relativamente insignificantes en algunas de nuestras cárceles, no se ha hecho absolutamente nada. Pero por lo menos, esta grave injusticia social ha encontrado su interpretación dramática en *Justice,* de Galsworthy.

La obra empieza en las oficinas de James How e Hijos, Abogados. El primer oficial, Robert Cokeson, descubre que alguien ha falsificado un cheque que él había extendido por valor de nueve libras, y ha cobrado noventa. Por eliminación, las sospechas recaen en William Falder, el oficial aprendiz. Falder está enamorado de una mujer casada, esposa de un borracho brutal que la insulta y la maltrata. Presionado por su empleador, un hombre severo, aunque no malintencionado, Falder confiesa ser el falsificador, y alega la extrema necesidad de su amada, Ruth Honeywill, con la que tiene planeado fugarse para salvarla de la insoportable brutalidad de su marido. A pesar de las súplicas del joven Walter, al que le han afectado las ideas modernas, su padre, un ciudadano moral que acata las leyes, entrega a Falder a la policía.

El segundo acto, en el tribunal, se ve a la Justicia durante el mismo proceso de su fabricación. La escena iguala en fuerza dramática y en verdad psicológica la

gran escena de un juicio en *Resurrección*[73]. El joven Falder, un muchacho de veintitrés años, nervioso y más bien endeble, está en el banquillo de los acusados. Ruth, su enamorada casada, llena de amor y de devoción, se consume por las ansias de salvar al joven cuyo afecto ha provocado la grave situación actual. La defensa del joven corre a cargo del abogado Frome, cuyo discurso al jurado es una obra maestra de profunda filosofía social, coronada con los zarcillos de la comprensión y la empatía humanas. Frome no pretende discutir el mero hecho de que Falder manipulara el cheque; y aunque alega trastorno mental transitorio en defensa de su cliente, esa alegación se basa en una conciencia social tan profunda y amplia como las raíces de nuestros males sociales: «el telón de fondo de la vida, de esa vida palpitante que siempre hay detrás de la comisión de un delito». Muestra que Falder se enfrentó a la alternativa de ver cómo la mujer que amaba era asesinada por su brutal marido, del que no se podía divorciar; o tomarse la justicia por su mano. La defensa suplica al jurado que no convierta a ese débil joven en un criminal condenándole a la cárcel, ya que la justicia es una máquina que, si alguien le da un empujón inicial, sigue rodando por sí sola. [...] ¿Es necesario hacer añicos a este joven bajo el peso de esa máquina por un acto que, en el peor de los casos, fue un acto de debilidad? ¿Tiene que convertirse en un miembro de las infortunadas tripulaciones que manejan esos sombríos y malhadados buques llamados cárceles? Señores, yo les exhorto, no

---

[73] Se refiere a la novela de Lev Tolstói, publicada en 1873 y que versa acerca de la injusticia de la justicia y de la hipocresía de la iglesia

arruinen a este joven. Porque a consecuencia de esos cuatro minutos, la ruina, total e irreversible, le estará mirando a la cara. [...] El rodar de las ruedas del carro de la Justicia sobre este muchacho empezó cuando se decidió procesarle.

Pero el carro de la Justicia avanza sin piedad, porque, como dice el docto juez: «la ley es lo que es –un edificio majestuoso, que nos cobija a todos, y todas sus piedras se apoyan unas en otras».

Falder es condenado a una pena de tres años de cárcel.

En prisión, el convicto, joven e inexperto, pronto se da cuenta de que es víctima del terrible «sistema». Las autoridades admiten que el joven Falder está «en baja forma» mental y física, pero a ese respecto no se puede hacer nada: hay muchos otros en una situación parecida, y «las dependencias de alojamiento son inadecuadas».

La tercera escena del tercer acto es sobrecogedora por su callada fuerza. Toda la escena es una pantomima que tiene lugar en la celda de Falder.

A la luz de un atardecer, que va oscureciendo rápidamente, se ve a Falder, sin zapatos, de pie, inmóvil, con la cabeza inclinada hacia la puerta, escuchando. Se acerca un poco más a la puerta, como lleva calcetines sus pisadas no hacen ruido. Se detiene junto a la puerta. Intenta denodadamente oír algo, cualquier cosa trivial que esté ocurriendo en el exterior. De repente, se yergue de un salto –como si hubiera oído un ruido– y se queda perfectamente inmóvil. Entonces, suspirando profundamente, vuelve a su labor, se queda de pie mirándola, con la cabeza gacha; da una puntada o dos, con todo el aspecto de

un hombre tan perdido en la tristeza que cada puntada es, por así decirlo, una vuelta a la vida. Y en ese momento se gira abruptamente y se pone a andar de un lado a otro por su celda, moviendo la cabeza, como un animal que recorre su jaula. Vuelve a detenerse junto a la puerta, escucha y, poniendo las palmas de las manos y extendiendo los dedos sobre la puerta, apoya la frente contra la chapa. De improviso le da la espalda a la puerta y de nuevo avanza lentamente hacia la ventana, agarrándose la cabeza entre las manos, como si tuviera la sensación de que le fuera a estallar, y se detiene bajo la ventana. Pero como no puede asomarse a ella, deja de mirar y, levantando la tapa de uno de los botes, mira fijamente en su interior como intentando encontrar un compañero en su propio rostro. Ya es casi completamente de noche. De repente la tapa se le cae de la mano repiqueteando –el único sonido que ha roto el silencio– y él se queda allí de pie, con la mirada fija en la pared donde está colgada la tela blanca de su camisa, que destaca bastante en la oscuridad –aparentemente está viendo que allí hay alguien o algo–. Se oye un golpecito seco y un chasquido; han encendido la luz de la celda, que está detrás de un cristal de protección. La celda está intensamente iluminada. Se ve cómo Falder tiene dificultades para respirar.

Un sonido que llega de muy lejos, como de unos distantes golpes sordos contra metal denso se hace audible repentinamente. Falder se echa para atrás, no es capaz de soportar ese fragor repentino. Pero el sonido aumenta, como si una vagoneta muy grande fuera rodando hacia la celda. Y poco a poco el ruido parece hipnotizarle. Falder empieza a avanzar sigilosamente, pulgada a pulgada, hacia la puerta. El sonido de los golpes, que pasa de una

celda a otra, se aproxima más y más; se ve cómo Falder mueve las manos, como si su espíritu ya se hubiera incorporado a ese golpeteo, y el sonido va aumentando hasta que parece que ha entrado en la propia celda. De repente levanta los puños. Jadeando violentamente, se lanza contra la puerta, y se pone a dar golpes contra ella.

Finalmente, Falder sale de la cárcel, un hombre roto con una cédula de libertad condicional, con el marchamo del convicto en la frente, con un sufrimiento de hierro en el alma. Gracias a las súplicas de Ruth, el bufete de James How e Hijo está dispuesto a readmitir a Falder en su nómina, a condición de que renuncie a Ruth. Es entonces cuando Falder se entera de la espantosa noticia de que la mujer que ama se ha visto arrastrada por el despiadado Moloch económico a venderse. Ella dice que:

intenté hacer camisas... cosas baratas... Nunca ganaba más de diez chelines a la semana, comprando mi propio algodón, y trabajando todo el día. Casi nunca me iba a la cama antes de las doce... Y entonces... apareció mi empleador... y ha seguido apareciendo desde entonces.

En ese terrible momento psicológico, aparece la policía para llevarle a rastras a la cárcel otra vez, por no haberse presentado en comisaría en calidad de preso en libertad condicional. Completamente desbordado por la inexorabilidad de su entorno, el joven Falder busca y encuentra la paz, una paz más grande que la justicia humana, arrojándose a una muerte segura, mientras los detectives le llevan de vuelta a la cárcel.

Resultaría imposible valorar el efecto que produjo esta obra. Tal vez podamos hacernos una idea por la muy insólita circunstancia de que había resultado tan demole-

dora como para inducir al ministro del Interior de Gran Bretaña a emprender amplias reformas en las prisiones de Inglaterra. Una señal muy alentadora de la influencia que ejerce el teatro moderno. Sería de esperar que la atronadora acusación del señor Galsworthy no deje de provocar un efecto similar en el sentimiento público y en las condiciones de las cárceles de Estados Unidos. En cualquier caso, es seguro que ninguna otra obra de teatro moderna ha dado unos frutos tan directos e inmediatos a la hora de despertar la conciencia social.

Otra obra de teatro moderna, *The Servant in the House* ['El criado de la casa'], pulsa una tecla crucial de nuestra vida social. El protagonista de la obra maestra del señor Kennedy es Robert, un borracho tosco y mugriento, repudiado por la sociedad respetable. Robert, limpiador de desagües, es el verdadero héroe de la historia; mejor dicho, su verdadero y único salvador. Él es quien se presenta voluntario para bajar hasta la peligrosa alcantarilla, a fin de que sus camaradas «puedan tener luz y aire». Al fin y al cabo, ¿no ha sacrificado siempre su vida para que otros puedan tener luz y aire?

La idea de que el trabajo es el redentor del bienestar social se ha proclamado desde las azoteas en todas las lenguas y en todas las latitudes. Sin embargo, esas sencillas palabras de Robert expresan la relevancia del trabajo y su misión con una fuerza muchísimo mayor.

Estados Unidos todavía está en su infancia teatral. La mayoría de intentos en esa línea para reflejar la vida han sido espantosos fracasos. A pesar de todo, hay indicios esperanzadores en la actitud del público inteligente hacia

las obras modernas, aunque procedan de tierras extranjeras.

El único verdadero drama que ha producido Estados Unidos hasta la fecha es *The Easiest Way* ['La vía más fácil'], de Eugene Walter.

Se supone que representa una «fase peculiar» de la vida de Nueva York. Si eso fuera todo, la obra sería de una relevancia menor. Lo que confiere a la obra su verdadera importancia y valor es mucho más profundo. Está, en primer lugar, en la corriente fundamental de nuestro tejido social que nos arrastra a todos, incluso a personajes más fuertes que Laura, a la vía más fácil –una vía enormemente destructiva para la integridad, la verdad y la justicia–. En segundo lugar, el fatalismo cruel y sin sentido que afecta al sexo de Laura. Esos dos rasgos le imponen a la obra el cuño de la universalidad, y la califican como una de las más enérgicas acusaciones contra la sociedad que puede verse en un teatro.

El derroche criminal de energías humanas, en las condiciones económicas y sociales, empuja a Laura, como empuja a cualquier muchacha corriente, a casarse con un hombre cualquiera a cambio de un «hogar»; o como empuja a muchos hombres a soportar las peores indignidades a cambio de un sueldo de hambre.

Y además está esa otra respetable institución, el fatalismo del sexo de Laura. La inevitabilidad de esa fuerza se resume en las siguientes palabras: «¿Es que no sabes que en la vida de estos hombres contamos menos que los animales domésticos? Esto es una partida, y si no jugamos bien nuestras bazas, perdemos». En la batalla con la vida, la mujer no tiene más que un arma, una mercancía:

el sexo. Esa es la única carta de triunfo en la partida de la vida.

Ese fatalismo ciego ha convertido a la mujer en una parásita, en una cosa inerte. Y entonces, ¿por qué esperar perseverancia o energía por parte de Laura? La vía más fácil es el camino ya trazado para ella desde tiempos inmemoriales. No podía seguir ningún otro.

Podrían citarse numerosas obras como características del creciente papel del teatro como divulgador del pensamiento radical. Baste con mencionar *The Third Degree* ['El tercer grado'], de Charles Klein; *The Fourth Estate* ['El cuarto poder'], de Medill Patterson; *A Man's Word* ['Un mundo para hombres'], de Ida Croutchers, que en conjunto apuntan al amanecer del arte dramático en Estados Unidos, un arte que está revelándole a la gente las terribles enfermedades de nuestro cuerpo social.

Siempre se ha dicho, desde antaño, que todos los caminos conducen a Roma. En una aplicación parafraseada a las tendencias de nuestros tiempos, puede decirse con justicia que todos los caminos conducen a la gran reconstrucción social. El despertar económico del obrero, y su constatación de la necesidad de una acción industrial concertada; las tendencias de la educación moderna, sobre todo en su aplicación al libre desarrollo del niño; el espíritu de creciente malestar que se manifiesta y se cultiva a través del arte y la literatura, todas esas cosas están allanando la senda hacia el Camino Abierto. Por encima de todo, el teatro moderno, actuando a través del doble conducto del dramaturgo y del intérprete, pues afecta tanto a la mente como al corazón, es la fuerza más poderosa a la hora de desarrollar el descontento social y de

engrosar la poderosa marea de descontento que se precipita hacia adelante hasta desbordar la presa de la ignorancia, los prejuicios y la superstición.

Emma Goldman

(Kaunas, 1869 – Toronto, 1940)

Anarquista lituana de origen judío. Conocida por sus escritos y sus manifiestos libertarios y feministas, fue una de las pioneras en la lucha por la emancipación de la mujer.

Emigró a los Estados Unidos cuando contaba 16 años, donde trabajó como obrera textil y se unió al movimiento libertario. En 1919 fue expulsada del país y deportada a Rusia. Entre los libros traducidos al español se encuentran: *Anarquismo y otros ensayos* (1910), *Mi desilusión con Rusia* (1923) y su autobiografía *Viviendo mi vida* (1931).